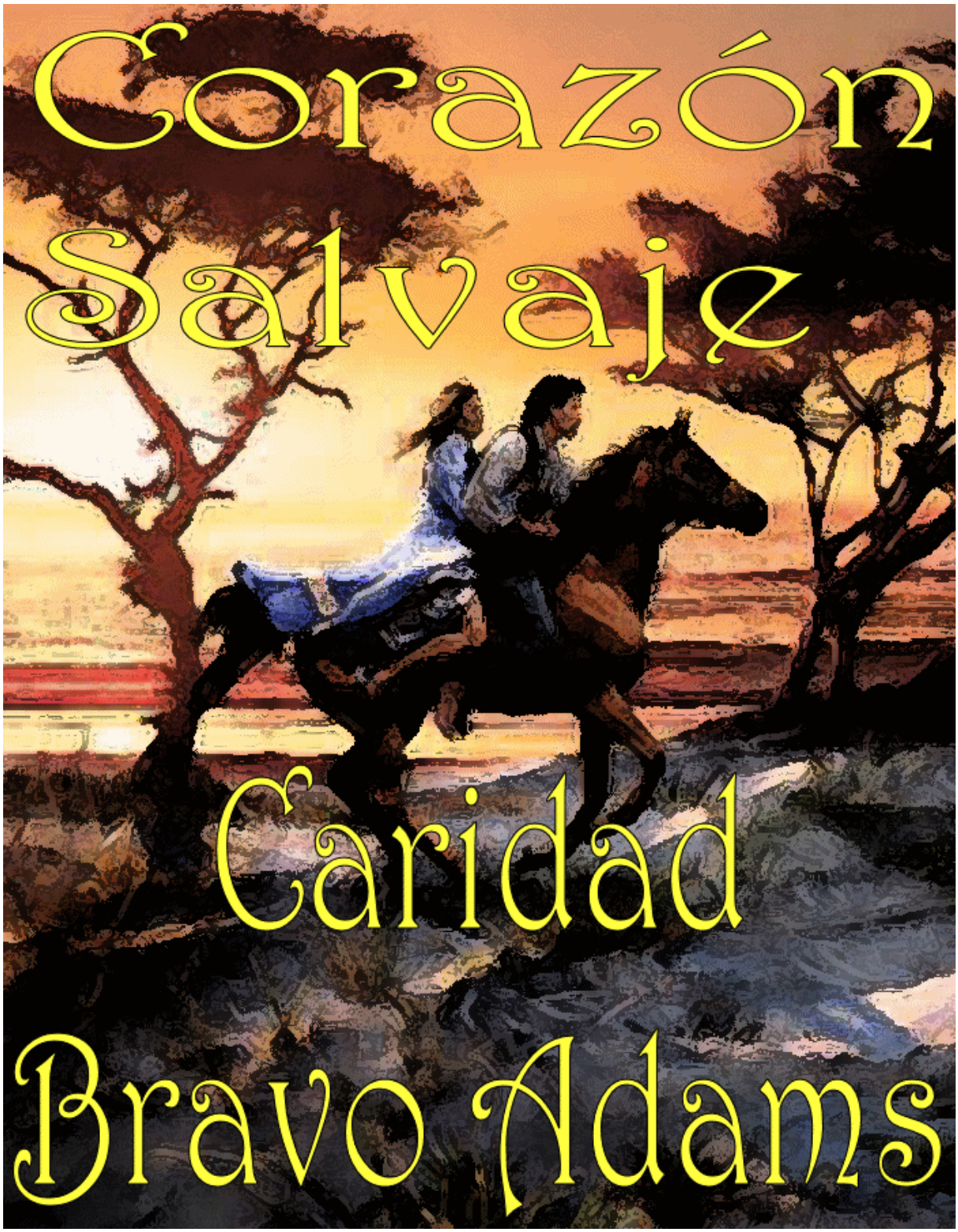
CORAZON SALVAJE
CARIDAD BRAVO ADAMS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

LA TORMENTA DE octubre ruge sobre el inquieto Mar de las Antillas... Es de noche, y las ráfagas de un -viento huracanado hacen estrellarse contra los acantilados de rocas las olas gigantescas, que caen luego, en hirviente manto de espuma, bajo el azote de la lluvia.;. Negro está el cielo; y la tierra, como sobrecogida. Es la costa brava que se abre, primero en pequeñas ensenadas, en playones estrechos, y luego, unos pocos metros más allá, se convierte en selva espesa... Tierra antillana sobre la que ondea la bandera de Francia...

Un barco entra en el puerto de Saint-Pierre, a despecho de los elementos desencadenados... y uniéndose al concierto del viento y de las olas, la salva de honor de veintiún cañonazos le saluda desde el fuerte de San Honorato...

AI mismo tiempo que la fragata, que ya se acoge a la rada de Saint-Pierre, un pequeño bote desvencijado ha ganado milagrosamente la arena de una diminuta playa próxima a la ciudad, y su único tripulante salta, metiéndose en el agua hasta la cintura, para arrastrar el frágil cayuco, librándolo de la furia renovada de los elementos...

La luz vivísima de un rayo ha iluminado de pies a cabeza al audaz marinero, que en noche tal arriba a la ensenada. Es fuerte y ágil; con flexible soltura de felino da unos pasos alejándose del mar, para erguirse después, como calculando-el peligro del lugar en que dejó su bote. Tiene la piel tostada por la intemperie; ancho y fuerte el cuello; los hombros, cuadrados;

las caderas, estrechas; las manos, callosas, y los pies descalzos, que parecen aferrarse como zarpas a la tierra que pisan.. .Puede tener apenas unos doce años...

El ominoso estampido de un trueno agitabas sombras nocturnas. .. El muchacho, dominando su primer movimiento de, temor instintivo, mira de frente al firmamento oscuro, donde marcan los rayos los latigazos de su vivida luz, y exclama:

-¡Santa Bárbara!

Por un momento parece vacilar, mas -no es por temor. La horrible noche no le produce espanto... Sólo calcula, con mirada certera, qué camino debe seguir para llegar más pronto a la ciudad cercana, cuyas luces se apiñan alrededor de la bahía.

Palpa el pequeño sobre que como un tesoro lleva entre sus ropas mojadas, mira de nuevo al bote que dejara sobre la arena y echa a andar con paso silencioso y rápido...

-Si no se da usted prisa, llegaremos tarde a la fiesta del Gobernador, amigo D'Autremont.

-¿Prisa? Nunca me di prisa por nada ni por nadie, amigo Noel; sin contar con que llueve a cántaros. Pocos serán los invitados que no se retrasen esta noche, y además, el Mariscal Pont-mercy llega en esa fragata que vio usted entrar hace veinte minutos escasos. El es el invitado de honor...

-No más que usted, amigo mío. La fiesta es en honor de ambos, y el coche está aguardando desde hace mucho rato.

-Está bien, amigo Noel... Vamos, pues... Francisco. D'Autremont se ha puesto de pie con ademán de elegante fastidio... Ha dado unos pasos a través de la lujosa estancia, y se detiene en medio del vestíbulo, con gesto de extrañeza al oír los fuertes aldabonazos que repentinamente cubren el lugar con sus ecos... Disgustado, interpela altanero a su criado:

-¿Quién llama de ese modo, Bautista?

-Iba a verlo en este momento, señor -responde el criado-. No sé quién pueda ser el atrevido...

-Pues ponlo en su lugar -ordena, tajante, D'Autremont. Una ráfaga de viento y lluvia hace irrupción, silbando, en el elegante vestíbulo; y airado, D'Autremont grita:

-¡Cierra esa puerta, estúpido!

Antes que el criado logre cerrarla, el importuno visitante ha penetrado de un salto; los revueltos cabellos mojados sobre la frente, el cuerpo semidesnudo chorreando agua sobre las

alfombras... tan sorprendentemente atrevido y audaz, que Francisco D'Autremont y Pedro Noel retroceden al verle, apagada la indignación por la sorpresa...

-¡Caramba! -exclama Noel.

-¿Pero qué es esto? -indaga D'Autremont.

-Busco al señor Francisco D'Autremont... -explica el muchacho con decisión.

-Debe ser un loco, señor... -interviene el criado-. ¡Voy a...!

-¡Ahora, déjalo en paz! -ataja imperativo D'Autremont.

-¿Es usted don Francisco D'Autremont? -inquiere el muchacho-. ¿Es usted, señor?

-Si, soy yo... Pero tú, ¿quién eres? ¿Y qué diablos te pasa para atreverte a llegar a mi casa de esta manera?

-Mi nombre es Juan. Vengo desde el Cabo del Diablo para traerle esta carta. El señor Bertolozi se está muriendo y dijo que tenía usted que llegar antes de que él acabara. Si es usted de veras el señor D'Autremont, venga conmigo... Traje mi bote para llevarlo... ¿Vamos...?

El muchacho ha dado un paso hacia la puerta, pero se detiene observando el rostro de Francisco D'Autremónt, que le mira estupefacto, en la mano el mojado sobre de la carta que acaba de entregarle.. .Es un hombre alto y distinguido, que viste con extraordinaria elegancia... A su lado" Pedro Noel, su amigo y notario; rechoncho y bondadoso, mueve la cabeza como si no pudiese dar crédito -a lo que está viendo y escuchando, y con. sorpresa y disgusto a la vez, pregunta: '

-¿Llevar al señor D'Autremont en tu bote?

-¡Cuando digo yo que es un loco...! Lo mejor será llamar para que vengan a llevárselo... -insiste el criado.

-¡Quieto! -ordena D'Autremont. Luego, como recordando, murmura-: Bertolozi... Bertolozi...

-Dijo que fuera usted en seguida, que él, por desgracia, no podía esperar demasiado. Si .salimos ahora mismo, al amanecer estaremos allá.

-Bertolozi se está muriendo..: - susurra D'Autremont.

-Eso aseguró el curandero... Que no llegará a mañana..;

Y le dejó un remedio, pero él no se lo quiso tomar y me mandó con esta carta... Dijo que usted tenía que ir allá...

-Pues está completamente equivocado. No conozco a ningún Bertolozi... -exclama D'Autremont, ceñudo.

-¡No es posible, señor! Si es usted don Francisco D'Autremont...

-¡No conozco a ningún Bertolozi! -recalca éste. Se vuelve hacia su amigo y le invita-: ¿Vamos, Noel?

-¡Pero, señor.. .1 -se lamenta el muchacho, Ha salido seguido del notario, sin volverse a mirar al muchacho, y salta el cochero del pescante para abrirle la puerta del carruaje. Por un instante contempla la mojada carta, la hunde luego en su bolsillo, y entrando al coche ordena con voz fuerte:

-Al palacio del Gobernador. ¡Pronto!

El muchacho se acerca, gritando implorante:

-¡Señor... señor... señor...!

Todo es inútil. El coche se ha alejado; el muchacho vacila un instante, y luego echa a andar bajo la lluvia que azota la calle...

Pedro Noel, el notario de la familia D'Autremont, con las gruesas manos apoyadas sobre la empuñadura de plata de su bastón, mira de reojo al hombre que va a su lado. A pesar de la brusca respuesta dada al muchacho, a pesar de su gesto glacial, Francisco D'Autremont parece hondamente conmovido, profundamente preocupado. Tiene los labios apretados y las mejillas pálidas... Las inquietas manos cambian a cada instante de posición y con frecuencia palpan el húmedo sobre guardado en su bolsillo... Al fin, el notario, tras mirar y remirar, arriesga una palabra:

-¿No va usted a leer esa carta? Puede tratarse de .algo realmente Importante. Cuando se obliga a un niño a venir desde el Cabo del Diablo hasta la ciudad, para traerla en una noche como ésta... será porque ese Bertolozi, *a quien usted no conoce,* tiene absoluta necesidad de decirle algo... -Baja la voz y, en tono insinuante, explica-: Bertolozi-.. A mí ese nombre me suena...

-¿Cómo...?

-De momento no pude recordarlo, mas ahora voy haciendo memoria... Andrés Bertolozi llegó a la Martinica hará unos quince años. Pertenecía a una de las más distinguidas familias de Nápoles... Trajo dinero para comprar una hacienda, y adquirió una bien extensa al Sudeste de la isla, con grandes plantaciones de café, tabaco y cacao. Pronto se convirtió en un -hombre opulento, alegre y liberal, franco y expresivo, como la mayor parte de los italianos, y trajo consigo a su esposa: una *bellísima muchacha* de laque estaba locamente enamorado...

-¡Basta! -le ataja, airado, D'Autremont.

-Perdón... No creí importunarle. Me sorprende que no recuerde a Bertolozi. Usted estaba en Saint-Pierre cuando los días de su desgracia..."

-¿A qué llama usted su desgracia?

-El principio de su desgracia fue la fuga de su esposa...

-¿Qué trata de insinuar?

-No insinúo, amigo D'Autremont... recuerdo. Bertolozi juró públicamente matar al hombre que se la había llevado, pero el nombre de aquél quedó en el misterio. Ella desapareció para siempre y Bertolozi se dio a todos los vicios: bebía, jugaba, buscaba la compañía de las peores mujerzuelas del puerto... Al fin perdió la finca y, totalmente arruinado, desapareció él también. Pero recordando, recordando, me viene a la memoria algo que me dijo un amigo...

El coche se ha detenido frente a la puerta de la casa del Gobernador, mas Francisco D'Autremont no se mueve... Tenso, crispado, vuelto hacia el notario, parece esperar sus ultimas palabras, que Pedro Noel pronuncia como a desgana, con una sutil insinuación resbalando de cada frase:

-Parece ser que el último pedazo de tierra que le quedaba era esa desnuda roca del Cabo del Diablo. Sobre ella, por sus propias manos, fabricó una cabaña, y allí es donde seguramente agoniza y desde donde le ha mandado llamar. ¿No le parece?

-Tiene usted la buena memoria más abominable que conocí jamás.

-¡Por Dios, amigo D'Autremont, es mi oficio...! Son tantas las historias que se escuchan cuando se manejan papeles de familia, que con frecuencia son el reflejo de dramas de alcoba. Por lo demás, Bertolozi fue un hombre interesante... Sus asuntos dieron mucho que hablar, y su desgracia...

-No me interesa su desgracia. ¡Nunca fui su amigo!

-A veces, con ser *enemigo* basta para interesarse.

-¿Qué quiere decirme. Noel?

-¿Me autoriza para que hable francamente?

-¿Acaso no estoy pidiéndole que lo haga?

-Pues bien..; creo que debería usted leer esa carta, e ir a ver a su *enemigo* Bertolozi, al Cabo del Diablo..."

Francisco D'Autremont, nervioso, ha oído las palabras del notario, y con gesto de rabia estruja en su bolsillo aquella carta que el muchacho le entregara momentos antes. Luego sonríe, tratando de vestir de ironía la inquietud que apenas puede ya disimular:

-¿No tenía tanto empeño en que llegásemos temprano a la fiesta del Gobernador?

-Hasta hace media hora era lo más importante *que* tenía usted que hacer.

-Y ahora, ¿qué? ¿Le parece más importante que el Gobernador y su fiesta, recoger el último aliento de ese vicioso, de ese borracho, de ese desdichado caído en todos los vicios, sólo porque una mujer le ha engañado?

-Era su esposa y él la amaba -responde Noel con suavidad-. Lo cubrió de vergüenza y él no logró jamás encontrarse con el agresor. .

-¡No lo encontró porque no quiso buscarlo! -salta D'Autremont, con ira concentrada.

-Tal vez el otro supo ocultarse bien...

-¿Piensa usted que era un cobarde?

-No, claro que no puedo pensarlo. Sin duda, era capaz de afrontarlo todo todo, menos el escándalo. Por lo demás, tenía obligaciones graves, y Gina Bertolozi no lo ignoraba. Era casado... su esposa estaba a punto de darle un hijo... Yo no culpo a ese hombre, amigo D'Autremont... Son pecados de hombre... Más grave me parece no acudir a la llamada de un moribundo...

-¡Basta, Noel! Iré allá.

-¡Por finí Perdóneme por haber insistido tanto. Le conozco un poco, amigo D'Autremont, y sé que hay cosas que no se las perdonaría usted jamás.

-Entonces, ¿quiere usted presentar mis excusas al Gobernador?

-Con verdadero gusto, amigo mío.

-Pues vaya. -De pronto D'Autremont exclama-: ¡Un momento, ..!

-No es preciso que me recomiende la discreción más absoluta -aclara Noel, comprensivo-. Es... mi oficio, amigo D'Autremont.

2

LA TORMENTA HA amainado. El mar está casi tranquilo, y un viento fresco, casi frío, llega con la proximidad del alba, barriendo las nubes.

El frágil bote, que resistió la tempestad, encalla en la arena de una profunda grieta, tallada en la roca viva por los golpes del mar, y otra vez salta el muchachuelo metiéndose en el agua para sacar a tierra la barquilla, dejándola a salvo. Luego, sus pies descalzos, endurecidos por la intemperie, trepan por los peñascos afilados, primero con agilidad de felino, después más lentamente, como si no quisieran llegar hasta el lugar a donde van... Ya en lo alto del farallón de rocas, parece como si fuesen de plomo... se detienen a cada instante, tiemblan como si fueran a tomar otro rumbo, y al fin llegan hasta el hueco sin puerta, entrada de la mísera cabaña que es la única habitación, humana en el Cabo del Diablo.

Una voz de enfermo, cargada de rencor, pregunta:

-¿Quién es?

-Soy-yo: Juan...

-¡Juan del Diablo!

Del camastro donde yace, con febril esfuerzo se ha incorporado un hombre que más parece, un despojo humano: la piel sobre los huesos; las mejillas hundidas; sucios, crecidos y revueltos el cabello y la barba... la boca, un hueco crispado de dolor... por vestidos, unos sucios andrajos. Inspiraría compasión profunda si no fuese por su mirada: ardiente, audaz, desafiadora, cargada de odio, relampagueante de rencor, como cargadas de odio y amargura suenan cada una de sus palabras.

-¿Y el perro que te mandé buscar? ¿Viene contigo? ¿Dónde está? ¿Dónde está el maldito Francisco D'Autremont? ¡Corre... llámalo! Tráelo, dile que pase... ¡Un poco más y no puedo aguardarle!

-No vino conmigo-se excusa el muchacho.

-¿No...? ¿Por qué? ¿No hiciste lo que te dije, maldito? ¿No llegaste a su casa? No me obedeciste, ¿eh? Ahora verás.. .

Ha tratado de levantarse, pero cae de nuevo sin fuerzas, para quedar inmóvil, extenuado, los ojos vidriosos... El muchacho le mira impasible, sé acerca paso a paso, con una expresión extraña en sus profundos ojos altaneros, y afirma:

-Si; llegué a su casa...

-¿Y le diste la carta?

-Sí, señor, en la mano.

-¿Y no vino después de leerla?

-No la leyó. Dijo que no conocía a nadie que se llamara Bertolozi...

-¿Dijo eso el perro?

-Y se fue en coche a una fiesta donde lo estaban esperando.

-¡Maldito! ¿Y tú qué hiciste entonces? ¿Qué hiciste?

-¿Qué iba a hacer? Nada.

-¡Nada... Nada! Sabes que me estoy muriendo-. Sabes que necesito que venga, ¡y no haces nada! ¡Tenías que ser quien eres…!

-¡Pero, padre...! -suplica el muchacho.

-¡No soy tu padre! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No soy tu padre. ¡Cuando esa maldita volvió a buscarme, cuando vino a buscar mi amparo, ya te traía en los brazos.. .1 ¡No eres hijo mío! Si ella, además de engañarme, me hubiera robado un hijo mío, yo la habría matado. Pero no, volvió con el hijo de otro, con el hijo de ese canalla... ¡contigo!

-¿Hijo de quién?

¿De quién... ¿de quién? ¿Quieres saberlo? Para decírselo, lo mandé llamar. Hijo de él, de ese, del que se iba en coche a una fiesta mientras yo veo acercarse a la muerte.. Del que me lo quitó todo, del que me lo robó todo, para darme, en cambio, a ti.

-¡No entiendo... no entiendo!

-¡Pues entiéndelo! Ese *señor* que te volvió la espalda, ese *señor* que te dijo que no me conocía... ¡es tu padre!

-¿Mi padre... ¿Mi padre...? -balbucea el muchacho en el paroxismo de la sorpresa.

-Pero no te preocupes... tampoco te conocerá ¡Qué asco!

-Señor Bertolozi... repítame eso. ¿Mi padre...? ¿Dijo usted que mi padre...?

-Tu padre es Francisco D'Autremont. ¡Díselo a todo el mundo, grítalo en todas partes! Tu padre es Francisco D'Autremónt... A él le debes toda tu desgracia. Le debes la miseria, le debes la vergüenza, le debes tu desnudez y tu hambre...Le debes el insulto que han de echarte a la cara cuando seas; hombre, porque él manchó a tu madre! Todo eso le debes... Y ahora, cuando lo llamo porque me estoy muriendo, porque Vas a quedarte solo, se va a una fiesta donde lo están esperando.

-Un sollozo se quiebra en su garganta, dejando paso a la ternura-. i Juan... Juan, hijo mío...!

-¡Señor...!

-Te aborrezco porque eres hijo suyo, pero hay algo con lo que puedes limpiarte, lavarte esa mancha... Cuando seas hombre, busca a Francisco D'Autremont y haz lo que yo no hice, lo que no tuve el valor de hacer: mátalo. ¡Mátalo! -Y como si en estas palabras hubiese puesto el último hálito de su vida, cae desplomado al suelo.

-¡Señor... señor, señor ¡Respóndame! Lo ha sacudido en vano. ¡Andrés Bertolozi no responderá más!

Nadie en la costa; nadie en la honda grieta, entrada de la, estrecha playa; nadie en los imponentes farallones de rocas en los que rudamente se estrella el mar; nadie en lo alto .del promontorio del Cabo del Diablo; nadie en todo cuanto su vista inquisitiva alcanza... Ni alma viviente ni habitación humana... Sólo una cabaña miserable al amparo del negro promontorio que se adentra en el mar: el Cabo del Diablo.

Bien puesto tiene el nombre el abrupto paisaje, ahora más desolado bajo los espesos nubarrones grisáceos que envuelven las montañas... tan bajos, tan cerca de la tierra, como si quisieran también tragársela. Con paso firme. Francisco D'Autremont va hada aquella cabaña y llama con estentórea voz:

-¡Bertolozi!

El nombre suena hueco en la desnuda estancia sin puertas, sin ventanas, sin muebles casi... En el camastro se halla la forma rígida de un cuerpo que se destaca bajo una sábana, in-

creíblemente limpia en aquel lugar... Impresionado, D'Autremont musita:

-Bertolozi...

De un tirón ha Bajado un poco la sábana para ver aquel rostro en el que la muerte puso ya su máscara, y apenas puede reconocer en él al hombre Joven, sano y arrogante, que fue su rival... Hay manchones de canas entre los revueltos cabellos oscuros, entre la espesa barba que cubre las mejillas adelgazadas, y hay también una sombra de suprema paz sobre los párpados cerrados... Estremeciéndose, Francisco D'Autremont cubre aquel rostro, y retrocede un paso. ...

Ha llegado tarde, demasiado tarde... Aquellos labios lívidos ya no le entregarán el secreto que guarda... Callan para siempre... Pero la mano de Francisco D'Autremont palpa nerviosamente en sus bolsillos y extrae el arrugado sobre de aquella carta que aun no ha leído... La guardó-como puede guardarse un veneno, un arma, una dormida sierpe emponzoñadora. Pero ahora, frente a aquel cadáver, rasga el sobre y da un paso hacia la ventana *sin* hojas, por la que penetra la luz lechosa del día que nace...

"Con mis últimas fuerzas te escribo, Francisco D'Autremont, y te pido que vengas a mi lado. Ven sin miedo... No te llamo para intentar una venganza. Es tarde para que yo me cobre en sangre todo el mal que me has hecho y que le hiciste a ella. Eres rico y feliz, amado y respetado, mientras yo, hundido en la abyección y en la miseria, miro llegar la muerte como la única liberación posible. No he de repetirte cuánto te odio. Tú lo sabes. Si te matase con el pensamiento, te habría aniquilado; pero sólo yo mismo me he consumido poco a poco en la hoguera de este rencor que me cubre el alma..."

Por un instante. Francisco D'Autremont ha interrumpido la lectura para contemplar la forma rígida que destaca bajo el lienzo blanco, sintiendo que la angustia le invade, que le es difícil respirar bajo el techo de aquella cabaña donde todo parece rechazarlo, y otra vez vuelven sus ojos a la lectura...

"Me mata el odio más que el alcohol, más que el abandono. .. Y por odio he callado durante muchos años. Hoy quiero decirte algo que acaso pueda interesarte. Esta carta la pondrá en tus manos un muchacho. Tiene doce años y nadie se ocupó jamás de bautizarlo. Yo le llamo Juan, y los pescadores de la costa le dicen algo más: Juan del Diablo... Poco tiene de ser humano. Es una fiera, un salvaje... Lo crié en el odio... Tiene tu corazón malvado, y yo he dado, además, rienda suelta a todos sus instintos. ¿Sabes por qué?" Voy a decírtelo por si no te decides a venir a escucharme: Es tu hijo..."

La carta ha temblado en sus manos... Con ojos agrandados -de angustia mira a todas partes, pero los renglones desiguales le atraen como letreros de fuego, y bebe de un sorbo él resto de veneno de aquellas palabras...

"Si lo tienes delante, míralo a la cara... A veces es tu vivó retrato... Otras, se parece a ella... A ella... la maldita... Es tuyo... Tómalo... Tiene el corazón envenenado y el alma dañada de rencor. No sabe más que aborrecer... Si lo llevas contigo, será el peor castigo que puedas tener... Si -lo abandonas, será un asesino, un pirata, un salteador de caminos, que acabará en la horca... Y es tu hijo... Tiene tu misma sangre. .. ¡Esa es mi venganza!"

- Pálido de espanto primero, rojo de indignación un instante después, Francisco D'Autremont ha estrujado aquella carta, último mensaje de su rival vencido, de su enemigo inmóvil para siempre ya; triunfador en la muerte, tanto como en la vida fue derrotado... Con súbito impulso de irrefrenable cólera, ha ido hasta el camastro, descubriendo el rostro del Cadáver, y le espeta, tembloroso de horror y de rabia:

- Mientes! ¡Mientes! ¡Esto no es verdad! ¿Por qué no me esperarte con-vida para obligarte a confesar! ¡Embustero! ¡Cobarde! ¡Como siempre fuiste, tenías que portarte, hasta el final! ¡Cobarde, si... cobarde! Jamás me buscaste cara a cara... Jamás, como hombre, me pediste cuentas... Y ahora... ¿por qué no estás vivo? ¿Por qué no me aguardaste? -Ha retrocedido tambaleándose, cegado por un vaho rojo que forma en torno suyo. como una atmósfera de irrealidad-. ¡Eres el más vil de los embusteros, pero no vas a alcanzarme con tu torpe venganza! ¡No! ¡No!

-¡Señor D'Autremont! -llama, suave, la voz de Pedro Noel.

-¡Eso no es verdad! ¡Eso no es verdad!

-¡D'Autremont! -insiste Noel, acercándose- ¡D'Autremont!

-¡Cobarde... Canalla...!

-Amigo mío... ¿pero está usted loco?

-¿Eh? ¿Qué? -reacciona, por fin, D'Autremont. Está usted enfermo, trastornado... Vuelva a la realidad. .. -Noel... Amigo Noel...

-Cálmese, por favor... Cálmese...

Francisco D'Autremont se ha contenido con tremendo esfuerzo, alejándose del camastro donde yace el cadáver, mientras Pedro Noel se acerca respetuoso.

-Es un embustero... ¡Un embustero y un canalla...! -sentencia D'Autremont con voz sorda.

-Ya no es nada, amigo mío, sino un triste despojo. Déjelo, y vamos...

-¿Cómo está usted aquí? -interroga D'Autremont, saliendo del marasmo de su estupor.

-Me pareció conveniente venir a buscarlo... Bautista me dijo el camino que había usted seguido. Creo que llegué a tiempo... y usted, en cambio, demasiado tarde. Pero venga, vamos...

-Aguarde... Aguarde... ¿Dónde está el muchacho?

-¿Qué muchacho?

-El que llevó la carta... ¿Dónde está?

-No sé... No he visto a nadie. Supongo que el desdichado Bertolozi vivía en la más absoluta soledad.

-El niño vivía con él... ¿Dónde está?

-Repito que no he visto a nadie, pero si usted se empeña... ¡Oh, mire.. .!

D'Autremont se ha vuelto con viveza'... Muy cerca del camastro, sentado en el suelo, tras los desvencijados muebles de la casa -una mesa y un par de sillas rotas-, está el muchacho que fue hasta Saint-Pierre llevando aquella carta, y arden con un extraño fuego sus ojos oscuros bajo el pelo enmarañado que le cubre la frente...

-¿Qué haces ahí escondido, muchacho? -indaga Noel-. Levántate... Levántate, que el señor te está buscando...

Juan se ha levantado lentamente, sin dejar de mirar a Francisco D'Autremont, que siente enrojecer sus mejillas bajo aquella mirada... Es una mirada que acusa, que condena... acaso que pregunta...

-¿Estabas ahí? ¿Estabas ahí desde que yo entré? -quiere saber D'Autremont-. ¡Responde!

-Sí, señor -contesta el muchacho-. Ahí estaba...

-¿Por qué te escondías? -pregunta Noel.

-No estaba escondido... Estaba ahí...

-*Sin* decir una sola palabra... -se queja D'Autremont.

-¿Y qué tenía yo que decir?

El muchacho se ha puesto de pie. Es ano para su edad, delgado y redo, inquieto y ágil como un animalillo montaraz, y D'Autremont se vuelve a él, sujetándolo bruscamente por los brazos...

-Me has estado espiando, oyendo mis palabras... Sí, ¿verdad? ¿Conocías tú el contenido de la carta que llevaste?

-¿Cómo? '

-¡Que si habías leído esa carta...! [Responde! -le apremia D'Autremont, airado.

-¡Oh, suélteme! Yo no lo estaba espiando... ¡Suélteme! No tiene por qué sujetarme... Tampoco leí la carta.. No sé leer...

-Naturalmente, amigo D'Autremont -interviene, conciliador, Pedro Noel-. ¡Qué ocurrencia! ¿Cómo va a .saber leer este *pobre* muchacho!

-¿Te había dicho él lo que me escribió en esta carta? ¡Responde la verdad! -

D'Autremont se dirige al muchacho, en tono amenazador.

-Ya he dicho que no -responde el muchacho.

-Por favor, amigo D'Autremont -aconseja Noel-, Calma. .. Calma..,

Francisco D'Autremont se ha alejado unos pasos, apretados los puños y trémulos los labios, mientras el notario mira bondadosamente al muchacho inmóvil, duro y hosco, y le pregunta:

-¿A qué hora murió .el señor Bertolozi?

-No sé... Hace tiempo ya...

-¿No has avisado a nadie?

-Llegué hasta las cabañas de allá abajo... Allí me dieron esa sábana... Después me dijeron que vendrían los de la justicia... Pero yo no-estaba espiando a nadie... -insiste con terquedad-. Ese señor dice...

-EI señor D'Autremont está nervioso por todo cuanto ha pasado. Tu actitud le pareció extraña, pero nada más. Ven acá... acércate un poco... Comprendo que tú también te sientes mal. ¿Qué eras tú del señor Bertolozi? ¿Amigo? ¿Pariente? ¿Criado?

El muchacho se ha erguido. Su mirada, como una flecha, se ha clavado en Francisco D'Autremont, que vuelve ya sobre sus pasos, mirándolo de frente. Un instante se cruzan en el airé aquellas dos miradas extrañamente iguales... y el notario, tras contemplarles, indaga con suavidad:

-¿No sabes lo que eras del señor Bertolozi? Probablemente, vecino nada más... ¿Eres de la aldea de pescadores que está allá abajo?

-No... Yo vivo aquí... El señor Bertolozi era... Era mí: padre...

-Efectivamente -suspira D'Autremont-. Creo que este muchacho es hijo de Andrés Bertolozi y de su infortunada esposa. La enfermedad y el alcohol debieron enloquecer a Bertolozi en sus últimos tiempos... Ha debido decir tantas cosas extrañas, que el pobre muchacho está trastornado...

Su mano temblorosa ha querido posarse en la cabeza de Juan, que con un brusco movimiento lo esquiva. Luego, con gesto de desaliento, D'Autremont sale lentamente de la cabaña, y Noel va tras él. Unos pasos más adelante se detiene y el notario interroga a su amigo:

-¿Me permite preguntarle qué va usted a hacer?

-Haré que sepulten a Bertolozi con decencia. ¿Querría ocuparse de eso? -contesta D'Autremont con tristeza, sereno, ya dueño de sus emociones.

-Naturalmente, si usted lo dispone...

-Pienso salir para mis tierras mañana, de madrugada...

-¿Y el muchacho?

-*Lo* llevaré conmigo.

-¡Ah... ¡ ¿Pero querrá irse?' No creo que ustedes hayan simpatizado.

-Confío en su buena mafia para conquistarlo. Noel.

-Perdóneme una última pregunta. ¿Leyó, por fin, la famosa carta?

-La leí y la rompí en el acto. Sólo decía locuras y disparates. Por eso sé que Andrés Bertolozi estaba completamente loco. ¡Absolutamente trastornado!

Pedro Noel se ha llevado al muchacho, alejándolo un tanto de la cabaña, rumbo al camino que por otra vía comunica con la ciudad aquel paraje desolado. Han pasado las horas, y los oscuros y rutinarios trámites para dar sepultura al cuerpo de Bertolozi tocan ya a su fin. Sólo queda aquel último punto delicado que Francisco D'Autremont encargara a su diplomático amigo y notario.

-El señor D'Autremont va a llevarte con él. ¿Sabes lo que eso significa? Te llevará a su casa, donde van a tratarte bien, donde hay toda clase de comodidades. Tu vida va a cambiar...

-¡No... no quiero! -protesta el muchacho, huraño.

-¿Que no quieres? No puedo creerlo. Seguramente no he logrado que entiendas mis

palabras... El señor Bertolozi ha muerto. No te queda nada qué hacer por acá.

-¡No quiero irme!

-No seas terco... Vas a una hermosa casa donde gozarás de todas las comodidades, donde vivirás como un ser humano. El señor D'Autremont quiere ampararte, es muy bueno...

-¡No! ¡No! ¡No es verdad! ¡No quiero ir con él!

-Pues tendrás que hacerlo, por las buenas o por las malas. No van a hacerte ningún daño... Al contrario... Pero será peor para tí que te lleven a la fuerza, metido en un saco como un mono salvaje.

-¡Si me llevan a la fuerza, me escaparé!

-Y te volverán a atrapar... -dice el notario, afectuoso-. Pero, ¿por qué eres tan terco, muchacho? Mira... ¿quieres que hagamos un trato? Yo voy a ir con ustedes; pasaré dos o tres días en Campo Real, que es la hacienda del señor D'Autremont. Si no quieres quedarte allí, cuando yo regrese para Saint-Pierre, te traigo.

-¿Por qué no me deja con usted desde ahora? Yo sé trabajar en muchas cosas: cortar leña, cuidar caballos... Yo...

-Perfectamente. Te ocuparás de todo eso cuando volvamos a casa. Pero, por el momento, tienes que complacer al señor D'Autremont. Te equivocas al pensar que no es bueno; es bueno y generoso, posee una linda casa de campo, su esposa es una bella dama, distinguida y amable, y tiene un hilo que poco más o menos tendrá tus mismos años. Seguramente te querrá para que estés con él, para que le acompañes en sus juegos y seas algo así como su pequeño lacayo. Lo vas a pasar bien, Juan.

-Yo prefiero quedarme con usted... o que me dejen solo.

-Solo no vamos a dejarte. Yo te llevo, y...

-Y me trae... Me trae después... me da su palabra... ¡Yo no quiero quedarme allá!

-Bien, hombre, bien. Te llevo y te traigo. Eres un ingrato con el señor D'Autremont. Al menos, tienes que tratar de demostrarle tu gratitud por su buena voluntad. Anda, ve para el coche, que allí viene él y tengo que hablarle.

-¿Qué pasa, amigo Noel? -pregunta D'Autremont.

-Se resistió bastante, pero logré amansarlo con la promesa de ir yo con ustedes y traerle de regreso si no se halla a gusto. El prefiere quedarse conmigo, y no lo tome usted a desaire. Es un muchacho raro, pero me temo que extraordinariamente inteligente a pesar de su aspecto rudo y salvaje.

-¿Temer? ¿Por qué?

-Es una manera de hablar. Al fin y al cabo, siempre es preferible tratar con inteligentes que con brutos. Este nos ha probado ser un valiente. El viaje que hizo anoche en ese bote, y con esa borrasca, precisa un temple que muchos hombres no hubieran tenido. Parece, además, altivo, reservado, con cierta dignidad natural. Nada de eso es común en quien vive como un mendigo. Se le ve cierta casta...

-¡Deje en paz su casta! Lo recojo porque supongo que era lo que quería pedirme Bertolozi, pero nada más. A mi esposa no tenemos por qué darle detalles de nada de eso. La imaginación de las mujeres todo lo enreda. Esperó que no se sorprenda usted demasiado si me oye contar alguna historia distinta referente al muchacho.

-Me temo que es usted quien va a enredarla, porque apenas se peine y se lave la cara, ese muchacho no podrá pasar por ningún mestizo. ¿Se ha fijado en que es un buen mozo? Sus grandes ojos italianos recuerdan extraordinariamente a los de la infortunada Gina Bertolozi. ¿No se ha fijado?

Noel le ha observado, viéndole palidecer, apretar los labios. .. Luego, Francisco D'Autremont encoge los hombros, forzando el gesto despreocupado, al comentar:

-No he tenido tiempo de mirarle bien a la cara. D*e* un modo o de otro, ya se arreglarán las cosas. Y. en el peor de los casos, (todavía soy yo el que manda en mi casa).

-¡MAMA. MAMAITA!... POR ahí viene ya papá. ¡Por ahí viene.. .1

Brillantes los ojos de alegría, un momento encendidas por la emoción las mejillas, habitualmente pálidas que enmarcan los lacios cabellos rubios, un muchacho co*mo* de doce años ha entrado en la alcoba de la señora D'Autremont, que abre los ojos, incorporándose lentamente en la amplia hamaca en que descansa.

-¿Ya? ¿Es posible? ¡Pero si no lo esperaba yo hasta el sábado!

Sofía D'Autremont tiene una belleza delicada y frágil... grandes ojos de color turquesa, cabellos rubios, suaves y lacios como los del muchacho, y, como éste, pálidas mejillas de color ámbar.

Un momento ha desaparecido su gesto doliente ante la noticia que acaba de traerle su hijo. Y ya de pie, da unos pasos apoyándose en los delgados hombros de éste.

-¿Estás seguro que es tu papá quien llega?

-Pues claro, mamá, Sebastián vino corriendo a avisar. Dice que desde i lo alto de la loma vio a papá en su caballo blanco, y detrás los tres coches de la caravana. A lo mejor vienen llenos de regalos...

-¿Para ti?

-Para ti, mamaíta. Si ha llegado barco de Francia, papá te traerá de todo: telas de seda, perfumes, bombones y todas esas cosas que siempre te trae. Yo le pedí un reloj de bolsillo. ¿Me lo traerá?

-Seguramente, hijo. Pero llama a mis doncellas... A Isabel, a Ana... a la primera que encuentres. Tengo que peinarme, que vestirme...

-¡Señora, señora...! Dicen que el señor está llegando para acá -exclama Ana, la doncella, irrumpiendo en la alcoba.

-¿Tú ves? ¿Tú ves, mamaíta? (Ya. está aquí)

-¡Jesús! Ayúdame a peinarme. Ana. De cambiarme de ropa no hay tiempo, pero...

-La señora está, como siempre, linda y arreglada. No miente la doncella mestiza. Como siempre, la; señora D'Autremont está impecable. Un fino traje blanco adornado con amplios encajes, medias de seda, zapatos de tacón Luis XV y un fino aderezo con el que muy bien podría presentarse en cualquier centro elegante de su tierra natal. Sin embargo, sólo está en la gran casa, centro de las plantaciones de Campo Real, mansión enorme y sólida, de amplísimas estancias suntuosas, grandes lámparas y pisos brillantes como espejos; tan lujosa, tan señorial, con sus lunas de Venecia y sus consolas doradas, que resulta anacrónica en el corazón de aquella isla americana, tórrida y salvaje; pero es digna morada ,de la frágil dama que avanza paso a paso sobre el pulido parquet, una mano apoyada en el brazo de su doncella favorita, otra sobre la dorada cabeza de aquel hijo único tan extraordinariamente pareado a ella.

-¡Ahí está papal -grita el muchacho, alejándose alborozado. Ha corrido al encuentro del jinete que ya se detiene frente a la entrada principal y desmonta de un salto del brioso caballo, arrojando las riendas a la media docena de sirvientes que han acudido para atenderle y saludarle. Y desde la semipenumbra de la ancha galería, Sofía D'Autremont contempla, con ojos de celosa enamorada, la figura varonil, altanera y gallarda, ante la que todos se inclinan, porque él amo de Campo Real es soberano indiscutible de la tierra que pisa.

-¿Me trajiste el reloj, papá?

-No; hijo. No tuve tiempo de buscarlo.

-¿Y la caja de colores? ¿Y las cuerdas para mi mandolina?

-Lo siento, pero en este viaje no hubo tiempo para buscar nada.

-Francisco... -murmura Sofía, acercándose a su esposo.

-Sofía... ¿cómo estás? -indaga D'Autremont, afectuoso y tierno.

-Como siempre... Pero dejemos mis achaques. ¿Cómo es que has regresado tan pronto? Todavía no te esperábamos...

-Supongo que no te disgusta el que haya adelantado mi regreso -contesta D'Autremont en tono jovial.

-¿Disgustarme? ¡Qué cosas -dices! Es una sorpresa gratísima; pero una sorpresa, al fin y

al cabo. ¿Qué pasó? ¿No llegó la fragata que esperaban? ¿Suspendieron las fiestas preparadas en honor del Mariscal Pontmercy? ¿O acaso le traes tú?

-¡Oh, no, no!.Ni siquiera he visto al Mariscal Pontmercy.

-¿Qué ha pasado? ¿Alguna desgracia? El tiempo ha estado terrible estos últimos días...

-No, ninguna desgracia. La fragata entró sin novedad y las fiestas deben estarse celebrando.

-Pero...

-No me interesó quedarme a ellas, Sofía. Eso es todo.

-Pensé que te agradaría departir con un compatriota ilustre. Seguramente traerá cosas interesantes qué contar. Podríamos tener noticias...

-¿Chismes de salón o intrigas políticas? ¿Para qué puede servirnos aquí, querida? Estamos a siete mil millas de Francia y hasta el sol nos alumbra a distintas horas.

-No por eso podemos olvidar a nuestra patria-le reprocha Sofía.

-Mi patria es ésta, querida. Porque aquí está mi casa, está .mi hijo y estás tú. En esta isla, que sólo para tu salud ha sido inhospitalaria. ¿Pero no sientes curiosidad en ver lo que , te traigo? .

- Se ha vuelto hada el macizo de flores que envuelve la escalinata, entrada principal de aquella mansión, donde acaban de detenerse los tres carruajes que forman la caravana que le seguía. Uno totalmente vacío, del otro descienden ya sus servidores particulares, y del tercero, que es el más próximo,, baja Pedro Noel casi arrastrando al hosco muchacho que ha sido su compañero de viaje. Las finas cejas de la señora D'Autremont se juntan en un gesto de extrañeza que es casi, casi de disgusto, al comentar:

-Pedro Noel....' ¿Pero a quién trae?

-A alguien que puede entretener tus ratos de ocio y los de nuestro hijo Renato -explica D'Autremont.

-¡Un muchacho!- salta, alegremente, Renato-. ¡Me trajiste un amigo, papá!

-Justamente. Has dicho la palabra exacta. Te he traído un amigo. Me agrada mucho que lo hayas entendido en el primer momento. Un amigo, un compañero....

-¿Pero qué estás diciendo. Francisco? -interrumpe Sofía, con disgusto reprimido.

-Traiga usted a Juan, Noel -le indica a éste, D'Autremont.

-Señora D'Autremont -saluda Pedro Noel, aproximándose-, es un gran honor para mí el poder presentarle mis respetos. -Luego, dirigiéndose a Renato, exclama-: ¡Hola, buen mozo!

-Buenos días, señor Noel -corresponde Renato.

-Este es Juan... -explica D'Autremont, presentándolo.-

-¿Juan? ¿Juan qué? -quiere saber-, Sofía.

-Por el momento, Juan a secas. Es un huérfano desamparado, para el que espero no falte un rincón en esta casa tan grande.

-Juan... a secas, ¿eh? -recalca Sofía, con retintín.

-También me llaman Juan del Diablo -aclara el hosco muchacho, imperturbable.

-Jesús, María y José -se escandaliza la doncella persignándose.

- Hay un momento de estupor general, y también alguna risa ahogada, cuando Noel, mundano, interviene:

-Excúselo, señora. El diamante todavía está sin tallar.

-Ya lo veo... Y sin separarlo de la broza -dice Sofía, en tono mordaz-. Los caballeros son una verdadera calamidad. A ninguno de los dos se les ha ocurrido bañar a este muchacho antes de meterlo en el coche.

-Es un olvido que puede remediarse -explica D'Autremont, conteniendo su manifiesto disgusto-. Hazte cargo de él, Ana. Llévalo al baño, arréglalo, péinalo y ponle ropa limpia de Renato.

-¿De Renato? -se extraña Sofía.

-No creo que ya pueda usar la mía.

-Ni cabe en la de mi hijo.

-Todo puede compaginarse -interviene Noel, conciliador-. Seguramente no faltará ropa de alguien, que pueda servirle.

-La negra Paula es la encargada de la ropa de los jornaleros -aclara despectiva la señora D'Autremont-. Pídele una camisa-y unos pantalones para este muchacho. Ana.

-Yo "tengo un traje que me queda grande, mamá -ofrece Renato-. Todavía no lo he estrenado, precisamente por eso: Es el de paño azul...

-Lo mandaron de regalo tus tíos desde Francia -se opone Sofía con creciente disgusto.

-Se lo ha ofrecido de buena voluntad -comenta D'Autremont en tono suave, pero con determinación-. No le cortes el impulso generoso, Sofía; Nuestro Renato tiene; ropa para vestir a diez muchachos. Ve con Juan y con Ana, hijo, y piensa que, para él éste es un mundo nuevo por el que *tú.* vas a guiarlo. -Volviéndose a su esposa, le suplica con amabilidad-: Tú ven conmigo, querida. Yo también voy a ponerme un poco más presentable. -Y alzando la voz, llama al criado-: Bautista... Lleva al señor Noel a la habitación que suele ocupar y encárgate de que nada le falte.

-Por mí no se molesten -se disculpa Noel-. Me considero de la casa.

-Y lo es. Dentro de media hora, Sofía nos hará servir un aperitivo que tomaremos juntos antes de sentarnos a la mesa, ¿verdad? Hoy te veo muy bien, tienes muy buena cara, Sofía. ., Seguramente podrás acompañarnos y será. un gran placer para nosotros. La mesa es otra cuando tú nos acompañas...

Ha salido Pedro Noel, seguido por-el criado, y quedan solos los esposos D'Autremont. Sofía no puede ocultar los celos que le corroen el alma, al preguntar:

-¿Quién es ese muchacho?

-Sofía querida, cálmate...

-Y tú respóndeme... ¿Quién es ese muchacho? ¿De dónde lo sacaste y para qué le has traído aquí? ¿Por qué no me contestas?

. -Voy a contestarte, pero por partes. Se llama Juan y es un huérfano...

-Eso ya lo dijiste -le interrumpe Sofía, nerviosa-, y es lo único que sé. Se llama Juan del Diablo... una respuesta bastante insolente de su parte, cuando nadie le preguntaba nada.

-No hay insolencia en su respuesta, Sofía. Se trata del apodo que seguramente le daban los pescadores, por el lugar en que estaba ubicada la cabaña de sus padres.

-¿Qué lugar era ése?

-Bueno... cerca de lo que llaman el Cabo del Diablo. -D'Autremont intenta restarle importancia-. Hay allí una aldea de gentes muy humildes, muy pobres, que remiendan redes y componen barcos. Entre esa pobre gente...

-Entre esa pobre gente hay muchos huérfanos, hay muchos muchachos mendigos y miserables en los arrabales de Saint-Pierre. Jamás se te ocurrió traer a ninguno, y mucho menos dárselo a tu hijo como amigo... como hermano, diría yo.

-¡Sofía!

-¡Es la forma en que has traído a ese pordiosero! -exclama Sofía, arrebatada ya por la ira-. Y creo que tengo derecho a preguntarte: ¿por qué lo traes así? ¿Qué tienes tú qué ver con él? ¿Por qué no puede vestirse con ropa de los jornaleros, y pretendes que estrene los trajes de Renato? ¿Por qué ha de ser nuestro hijo quien tiene que darle la bienvenida, y es en esta casa donde hemos de encontrarle un rincón, habiendo cien barracones de jornaleros donde siempre cabe uno más?

-Siempre te tuve por mujer de nobles y generosos sentimientos cristianos, Sofía.

-No me falta la caridad para tos desgraciados, y más de una vez te pareció excesiva.

-Cuando se trataba de desmoralizar a. los que son mis servidores, a los que por fuerza tengo que hacer que me conozcan como señor y amo. No puede manejarse una hacienda, que es como una provincia, sin el respeto absoluto a una autoridad, sin disciplina y sin castigos que obliguen a respetarla. Por eso discutimos en más de una ocasión. En este caso..-.

-En esté caso, todo es diferente. Lo sé, lo veo y lo palpo. No es una obra de caridad lo que estás haciendo. Es una obra de reparación. Ese muchacho te importa por ti mismo. Te importa mucho... demasiado...

-Pues bien, Sofía... Sí... Voy a decirte al verdad. Ese muchacho es el hijo de un hombre con el que yo me porté mal. Un hombre que se arruinó por culpa mía. Ha muerto dejándolo en la más espantosa miseria. Creo un deber de conciencia. ampararlo. -Duda un momento-. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras de ese modo? ¿Es que no me crees?

-Me parece muy extraño. Has arruinado a muchos, y no trajiste sus hijas a casa... Mejor cabría pensar la historia de otro modo. ¡Ese muchacho es el hijo de una mujer a la que tú has amado!

Con esa acusación recta y precisa, como un venablo disparado contra la fría coraza de indiferencia con que en vano pretende revestirse Francisco D'Autremont, han ido las palabras de Sofía dando justamente en el blanco. Por un momento ha pareado a punto de estallar en uno de sus arranques de violenta cólera. Luego, lentamente, se ha dominado, porque aquella mujercita rubia y frágil, doliente como una flor de estufa, es la única persona que parece tener la facultad de amansar en él los ímpetus bravíos, de resolver sus tormentas en una sonrisa o en un gesto ambiguo que cuaja después en forzada actitud galante.

-¿Por qué te empeñas en pensar siempre lo que más pueda mortificarte?

-Pienso mal para acertar... y acierto, por desgracia.

-En este caso, no.

-En este caso más que en ninguno. ¿De qué amor es el fruto esa criatura? ¿Por qué no tiene nombre? Ese hombre a quien arruinaste, a quien quieres satisfacer recogiéndole el hijo, ¿qué apellido tenía? ¿Cómo se llamaba?

-Bueno, el caso es que el muchacho es hijo natural de este hombre de que hablo, que no llegó a darle el apellido... Se descuidó, son cosas que pasan. Al prometerle hacerme cargo de él, tranquilizaba, además, su conciencia. Y no querrás que falte a la promesa que hice a un hombre que murió bendiciéndome, sólo porque en esa linda cabecita le ha entrado una idea tan descabellada como la que acabas de manifestar.

-No vas a ablandarme con historias sentimentales...

-Entonces tendré que concretar las cosas: he prometido, he jurado ayudar al muchacho.. No creo que pueda molestarte en lo más mínimo. Yo mismo me encargaré de educarlo...

-¿Cómo a otro hijo...? -insinúa amargamente Sofía.

-Como un amigo y leal servidor de Renato -corta, tajante, D'Autremont-. Le enseñaré a quererlo, a defenderlo," a prestarle su ayuda y su protección cuando llegue el caso.

-¿Su protección?

-¿Por qué no? Nuestro hijo no es fuerte ni audaz.

-Me lo echas en cara como si yo fuera la culpable.

-No, Sofía, no quiero llevar esta discusión adelante, pero si hemos de considerar la verdad, nuestro hijo, por un exceso de cuidados y mimos de tu parte, no es lo que debiera ser para las luchas y responsabilidades que caerán sobre él el día de mañana. Ya te lo dije antes: le falta valor, fuerza, audacia. Tiempo es que comience a adquirirlas cuanto antes'.

-Mi hijo irá a educarse a Europa. No quiero que se haga hombre en este medio salvaje.

-Tengo para él proyectos contrarios: quiero que se haga hombre aquí, que conozca a fondo el terreno en que ha de desenvolverse, que sepa gobernar, el día de mañana, el pequeño reino que voy a legarle. Si hubiéramos tenido una niña, serías tú la que dijeras sobre ella la última palabra. Es un muchacho y necesito que se haga un hombre. Por eso hablo y mando.,

-¿Y ese chiquillo que trajiste...?

-Ese chiquillo es casi un hombre ya, y servirá a las mil maravillas para mi empeño. Me encargaré de enseñarle que todo se lo debe a Renato y que es su deber dar la vida por él si es preciso. ¡Esa será mi venganza!

-¿Venganza de qué?

-Del destino, de la suerte, o como quieras llamarle. Te ruego que no hablemos más del

asunto, Sofía. Déjame a mí arreglar las cosas.

-*¡Júrame* que lo que me has dicho es verdad!

-Puedo jurártelo. No te he dicho nada que sea mentira. Además, no estoy haciendo nada con carácter definitivo. Sólo trato de darle al muchacho una oportunidad de probar que vale la pena ayudarlo. De lo que él me demuestre ser, dependerá su porvenir. Si tiene en las venas la sangre que dice que tiene, sabrá demostrarlo.

-¿Qué sangre?

-¿Dan ustedes su permiso?

-Es Pedro Noel, que llega en el preciso instante en que la situación se hace ya insostenible entre los esposos.

-Adelante, Noel -invita D'Autremont, aspirando profundamente y agradeciendo en su fuero interno la llegada de su amigo-. Llega usted en el momento oportuno de que tomemos ese aperitivo de que hablé antes. No te molestes, Sofía. Yo mismo ordenaré que lo traigan. -Y al decir esto se aleja, dejando solos a Sofía y a Noel.

Sofía ha hecho un vago ademán de detenerle, tensa el alma en la respuesta no obtenida a sus últimas palabras, pero queda inmóvil, turbada por aquella mirada con que Pedro Noel parece envolverla, adivinando hasta sus más recónditos pensamientos.

-A veces vale más no ahondar demasiado en las cosas, ¿verdad? Admitir, sin profundizar demasiado, que hasta los mejores hombres tienen, caprichos, debilidades y cometen errores lamentables, que con un poco de indulgencia pueden disimularse,-evitando males mayores.

-¿Qué trata de decirme, señor Noel?

-En concreto nada, señora. Hablaba por hablar, como hablo muchas veces; pero mientras cruzaba esta preciosa casa, para acercarme aquí, pensaba que son ustedes un matrimonio realmente dichoso y que conservar esa felicidad merece cualquier pequeño sacrificio de amor propio.

-¿Para qué me está preparando. Noel?

-Para nada, señora... ¡qué ocurrencia! Es usted demasiado sensata para necesitar de un consejo mío, mas si por casualidad me preguntara cuál es en mi opinión la mejor forma de llevarse con el señor D'Autremont, yo le respondería que esperara. Mi padre, que fue notario de los D'Autremont, en Francia, me decía siempre: "La cólera de un D'Autremont es como un huracán: violenta, pero pasajera". Oponerse a ella en el momento del arrebato, es una verdadera locura. Pero pronto pasa, y entonces es el momento de reparar lo que destrozaron...

4

-¿VES QUE BIEN estás? Pareces otro. Mírate en el espejo -dice Renato a Juan.

-¿El espejo...?

-El espejo, claro... Aquí. Mírate. ¿No habías visto nunca un espejo?

-Tan grande, no. Es como un pedazo de agua quieta.

-No le pases la mano, que lo empañas -prohíbe Bautista, el criado-. ¡Habráse visto el salvaje.. .!

-Déjale en paz. Papá dijo que no lo molestara nadie.

-¿Y quién lo está molestando? ¿Qué más quiere él? Juan ha retrocedido un paso para mirarse de pies a cabeza en el espejo que tiene delante. Es, efectivamente, como un gran trozo de agua quieta que le devuelve entera su imagen... una imagen en la que parece otro, aunque es la primera vez, en los doce años de su vida, que puede contemplarse como ahora lo está haciendo. Hay un gran asombro de si mismo en la oscura mirada. Aunque tiene la misma edad que Renato D'Autremont, es bastante más alto; su cuerpo, delgado y musculoso, tiene agilidad de felino; sus manos son anchas y fuertes, casi como las de un hombre; su frente es amplia y

altanera, y sus rizados cabellos negros, ahora peinados hacia atrás, la dejan libre, dándole un vago parecido con el señor de Campo Real; la nariz es recta; la boca, firme y apretada en gesto amargo, que haría demasiado duro aquel rostro infantil sin los grandes ojos negros, aterciopelados... aquellos admirables ojos italianos, iguales a los de Gina Bertolozi.

-Ahora, ven para que te vean papá y mamá.

-¿Con el señor...? ¿Con la señora...?

-¡Pues claro! El señor y la señora son papá y mamá.

-Para ti, pero no para éste -interviene Bautista, despectivo-. Yo creo que no debes llevarlo al salón.

-¿Por qué no? Papá me dijo que tenía que enseñarle toda la casa, mis libros, mis cuadernos, mis trebejos de pintar, mi mandolina y mi piano.

-Enséñale todo lo que gustes, mas si no quieres disgustar a la señora, 'no lo lleves al salón, ni a su cuarto, ni a donde ella pueda mirarle. ¿Entendiste? Y tú, entiéndelo también: si quieres quedarte en esta casa, no te pongas por delante a la señora.

Solo, en aquella aislada habitación que es a la vez biblioteca y despacho, Francisco D'Autremont ha vuelto a leer la carta que hundiera, arrugada, en sus bolsillos. La ha leído lentamente, desmenuzándola, deteniéndose en cada palabra, tratando de penetrar hasta el fondo cada una de sus frases. Después va hacia la pared central y, apartando unos libros, busca en el fondo de un estante la puerta disimulada de una pequeña caja de hierro, y arroja allí el papel, como si le quemara las manos.

-¡Eh! ¿Quién anda ahí? -indaga al oír cerrarse, cautelosamente, una puerta.

-Yo, papá.

-Renato, ¿qué haces escondiéndote en mi despacho?

-No estaba escondiéndome, papá. Entraba para darte las buenas noches...

-En todo el día no había vuelto a verte. ¿Dónde estabas?

-Con Juan...

-Podías haberte acercado con Juan. ¿Cómo le quedó, por fin, tu traje?

-Como hecho para él. A mí me quedaba grande, muy grande. Lo que no le sirvieron fueron mis zapatos. Se lo mandé decir a mamá con Bautista, mas ella dijo que no importaba que estuviera descalzo. Pero eso es feo, ¿verdad?

-Sí, muy feo. ¿Dónde está ahora Juan?

-Lo mandaron acostarse.

-¿Dónde...?

-En el último cuarto del patio de los criados -explica el muchacho, en tono compungido-. Bautista dijo que así lo mandaba mamá.

-¡Ya! ¿Y por qué no te acercaste a mí en todo el día?

-Porque andaba con Juan, y Bautista dijo que mamá no quería que Juan se le pusiera por delante. Y como tú has estado todo el día con mamá... Claro que tú me habías mandado llevarlo por toda la casa, mas como dijo eso Bautista... ¿Hice mal?

-No. Tienes que obedecer a tu madre, como es natural.

-¿Y a tí no?

-A mí más que a nadie -contesta D'Autremont, tajante-, Mañana nos pondremos de acuerdo tu madre y yo. Ahora, ve a acostarte. Buenas noches. ..

-Buenas noches, papá.

-Aguarda... ¿Qué te parece Juan?

-Me encanta.

-¿Te has divertido con él? ¿Has jugado? ¿Le has enseñado tus cosas?

-Si, pero no le gustaron. Estaba muy serio y muy triste. Después salimos al jardín... nos fuimos más allá, y entonces comenzó lo bueno: Juan sabe montarse en los caballos sin ensillarlos, y tirar piedras, tan fuerte y tan alto, que alcanza a los pájaros que van volando... Y caza lagartijas y sapos. Cogió viva una serpiente con una horqueta que hizo de un palo, y le

dio vuelta y la metió en una caja. Y no lo mordió, porque él sabe cómo agarrarla. Me dijo que si tuviéramos un bote iba yo a ver cómo se pesca... porque él sabe tirar las redes y sacar peces.

-Me lo imagino. Supongo que ése fue su oficio.

-¿De veras, papá? ¿No es mentira que él puede andar solo en un bote por' el mar?

-No es mentira... pero sigue contándome. ¿Qué más pasó con Juan?

-Se burlaron de él en la barranca porque andaba descalzo y con mi traje de paño azul... Le dio una trompada al que estaba más cerca, el cual era más grande que él, y lo tiró de espaldas. Los demás se fueron. Pero no vas a castigarlo, ¿verdad, papá?

-No. Hizo lo que me gustaría que tú hicieras si se rieran de ti alguna vez.

-Pero de mí no se ríe nadie... Se quitan el sombrero cuando paso, y si los dejo, me besan la mano.

D'Autremont se ha puesto de pie con gesto extraño. Ha acariciado la rubia y lacia cabellera de su hijo; lo empuja suavemente hasta la puerta del despacho y lo despide:

-Vete a dormir, Renato. Hasta mañana.

Francisco D'Autremont ha cruzado su enorme casa, llevando en la mano una pequeña lámpara de petróleo, ha atravesado el patio de los criados hasta llegar a la entornada puerta de aquel último cuarto, donde sobre un jergón de paja, rendido por las duras emociones del día, duerme el pequeño Juan.

Un instante alza la luz, iluminándolo. Mira el pecho desnudo, la cabeza bien formada, el rostro de nobles y regulares rasgos... Así, con, los ojos cerrados, parece borrarse en él el parecido maternal, y los duros rasgos de la raza paterna destacan en el rostro infantil...

-¡Hijo! ¿Hijo mío...? ¡Quizás... Quizás... ¡ Una duda sutil y penetrante, una duda que al brotar parece romper en su corazón algo duro y frío, subiéndole del pecho a la garganta, como puede subir la lengua quemante de una llama, ha inundado el alma de Francisco D'Autremont. Solo, contemplando a aquel niño que duerme, ha sentido por fin el impulso buscado en vano desde antes... Puede que Bertolozi no mintiera, puede que fueran verdad sus últimas palabras... Y, por primera vez, no es un sentimiento indefinible, mezcla de curiosidad y rencor, lo que le llena el alma. Es como un hondo orgullo, como una profunda satisfacción, un violento deseo de que, en verdad, sea de su propio tronco aquélla rama robusta, ruda y audaz, síntesis ardiente de su espíritu de aventura y de combate. Cualquier hombre podría estar orgulloso de pensar hijo suyo a aquel muchacho extraordinario, endurecido como un hombre frente a la desgracia, y la pregunta se hace afirmación en sus labios:

-¡Hijo mío! ¡Sí! ¡Hijo mío...!

Con emoción que le hace temblar, descubre los rasgos iguales: la frente recta y altanera, las cejas anchas y pobladas, el enérgico mentón cuadrado y duro, los largos brazos musculosos, el pecho alto y ancho... y, por contraste doloroso, piensa en Renato, rubio y frágil, aun cuando brilla en sus ojos claros la mirada de una inteligencia superior; en Renato, tan igual a su madre, heredero legal de su fortuna y su apellido, su único hijo ante el mundo...

-¡Francisco! -le interpela Sofía con voz alterada, penetrando en el humilde recinto-. ¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí? ¿Qué significa esto?

-Soy yo el que puedo preguntarte -dice D'Autremont, rehaciéndose de la sorpresa-. ¿Qué significa esto, Sofía? ¿Por qué no estás ya descansando?

-¿Puedo acaso descansar, cuando tú...?

-Cuando yo, ¿qué? ¡Acaba!

-Nada... pero quisiera saber desde cuándo vas tú, con una lámpara, comprobando y velando el sueño de los criados.

-¡No es un criado!

-¿Qué es? ¡Dilo de una vez! ¡Dilo!

-¿Eh? ¿Qué? -es Juan que despierta a causa de las alteradas voces-. El señor D'Autremont... La señora...

-No te muevas... quédate donde estás... Duerme... descansa. .. y mañana ve a buscarme

en cuanto te levantes -le aconseja D'Autremont.

-¡Para que me hagas el favor de llevártelo de esta casa!

-¡Calla! ¡No vamos a hablar delante del muchacho! Bruscamente la ha tomado del brazo, obligándola a salir al patio, encendidos los ojos con aquel arrebato de cólera violenta que le es tan peculiar, y con ira a duras penas contenida, la acusa:

-¿Es que has perdido el juicio, Sofía?

-¿Crees que me falta razón para perderlo? -se exalta Sofía-. ¿Crees que no tengo motivos para estar desesperada? ¡Estabas ahí, viéndole dormir, contemplándole como nunca miraste a nuestro Renato!

-¡Basta, Sofía, basta...!

-¡Ese niño es tu hijo! No puedes negarlo. Es tu hijo. Tu hijo... y de alguna de esas perdidas con las que siempre me has engañado. ¿De qué charca lo sacaste para traerlo a mi hogar, para darlo por compañero a mi hijo?

-¿Vas a callarte?

-¡No! ¡No me callaré! ¡Que me oigan los sordos! ¡Porque no voy a tolerarlo! ¡Es hijo tuyo y no lo quiero aquí! ¡Sácalo de esta casa! ¡Sácalo, o seré yo la salga con mi hijo!

-¿Quieres dar un escándalo?

-¡No me importa! ¡Saldré para Saint-Pierre! El Gobernador. ..

-¡El Gobernador no hace sino lo que a mí me de la gana!

-asegura D'Autremont bajando el tono de voz, que lo vuelve más amenazador-. ¡Vas a hacer el ridículo!

-El Mariscal Pontmercy fue amigo de mi padre, conoce a mis hermanos... ¡El tendrá que ampararme! ¡Porque yo...!

-¡Calla! ¡Calla!

-¡Papá.. .! ¿Qué le haces a mamá...? -grita Renato, acercándose angustiado.

D'Autremont ha soltado el cuello blanco que ya locamente apretaban sus manos; ha retrocedido tambaleante, mientras su hijo le hace frente con impulso fiero:

-¡No la toques! ¡No le hagas daño, porque yo... yo...!

-¡Renato! -reprende D'Autremont.

-¡Yo *te mato* si tú le pegas a mamá!

D'Autremont ha retrocedido aun más, apagada de pronto su rabia, totalmente desconcertado... Un momento mira sus manos que llegaron hasta el cuello de Sofía, luego; bruscamente, vuelve la espalda y se pierde entre las sombras...

-¡Renato!... ¡Hijo!.... -exclama Sofía, rompiendo a llorar.

-Nadie te hará daño, mamá. Nadie va a hacerte nunca daño. Al que te haga daño, *¡yo lo mato!*

5

-¿QUE ES ESO? ¿El señor D'Autremont...? -Es Noel, el notario, quien hace la pregunta a Bautista, el criado.

-Sí... Es el caballo blanco del amo... El diablo anda suelto en esta casa desde que llegó ese maldito muchacho.

-¡Calle! ¡Calle! ¡Algo ha tenido que pasar...! Pedro Noel ha salido apresuradamente de la lujosa alcoba donde le han instalado. No le basta mirar por la ventana. Sale al ancho portal que rodea la casa, baja las escalinatas de piedra, sigue con ojos sorprendidos la blanca silueta de aquel caballo que a la luz de la luna se pierde ya sobre los campos, *Y* exclama:

-¡Señor... Señor...! ¡Pero qué barbaridad!

Otros ojos han visto alejarse la arrogante figura que es Francisco D'Autremont sobre su caballo favorito. Otros ojos infantiles, abiertos de sorpresa, acaso de espanto. Es Juan. Todo lo ha oído desde aquel último cuarto del patio de los criados, y ahora, fuera ya de la casa, corre como trastornado hasta que una mano cae sobre su brazo, reteniéndole rudamente...

-Y tú, a dónde vas? -inquiere Bautista.

-A dónde vas, te estoy preguntando...

-Yo iba... Yo...

-No tienes que ir a ninguna parte sino a la cama, a donde te han mandado hace ya dos horas...

-Es que el señor D'Autremont...

-No te importa lo que haga .el señor D'Autremont.

-Pero la señora Sofía...

-Esa menos te importa lo que haga.

-Es que yo vi, yo oí. .. Yo no quiero que por culpa mía...

-En lo que pase por culpa tuya, tampoco te tienes que meter. Tú no te gobiernas ni te mandas. *Te* han traído para que obedezcas y para que te calles. Anda a tu cuarto. Anda a tu cama, si no quieres que te lo diga de otra manera. ¡Anda! -Le ha dado un rudo empujón, metiéndolo en el cuarto, y cerrándolo con llave.

-¡Ábrame! ¡Ábrame! -grita el muchacho, golpeando con tuerza la puerta.

-¡Cállate, condenado! Ya te abriré cuando venga el amo. ¡Cállate!

-Ana, necesito hablar inmediatamente con la señora.

-La señora no quiere ver a nadie, señor Noel. Tiene la jaqueca... y cuando la señora tiene la jaqueca, no quiere ver a nadie.

La voz lenta, sin modulaciones, empalagosa y recargada de la doncella favorita de la señora D'Autremont, se extiende como blanda barrera deteniendo el ímpetu del notario, que iba a cruzar ya bajo los cortinajes que dan entrada a las habitaciones privadas de Sofía.

-Lo que tengo que decirle es importante -porfía Pedro Noel.

-La señora no oye a nadie cuando le duele la cabeza. Dice que cuando le hablan, le duele más. Además, es muy temprano.

-Anúnciame, dile que es urgente, y ya verás cómo me hace pasar.

La doncella mestiza ha sonreído mostrando su dentadura blanca, mientras mueve la rizada cabeza adornada con una diminuta cofia de encaje a la moda francesa. Suave y tozuda, terca y mansa, parece tener el don de agotar la paciencia del notario.

-¿No has oído que avises a tu señora? ¿Por qué te quedas ahí parada?

-Para avisarle a la señora tengo que hablarle, y la señora no quiere que le hablen cuando le duele la cabeza...

-¿Qué pasa.. .? -interrumpe Sofía, saliendo de su alcoba.

-Perdóneme, señora, pero es necesario que hablemos unos minutos... Es importante.

-Mucho debe serlo cuando viene usted a las seis de la mañana.

-Es que el señor D'Autremont no ha regresado desde anoche en que salió a caballo.

-¿No ha regresado?

-No, señora, y nadie sabe a dónde fue ni por qué salió de ese modo. Yo le vi pasar como alma que lleva el diablo y pregunté a los sirvientes, pero ninguno pudo darme razón.

Sofía ha hecho un leve gesto de cansancio, apoyándose en su doncella. Ni las lágrimas largamente lloradas, ni. la noche de insomnio cambian en nada su aspecto siempre igual: pálida, frágil como una flor de invernadero semiasfixiada entre estufas, da la impresión de escuchar siempre por primera vez hasta las cosas que mejor sabe. En este caso, sus labios se aprietan levemente y un breve y rojo relámpago de rencor cruza por su mirada.

-¿Qué es lo que pretende usted que yo sepa. Noel?

-Dicen que salió después de hablar con usted. Yo sé que estos días ha sufrido emociones muy desagradables, que se encontraba en un desastroso estado de inquietud, de zozobra, de

violencia contenida...

-Pues sabe usted más que yo. Por lo visto, es el triste destino de las mujeres: que no se nos entere de nada. Ha venido usted al peor lugar a informarse...

El notario ha buscado al niño, con la mirada inquieta, pera Renato ha aprovechado la oportunidad para salir de las habitaciones de su madre. Ya del otro lado de las cortinas, se detiene un instante para oír con interés las palabras del notario.

-Me atrevería a pedirle un poco de paciencia para el señor D'Autremont en estos días, señora. Usted es la única persona que puede aliviar su carga o hacerla más pesada; porque, aunque tal vez haya usted llegado a dudarlo, su esposo la adora, Sofía.

-Pues tiene una extraña manera de adorarme -se lamenta Sofía, con amargura-. Pero eso, desde luego, es un asunto personal y privado. Concretando: no *sé* a dónde ha ido Francisco ni por qué ha pasado la noche fuera de casa. Y ahora, excúseme, estoy muy ocupada: preparo mi viaje a Saint-Pierre, con Renato. Puede decírselo a mi esposo si es él quien le ha enviado a informarse de mi estado de ánimo. Salgo para Saint-Pierre y ya envié una carta al Mariscal Pontmercy para que me haga el favor de recibirme apenas llegue yo a la capital.

Libre de la compañía de su madre y de la vigilancia de Ana, Renato se ha alejado a buen paso. Su cabeza arde... las ideas y los sentimientos parecen girar dentro de él en revuelta amalgama. Aquellas duras palabras que jamás escuchara entre sus padres, aquella violencia de Francisco D'Autremont, a la que hizo frente por amor de hijo y por instinto de caballerosidad, todo el cúmulo de sucesos extraños que parecen girar en torno suyo, se agolpan sobre el cielo azul de su feliz infancia, haciéndole sentirse, por primera vez en su vida, terriblemente desdichado. No quiere hablar a los: sirvientes, no quiere aumentar con comentarios la pena de su madre... pero necesita confiar a alguien la angustia, que llena su corazón de niño. Piensa en su amigo... Por eso busca a Juan. Pero el cuarto en qué le creía encerrado, está vacío. De la ventana abierta sobre el campo, falta un barrote qué deja al descubierto el hueco por donde Juan escapara... Lo busca .con un ansia nunca sentida, con la amarga sensación de desamparo de quien ve vacilar, por primera vez, a los que fueran para él evangelio y oráculo: sus padres...

Por la misma brecha que abriera Juan, Renato se desliza también,, saltando a la pendiente al mismo tiempo que llama a gritos al fugitivo:

-¡Juan... Juan...!

Acaba de verlo, ya bastante lejos de la casa, junto a aquel arroyo de cauce pedregoso que baja a saltos desde la montaña, impetuoso y violento como lo es todo en aquella isla surgida de los mares al soplo de un volcán, y llega hasta él, sofocado por la carrera.

-Juan, ¿por qué no contestabas?

Despacio, Juan se ha puesto de pie, mirándolo casi con desagrado. Siente por él una especie de rencor. Es tan distinto a todos los muchachos que él viera hasta entonces... Con aquel rubio y lacio cabello demasiado largo, el ceñido calzón de pana, la camisa de seda blanca... es como un muñeco de porcelana que se hubiera escapado de uno de los adornos- del salón. Pero Renato le sonríe de un modo varonil y franco, y los claros ojos le miran afectuosos, sinceros, en una corriente de irresistible simpatía, a la que "Juan del Diablo" resiste encogiendo los hombros...

-¿Para qué andas gritando? ¿Quieres que me atrapen?

-¿Acaso te escapaste?

-¡Claro! ¿No me ves?

-Humm... Bautista le dijo a Ana que te había encerrado para que no molestaras; y yo, en cuanto pude, me escapé del cuarto de mamá para ir a abrirte la puerta.

-Para no molestar, me largo.

-¿Largarte? ¿Quieres decir que te vas?

-Pues claro. Pero no sé por dónde... ¡No quiero estar aquí más!

-Pero papá quiere que estés, y yo también. Eres mi amigo y no voy a dejarte. No te vayas, Juan. Yo, ahora, también estoy triste... El señor Noel le dijo a mamá que tú habías sido

muy desgraciado, que habías sufrido ya demasiado para tus años, y yo, entonces, no lo entendí bien, porque no sabía lo que era sufrir de verdad.

-Y ahora lo sabes?

-Sí... porque ahora estoy triste. Papá, de pronto, se volvió malo.

-¿De pronto? ¿Nunca habían peleado antes?

-No... Nunca. ¿Pero cómo sabes que pelearon? ¿Estabas despierto anoche?

-Ellos me despertaron...

-¿Quiénes? ¿Papá y mamá? Pues a mí, no. Yo estaba levantado. Papá me había mandado dormir, pero yo, a veces, no le hago caso. De pronto lo vi pasar y pensé que iba a regañarte por lo que yo le había contado que hiciste en la tarde. Después pasó mamá, entonces esperé un rato, hasta que oí que gritaban, y cuando llegué... Bueno, si estabas despierto lo oíste todo. Papá... -la voz se quiebra en su garganta-. Papá se portó mal con mamá.

Ahora es él quien rehuye la 'mirada de Juan, como si le avergonzara pensar que éste había escuchado la escena pasada. Pero Juan aprieta los labios sin responder, sintiéndose hombre frente a Renato, con la instintiva conciencia de que debe callar, seguir callando aquel secreto torturante que no sabe si es mentira o verdad...

--Yo no sé cómo empezó la pelea. Oí que mamá quería ir a Saint-Pierre y que papá no quería dejarla. Y se puso furioso cuando ella dijo que iría de todos modos a ver al Gobernador y al Mariscal ese... que no sé ni cómo se llama, pero que era amigo de mi abuelo... Y entonces... si lo oíste, ya lo sabes. Tuve que meterme para defender a mamá y papá y yo quedamos peleados. El se fue a caballo y todavía no ha vuelto a la casa. Por eso estoy triste...

Renato ha aguardado una respuesta, un comentario, pero nada responde Juan, ceñudo y silencioso, por lo que interroga con suavidad:

-¿Tú crees que papá no volverá más? Yo sé que hay hombres que se enojan mucho y se van para siempre de su casa.

-Seguro que vuelve.

-¿Crees que vuelva? ¿De verdad? -exclama Renato, con alegría. Mas acto seguido, le invade la preocupación-. ¿Pero seguirá peleando con mamá si vuelve? ¿Y a mí, Juan? A mí, ¿crees que papá no va a quererme más?

-¿Querer...?

-¿No sabes lo que es querer? ¿Nunca te quisieron? ¿Nunca quisiste a nadie? ¿Ni a tu mamá?

-Yo no tuve...

-Todos tienen. Será que no te acuerdas. Las mamas son muy buenas y cuando uno es pequeño lo cuidan mucho y lo duermen en los brazos. Todos tienen. Hasta los mas pobres, los que viven en las barracas., . Algunos no se acuerdan, pero todos tuvieron madre. .. -De pronto se voltea y exclama-: ¡Oh! Mira esa gente que viene por allá.

-¡Ahí Sí... parece como que traen un muerto...

-¿Un muerto?

-¿No sabes lo que-es un muerto? ¿Nunca viste un muerto?

-No, nunca lo vi. Pero... eso no es un muerto. .. Es una camilla de ramas. Traen a un hombre acostado.

-Herido o muerto...

-[Es papá! -casi grita Renato, con el espanto reflejado en su blanco rostro-. ¡Es papá!

6

-¿QUE SUCEDE? -SE alarma Sofía.

-Aun vive, señora -responde Pedro Noel, triste pero sereno a la vez-. Y mientras hay vida, hay esperanza.

Anonada, derrumbada por la brutal impresión de la noticia, Sofía se ha desplomado sobre los almohadones de un sofá, cubriéndose el rostro con las manos, mientras musita:

-¡Francisco... ¡ ¡Francisco...!

-Desde que le vi salir de esa manera, temí un accidente. Por eso hice que le buscaran por todas partes.

-Pero, ¿qué ocurrió? ¿Cómo fue? -quiere saber, en su angustia, la señora D'Autremont.

-Supongo que, en su cólera, hizo galopar al caballo hasta desbocarse por senderos muy escarpados. Naturalmente, fueron a dar al fondo de un barranco. Salió loco, ciego de ira... ¡Ni siquiera permitió que le ensillaran el caballo!

-¿Dónde está? ¡Quiero verlo!

-Ahora le traen. Me adelanté para prevenirla, y ya envié un hombre con el caballo más rápido, a traer un médico de la capital. Cayó de una gran altura... ¡Ahí están ya!

-Francisco... Francisco mío, ¿puedes verme? ¿Puedes oírme?

Inclinada sobre el lecho amplísimo, conteniendo con esfuerzo las lágrimas que se agolpan en sus párpados, Sofía D'Autremont espera con ansia la palabra que puedan pronunciar los labios temblorosos de Francisco; pero es inútil, sólo los párpados se alzan con esfuerzo y la mirada vaga se fija en ella: mirada de un alma que se desprende ya de las ligaduras terrenales.

-¿Me oyes? ¿Me entiendes? ¡Francisco... Francisco mío!

-Creo que es inútil... -expresa Noel tristemente.

-¡No... no diga eso! -se desespera Sofía-. Ese médico, ese médico que mandó usted buscar, ¿cuándo estará aquí?

-Me temo que tarde bastante. Por desgracia, se ha perdido mucho tiempo. El accidente ha debido sufrirlo hace varias horas ya... Y luego, traerlo hasta aquí...

-Re... nato -susurra, con esfuerzo, D'Autremont.

-¿Eh...? -Es Sofía que siente aletear en su corazón un hálito de esperanza.

-Renato... -vuelve a murmurar D'Autremont.

-Ha dicho Renato -comenta Sofía.

-Sí; llama a su hijo -explica Noel-. Lo llama, quiere verle, quiere hablar con él. ¿Dónde está? ,

-¡Renato... hijo! ¡Ven acá!

Sofía ha alzado la voz y ha ido hacia la puerta, donde los dos muchachos, mudos, tensos, cogidos de la mano, contemplan la dolorosa escena, y de un brusco tirón los separa arrastrando a su hijo hasta el lecho del moribundo, cuyos párpados han vuelto a alzarse y en cuyas pupilas tiembla la luz de un ansia, de un anhelo imperioso...

-Aquí lo tienes, y aquí estoy yo también. Francisco mío.

-Renato... vas a quedar en mi lugar...

-No digas eso -interrumpe Sofía-. El médico vendrá en seguida y te pondrás bien.

-Pronto serás tú el amo de esta casa... -Ha hecho un enorme esfuerzo, levantando la cabeza para mirar el grupo que forman, junto a él, el hijo y la madre. Y su mano se alza hasta tocar la frente infantil nimbada de cabellos rubios-. Sé que cuidarás de tu madre... que sabrás defenderla cuando yo ya no esté. De eso estoy bien seguro... Pero hay algo más... que quiero pedirte: ¡cuida de Juan Cuida de Juan, Renato... quiérelo y ayúdalo... ¡como si fuera tu propio hermano!

-¡Francisco... Francisco! -se angustia Sofía.

-Perdóname, Sofía... y no impidas que Renato cumpla mi última voluntad. ¡Oh.. .!

-¡Señora... Señora!, el médico está llegando... el médico de la capital está llegando -anuncia Bautista, que se acerca presuroso y sofocado-. Ya lo vieron salir del desfiladero, ya viene para acá...

-Tarde... tarde... ¡demasiado tarde! -grita Sofía, debatiéndose en las garras de la

desesperación.

7

LOS FUNERALES DE Francisco D'Autremont duran ya tres días. La viuda no quiso que fuese trasladado a Saint-Pierre, y es en la pequeña iglesia de Campo Real, aquella finca con honores de pueblo, donde su cuerpo ha sido puesto en capilla ardiente entre cirios y flores, y a donde llegan a rendirle el postrer homenaje, desde los más humildes hombres que trabajan sus tierras, hasta las más importantes personalidades de la capital: el Gobernador, los altos funcionarios del Estado, el Mariscal Pontmercy y la alta oficialidad de la fragata, que sólo por eso retrasó su hora de zarpar. En la amplísima casa, en los jardines, en los caminos, es el ir y venir silencioso y constante: un ajetreo sin sonrisas ni alegría, que, transida de dolor el alma, con un hondo y contenido tormento que no desborda en sollozos ni en lágrimas, preside la frágil mujer que le ha sobrevivido, contra lo que todo el mundo podría esperar.

Olvidado de todos, el lujoso traje de paño azul roto y manchado, los cabellos revueltos y los pies desechos, ronda Juan la pequeña iglesia blanca con una ansia incontenible de acercarse al que yace para siempre, al que le mandaron aborrecer los labios de Bertolozi, y al que extrañamente, sin embargo, ama con un sentimiento contuso, sordo, profundamente doloroso, que le hace sentir una sensación de desamparo como no la sintió nunca en su abandono, y murmura para sí:

-¡Padre! Era mi padre... Era mi padre... Ya está junto al féretro, en la capilla atestada de flores, donde milagrosamente no hay nadie en este instante... sólo la frágil forma enlutada de una mujer a quien el muchacho no ha visto, una mujer que se acerca temblando de cólera, apenas le ve apoyar las manos en el borde de la caja mortuoria. Es Sofía que. con ira apenas contenida, le grita:

-¿Qué haces aquí? ¿Por qué has entrado aquí? ¡No tienes nada que buscar! ¡Vete! ¡Lárgate! ¡Vete donde yo no te vea más! ¡Vete para siempre, maldito!

Ciega de una cólera que en vano trata de ahogar en su garganta, Sofía ha señalado a Juan la puerta de la capilla, mientras el muchacho retrocede trémulo, sintiendo que el gesto y las palabras de aquella mujer le hieren y le ofenden como nadie le ofendió jamás. Ahí, muy cerca, para siempre inmóvil y helado en su lujosa caja, está el hombre que le dio el ser, el padre que con tardío arrepentimiento trató de ampararle. Y es la primera vez en sus doce años, que en su corazón hosco y selvático está a punto de florecer un sentimiento de ternura... Pero de un golpe, la voz y las palabras de aquella mujer lo han destrozado. Retrocede, la mira de frente y sale como un sonámbulo, mientras Renato D'Autremont se acerca por la puerta contraria, indagando:

-Mamá, ¿qué pasó? ¿Por qué echas a Juan?

-¡Deja tranquilo a Juan! Quédate aquí, al lado, junto al féretro de tu padre... donde debes estar.

-Pero papá mandó...

-¡Calla!

Le ha apretado el brazo, obligándole a callar, mientras en la puerta del frente, de par en par abierta sobre el campo, aparecen ya las figuras imponentes del Gobernador y del Mariscal Pontmercy.

Comienza la hora más solemne de los suntuosos funerales. Los dedos de Sofía se aflojan soltando el brazo de Renato, las lágrimas acuden a sus ojos, y un sollozo amarguísimo estalla al fin en su garganta, mientras Renato escapa de allí...

-¡Juan... Juan!

-Déjame, Renato. Me voy ahora mismo...

-¡No puedes irte! Papá no quiere que te vayas!

-La señora me ha echado.

-Ya lo oí... pero no importa. Papá me mandó que te cuidara.

-¿Tú? ¿Cuidarme tú?

-¿Qué te crees? Después de papá y mamá, soy yo el que manda.

-Ahora tu papá está muerto y la única que manda es la señora. Ella no quiere verme más... Me dijo que me fuera...

-Que te fueras de la iglesia, pero no de Campo Real. Saint-Pierre está muy lejos. Tienes que ir en coche o a caballo. Además, no van a dejarte salir.

-¿Quién no va a dejarme?

-Los criados, los trabajadores... y los soldados. ¿No viste cuántos soldados hay?

-Sí... pero no tienen nada que ver conmigo.

-Sí tienen que ver. *Papá* no quería que te fueras. Todo mundo lo sabe. Si te ven, te sujetarán, te encerrarán...

-¡Y me escaparé!

-No sabes el camino...

-Sé que caminando por la orilla del mar, siempre llega uno a Saint-Pierre.

-Bueno... si encuentro un bote, llegaré antes.

-¿Y pescarás en el bote?

-Claro, puesto que tengo que comer.

-¿Te comes el pescado que pescas, así, igual que lo sacas?

-Es mejor que morirse de hambre.

-¡Llévame contigo, Juan!

-¿A ti? ¿Estás loco?

-¡Llévame contigo! Yo quiero aprender a pescar y a manejar un bote. Cuando sea grande, seré marino y mandaré una fragata, como el Mariscal.

-Cuando seas grande, irás de viaje. Ahora no.

-Me voy y luego vuelvo, como hacía mi papá. El siempre dijo que cuando él llegara a faltar, yo mandaría en la casa y seria tanto como él. Ahora, quiero ir contigo y tengo dinero para comprar un bote...

-¿Tienes dinero? ¿Dinero tuyo? ¿Tuyo? -Juan se muestra interesado.

-Pues claro. Tengo mucho dinero en una caja...

-¡Niño Renato! -llama la voz de Bautista, el criado.

-Ya te están buscando -sonríe Juan, despectivo-. Figúrate lo que harían si te fueras.

-Nos vamos con todo mi dinero si me esperas a la noche. ¿Sabes dónde? Allá abajo, al lado del arroyo...

-¡Niño Renato! -vuelve a sonar la voz del criado, ya más cerca.

-Ahora tengo que irme. Me escapé nada más para decirte' que no te fueras. Pero si me llevas contigo, no importa... Nos vamos y cuidaré de ti como quiere que haga mi papá.

-¿Pero estás sordo, niño? -dice Bautista, acercándose donde se encuentran los muchachos-. Tu mamá me mandó a buscarte. Ya tienes edad para entender que debes estar a su lado...

-Ya voy, Bautista. No tienes que gritar...

-No grito, pero la señora se desespera-contesta el criado bajando la voz. Más en seguida, en tono áspero, exclama-: ¡Ah! También me dijo que te buscara a ti y que no te dejara marchar. ¿Entendiste? Espera por ahí a que la señora disponga de tu suerte, porque ahora es ella, y sólo ella, la que manda en esta casa.

Las horas han pasado lentamente. El cuerpo de Francisco D'Autremont se halla ya bajo tierra; los importantes funcionarios que acudieron desde la capital, han regresado a ella tras rendir sus respetos a la viuda, y un silencio espeso, tanto de pena como de agotamiento y de cansancio, cae sobre la suntuosa morada, sobre los fértiles campos, sobre las cien barracas de los trabajadores, cual si un crespón de luto flotara sobre el cielo que ya envuelven las sombras

en la opulenta hacienda de Campo Real.

Sin embargo, hay luz en las habitaciones de Sofía, a cuyas puertas llega Bautista, el más fiel y antiguo de sus servidores, trémulo y demudado.

-Señora... el niño no aparece por ninguna parte.

-¿Qué?

-Cuarto por cuarto hemos buscado, Isabel, Ana y yo, por toda la casa. He mandado a recorrer los campos y a preguntar por las barracas,. pero tampoco está.

-¡Era lo único que faltaba!

-Señora D'Autremont... me dijo Ana... -Es Pedro Noel, que irrumpe en la alcoba de Sofía.

-Renato ha desaparecido -explica, angustiada, Sofía-. No lo encuentran, no dan con él. Lo han buscado por todas partes.

-Por favor, cálmese... No puede haber ido muy lejos. Estaba junto a usted hace una hora escasa. Se habrá escondido en algún rincón, como hacen los niños cuando tienen pena...

-Si mi hijo tiene pena, debe estar a mi lado.

-Efectivamente; pero son reacciones extrañas de las criaturas. ¿Qué razón de él da Juan?

-Esa es otra -interviene Bautista-. Lo primero que hice fue buscarlo para preguntarle si sabía del niño, pero el tal Juan tampoco aparece por ninguna parte.

-Pues deben estar juntos -supone Noel.

-Es lo que temo. Que el tal Juan arrastre al niño, quién sabe a qué extravagancias. Es peor que una fiera el tal muchacho. Es un verdadero salvaje...

-Cuando yo digo... -se queja Sofía.

-Basta, Bautista. No alarme a la señora más de lo que está -ordena el notario.

-Usted sabe que le tomamos por loco en Saint-Pierre -recuerda Bautista-, cuando entró a llevarle al señor aquella carta...

-¿Qué? ¿Qué carta? -interrumpe Sofía, animosa y alarmada.

-Le ruego que se calme -suplica Noel suavemente-. Cuando sucede una desgracia, todo son pronósticos trágicos. Pero no hay verdadera razón para alarmarse. Estoy seguro de que no los han buscado bien. En una hora no puede recorrerse, como pretenden, la finca y la casa. Permítame que sea yo quien me encargue del asunto, señora....

-Yo tengo ya en movimiento a toda la servidumbre, pero ojalá que el tal Juan no haya llevado muy lejos al niño. No me olvido de que pretendía llevar en su bote al señor, aquella noche en que caían chuzos de punta y llovían rayos...

-¿A dónde quería llevarlo? -pregunta Sofía, intrigada.

-Sofía, por favor, cálmese. El muchacho llegó con una carta de su padre, que se estaba muriendo, para pedirle al señor D'Autremont que lo amparara. El asunto no tiene nada de particular. Y ahora, ¡vamos a buscar a Renato!

-Juan... -llama débilmente Renato.

-Aquí estoy. ¿Traes la plata?

-Pues claro. Mírala. Con todo y caja...

-La caja no sirve; echa las monedas en tu pañuelo, y vámonos.

-¿Mi pañuelo?

-Yo no tengo. Me las echas en el tuyo y me haces el favor completo. ¡Anda!

Rudamente, como si aquel viejo rencor contra el mundo entero, que Andrés Bertolozi derramara en su alma, se hubiera despertado en aquellas últimas horas, ardiente y total, Juan casi ha arrebatado de manos de Renato el pañuelo repleto de monedas, acercándolas, para mejor mirarlas, a la clara luz de la luna y, sorprendido, confirma:

-Son monedas de plata...

-Pues claro. Y hay dos de oro. Míralas... Cada una de éstas vale por cien de plata. Papá siempre me regalaba una moneda de oro el día de mi cumpleaños... Muchas las gasté. Se compran muchas cosas con una moneda de oro... Tendremos un bote grande, grande, de esos con velas, y navegaremos en él por todos los mares...

-¿Oyes? -alerta Juan, aguzando el oído.

-Sí -afirma Renato con la mayor tranquilidad-. Nos están buscando, pero no por este lado. Piensan que le tenemos miedo al arroyo crecido...

-Yo no le tengo miedo a nada. Me voy ahora mismo. Ha anudado fuertemente las monedas en el pañuelo, atándolo luego a su cintura. Rápidamente se despoja de la chaqueta, subiéndose las piernas del pantalón y las mangas de la camisa, mientras Renato le contempla fascinado.

-¡Renato... niño Renato...! -Desde lejos llega la voz de Bautista.

-Es a ti a quien buscan -explica Juan, en un murmullo.

-¡Juan... Juan...! ¿Dónde estás? -Se oye también, lejana, la voz de Pedro Noel.

-También a ti te buscan ¿Por dónde nos vamos? -indaga Renato.

-Yo, por el arroyo -dice Juan, al tiempo que chapotea en el agua.

-¡Juan... Juan...! ¡Espérame! ¡Ayúdame... Juan Juan no responde, no vuelve la cabeza. Saltando sobre las piedras, entre el arroyo que se despeña en pequeñas cascadas, va curso arriba, rueda a veces, cuando le falta el pie, hasta el fondo de una poza, pero vuelve a levantarse, se alza agarrándose a las ramas, trepando por las cuerdas naturales que cuelgan sobre el agua, y así se pierde en el fragoso monte...

-¡Renato! ¡Renato!

La voz de su madre ha paralizado al pequeño Renato, dispuesto ya a seguir a Juan. Abrazado a la chaqueta del traje azul que éste dejara en sus manos, los pies hundidos en el barro de la orilla del arroyo, sostiene su primera lucha terrible entre la voz de la aventura que le llama y el tierno amor que siente por su madre, y por fin, de mala gana, contesta:

-Aquí estoy...

-¡Hijo! ¡Mi Renato! -grita Sofía, nerviosísima, abrazando a su hijo-. ¿Qué hacías aquí? ¿Por qué saliste a estas horas de casa?

-Apuesto la cabeza a que lo sonsacó el tal Juan -asegura Bautista.

-¿Pero dónde está él? -se alarma el notario-. ¿Dónde se ha metido? Hay que seguir buscando...

-Estaba con el niño, puedo jurarlo. ¡Mire... mire... le dejó la chaqueta en las manos! Aquí hay una caja... Una caja de plata...

-¡Es mía! -informa Renato.

-Aquí es donde tú guardas tus monedas, Renato. ¿Qué significa esto? -interroga Sofía.

-Nada, mamá...

-¿Cómo nada? Dónde está Juan? ¡Contesta la verdad! ¡La verdad!

-Pues sí, mamá... Íbamos a escapamos... yo quería que me enseñara a navegar y a coger pescados, pero él se fue solo... no quiso esperarme...

-Se fue, pero llevándose tu dinero. ¡Es un ladronzuelo! -afirma Bautista-. Pero si la señora me permite que salga yo a buscarlo...

-No, Bautista. Déjelo. Que se vaya... ¡Que se vaya para siempre! ¡Es lo único que hemos ganado! Vamos a casa, hijo...

Sofía D'Autremont se ha erguido, y un instante su cabeza altiva se vuelve hacia aquel arroyo por donde Juan escapara saltando entre el agua y las piedras, mientras su mano blanca, de dedos nerviosos, aprisiona la de su hijo Renato. Fieramente lo atrae hacia ella, en un gesto que es ternura y dominio, y lo arrastra, alejándose de aquel lugar.

-No le hubiera venido mal al tal Juan recibir una buena lección antes de largarse -comenta como para sí, Bautista, refunfuñando con enojo.

-¿Por qué le tiene tan mala voluntad al muchacho, Bautista? -pregunta Noel con su voz suave.

-Como para no tenérsela, señor notario. Desde que apareció en el horizonte, no ha traído más que calamidades y desgracias. Porque lo que le pasó al señor D'Autremont...

-Más vale que no insista demasiado sobre quién pueda tener una buena parte de culpa por lo que le ocurrió al señor D'Autremont.

-¿Va a decir que fue la señora, señor notario? -se escandaliza Bautista.

-Voy a decir que un niño no es culpable de las circunstancias en que se le trae al mundo; que maltratarle a cuenta de los pecados de sus padres es una cobardía y un crimen.

-¿Todo eso es con la señora, señor notario?

-Todo eso es con usted, Bautista. Y voy a añadir algo más: la señora ha dado orden de que se deje en paz al muchacho. No intente usted ir tras él, porque tropezará conmigo... Además, la última voluntad del señor D'Autremont fue que se amparara a ese niño.

-¡Yo lo ampararía con una estaca! ¡Es un ratero, un ladronzuelo! Empezó por robarle su alcancía al niño Renato y hubiera acabado por robárselo todo si lo dejan crecer en esta casa.

-Esa es su opinión...

-Y muy bien encaminada. Conozco el mundo y no es el .primer caso... La señora sabe... lo mismo que usted y que yo. No vale hacernos los tontos cuando estamos al cabo de la calle.

-Nunca me hago el tonto, pero jamás afirmo más que lo que puedo probar; y en este caso...

-No hay pruebas, ni falta que hacen. No servirían sino para que usted enredara las cosas.

-¿Sabe que su insolencia pasa de la raya, Bautista?

-Pues si le place, déle usted- las quejas a la señora. Ella sabe que no tiene un criado más fiel ni un servidor más leal que yo. Por la señora y por el niño Renato doy mi sangre. Y en cuanto a ese bastardo...

-¡Silencio! [Hay que ver lo alto que ladran los perros en cuanto se apaga la voz del amo!

-Señor notario... Señor notario... -llama Ana, acercándose donde discuten los dos hombres.

-¿Qué pasa?

-La señora está esperándolo en su cuarto, y me mandó que lo buscara y le dijera que fuera para allá pronto, pronto, porque tiene que hablarle. Que se fuera en seguida...

Se ha ido, procurando contener su disgusto, mientras la doncella nativa contempla a los dos hombres con su expresión bobalicona y jovial, dando, vueltas entre los dedos al delantal de encaje, como si la cólera de ambos le divirtiera, y comenta con sorna:

-¡Cuántas cosas van a pasar! A mi me gusta que pasen cosas. Me aburro cuando no pasa nada.

-¡Anda a tus obligaciones, Ana!

-¡Caramba. Bautista! Te salió la voz igual que la del amo. Claro, como vas para mayoral... -se ríe, burlona.

-¿De qué te ríes, tonta? -rezonga Bautista, aflorándole la ira al rostro.

-De las cosas que van a pasar...

-Aquí me tiene, señora, atento a su llamado y dispuesto a servirle en todo, como siempre -se ofrece Noel a Sofía. Y en seguida, le aconseja-: Pero si mi modesta opinión vale de algo, creo que lo único que debe usted hacer es descansar, tomarse unas buenas horas de reposo...

-Sobrará tiempo para descansar después... Tengo entendido que todos los papeles de la casa D'Autremont están en la notaría de usted, ¿no?

-Exacto. Partida de nacimiento, acta de matrimonio, el testamento de nuestro nunca bien llorado amigo D'Autremont... que por otra parte casi es inútil. Todo cuanto hay es, naturalmente, de usted y de su hijo Renato.

-Sé que todo está en orden... pero quiero guardar esos papeles en mi casa. Todos. ¡'Absolutamente todos! ¿Hay algún inconveniente para que los ponga en orden y me los entregue a mí, para que yo los guarde?

-En absoluto -asiente Noel con sorpresa y disgusto-. Estarán listos en una hora si usted lo manda. Saldré inmediatamente para Saint-Pierre, y mañana, si así lo desea, le haré entrega oficial de todo en mi despacho.

-Bautista irá por ellos.,. Es el más antiguo y el mejor de mis servidores. Lo he nombrado Administrador general de la hacienda, y él hará que las cosas marchen.

-¡Pero es absurdo, totalmente absurdo! Y yo quisiera aconsejarle. ..

-No voy a oír ningún consejo suyo. Noel. No pierda el tiempo en dármelo.

-Lamento profundamente su extraña actitud, señora D'Autremont.

-No es extraña, puesto que defiendo a mi hijo...

-¿Su hijo... ? -se sorprende el notario.

-Señora... Señora... -Es Ana que irrumpe en la alcoba, agitada y tartamudeando. '

-¿Qué pasa. Ana? -pregunta Sofía.

-El niño Renato... como que está malo... Isabel me mandó avisarle...

-¿Mal? ¿Quieres decir, enfermo?

-Sí, señora. Como que tiene fiebre y dice cosas raras...

-¡Renato, hijo... Renato...!

Sofía ha caído de rodillas frente al pequeño lecho blanco, donde Renato, abiertos, sin ver, los grandes ojos, húmedo de sudor helado el rubio cabello, se agita en el delirio de una alta fiebre. Tras ella, pálido, demudado, ha llegado también Pedro Noel que se detiene bajo el arco de la puerta, entre las dos doncellas asustadas.

-¿Y el médico? ¿Dónde está el médico? -inquiere Sofía.

-Se fue, señora... como todos.

-¡Que corran a Saint-Pierre a buscarle! ¡Renato, hijo...!

-¡Juan... Juan...! -murmura Renato en su delirio-, Juan... No me dejes.... Llévame contigo... Llévame a navegar... Yo cuidaré de ti... ¡Papá lo ha mandado! Papá dijo... como a un hermano... Como a un hermano... Juan...

-¡Dios mió! -exclama Sofía, en un lamento. Ha retrocedido tambaleándose, sintiendo como si la tierra que la sostiene vacilara. Ira y dolor se clavan al mismo tiempo en su alma, y volviéndose hacia Noel, le espeta-: ¿Y aun se extraña usted por qué defiendo a mi hijo? ¡Tengo que defenderlo con los dientes, con las garras!

-Señora D'Autremont... Nadie le ha atacado. Está usted ciega, y en su egoísmo maternal...

-¡Basta! -le interrumpe Sofía-. ¡Ni una palabra más! ¡Salga usted de esta casal ¡Salga! ¡Salga! ¡Y no vuelva jamás!

8

LA ENFERMEDAD DE Renato fue larga. Durante muchos días tuvo fiebre alta, y cien veces pronunció en su delirio, como uniéndolos para siempre, los nombres de Juan y de su padre. Al fin, una mañana amaneció despejado, reconoció a su madre y lloró en sus brazos... Aquella tarde...

-Vas a ir tú mismo a Saint-Pierre, Bautista.

-Sí, señora. Como usted mande. El niño ya no está en peligro y dice el médico que muy pronto podrá levantarse.

-Apenas se reponga, lo mandaré a Francia. Por eso quiero que recojas los papeles de casa de Noel y entregues esta carta en propia mano al Gobernador. El me ayudará.

-No tengo palabras con qué agradecerle el gran favor que va usted a hacerme, señora Molnar. La molestia de llevar consigo a Renato...

-Por Dios, amiga mía. Si esa no es molestia; al contrario. ¿Qué más puedo querer yo, para este viaje en el que voy sola con mis dos niñitas, que la compañía de un muchacho como Renato, que es casi un hombrecito ya?

-Confío en que sepa ser un caballero.

-*Le* repito que estoy encantada. Y hay que ver lo bien que se lleva con mis pequeñas, y más aún que con la mayor, que es tan suave, con esa revoltosa de la pequeñita...

Es en el despacho del capitán del puerto de Saint-Pierre, junto a los muelles en que aguarda un barco listo a partir rumbo a Francia. Allí es donde charlan Sofía D'Autremont y la parienta del Gobernador, Catalina Molnar, una mujer madura, tímida y bondadosa, de ademanes suaves, que mira con ternura al grupo que forman a corta distancia, al otro lado de la ancha puerta abierta, Renato D'Autremont y las dos pequeñas Molnar, de nueve y siete años. La mayor es delgada y fina, inquieta y nerviosa, de grandes ojos claros. La más pequeña, de rostro sonrosado y ojos ardientes, tiene en sus pocos años la exuberancia de los frutos del trópico.

-Mi Renato necesita olvidar muchas cosas desagradables. Este viaje es el mejor remedio para él...

-Es usted muy valerosa separándose así de su único hijo.

Repito que la admiro. Además, supongo que tratará de cumplir con esto la última voluntad de su esposo...

-Efectivamente... -Forzada a mentir, Sofía D'Autremont se ha mordido los labios; luego sonríe con esfuerzo, cambiando el espinoso tema de la conversación-: Sus niñas son preciosas. Me habló mucho de ellas el primo de usted, el Gobernador. ¿Cuál es Aimée?

-La más pequeña...

, -La mayor es Mónica, ¿verdad? Ya sé que, por empeño de su padre, van a educarse a Francia.

-Mas yo no soy tan heroica como usted, y no las dejo ir solas aun cuando tenga que separarme de mi esposo. Pero creo que le buscan a usted...

-¡Ah, si! Es Noel... Con su permiso...

-Todo está en orden, y el barco a punto de zarpar. Acabo de entregar al sobrecargo los últimos papeles de. Renato y, por lo tanto, mi misión está terminada -explica el notario.

-Muchas gracias. Noel. ¡Oh, aguarde! ¿No quiere acompañarme hasta dejar en el barco a Renato?

-Será un gran honor -acata Noel, pero el tono con que lo dice es francamente seco, casi hostil.

-Comprendo que está disgustado conmigo. Le traté bruscamente la última vez que hablamos -intenta disculparse Sofía.

-Olvide ese asunto, señora. No tiene la menor importancia.

-Entonces, ¿me permite hacerle una pregunta indiscreta?

-Desde luego, aunque no le prometo contestarle.

-Le agradeceré mucho que me responda. ¿Buscó usted a ese muchacho que mi esposo quería recoger? ¿Tiene alguna noticia de Juan... del Diablo?

-La noticia que tengo es buena para usted, aún cuando a mí, sinceramente, me ha apenado. • -Espero que no le habrá ocurrido alguna desgracia...

-Todavía no, mas será muy raro que volvamos a saber de él.

-¿Por qué?

-Tras mucho averiguar, he tenido noticias de que embarcó como grumete en una goleta de carga que zarpaba rumbo a. Jamaica. No supieron darme el nombre de la goleta ni de su capitán, por lo que considero totalmente perdida la pista del muchacho. Lo siento... lo siento... El me había pedido que lo dejase en mi casa como sirviente y, después de todo, hubiese sido lo mejor. ¿Pero quién podía adivinar... ? En fin, mire usted por dónde los dos pequeños van a estar al mismo tiempo cruzando el mar... -La sirena del buque, que está pronto a zarpar, le interrumpe con la estridencia de su sonido-. Ese es el barco que se lleva a su hijo. ¿Vamos?

El barco que se lleva a Renato ha dejado atrás el promontorio de rocas en el que se alza el faro, y, con la proa apuntando hacia altamar, apresura la marcha. De pie junto a la baranda de cubierta, creyendo sentir aun sobre el rostro los besos y las lágrimas de su madre, Renato

mira aquella tierra que se aleja, teniendo a cada lado a una de las pequeñas Molnar: Aimée sonríe, mientras Mónica se seca una lágrima. Y como una promesa a aquella tumba que dejara en el cementerio de Campo Real, como un grito de su corazón de doce años. Renato ofrece:

-Volveré pronto, papá. ¡Volveré... para buscar a Juan.

9

Y PASARON LOS AÑOS...

Esta es una historia que sólo podría pasar donde pasa... En la Martinica, tierra florida y convulsa, isla volcánica surgida al impulso de un borbotón de fuego, tierra de amores' y de odios, de pasiones sin freno, de abnegaciones y de crueldades... Tierra sobre la que habrían de chocar aquellos cuatro corazones apasionados: Mónica, Aimée, Renato, Juan...

Entre las cuatro paredes de una celda hay una mujer en quien la vida intensa parece palpitar. Un mundo de pasiones arde en el cerco de sus grandes ojos y parece resbalar bajo la piel de sus pálidas mejillas. Sus manos finas, sensitivas, se enlazan como para una súplica, como para una oración, mas hay en ellas un crisparse desesperado. Esa mujer sufre, esa mujer ama, es como una hoguera que se consumiese alumbrando. Pero sobre su cuerpo grácil hay un hábito, un blanco hábito de novicia, y cuelga de su fina cintura un rosario. Sus pasos trémulos la llevan ante el crucifijo, y allí se desploma sollozando...

-Mónica, hija mía, ¿ha hablado ya con su confesor?

-Sí, Madre, abadesa.

-¿Y cuál fue su consejo? Supongo que el mismo que yo le doy.

-Si, Madre... -conviene Mónica Molnar, con un dejo de tristeza.

-¿Ve usted? Es demasiado pronto para profesar, para hacer los votos definitivos.

-Lo deseo ardientemente, Madre. ¡Con toda mi alma!

-Aunque así sea... No es un arranque, no es un arrebato lo que ha de llevarnos a vestir para siempre estos santos hábitos. Es una verdadera vocación, y hay que probar la suya, Mónica. Probarla, no aquí, no en esta santa casa, sino en la lucha, en el mundo, frente a la tentación...

-Yo no quiero volver al mundo. Madre. Yo quiero profesar. No me saquen de aquí... ¡No me rechacen!

-Nadie la rechaza. Si- algo decidimos por fin en contra de su gusto, es por su bien. Ahora mismo voy a hablar con su confesor. Entre tanto, rece y aguarde, hija. Rece y eleve su corazón a Dios. -Y diciendo esto, la abadesa se aleja con pasos suaves.

-¡Dios mío! ¡Jesús mío! No permitas que me rechacen -implora Mónica Molnar asomando las lágrimas a sus lindos ojos-. Admíteme entre tus esposas... Dame la paz y el amparo de tu casa... Que se cierre la herida de mi corazón... Que ese amor que me humilla y me avergüenza se acabe... ¡Jesús mió, limpia mi corazón del amor humano y llámame a Ti!

Un hombre cruza las anchas tierras fértiles. Monta en el más arrogante caballo árabe que pisara la tierra americana, y viste finas ropas de caballero. Altivo y gallardo, con la fina mano sostiene las riendas, mientras la espuela de plata se clava en los ijares del bruto. Sus cabellos son rubios y lados, sus grandes ojos claros abarcan en una mirada de dominio toda la tierra hasta donde alcanzan: tierra de la que es amo y señor. A su paso se inclinan las espaldas, se descubren las cabezas humildes de los trabajadores, se deshojan, como azahares criollos, las flores blancas de los cafetales... Pero él no sonríe... su mirada es inquieta, convulso el pliegue que aprieta sus labios. Es un hombre que busca... que busca sin encontrar jamás...

-¡Bautista! ¡Bautista!

-Aquí estoy, niño Renato. ¿Qué le pasa?

-Vengo de los cafetales, y ya te hablé de eso el mismo día que llegué -le reprocha Renato D'Autremont, disgustado, conteniendo a duras penas la cólera que le atosiga-. No es posible que esa gente siga trabajando en la forma en que lo hace. Es absurdo, inhumano... La jornada de catorce horas no es para hombres, no es para seres humanos y tú tienes ahí niños y mujeres. ¿Por qué?

-Sale más barato... Además, así llevan quince años y no ha pasado nada...

-Y también presos de la cárcel de Saint-Pierre, que trabajan encadenados. ¿Cómo es posible?

-¡Ay, ay, niño Renato! Usted trae la cabeza oliendo a Europa. Ya no sabe cómo son las cosas por acá. En tiempos de su señor padre...

-Mi padre era severo, no inhumano -le ataja' Renato, francamente molesto.

-Las haciendas han rendido el doble desde que yo las administro -afirma Bautista en forma por demás insolente.

-¡No me interesa acumular más dinero! Quiero que trates a los que trabajan para mí, con justicia y bondad.

-La señora está conforme con cuanto yo hago...

-Es justamente lo que voy a averiguar. Pero esté o no conforme mi madre, yo *sé* lo estoy, y he de remediarlo -rezonga Renato, alejándose.

Una mujer sonríe al vaivén de la hamaca. Se mece suave, bajo el beso de fuego del mediodía tropical. Del arroyo cercano llega un murmullo de agua, y no es de flor, sino de fruto dulce y maduro, el aroma que en torno suyo exhala. Parece descansar, pero no descansa: tiembla, arde, siente rugir pecho adentro, como el volcán enorme, sus pasiones inconfesables. Es una mujer que espera, que aguarda, como puede aguardar la pantera en acecho, como lentamente, a través de la tierra, crece la lava que ha de desbordarse...

-¡Aimée! ¿Pero qué es eso? ¡Deja ese piano! ¡Basta! ¡Basta! ¿Cómo te atreves... ? -reprende Catalina Molnar a su hija.

-¿A tocar un can can? Deja que me veas bailarlo... Es la última moda en París. Mira esta revista...

-¡Quítame de delante ese papelucho! Si llegara tu novio...-. Si te viera Renato leyendo una cosa semejante.

-Por favor, mamá -protesta Aimée en tono burlón-. Yo, con Renato y sin Renato, haré siempre lo que me dé la gana.

-Muy mal camino para una futura esposa... y para una novia, mucho más. Si Renato supiera...

-¡Basta, mamá! -le ataje Aimée con brusquedad-. No sabrá nada si tú no se lo cuentas, y espero que no vas a contárselo. Renato está muy lejos... Gracias a Dios, lo bastante lejos para dejarme en paz mientras nos casamos.

-¡Santa Bárbara! ¡Viren a estribor! ¡Bajen el foque! ¡Tres hombres a babor para achicar el agua! ¡A estribor... a estribor...! ¡Quítate, estúpido, déjame a mí el timón! ¿No ves que te vas contra las rocas? ¡Pronto!... ¡Fuera!...

Saltando sobre los escollos, desafiando los elementos desencadenados, una goleta marinera cruza frente al Cabo del Diablo, gira con asombrosa rapidez entre las rocas aguzadas y los bancos de arena, y enfila al estrecho canal que le lleva a una pequeña y segura rada. Negro está el cielo y hosca la tierra, pero el hombre que lleva el timón no vacila frente a la furia del cielo y el mar, salva el último escollo, vira en redondo, alcanza milagrosamente el amparo de los farallones y luego, con gesto orgulloso, deja la rueda en manos de su segundo, saltando sobre la húmeda cubierta.

-¡Echen el ancla... y un bote para tomar tierral

Ha saltado sobre la arena de una playa, metiéndose en el agua hasta la cintura, para arrastrar hacia dentro la frágil barca que hasta allí le ha llevado desafiando la tormenta que

está en su apogeo. Con flexible soltura de felino da unos pasos alejándose del mar, y luego se vuelve para contemplarlo, como contempla también el cielo oscuro: con gesto desafiante. A la luz del relámpago se ilumina de pies a cabeza la figura del recio capitán de la nave. Es fuerte y ágil; los pies descalzos parecen agarrarse como *topos* a la tierra que pisa; tiene la piel tostada por la intemperie, el cuello fuerte y ancho, alto el pecho, las manos callosas, y el rostro altanero posee un diabólico resplandor triunfante. Es como un hijo de la tormenta, como un proscrito que se alzara contra el mundo entero, y contra el mundo entero se sintiese capaz de luchar... Tiene veintiséis años y es el más audaz navegante del Caribe. Las gentes le llaman: "Juan del Diablo"...

10

LA VIEJA CASA de los Molnar se alza solitaria y aislada al final de una de las anchas calles de los arrabales, que, como todas las de Saint-Pierre, termina en el mar. Sus sólidos muros; pintados de cal, abren amplias estancias frescas y ventiladas, amuebladas con lujo un poco anticuado. Es una de esas casas en las que se sostiene con esfuerzo la apariencia de una posición que fue mejor, en que se remiendan las cortinas y se lavan los viejos pisos hasta hacerlos brillar. Tiene muchos cuartos desocupados, y la rodea un jardín, descuidado y selvático, en cuyo fondo se agrupa una espesa arboleda... Detrás de ésta se encuentran los acantilados, y luego el mar... el mar imponente y bravío de aquellas costas siempre castigadas por vientos y huracanes, siempre destrozadas, y renovadas siempre por el soplo vital de una tierra feraz.

Aimée de Molnar ha cruzado una habitación sin muebles, ha abierto una ventana que da sobre el fondo del jardín, y ha quedado aguardando, tensa, ardiente, indiferente a las ráfagas e viento, a las gotas de lluvia que de cuando en cuando golpean con violencia sus cabellos oscuros, su frente despejada, sus mejillas morenas, ahora pálidas de deseo, sus labios ávidos y sensuales, que se crispan en gesto de impaciencia cuando entre los ruidos de la tormenta destaca un ruido más: el de unos pasos firmes. Alguien llega hasta aquella ventana, chapoteando en el tango, indiferente a la furia del huracán... Como ella, tenso y ávido. Alguien llega para estrecharla en un abrazo brutal, para besarla en los labios, trémulo y anhelante...

-¡AI fin! Desde ayer te esperaba, Juan. ¿Qué hacías? ¿Dónde estabas? -indaga Aimée.

-En el mar... Llegué, contra todos los vientos. Estuve cien veces a punto de estrellar el barco por entrar esta noche... ¿Y todavía vas a quejarte?

-¡ES que no puedo vivir sin ti! ¿No lo comprendes? Cuando faltas a tu palabra, pienso que estás con otra y me vuelvo loca. [Y quisiera destrozarte, matarte...! ¿Y tú?

-¡Fiera.. .1 -reconviene Juan, satisfecho y sonriente-. ¡Yo también, a veces, quisiera matarte! Sal, ven conmigo...

-¿Estás loco? ¿Con esta noche? ,_ -Mejor... así no habrán de espiarnos. Sal o me voy...

-No... no te vayas... Saldré... Tirano... Juan del Diablo.

Satisfecho, Juan ha vuelto a besar a Aimée, a sujetarla, abrazándola a través de los barrotes que se le clavan en el pecho duro y ancho. Luego la empuja, ardiente la mirada de pasión y dominio:

-Ven... Ven pronto... Te espero entre los árboles. Si tardas demasiado, no me encontrarás...

La hora de amor ha pasado, y también amainó la tempestad. El viento ha empujado las nubes, desgarrándolas, y en los trozos oscuros, como jirones de celeste terciopelo, titilan las estrellas cual claros diamantes.

La honda gruta abre a la estrecha playa la ancha boca erizada de cuchillos cortantes- Sobre la blanca arena que cubre el piso de la cueva, reclinada en el hombretón que está a su lado, todavía se estremece Aimée por la dulzura del instante pasado. Los negros cabellos

destrenzados le caen sobre los hombros, arde su boca sensual y húmeda y son sus ojos, en la oscuridad, como otras dos estrellas que brillaran en las sombras... Y es el aroma de su cuerpo joven, como el rugido de aquel mar áspero, incitante, que en festones de espuma se extiende por la playa...

-Me vuelves loco, Aimée. Eres como esta tierra, ¿sabes? Siempre hay que ganarla en una batalla, pero no hay otra más linda, que huele más a flores, que dé frutos más dulces... Como tú... como tu boca. -Ha vuelto a besarla. Luego, bruscamente, la separa para mirarla muy fijo, el rostro endurecido-. ¿Por qué me hiciste esperar tanto?

-¡Mi Juan... Mi Juan...! -susurra Aimée vibrante de pasión-. ¿Te digo la verdad? Quise ver si era cierto que te ibas si tardaba...

-¿Ah, sí? ¿De veras tardaste por desesperarme?

-¡Ay, salvaje! No me aprietes así, me haces daño... ¡Qué tonto eres! -ríe satisfecha-. Tardé porque mamá empezó a hablarme. -Cuando tú quieres, bien sabes cortar una conversación.

-Claro... Pero no quise: me hablaba de mi hermana.

-¿La monja?

-No tengo otra hermana. Pero, además, todavía no es monja. Novicia nada más. Mamá no quiere que profese.

-Pero ella sí, y lo-hará.

-Claro. Es terca como yo, nos parecemos en muchas cosas, y en eso más que en nada.

-¿Parecerse...? -Juan estalla en una burlona risotada-. ¿Habría que verte a ti con tocas monjiles!

-Puede que de pronto me dé la ventolera, como le dio a ella.

-¿Y te iban a aceptar?

-¿Por qué no? ¿Qué te crees? ¿Piensas que soy cualquier cosa, que no valgo nada? ¿Piensas que no valgo nada porque me digné mirarte?

-Algo más que mirarme... me parece... -insinúa burlón Juan.

-¿Y por eso? Los hombres no agradecen nada...

-Yo te agradezco ser hermosa, tener la piel de raso y el corazón malvado. Así eres y por eso me gustas. ¿Te ríes?

-Me río porque hablas como yo. También detesto a los sentimentales. Te quiero porque no lo eres; por rudo, por salvaje, por diablo... Juan del Diablo... ¿Quién te puso ese nombre?

-Cualquiera... ¿Qué más da? Para mí es bueno... Para mí es buena cualquier cosa.

-Es cierto, para ti es buena cualquier cosa mala. También me gustas por eso. Y te quise sin preguntarte nada. Ni siquiera sé, a ciencia cierta, quién eres...

-¿Qué puede importarte?

-Nada... pero a veces siento curiosidad. ¿Dónde naciste? ¿Quiénes fueron tus padres? ¿Cuál es tu nombre verdadero? ¿Qué eras antes de ser capitán de un barco, que no se sabe lo que carga ni de qué puerto viene, ni a qué puerto va? ¿Qué eres ahora? ¡Contesta!

-Soy de aquí; soy lo mismo que mi barco, y mi nombre es Juan. Si no te gusta Juan del Diablo, puedes llamarme Juan de Juan. Aparte del diablo, sólo a mí mismo me pertenezco.

-Y a mí un poquito, ¿no?

-¡Claro! A ti, como tú a mí... por un rato -ríe divertido y burlón.

-¿Sabes que a veces me resultas demasiado brutal? No te rías de ese modo. ¡Tu risa es mala! No sé por qué te quiero, no sé por qué me acerco a ti, ni de qué medios te valiste para enamorarme...

-Fuiste tú la que me enamoró, querida. ¿No te acuerdas ya? Y fue en esa playa. Tú pasabas con tu sombrilla de encaje; yo llegaba en mi bote. Te quedaste mirándome... Sin duda pensaste: Hermoso animal. Y te propusiste amaestrarme... pero no es tan fácil. Fue un buen chasco...

-¿Por qué hablas así? Eres muy malo... -Y con la pasión reflejándose en Sus negros

ojos, Aimée exclama-: Te quiero, Juan. Te quiero y me gustas más que nada, más que nadie... ¡Bésame, Juan! Bésame y dime que tú también me quieres... Dímelo muchas veces, ¡aunque no sea verdad.. .!

Juan no responde con palabras. Vuelve a besarla, loco, apasionado, mientras los párpados de ella se entornan cubriendo las pupilas ardientes, y, en la línea imprecisa del horizonte, asoma la claridad del alba…

-Mónica, hija mía, recuerde que es la obediencia el primer voto que ha hecho usted al vestir esos hábitos.

-Quiero llevarlos toda la vida. Madre abadesa. Quiero obedecer siempre y para siempre, pero...

-Su pero está de más. Nuestro camino es renunciación y sacrificio. ¿Cómo puede seguirlo, rebelándose a la primera orden que le desagrada?

-No es que me rebele, es que pido, ruego, suplico...

-¿Suplica no tener que obedecer? Sus súplicas son vanas.

-Es que sólo en este refugio he hallado algo parecido a la paz.

-Para que esa paz sea duradera, necesitamos una seguridad absoluta, total, de su vocación religiosa. Usted ha salido victoriosa de todas las pruebas del claustro. Ha de pasar por la prueba del mundo.

-Pasaré, Madre, pero más adelante... cuando las cosas cambien, cuando mi hermana esté ya casada...

La novicia se ha mordido los labios, inclinando la cabeza bajo la mirada dulcemente severa de la abadesa. Es en aquella celda de paredes blanqueadas, cuyas altas ventanas dan al mar. El viejo convento se alza sobre una colina, dominando casi la ciudad de Saint-Pierre, la bahía redonda y ancha, las bulliciosas calles centrales, los arrabales quietos y dormidos; más allá, el mar azul, y por el lado opuesto, las montañas, las enormes montañas que se alzan tan cerca de la ciudad, los pitones de Cabet, el más alto de los cuales hunde en las nubes su empinada cima: el monte Pelee, el enigmático volcán quieto desde cincuenta años atrás... el coloso dormido...

-Además, hay otra razón para enviarla por un tiempo a su casa -explica la abadesa.

-¿Otra razón? ¿Qué razón puede ser esa. Madre?

-Su salud delicada. Eso salta a la vista, hija mía. Aquí no hay espejos y no puede ver su cara. ¡Pero ha cambiado usted tanto...!

Mónica de Molnar ha inclinado la frente, pensativa. .¡Qué extrañamente hermosa luce en este instante, al último reflejo dorado del sol de la tarde! Bajo las blancas tocas, son como flor de nácar su frente altiva, sus mejillas pálidas, y entre las negrísimas pestañas tiemblan sus ojos como gemas cambiantes. Las finas manos sensitivas se han enlazado como para una súplica, como para una oración, en aquel gesto que ya es en ella familiar, y luego caen como flores tronchadas...

-¿Qué importa la salud de mi cuerpo. Madre? Ansiosamente busco la salud de mi alma.

, -La hallará, hija, la hallará. Pero no tomará definitivamente las tocas hasta haberla encontrado. Yo estoy segura que hallará usted las dos muy pronto, justamente en ese mundo que se empeña en rehuir. Acepte la prueba de obediencia, hija mía, y cuide también de su cuerpo. Lo necesitamos sano y dispuesto para servir a Dios. Es la última palabra de su confesor... y la mía.

-Está bien. Madre -acepta Mónica, ahogando un suspiro-. ¿Cuándo podré volver?

-¿Por qué no pregunta primera, cuándo debe marcharse?

-Necesito saber antes cuándo me permitirán volver a mi refugio.

-..--De su salud depende. Ponga empeño en curarse, en reponerse, y su ausencia de nuestro lado será menos larga. Si no ocurre nada de particular, debe esperar nuestro aviso. Si ocurre algo, hija mía, si se siente usted realmente sola y desamparada, si le faltan las fuerzas, entonces no espere ni vacile: vuelva, vuelva en cualquier momento. Esta es la casa de Dios, y ésta será su casa...

-Gracias, Madre. Me devuelve usted la vida con esas palabras -asegura Mónica, conmovida y feliz.

-Pero piense que sólo en un caso de verdadera, de absoluta necesidad, debe regresar antes de ser llamada.

-Así lo haré. Madre. Y ahora, si usted me lo permite, creo que debo escribir a mi casa... Mi madre ignora la resolución de ustedes. Debo prevenirla...

-La señora Molnar ha sido ya prevenida, y le aguarda en *el* locutorio. Ha venido a buscarla. Rece un momento en la capilla, diga adiós momentáneamente a sus hermanas de claustro, y vaya al locutorio. Allí la estaremos esperando...

11

-¿QUIERES ENTRAR A ver si puedo hablar con mi madre, Ana?

-Si, niño. ¡Cómo no! Yo sí puedo entrar, pero resulta que la señora está con su jaqueca, le duele la cabeza, y cuando a la señora le duele la cabeza no quiere hablar con nadie, porque cuando habla con alguien le duele más.

La mirada de Renato D'Autremont, un momento antes encendida de cólera, se ha dulcificado contemplando la oscura y familiar figura de Ana. Nada parece haber cambiado en su ancha casa natal, y menos que nada aquella pintoresca sirvienta nativa que cuidó su infancia. Como quince años atrás, su rostro, de color de cobre, es fresco y terso; viste el alegre traje típico de las mujeres de aquella tierra, anudado el pañuelo de colorines sobre la cabeza mulata de rizos apretados, y hay, como entonces, una luz plácida e ingenua en los grandes ojos infantiles y una sonrisa bobalicona y dulce en .los carnosos labios...

-¿Desde cuándo está enferma mamá?

-¡Uy! ¡Quién sabe! El niño como que ya no se recuerda, pero a la señora siempre le duele algo. Por eso siempre hay que estar en silencio en esta casa...

-¡Ay, Ana.. .! Tu no cambias... -afirma Renato, gozoso y sonriente-. ¡Vaya... vaya! Ve a avisarle a mi madre, pues es absolutamente necesario que yo le hable y que se empiece a arreglar lo que está mal.

-Lo que usted mande, niño. Voy en seguida... -acata Ana, penetrando en la alcoba de Sofía D'Autremont.

Han pasado apenas unos segundos cuando Ana reaparece apremiando a Renato, al tiempo que se aleja pasillo adelante:

-Pase, niño, pase. La señora lo está esperando. Para usted, como que no le duele nada. Pase... pase...

Tiernamente, Renato D'Autremont se ha inclinado para besar las manos de su madre, tan blancas y tan suaves como cuando él era un muchacho. Ahora es un hombre de espléndido corte: fino, delgado, flexible, ni pequeño ni alto. Tiene los claros ojos de Sofía; los cabellos, como los suyos, color de lino claro; y el porte arrogante de aquel Francisco D'Autremont que fue su padre. Tiene, como aquél, la frente despejada y altiva, la mirada profunda y penetrante, y arde en ella, más viva aún que en los días de su infancia, aquella llama de inteligencia superior, de sensibilidad generosa e inquieta, que le hace a la vez comprensivo y sencillo, tierno y humano, apasionado y soñador.

-¿Mamá, ¿te sientes realmente mal? Me duele haber tenido que molestarte, pero...

-¿Cómo se puede usar esa palabra tratándose de ti, hijo?

-Ana me dijo que tu salud seguía siendo delicada. Mucho me temo que no la hayas atendido como es debido, pero ahora... ahora si vas a hacerlo, ¿verdad?

-Dejemos mis achaques. Ven aquí, acércate... Quiero volver a mirarte de cerca, una y otra vez. Mentira me parece tenerte ya a mi lado. No se sacian de ti mis ojos, hijo mío... Mi

Renato...

Tras contemplarle con orgullo, mira Sofía la pequeña fusta que aun sostiene en la mano, y las finas espuelas de plata que calza sobre las botas brillantes...

-Ya veo que vienes de recorrer la finca.

-De un extremo a otro...

-Mucho has tenido que galopar. ¿No te has cansado más de la cuenta, hijo?

-Sólo me he cansado de ver injusticias, mamá.

-¿Cómo? ¿Qué dices, Renato?

-Pues... la verdad. Lo siento, pero yo siempre soy sincero. Creo que hay muchos males a los que hay que poner remedio en Campo Real. Y, desde luego, quiero advertirte que no estoy conforme, en absoluto, con la administración de Bautista.

-¡Pero, hijo! ¿Qué quejas puedes tener de un hombre que vive por entero entregado a su trabajo?

-Es duro y cruel con los trabajadores, mamá... más que duro, inhumano con los que aumentan nuestra riqueza con su sudor y con su trabajo... y no estoy conforme. Hay cosas que no pueden seguir ocurriendo, mamá. No espero sino tu permiso para tratar de remediarlas. Son cosas con las que estoy seguro que tú no puedes estar conforme,'que no es humanamente posible que tú hayas autorizado. El dice que sí, pero...

-¿El? Entonces, ¿le has hablado, has discutido con Bautista?

-Naturalmente, mamá.

-Mal hecho, hijo. Me temo que hayas sido ingrato con él. ¡Y le debemos tanto... ¡

-Más debemos a los trabajadores, mamá, a esos cientos de desdichados... ¡No podemos seguir explotándolos en la forma en que Bautista lo hace! Viven peor que si fueran esclavos.

-Pasan de dos mil, hijo. No puede manejárseles sin un respeto, sin una disciplina, sin una autoridad... No te fíes de la primera impresión. Bautista sabe cómo tratarlos. ¿Sabes que nuestras tierras, con él, rinden el doble de lo que rendían en tiempos de tu padre y de Pedro Noel? ¿Sabes que se han adquirido fincas nuevas, uniéndolas todas a Campo Real, y que casi media isla te pertenece? Mira, ven aquí. Hoy es 15 de mayo de 1899. Yo nombré administrador a Bautista al día siguiente de morir tu padre: el 6 de mayo de 1885. En catorce años, nuestra riqueza se ha duplicado. ¿Qué podemos, en realidad, reprochar a un administrador semejante?

-Sigo hallando impropio el trato que se da a los trabajadores en nuestra finca, mamá. Sigo considerando inhumanos los procedimientos de Bautista, aunque hayan doblado nuestra fortuna...

-Ya veo que eres un soñador... pero no un hombre cualquiera ... Un D'Autremont... con derechos, por ser quien eres, a vivir como rey en esta tierra que los D'Autremont honran con pisar. Esta tierra salvaje...

-¡A la que amo con todo mi corazón! -ataja Renato, con gesto decidido y orgulloso-. No sólo soy el amo de esta tierra, también soy su hijo. Siento que le pertenezco y he de luchar porque, sobre ella, los hombres sean menos desdichados. No quisiera chocar contigo, mamá, pero...

-Está bien. Si no quieres chocar conmigo, no hables en este momento. Tiempo habrá. Hablaremos más adelante, cuando te hayas hecho un poco al ambiente. Cuando puedas verlo todo con más claridad, serás hacendado... más tarde. Sé mi hijo unos días, un par de semanas. No creo que sea pedirte demasiado, después de una ausencia tan larga. Af fin y al cabo, todo se hará como tú digas. Eres el amo, y así quiero que lo sientas. Pero, por el momento, hablemos de cosas más gratas. Me pareció entender que tenías novia, que estabas enamorado, ¿no?

-Sí, mamá -responde Renato en tono suave y tierno-. Estoy enamorado de la criatura más adorable de la tierra, de la mejor de las amigas de mi infancia... sensible como una mujer, traviesa y alegre como una chicuela, mimosa como una criatura que desea ser llevada siempre entre los brazos, exuberante como sólo puede serlo una hija de esta tierra...

-¿Una hija de esta tierra? -se sorprende Sofía-, Pensé que tu novia estaba en Francia...

-En Francia estaba, pero ahora está mucho más cerca. Ha nacido, como yo, en la Martinica. Ha vivido aquí hasta los siete años. Regresó hace seis meses.

-¿A qué familia pertenece? Espero que no hayas puesto los ojos en quien no sea digna de ti, por su casta y por su sangre.

-Lo es, madre. Lo es en todo sentido. Y se llama Aimée de Molnar...

-¡Ah...! -se sorprende gratamente Sofía-, ¿Es posible? ¿Aquella niñita...?

-Aquella niñita es hoy la muchacha más hermosa que puedas imaginarte, mamá. ¿Te parece bien? ¿Te agrada mi elección?

-¡Caramba.. . caramba! -comenta divertida y con agrado Sofía-, Mira tú por dónde... Confío en que me agrade la muchacha. De la familia, y otros detalles, no hay nada que objetar. Es decir, algo que en realidad tiene poca importancia. Y mira tú lo que son las cosas... Tiene poca importancia, gracias a los buenos servicios de Bautista.

-¿Qué dices, mamá?

-Los Molnar están casi arruinados, 'pero no importa. Tú eres lo bastante rico para olvidar ese detalle. Tráeme cuanto antes a tu novia... -Ha vuelto la cabeza y de pronto, sorprendida, exclama-: ¡Ah... Yanina...! Acércate. Es Yanina, Renato, sobrina de Bautista y mí ahijada. Pero debo añadirte algo más: mi enfermera, mi compañera en esta soledad, mi hija casi...

Renato D'Autremont ha vuelto la cabeza, también sorprendido, para mirar a la muchacha que está de pie tras él. Ha llegado silenciosamente, sin un gesto, sin una palabra... Tiene un rostro moreno al que sirven de marco negrísimos cabellos lacios, unos grandes ojos oscuros, rasgados, enigmáticos, que acusan claros rasgos mongólicos... Unas mejillas trigueñas y pálidas, donde abren los labios rojos y frescos, aunque plegados en un gesto extraño de amargura, de desencanto, mientras vibra, contenida y tensa, su rara personalidad.

-Conque sobrina de Bautista... ¿Me recuerda?

-No es de tu tiempo. Vino a esta casa cuando ya tú te habías marchado; pero tiene diez años junto a mí.

Sofía se ha puesto de pie, apoyándose en la muchacha, que bien puede tener unos veinte años, y sonríe siguiendo la mirada de sus grandes ojos, fijos, como deslumbrados, en el rostro de Renato.

-Creo que no habías llegado a ver a mi hijo de cerca, Yanina...

-No, no, señora. Cuando llegó él, no estaba yo en Campo Real, ya usted lo sabe. Y luego no he tenido ocasión...

-No, efectivamente. ¿Qué te parece?

-El señor es magnífico. Todo un gran señor, como es natura! ...

-¡Por Dios, mamá! -salta Renato-. ¡Qué manera de forzar un elogio!

-No es forzado -niega Sofía jovialmente-. Yanina no dice nunca sino lo que siente, ¿verdad? Desde niña la he ensenado a ser totalmente sincera conmigo, absolutamente franca.

-Una maravillosa cualidad -acepta Renato sonriendo y mirando a la muchacha un poco desconcertado. Sin saber por qué, aquella criatura no le es simpática... Acaso la asocia demasiado con su tío.

-¿Qué querías, Yanina? ¿Para qué entraste? -pregunta Sofía.

-Mi tío esperaba que el señor lo llamase después de hablar con la señora. Mandó decir que estaba, afuera, aguardando...

-Pues dile... -empieza a decir Renato: pero su madre le interrumpe:

-Perdóname que sea yo quien tome la palabra, Renato. -Y dirigiéndose a la muchacha, advierte-: Dile que, por el momento, no vamos a necesitarlo. Más adelante hablaremos de todo... Ahora tenemos otra cosa más grata en qué ocuparnos. Pronto tendremos huéspedes, ¿verdad, Renato? La señora Molnar y sus hijas... Digo sus hijas porque tengo entendido que la mayor todavía no se ha casado...

-Ni creo que se case, mamá. Repentinamente se despertó en ella la vocación religiosa.

Se empeñó en tomar los hábitos y estuvo un año de postulante en un convento de Burdeos. Luego fue trasladada aquí, a Saint-Pierre. Está en el noviciado de las madres del Verbo Encarnado y, naturalmente, no sale, ni es de suponer que acompañe a Aimée y a su madre. Fue, en verdad, algo extraño... -Renato queda de pronto pensativo, como rememorando tiempos pasados.

-¿Extraño? -se interesa Sofía.

-Sí, porque nadie sospechaba en ella nada parecido. Es también una criatura encantadora, llena de vida, de espiritualidad. Te advierto que yo me llevaba maravillosamente con ella... Casi podría decirte que era más amigo de Mónica que de Aimée. Ella se ocupaba de mí siempre, resolvía mis pequeños apuros de estudiante y era a mi lado como una hermana buena.

-¿Y está .contenta con todo eso la señora Molnar?

-Es lo bastante religiosa para no oponerse a una vocación sincera.

-Bueno, hijo, ella sabrá... ¿Quieres venir ahora conmigo a dar una vuelta por las habitaciones que solemos usar para los huéspedes? Necesito mandar arreglar de nuevo las dos mejores, lo más rápidamente posible, porque quiero conocer a tu Aimée cuanto antes. Mucho tengo que querer a la mujer que va a ser tu esposa para perdonarle el que me haya robado la mitad de tu corazón... Porque pienso, me hago la ilusión al menos, de que es tan sólo la mitad lo que me ha robado.

-¡Mamá querida... no te ha robado nada! Mi corazón entero te pertenece, como también le pertenece a ella. A los que saben querer, el corazón se les ensancha y deja sitio para muchos afectos.

Se han alejado juntos, tiernamente apoyada Sofía, en el brazo de Renato, mientras inmóvil, tensa, los grandes ojos fijos en ellos, Yanina los contempla alejarse...

-Me gustaría que ordenases cambiar esas cortinas, mamá, por algo más alegre, más claro, más tropical... Ahí, y que hicieras abrir esas dos ventanas, que no sé por qué están condenadas ..

-Las mandé clavar, hijo, porque a veces el viento las abre y entra por ellas mucho sol.

-Toda la luz del sol es poca para alumbrar a mi novia, mamá -afirma Renato en una exaltación de entusiasmo y de pasión-. Ella adora la luz, el color, el cielo azul y el clima de esta tierra de eterna primavera.

-Di mejor, de eterno verano.

-Por el calor, sí, desde luego... Pero no ese seco verano de Europa en el que la tierra parece que se muere de sed, sino este verano fecundo, de aguaceros torrenciales, en el *que* las plantas crecen como por arte de magia, en el que las flores no viven más que un día, pero abren por millones cada 'mañana. Tu no sabes lo que hablábamos Aimée y yo de esta tierra, allá en Francia, y con qué ansias anhelábamos regresar...

-Pues ya estás aquí. . . en tu Campo Real...

-Y aquí es donde quiero verla a ella. Este es el marco que le corresponde a su belleza... su belleza cálida, exuberante, un poco tempestuosa a veces, mamá. Bueno, no quiero adornártela demasiado... Mi Aimée tiene su genio y sus arrebatos... Hasta en eso se parece a esta tierra que, con gustarme tanto, a veces me da una sensación de terror... Es como un temor sordo de que, repentinamente, sobrevenga una catástrofe. Ha habido tantas...

-Ya pasaron esos tiempos, y me atrevo a pensar que definitivamente.

-Ocho veces ha sido destruida Saint-Pierre por los terremotos, ¿no? Más o menos destruida, ¿verdad, mamá?

-Por fortuna, no vi ninguno. Tengo entendido que si, que desde que se tiene memoria de la isla, además de muchos pequeños han habido ocho grandes terremotos. Pero el diabólico volcán que los ha engendrado tiene ya sesenta años de absoluta calma. No es fácil que vuelva a repetir las viejas hazañas, y también me atrevo a pensar que los arrebatos de tu linda novia pasarán en la paz del hogar que vas a proporcionarle, en la dicha de tenerte por esposo. Tú la

quieres, y eso basta para que yo la acepte como hija... Pero vales tanto tú, mi Renato, que, para mi corazón de madre, no hay en el mundo mujer capaz de merecerte.

-No me engrías así, mamá-ríe Renato-. Vas a convertirme en algo insoportable.

-La sangre, gota a gota, daría por verte feliz... plenamente feliz... Amado, respetado, reverenciado por los tuyos...

-Con lo que poseo soy ya plenamente feliz... Sólo tengo un anhelo: que los demás también lo sean un poco... Repartir algo de esta dicha, para sentirme con más derecho a disfrutarla... Hacer un poco de obra de justicia, de bondad.... Y me vas a perdonar que toque un tema que antes, a ti, no te era agradable...

-¿Cómo? -se alarma, sin saber por qué, Sofía.

-Que te pregunte por alguien a quien nunca quisiste mucho. Supongo que tu amor de madre tenía su influencia nociva en mí, cuando yo era un muchacho...

Sofía D'Autremont ha apretado los labios, ha palidecido, mientras sin mirarla, sin darse cuenta de su turbación, sigue Renato hablando con el alma en los labios:

-Mamá, ¿te acuerdas de aquel muchacho que papá trajo a la casa el día antes de la desgracia que le costó la vida? ¿Recuerdas su interés por él, su recomendación postrera de que yo le amparara?

-¿Quién podría olvidar eso, Renato? -observa Sofía, seca y tensa.

-¿Has sabido algo de él? ¿Qué fue de su vida? Inútilmente te pregunté en algunas de mis cartas y me temo que nadie pueda darme razón, que nadie haya vuelto a saber de él después de escaparse...

-Todo Saint-Pierre sabe de ese hombre -explica Sofía con marcada dureza en la voz y en el gesto-. Es un aventurero repugnante, un jugador de ventaja, una especie de pirata. Debería estar en la cárcel, pero anda suelto jactándose de sus hazañas. Es muy conocido en las tabernas, en los burdeles, en las casas de juego del puerto, y todavía siguen llamándole... ¡Juan del Diablo!

Como si escupiera las palabras, como si trémula de rencor las mordiese, Sofía D'Autremont habla, mientras Renato la escucha fruncido el ceño, casi consternado. Y es de pena, no de condenación ni reproche, la frase que sube a sus labios:

-¡Pobre Juan! ¡Qué vida tan dura ha debido tener! ¡Cuánto habrá sufrido y luchado para llegar a eso!

-Si hubiese querido ser un hombre de bien y lo hubiera logrado, comprendería tus palabras: tendría el mérito de su esfuerzo. ¿Pero qué es lo que ha hecho? Nacer en el vicio, seguir en el vicio y hundirse en él más y más.

-Es cierto... Mas cuando desde niño se vive con' el alma envenenada...

-¿Por qué había de estar él envenenado? ¿Por qué no dices con más justicia que llevaba el vicio y la maldad en "la masa de la sangre?

-No creo que mi padre tuviera tanto empeño en protegerlo si hubiese sido así.

-¿No lo crees? ¡Ay, Renato! Ya eres un hombre y puedo hablarte claramente... Tu padre estaba muy lejos de ser un santo.

-Sé perfectamente cómo era mi padre -salta Renato, impetuoso, como si le hubiese picado una víbora.

-Yo no quiero menoscabar tu respeto ni tu cariño de hijo -dulcifica Sofía-. Pero las cosas no son como te imaginas. Si tú pudieras recordar...

-Recuerdo perfectamente, madre, y hay algo que tengo clavado en el corazón como una espina. La última vez que hablé con mi padre, fue con insolencia, con rebeldía...

-Me defendiste de su brutalidad, hijo -pretende disculpar Sofía-. No tenías más que doce años. Nada más doloroso y humillante para mí que la actitud de Francisco aquella noche;

pero nada más hermoso que el recuerdo de tu actitud, Renato. Si te duele haberlo hecho, si te pesa como un remordimiento...

-Nunca, mamá -la interrumpe Renato con decisión y firmeza-. Hice lo que tenía que hacer, lo que quisiera yo que un hijo mío hiciera, aun contra mí mismo, si, en un momento de

cólera y locura, llegara a olvidar el respeto que le debo a su madre... Y él lo comprendió así, y su gesto, su actitud de aquella noche, todo me lo demostró... Sintió la vergüenza de aquel momento de violencia, huyó ocultándose a mis ojos, tomó como un loco aquel caballo, y en su desesperación, en su angustia, sobrevino el trágico accidente que le costó la vida. Y cuando volví a verlo, cuando me habló por última vez, su mano se extendió para acariciarme y hubo un elogio en sus palabras cuando me dijo: "Sé que sabrás defender a tu madre y velar por ella". ¿No recuerdas?

-Sí... Sí... -susurra Sofía, con un hilo de voz ahogada.

-Pero también hubo un mandato que era como una súplica -persiste con tesón Renato-. Me dijo que amparase a Juan, que le diera mi apoyo de hermano... Era -una huérfano, lo sé. El hijo de un amigo que murió en la miseria. Mi padre, moribundo, me traspasó la súplica de otro moribundo, su voluntad que no pudo cumplir.

-Olvida las palabras de. tu padre, Renato. Estaba casi inconsciente cuando las pronunció. No tenía sino la obsesión, la idea fija por la discusión que habíamos tenido horas antes a causa del maldito muchacho...

-¿A causa de Juan fue la discusión de ustedes? -se sorprende vivamente Renato.

-Naturalmente... Todo mi afán era defenderte de la carroña que tu padre se empeñaba en traer a la casa, y me lo agradeces poniéndote de parte suya... -se lamenta Sofía, con despecho-. Yo he sufrido infinitamente más de lo que imaginas. ¿Cómo piensas que he vivido durante catorce años de soledad, enferma, aislada, en un país hostil, en un clima que me hace daño? Pues he vivido pensando en ti, luchando por ti, defendiendo todo lo tuyo: tu fortuna, tu porvenir, tu casa, tu nombre inmaculado...

-Lo sé perfectamente -acata Renato, como en una disculpa.

-Pues si lo sabes, no deberías mortificarme por un...

-Está bien, mamá -la interrumpe Renato, con el deseo de cortar la desagradable escena-. Olvidemos todo esto... Mañana mismo iré a Saint-Pierre. Haré que Aimée y la señora Molnar se preparen para venir cuanto antes. Sé que Aimée te va a gustar mucho, y entre los dos vamos a tratar de compensarte todas las penas que has sufrido... Ya verás...

12

LA PODEROSA VOZ de Juan ha penetrado, resonante, hasta el fondo de la gruta, bañada con aquel nombre que es miel en sus labios:

-¡Aimée.., Aimée!

Pero no hay respuesta a su llamada. .Rápidamente da unos pasos hundiendo los pies en la arena blanda. Luego retrocede y vuelve a salir a la desierta playa. Con la agilidad de un felino salta sobre las piedras cortantes y trepa por el sendero casi impracticable, a través de los ásperos acantilados.

Ha llegado hasta el apretado grupo de árboles que forman el fondo del jardín de los Molnar. Muy cerca, las inquietas aguas de un arroyuelo saltan entre las piedras, refrescando el aire, y de los gruesos troncos de los árboles pende una trenzada hamaca de seda de colores: trono, ahora vacío, de la peligrosa mujer a quien ama. Junto a la hamaca, en el suelo, hay una flor, deshojada por aquellos dedos nerviosos y ardientes, un abanico, un diminuto frasco de perfume y el último número de la más picaresca revista parisién... Juan del Diablo aparta con el pie aquellas naderías, y con su paso cauteloso, de tigre en acecho, va acercándose a la vieja casa, mientras susurra con la voz en diapasón:

-¡Aimée... Aimée...!

-¿No te alegras de estar de nuevo aquí, hijita?

-Sí, mamá, me alegro de estar otra vez a tu lado. Mónica de Molnar acaba de llegar del convento y aun viste las tocas almidonadas y el hábito blanco de las novicias del Verbo

Encamado. Un corazón de plata prendido al pecho, pulido y brillante como una joya, completa el religioso atavío que tan maravillosamente realza su porte señoril.

-Ha sido tan amargo volver a esta casa sin ti -se lamenta Catalina Molnar, con un sollozo fluctuando en su garganta-. ¡Te he echado tanto de menos!

-Ya irás acostumbrándote, mamá...

-Nunca, hija, nunca. Si cambiaras de idea, mi Mónica... En todas partes se puede servir a Dios.

-Ya lo sé, mamá; pero también sé que muy pronto, apenas te haré falta. Aimée se basta por sí sola para llenar la casa...Además, pronto se casará, y entonces vivirás con ella, como es natural. Yo seguiré mi camino... Pero, ¿dónde está Aimée?

-Salió con unas amigas desde por la mañana. Ni ella ni yo podíamos sospechar que iban a llamarme para permitir que dejaras el convento. Ya verás qué contenta se pone cuando vuelva y te encuentre aquí. Tu hermana es alocada, pero muy buena. Y te quiere mucho, hija, créeme.

-Así lo creo, mamá...

Con pasos inseguros, Mónica va cruzando las grandes estancias de aquella antigua casa de gruesos muros encalados, viejos y bien cuidados muebles, y anchas ventanas abiertas al jardín selvático, única herencia que el difunto señor Molnar dejara.

-Supongo que te podrás quitar los hábitos, ¿no?

-Desde luego, aunque pretiero conservarlos.

-Está bien... -acepta Catalina con gesto de resignación-. No seré yo la que quiera otra vez contrariarte... Este es tu antiguo cuarto. ¿Quieres volver a ocuparlo? Creo que es el mejor, el que tiene más luz y aire... Espérame aquí un momento mientras voy a disponer las cosas para que lo arreglen. Voy a llamar a la criada...

Mónica de Molnar ha quedado sola, pero no se detiene en aquel cuarto de anchas ventanas y paredes empapeladas. Siente una angustia que sordamente la oprime, una inquietud que la sacude, que la arrastra... Bruscamente echa a andar sin rumbo fijo. Sigue cruzando la larga fila de amplias habitaciones... Se mueve como una autómata, impulsada por una fuerza extraña, mientras tiembla su corazón emocionado bajó el techo de la vieja morada paterna. Al fin llega al último cuarto, sin muebles, el cual tiene una única ventana con las grandes hojas entornadas; pero tras .ellas como una sombra que se agita un instante... Luego, una mano audaz que, dándoles un empujón violento, las hace abrirse de par en par, y una voz masculina que exclama:

-¡Aimée... por fin... ¡

Mónica ha retrocedido estremecida, temblando, porque un rudo rostro varonil ha asomado tras las rejas de aquella ventana. Por un momento, como dos aceros han chocado en el aire las dos miradas; después, las pupilas de Mónica se dilatan para hacerse más duras, más fijas, más altivas-.. Por primera vez en su vida, Mónica de Molnar está mirando a Juan del Diablo...

Juan no ha retrocedido, no ha tratado de disimular su sorpresa. Lleva un pantalón descuidado, arremangado hasta debajo de la rodilla, y una tosca camiseta a rayas. Podría ser el último marino de cualquier barco de cabotaje; pero su gesto es demasiado altanero, su porte demasiado arrogante, pisan con demasiada firmeza sus anchos pies descalzos, está demasiado seguro de sí mismo... y sonríe... sonríe con leve y fina sonrisa burlona, mientras- examina con calma el bellísimo rostro de mujer que enmarcan las tocas almidonadas, y exclama, disculpándose:

-¡Caramba! No se asuste tanto... No tiene delante a Satanás. ..

-No me asusto -responde Mónica, serenándose a medias.

-Ya lo veo... Ni siquiera se ha persignado al oír el nombre del enemigo, lo cual es raro en la gente de su clase.

-¿Puedo saber qué desea usted, señor? -indaga Mónica, visiblemente molesta.

-Con usted, nada -expresa Juan con cierta insolencia burlona, pero sin un asomo de

aspereza en la voz.

-¿Con quién, entonces? -inquiere Mónica con gesto altivo.

-Ya dije el nombre de la persona a quien buscaba, a quien esperaba ver llegar...

-¿Aimée? ¿Busca usted a mi hermana? -se asombra Mónica sin ocultar su disgusto.

-Así parece... ¿No está ella?

-¡No tengo por qué informarle! -se encrespa Mónica, ya sin poder dominarse.

-Altanera, ¿eh?

-¡Y usted, insolente! Me llama altanera y me está faltando al respeto desde que empujó esa ventana.

-¡Oh! Por poca cosa se ofende la abadesa...

-No lo soy ni estoy dispuesta a tolerar sus estúpidas burlas.

-¡Caramba! Habla fuerte Santa Mónica... ¿No es ese su nombre? ¡No... no se vaya! Me está usted dando una gran sorpresa. Yo pensé que las monjas eran más amables y... menos bonitas... ¡Oh!, no se ofenda tanto. En cierto modo, es un halago. Además, no estoy diciendo más que la verdad...

-¡Voy a llamar a un criado para que le obligue a retirarse!

-¡Pobre hombre! -ríe Juan, realmente divertido-. No ponga en ese compromiso a nadie, ni quiera aparentar conmigo lo que no es... En su casa no hay criados.

-¡Es el colmo! -se exaspera Mónica, abandonando el cuarto.

-¡Mónica...! ¡Santa Mónica...! ¡Escúcheme...! -llama Juan. Y al no hacerle caso ésta, exclama riendo-: ¡Terrible cuñada!

-Mónica, hija, ¿qué te pasa? ¿Te sientes mal? Estás demudada. ¿Por qué?

-Por nada, mamá... ¿Dónde está Aimée? -indaga Mónica. Se ha sentado, ahogándose casi: tan bruscamente late su corazón, tan apresuradamente corre por las venas su sangre, subiendo a su garganta en borbotón de ira incontenible.

-Ya te dije antes que había salido con unas amigas desde por la mañana...

-¿Y dónde ha ido? -apremia Mónica a su madre-. ¿Qué amigas son esas?

-Bueno, hija, de los nombres no me acuerdo muy bien. Son muchachas de aquí, amigas de la infancia... ¿Tu hermana ha reanudado alguna? gratas amistades... Se aburre sola en este caserón y, naturalmente, entra y sale...

-¡Mi hermana está comprometida para casarse con un hombre dignísimo!

-Ya lo sé; pero no creo que tenga nada de particular.. .

-¡Nunca ves nada de particular en lo que Aimée hace! Con tu excesiva indulgencia, fomentaste siempre todas sus locuras, todos sus caprichos... -reprocha Mónica a su madre, sin poder disimular su indignación.

-Pero, hijita... ¿Por qué me hablas así? -se alarma Catalina Molnar.

-No es el tono que debo emplear contigo, mamá. Lo sé demasiado -se suaviza Mónica, arrepentida de su arrebato-. Pero a veces no es una capaz de contenerse, y en este caso... Bueno, manda a buscar a Aimée en seguida. Que le digan que yo la llamo, que la necesito... que venga... -Observa que su madre vacila, e indaga: ¿O es cierto que no hay en casa ningún criado? Respóndeme a eso, mamá.

-Está la muchacha que cocina, lava y plancha... Pero no se trata de eso... Lo que pasa...

-Lo que pasa es que no sabes dónde está; que, como siempre, Aimée hace su capricho; que entra y sale sin que tú sepas a dónde va ni con quién anda. Y, sin embargo, la has dado en compromiso, has permitido que un hombre como Renato...

' Mónica se ha mordido los labios furiosamente, hasta que el violento dolor la hace reaccionar y calma el arrebato de cólera que la sacudió como una descarga... hasta que baja la cabeza juntando las manos, en aquel gesto con que se fuerza a la oración, mientras solícita, la madre pregunta:

-Hijita, ¿qué te ha pasado? ¿Por qué te has puesto así de repente?

-Nada, mamá -intenta disculparse Mónica-. Los nervios ... Estoy fuera de mí... Esa es mi enfermedad...

-¡Vaya, por Dios! La Priora me habló de tristeza y debilidad, no de tus nervios. Pero, en fin, todo irá remediándose. En el fondo, creo que tienes razón, un poco de razón al menos. Tu hermana es caprichosa, alocada... No me obedece... Nos hace mucha falta tu pobre padre...

-De él también se burlaba -se queja con amargura Mónica-. De él y de todos; pero no va a burlarse de Renato... Ella prometió hacerlo feliz.

-Y lo hará. Claro que lo hará... Si el pobre muchacho está más enamorado... Cada día recibe tu hermana sus atenciones y sus regalos, y en cualquier momento lo verás por aquí...

-¿Cómo? -se alarma Ménica-. ¿No está en su tinca de Campo Real?

-Está; pero ya se ha escapado dos veces en los diez días escasos que lleva en la Martinica. No hay camino largo cuando se quiere tanto, y Renato está loco por tu hermana. No hay más que mirarlo frente a ella... Todo cambia: su expresión, su mirada... Ella, a su modo, le quiere. El representa para ella todo lo que necesita en la vida para triunfar, aparte de ser un buen mozo. Lo que yo deseo es que se casen cuanto antes y, una vez casada, ya verás cómo las cosas cambian. Sin contar con que en Campo Real no habrá muchos galanes para que tu hermana ejerza la coquetería.

-Me tema que la coquetería de Aimée puede ejercitarse en cualquier parte y hasta con el hombre más repugnante. La creo capaz de mirar a un gañán, a un mendigo...

-¡Calla! -ordena Catalina visiblemente disgustada-. Ahora sí estás ofendiendo gratuitamente a tu pobre hermana. Parece mentira, Mónica...

Desde fuera llega el ruido característico de un coche que se detiene, y un estallar de voces y risas juveniles.

-Creo que ahí está tu hermana -informa Catalina-. Ya verás qué contenta se pone al encontrarte. Te quiere más que tú a ella, Mónica.

-¿Crees eso? -observa Mónica con un matiz de amargura en la voz.

-Me lo estabas demostrando con tus palabras de hace un momento. Ella no te critica nunca... siempre está de tu parte. Fue la primera en tratar de convencemos, a tu padre y a mi, de que te dejáramos hacer tu gusto y tomar los hábitos. Te quiere más que tú a ella... Mucho más...

-¡Adiós, Gustavo! ¡Hasta mañana! No dejes de venir tú también, Ernesto... Y traigan a Carlos...- se oye la voz de Aimée, despidiéndose alegremente.

-¿Son esas sus amigas? -inquiere Mónica con mordacidad.

-Amigas vinieron a buscarla -asegura Catalina-. Estaban en un grupo... Ahora han venido a dejarla los muchachos... No creo que tenga nada de particular.

-¡Qué ciega estás! Anda, adviértele que yo he llegado a casa.

-¡Quieta!

-¡Oh.. .! -se asusta Aimée; pero en seguida susurra zalamera-: ¡Juan...! Pero, Juan...

-He dicho que quieta -insiste Juan con energía. Bruscamente, sujetándola por los hombros desde la espalda, obligándola a echar hacia atrás la cabeza para beber con ansia la miel de sus labios, Juan besa largamente a Aimée, sorprendiéndola en el momento en que iba a recostarse en la suave hamaca de mallas de seda. Un instante saborea ella también ávidamente la caricia, para rechazar después, falsamente indignada:

-¡Pirata... salvaje...! ¿Qué manera de tratarme es esa? ¡Ay! ¡Suéltame! Y no levantes la voz. Pueden oírte desde la casa.

-No lo creo. Está muy lejos... Te fabricaste un buen rincón entre estos árboles. Pero es mejor mi cueva en la playa. Esta noche te espero allí.

-¡Esta noche no puede ser! -niega Aimée vivamente.

-Esta noche te espero, y esta noche irás.

-No sé si pueda...

-Podrás. Te estaré esperando. Ya verás qué fácil te es arreglar las cosas cuando pienses que yo te estoy esperando allá abajo, y que si tardas...

-Ya lo sé.. .Te irás... -sentencia Aimée en tono burlón.

-No. Vendré a buscarte, y te llevará aunque sea a rastras.

-No seas bárbaro. Es casi seguro que iré a la cueva esta noche.

-Es absolutamente seguro que irás. Mi barco sale de madrugada.

-¿Hasta dónde? ¿Por qué no me lo dices? No voy a delatarte...

-Perderías el tiempo. Las leyes son mallas muy burdas. Los peces vivos de mi calaña, que saben coletear, no quedan nunca entre esas redes.

-¡Ah! ¿Luego es cierto que hay un misterio en tus viajes? ¿Hasta dónde va tu barco? Dímelo... Anda... ¿Dominicana? ¿Guadalupe? ¿Llegarás hasta Trinidad, o pondrás proa a Jamaica?

-Volveré dentro de seis semanas...

-¿Seis semanas? ¡Es una enormidad!

-Tal vez cinco... ¿Me echarás de menos?

-Lloraré por ti todos los días. ¡Te lo juro, Juan! No sé qué tienes... Me trastornas... A veces maldigo la hora en que te conocí, en que te escuché...

-Esta noche no la maldecirás. Te espero...

-¡Iré... iré! Pero ahora escóndete, vete, alguien viene. Es mi hermana. ¡Vete... vete, por caridad! -suplica Aimée, nerviosa-. Si nos ve juntos, estoy perdida.

-¿Perdida? ¿Por qué?

-¡Vete, Juan! -ordena más que ruega Aimée, desesperadamente. De un brusco empujón le ha apartado, y corre al encuentro de Mónica.

-¡Mónica... hermanita! -exclama Aimée, sofocada, pero intentando ser jovial.

-¿De dónde vienes? -indaga Mónica, severa.

-¿De dónde he de venir? Del jardín... ¿No lo ves? ¿Por qué no te quitas los hábitos? No sé cómo los resistes con el calor que está haciendo... ¿Por qué me miras de ese modo? ¿Qué te pasa?

Mónica ha apoyado las manos finas y nerviosas en los hombros de Aimée para mirarla lenta, fijamente, como penetrándole los pensamientos. Están a la entrada de aquellas últimas habitaciones del caserón de los Molnar, y el corazón de Aimée late apresurado, temiendo, como desde los días de su infancia, aquella mirada sagaz de su hermana mayor, a la que su alma apenas puede ocultar secretos.

-No has contestado a mi pregunta, Aimée. ¿De dónde vienes?

-Ya te dije que del jardín. ¿Qué más quieres que te diga? Si vas a empezar como antes, a regañarme apenas llegas...

-Yo no quería volver aquí. Otra voluntad más fuerte que la mía me obligó a hacerlo. Ahora pienso que tal vez fue un designio de la Providencia.

-¡Ay, ay, ay! Ahora sí estoy aviada. En cuanto tú nombras la Providencia...

-No te hagas la inconsciente, porque no lo eres. Estás muy creada también para el papel de niña mimada...

-En definitiva, ¿qué es lo que quieres? -se subleva Aimée, presa de la ira-. A mí no me estorba qué estés aquí, si no te metes en mis cosas.

-*Tengo* que meterme, Aimée. Entre nosotras hay un pacto... un pacto solemne. Juraste, Aimée... Juraste con lágrimas en los ojos, y has de cumplir tu juramento.

-No estoy haciendo nada de particular,..

-¿De veras? Con la mano en el corazón, sinceramente, ¿crees estar cumpliendo tus deberes dé prometida de Renato?

-¡Ya salió Renato!

-Tiene que salir, puesto que vas a casarte con él, puesto que prometiste hacerle dichoso...

-Que lo sea... Yo no le estoy haciendo nada. Pero ya ves... En diez días lo he visto dos veces. Eso, después de seis meses de ausencia... seis eternos meses metida en este caserón que es una tumba.

-Una tumba muy frecuentada... Llegaste con amigos, sales a todas horas, te vienen a

buscar y te conocen por tu nombre tipos que...

-¿Qué? ¿Qué estás diciendo? -ataja Aimée francamente alarmada.

-Te oí hablar en el jardín... ¿Con quién?

-Con nadie.

-¡No mientas! No mientas, porque es lo que más me subleva de ti. Entre esos árboles sonaba claramente la voz de un hombre, y a esta ventana vino a buscarte un hombre y te llamó de tu nombre. Un hombre inmundo, repugnante, insolente la especie de marinero...

-¡Ah! El pobre Juan... -comenta hipócrita y ladina Aimée-; ¿Hablaste con él? ¿Qué te dijo? Te advierto que no anda muy bien de la cabeza. Es un infeliz, pero…

-¿Infeliz? ¿Loco? ¿Pobre? ¡Pero la forma en que habló de ti... ¡

-¿Qué pudo decirte el muy canalla?

-No es lo que dijo, sino cómo lo dijo. Ya veo que le conoces... ¿Quién es ese hombre?

Aimée ha sonreído, tranquilizándose totalmente, otra vez segura de sí misma, otra vez dispuesta a hacer de su cinismo el arma que nunca le talló, y sin dar valor a sus palabras, explica:

-Es un pescador. Tiene una barca y se va lejos... A veces trae muy buen pescado. Yo se lo compro, y en esta soledad, en este absoluto aburrimiento, he tenido la debilidad de hablar con él... sobre detalles de su oficio. Aquí no se guardan lasdistancias, no se vive con tanta etiqueta como en París o en Burdeos. ¿No puedo interesarme en lo que hace un pescador? ¿No puedo ni siquiera hablar con las gentes? ¿Vas a convertirte en mi cancerbero? ¿Vas a hacerme la vida imposible por.,. ?

-¡Calla, Aimée ¡

-Está bien. *Nos callaremos las dos...* Comprenderás que no voy a ser yo la que se cal le siempre para que tú digas lo que te dé la gana. Si hablas tú, hablaré yo también, y le diré a Renato...

-No dirás una sola palabra -exclama Mónica con violenta ira apenas contenida-. ¡No dirás nada a nadie! ¿Entiendes? Te olvidarás de lo que, por desgracia, sabes. Callarás para siempre, porque como te atrevas...

-¡Mónica, me haces daño! ¡Ay.-.! -se queja Aimée.

-Dispénsame. No quise hacerte daño. No quiero tener que hacerte daño nunca, hermana. Pero hay un pacto entre las dos, y es preciso que lo respetes. En él me va más que la vida. ¿Entiendes? ¡Más que la vida!

-Mamá nos está llamando -indica Aimée; pues, en efecto, llega hasta ellas la voz de Catalina, llamándolas-. ¡Por favor, Mónica, no te pongas de esa manera! No tomes así las cosas,.. No pasa nada... No te van bien esos arrebatos con el traje que llevas... Todo lo tomas por la tremenda... No sabes vivir en el mundo, hermana.

-¡Aimée, hijita! ¡Aquí está Renato! ¡Ven...! es la voz de la señora Molnar que se va acercando en busca de su hija.

-Renato... Renato ahora. ¿Oíste eso, Mónica? -indaga Aimée en tono burlón-. Cálmate, serénate. Renato siempre tuvo el don dé llegar a tiempo. ¿No te parece?

Mónica no responde. Inmóvil, apretados los labios, blancas las mejillas, parece repentinamente una estatua de cera bajo las tocas inmaculadas. Aimée la contempla un momento, sonríe .forzada, y sacude el brazo de su hermana con gesto afectuoso:

- Cálmate y ponle buena cara a Renato. Va a tener una gran sorpresa al encontrarte aquí. Seguramente tiene mucho que charlar contigo, Mónica. Sé buena y entretenlo. Ya sabes que el te aprecia. No seré egoísta y te lo prestaré un buen rato para que arreglen el mundo en teoría, como tienen por costumbre hacerlo. Y no te preocupes, que Renato es feliz y lo será mientras me quiera.

Junto a la alta ventana de la sala colonial, por donde penetran los últimos rayos dorados del sol que muere, Renato D'Autremont. estrecha las manos de Aimée en el empeño pueril y enamorado de robarle un beso. Desde lejos, fingiendo un ir y venir oficioso. Catalina Molnar les observa complaciente. ¡Qué recatada y pura parece ahora la ardiente amante de

Juan del Diablo! Otras son sus miradas, su sonrisa; otro su gesto, perfecta imitación de novia íntima, enamorada, ingenua...

-¡Aimée... *mi* amor, mi gloria, mi vida...! -exclama Renato, apasionado.

-Cálmate... No te acerques tanto... Mamá nos observa... -coquetea Aimée, riendo-. Me asustas con esos arrebatos.

-Perdóname. Te adoro, Aimée, ¡te adoro y' no veo el momento en que por fin seas mi esposa!

-Para eso falta mucho tiempo...

-Sólo el que tú quieras. Por mi parte, todo está dispuesto. Mamá lo sabe ya. Está conforme, dichosa... Sólo espera el momento de conocerte, de darte su bendición y de- fijar la fecha de la boda.

-¿Qué estás diciendo? ¿La señora D'Autremont...?

-Dulce madre mía... Ya te quiere, sólo con saber cómo te quiero yo. ¡Cómo he pensado en ti estos días, mi vida! ¡Cómo he soñado con verte allí, en mi casa, entre esos campos que serán tu reino! Porque allí serás como una princesa, como la soberana de un cuento de hadas...

-¡Pero, Renato! -protesta Aimée-. Me prometiste que viviríamos en Saint-Pierre...

-Bueno... En Saint-Pierre tenemos una vieja casa. Más adelante mandaré repararla; pero te aseguro que cuando veas Campo Real, nada te parecerá más grato, porque si el Paraíso estuvo en alguna parte de América, es en ese valle al pie de las montañas, donde no es posible ya reunir más belleza: flores, paisaje... y tú... Cuando tú estés, no será un paraíso terrenal, será el propio cielo...

-¡Qué bonito hablas, Renato! Claro que pierdes el tiempo... Mamá lleva cinco minutos ausente y no me has dado un beso.

-¡Mi vida...!

La ha besado con ternura, con respeto, conteniendo sus ansias, sujetando la pasión que arde en sus venas, haciendo dulzura y rendimiento de aquella llamarada de deseo que provocan los labios sensuales, la piel aterciopelada, los ojos profundos, el perfume exuberante de flor tropical que emana de la carne de aquella mujer.

-Ahora, estáte quieto. Mónica va a salir de un momento a otro...

-¿Mónica? Es cierto... tu mamá me dijo que estaba en casa, que había salido por unas semanas del convento. Será muy grato saludarla. Aunque no sé... De algún tiempo a esta parte, tu hermana me ha retirado toda su amistad, todo su afecto. A mamá no se lo dije, pero si vieras cómo me preocupa eso... Que recuerde, yo no le he hecho nada... Conscientemente, al menos, yo...

-¡Qué tontería! -le interrumpe Aimée-. Claro que no pasa nada. Eso forma parte de su vocación religiosa y del estado de sus nervios. Mónica se ha vuelto tan extraña... Está muy mal de salud. Delicada, nerviosa, excitable... Por cualquier tontería hace una tragedia. En el propio convento no saben qué hacerse con ella. Por eso se empeñaron en que saliera un par de meses. A veces roe pregunto si no estará un poquito trastornada...

-¿Qué dices? ¡Vaya una ocurrencia! Mónica es una criatura excepcionalmente inteligente, equilibrada, entera... Una mujer admirable por todos conceptos.

-¿Te parece admirable? -dice Aimée en tono burlón-. ¿Y por qué no te enamoraste de ella?

-¿De Mónica? -se asombra Renato, divertido-. No. sé... Cualquiera puede enamorarse de una criatura encantadora como ella lo .es sin disputa, pero estabas tú y fue de tí de quien me enamoré, y es a ti a quien adoro, a quien querré siempre... definitivamente... ¡hasta el día de mi muerte!

-Dímelo otra vez, Renato. Dímelo muchas veces. ¿Me querrás siempre, pase lo que pase? ¿Me quieres?

-¡Te quiero, Aimée! -afirma Renato, arrebatado de pasión-. ¡Te quiero tanto, tan total, tan profundamente, que si un día... lo que es locura pensar, claro está... que si un día fueras

indigna...!

-¿Me perdonarías?

-¡No, Aimée! No podría perdonarte nunca-una traición, pero tampoco podría dejarte vivir para que fueras de otro.¡Te mataría, si! ¡Te mataría con estas mismas manos que té adoran, que tiemblan al estrechar las tuyas! ¡Te mataría, aunque con el dolor de matarte se acabara mi vida también!

Bruscamente, Aimée se ha levantado, arrancando sus manos a las de Renato. Junto a ellos, muy cerca, llegada bien a tiempo a oír las últimas palabras, está Mónica, silenciosa y serena, no es sólo el sobresalto de su presencia lo que sacude a su bella hermana.

Lo es también el gesto fiero, la mirada ardiente que ha descubierto en el rostro de Renato D'Autremont, la mueca casi feroz con que sus labios se distendieron. Pero la presencia *de* Mónica le transforma de manera absoluta. Ceremoniosamente ha puesto de pie para saludarla, aguarda en vano a que su mano se extienda, y ante la inmovilidad de la novicia, inclina la frente en un saludo que más tiene de cortés que de cariñoso:

-A sus pies, Mónica. ¡Cuánto gusto de verla! ¿Cómo está usted?

-Bien. ¿Y usted, Renato? -corresponde Mónica en forma amable, pero fría.

-En el mejor de los mundos, naturalmente -exclama Renato con jovialidad-.., Tanto que, lo confieso, a veces me da *miedo.*

- Miedo de qué? Si alguien merece la dicha en el mundo, es usted.

.'-Le agradezco la afirmación. Con frecuencia pienso que la vida me ha dotado en demasía, y me atormenta la impaciencia de realizar las buenas obras, a que supongo estoy obligado para no, ser ingrato con mi destino feliz.

-Usted siempre procede noblemente, y hace dichosos a los que dependen de usted. No creo que tenga en realidad -esa deuda que pretende...

-Pues yo sí creo, Mónica, y no sabe cómo me alegre de que la casualidad me permita contar con usted, algunas cosas que deseo hacer y que considero muy urgentes.

-¿Contar conmigo? No comprendo...

-Claro. No he perdido la mala costumbre que me reprochó usted más de una vez. Empiezo a referir las cosas por el final. No puede comprenderme, puesto que no conoce el principio. Pero aquí llega la señora Molnar... Por favor, .dona Catalina... Acérquese... Hay una invitación para toda la familia y quiero que toda ella me escuche. He venido por ustedes...

-¿Cómo? ¿Para qué? -indaga la señora Molnar.

-Para una visita al paraíso. Perdónenme la jactancia de llamar de esta manera a mis tierras de Campo Real. Necesito que preparen sus cosas y que salgamos para allá inmediatamente.

-¿A Campo Real nosotras? -se asombra Catalina Molnar.

-Yo sé que lo más correcto sería que mi madre viniera primero, y que la invitación fuera hecha personalmente; pero confío ,en que la excusen al saber que hace más de diez años no abandona la finca. Su salud es bastante delicada para no hacerlo. Ella me ruega que la perdonen por no venir, por enviar solamente esta carta con su mejor emisario, que soy yo mismo. Es para-usted, doña Catalina. ¿Quiere hacerme el favor de leerla?

-Sí, hijo, pero... -empieza a protestar Catalina.

-Creo que no hay ningún inconveniente para que vayas con Aimée a Campo Real, mamá -interviene Mónica-. Yo, como es natural, volveré a mi convento, y al regreso...

-De ninguna manera, hija. Saliste del convento porque tu salud es delicada. Justamente, tanto tu confesor como la abadesa me dijeron que seria magnifica para ti una temporada en el campo, y puesto que la mamá de Renato nos invita a las tres...

-La señora D'Autremont no contaba conmigo -la interrumpe Mónica.

-Con usted se cuenta siempre para todo, Mónica -asegura Renato-. Y si para que se convenza es preciso que mi madre haga ese viaje y venga personalmente a pedirle que nos acompañe un par de semanas en Campo Real, lo hará. Estoy seguro de ello. Además, déjeme

decirle ahora el final, porque antes empecé. Cuento con su ayuda y sus consejos para remediar muchas cosas que no están a mi gusto allá en mis tierras.

-¿Conmigo? Pero si yo... -comienza a protestar Mónica.

-Usted era en otro tiempo mi mejor amiga, Mónica. Voy a prescindir de sus hábitos, de la barrera de frialdad que se ha empeñado en alzar entre nosotros dos, para decirle... para decirte, Mónica, como en aquellos -tiempos en que éramos como dos hermanos, como dos soñadores imaginando un mundo nuevo, mejor y más generoso... Como cuando soñábamos con ser reyes de un mundo de dicha, de bondad, en el que nadie sufriera, en el que todo fuera paz y justicia... Pues bien, Mónica, ese mundo lo tengo, es mío... Pero no es un mundo de bondad, de dulzura, ni siquiera de justicia. En la belleza de mi paraíso hay rincones oscuros, amargos; gentes tratadas cruelmente; niños que necesitan de un porvenir mejor. Yo quiero remediar todo eso y te necesito a mi lado... como lo que fuiste en aquellos años de adolescencia: mi guía, mi compañera, mi maestra muchas veces...

Mónica de Molnar calla, inclinada la frente, temblorosos los labios, llenos los ojos de lágrimas que sólo con enorme esfuerzo logra contener. Así, frente a frente, no se atreve a rechazar las palabras de Renato; le llegan demasiado profundamente, hay una dicha demasiado intensa en medio de su dolor profundo, al escucharle hablar de esa manera. No podrá negarle nada que él le pida así. Sabe que no podrá negárselo y,, sin embargo, balbucea una última resistencia:

-Necesitaría el permiso de mis superiores...

-Hoy mismo lo tendremos -afirma Renato, decidido-. Iré al convento, haré que mamá escriba a la Abadesa...

Monica se ha serenado totalmente, como si de repente hubiese halado dentro de sí la fuerza que necesita, y clava en el rostro de Renato su limpia mirada valerosa, al aceptar:

-Iré, Renato. Iré con ustedes...

-Es un postre exquisito, ¿lo has hecho tú, Aimée?

-Sí; claro... con una receta de Mónica, que ha aprendido a hacer maravillas en la repostería del convento, y ayudada un poquito también por mamá.

-Seguramente, tus manos le ponen algo angelical... Renato ha sonreído mirando a Aimée que le devuelve la sonrisa con esfuerzo, tensos los nervios, fija toda su atención no en aquella mesa familiar, sobre cuyo mantel blanquísimo refulgen los últimos restos de la vajilla de plata de los Molnar, sino en el antiguo reloj cuyas manecillas avanzan implacables, cuya campana cantarina pregona la hora de una cita a la que no sabe cómo acudir. Son las ocho, y el ardiente corazón se le desboca pecho adentro... Son las ocho, y claramente su imaginación le muestra la recia figura varonil del hombre que en aquel momento salta sobre la playa y penetra, buscándola hasta el fondo de la cueva... el mar que ruge, los brazos atléticos que pudieran estar estrechándola, la arena blanca como un áspero lecho perfumado de algas, y Juan del Diablo junto a ella, con sus ojos de abismo, con sus besos de fuego, con su cuerpo macizo como el de un oso y ágil como el de un tigre... con su atractivo irresistible de tritón de fiera...

-Este postre es lo único especial que. pudimos hacer para ti, hijo -explica Catalina,* como excusándose-. Como no te esperábamos, y apenas nos diste tiempo...

-Fui hasta el centro buscando a un viejo amigo de mi padre: el notario Noel. Pero no tuve la suerte de hallarlo en su bufete. Cuando salga de aquí iré a su casa. Tengo empeño en hablar con él. Fue notario de los D'Autremont durante muchos años. No sé por qué motivo se alejó de mi casa, pero quiero que vuelva a ella. Es un hombre bondadoso y honrado, mi padre lo apreciaba enormemente...

El viejo reloj del comedor lanza al espacio el sonido vibrante de sus campanadas, y Aimée se alarma:

-¡Oh...!

-¿Qué tienes, Aimée? -indaga Renato, solícito.

-¡Uf! Nada... ¿Qué quieres que tenga? Calor, hace un calor terrible aquí adentro -se

queja Aimée.

-¿Quieren que pasemos a la sala a tomar el café? -propone Catalina.

-No puedes entretener mucho a Renato, mamá -reprende Aimée echando una mirada al reloj-. Ya oíste que tiene que ver a ese señor...

-Hay tiempo... Después de hablar con él, tal vez emprenda el regreso a Campo Real esta misma noche -explica Renato-, El camino es bueno. Gozamos de una luna espléndida, y estoy impaciente por decirle a mi madre el resultado satisfactorio de su invitación. Además, cuanto más pronto me vaya, más pronto vuelvo por ustedes. ¿Cuándo podrán estar listas? ¿El viernes? ¿El sábado?

-Yo creo que el viernes, ¿verdad, muchachas? -recaba Catalina.

-Yo estoy preparada en cualquier momento -asegura Mónica.

-¿Y tú? -pregunta Renato-a su novia; pero al no recibir contestación de ésta, insiste-: Aimée... ¿no me oyes?

-¡0h!, sí, sí, naturalmente... ¿Qué decías? -exclama Aimée, vacilando y como saliendo de un letargo.

-Renato hablaba desvolver por nosotras el viernes, pero tú estás como en las nubes... -explica Mónica, con un velado reproche en la voz.

-Es que estoy asfixiándome de calor. ¿Cuándo acaban de traer ese café?

-En cualquier parte es igual -acepta Renato-. Lo tomaremos aquí mismo, ya que lo trajeron, y abreviaré la sobremesa, aunque no conozco nada más difícil que irse de esta casa.

Ha vuelto a sonreír mirando Aimée, cuya sonrisa es ahora casi una mueca. No puede más, está desesperada, y al mismo tiempo tiembla, teme, recuerda la amenaza de Juan: ir por ella si no acude a la cita.

En la puerta, dos mujeres miran marchar a Renato. Luego, Mónica se aparta dejándose caer, como sin fuerzas, sobre un sillón de mimbre, mientras la señora Molnar entorna suavemente el postigo buscando con la vista a su hija menor, y le pregunta a Mónica:

-Dónde fue tu hermana?

-No sé. Tenía calor... al jardín seguramente.

-Qué encantador es Renato, ¿verdad?

Mónica no contesta; baja la cabeza como si hundiese sus pensamientos en el agitado mar de su alma en tormento. La señora Molnar entra lentamente a su alcoba, mientras cruzando la casa, llena de impaciencia, irrumpe Aimée en la habitación de su hermana. Sobre una silla está el manto negro con que, para salir cubre su hábito de novicia Mónica. Sin detenerse se apodera de él y sigue su camino cada vez más de prisa. Al llegar al jardín se envuelve de pies a cabeza en la oscura tela, y como una sombra se desliza hacia los árboles, hundiéndose en ellos rumbo al camino de la playa.

-Mónica... ¡Qué raro! ¡Qué extraño que salga así! Qué raro es todo en ella

Renato D'Autremont piensa en voz alta, a fuerza de desconcierto, de sorpresa. Está de pie, a cincuenta metros escasos de la casa de las Molnar, cuyas blancas paredes ilumina con su luz clarísima la luna llena. Se ha detenido en aquella esquina, por la que debe doblar perdiendo de vista la vetusta residencia. Se ha detenido con ese impulso irresistible de los enamorados, de mirar una vez más, aunque sólo sean las paredes del sitio en que vive el objeto de su amor. Se ha detenido ansiosamente, esperando ver la figura de Aimée recortarse tras las rejas de la ventana, pero nadie hay en la ventana ni en la puerta. Sólo ha visto cruzar a una sombra... Se siente extrañamente inquieto. Paso a paso ha vuelto a la casa y da una vuelta en torno a la misma. Hay luz en dos habitaciones. Dos de las tres mujeres que habitan esa casa están despiertas, piensa Renato. Como si cometiese un sacrilegio, penetra en el jardín de sombras.

Ha llegado al centro de aquel 'macizo de árboles espesos, donde una hamaca cuelga de

dos troncos. Ahora, la luna, filtrándose entre las ramas, pone cuchillos de plata sobre la malla de seda y cabrilleos de estrellas en las aguas del arroyo cercano. Muy despacio se inclina a recoger del suelo un pañuelo perfumado de lilas, un espejo que quedó abandonado junto a la hamaca. Reconoce ese espejo. Es el juguete preferido de Aimée, lo ha visto entre sus manos cien veces, lo ha' visto reflejar su belleza, como ahora, cual terso lago diminuto refleja las estrellas, y con una ternura que invade su voz, susurra:

-Aimée... mi vida...

Ha besado el cristal helado, aquél que reflejara tantas veces la boca breve, dulce, cálida, fuente de vida para él. Luego, baja la frente. Ha sentido una súbita vergüenza. Está allí casi como un ladrón. Inquieto, mira hacia la casa. De las dos ventanas iluminadas, una se apagó ya. La otra sigue brillando con luz amarillenta.

-Aimée. Tú no duermes, ¿verdad? ¿Piensas en mí, sueñas despierta? ¿Lees? ¿Rezas? ¿Acaso esperas con ansia, como yo, el día de mañana para verme de nuevo?

Suavemente desliza el espejo en sus bolsillos, y se aleja con paso rápido.

13

-CRISTO, ÓYEME... CRISTO, ampárame... Señor, sostenme, dame tu fuerza en la agonía, dame tu luz en las tinieblas ... ÓYEME..

De rodillas, frente a la imagen del Crucificado que preside la alcoba en la que corrieron los años puros de su infancia, Mónica reza... Reza con las manos juntas, enclavijadas, con los abiertos ojos fijos en Aquél de quien todo lo espera, con los pálidos labios trémulos, con el apasionado corazón golpeándole sordamente el pecho...

-¿Por qué llevarme hasta el último extremo Señor? ¿Por qué ponerme de nuevo frente a él? ¿Por qué arrastrarme, a la tentación? ¿Por qué hacer que despierten los recuerdos mal dormidos apenas? ¿Por qué, Señor? ¿Por qué es tan dura la prueba?

Todo es silencio en la casona, menos su voz que es como un leve sollozo. Todo es quietud, menos el alma torturada que se retuerce queriendo escapar de su tormento, para aceptarlo al fin:

-Cristo... En tu noche de agonía, tú rechazaste el cáliz también. En tu Huerto de los Olivos, derramaste sudor de sangre, lloraste amargamente, y le pediste al Padre que tuviera piedad de tu flaqueza. Hoy soy yo quien te pide piedad... piedad o fuerzas para triunfar de mí misma, para ahogar los latidos de mi corazón, para domar mi carne rebelde... ¿No hay piedad, Señor? ¿Ha de ser? ¡Respóndeme en mi corazón! ¡Respóndeme! -Un sollozo atenaza su garganta, impidiéndole seguir el rezo. Pero pronto una sensación de conformidad la invade, y exclama-: Hágase tu voluntad. Señor... pero no me abandones en la prueba.

-¡Juan! ¡Mi Juan! ¿Qué hacías aquí?

-Sí; allí está Juan. Es él, y son sus brazos los que la estrechan y es su boca, de labios ávidos y sensuales, la que besa la suya con ansias de sediento. Lo ha encontrado en lo alto de los acantilados, muy cerca ya de los últimos árboles de su jardín...

-Iba a buscarte. Te previne que lo haría. Jamás amenazo en vano, Aimée, y es bueno que lo sepas. No vas a burlarte de mí. No me interesabas, no quería caer en tus redes... Se bien lo que puede esperarse de las mujeres de tu clase...

-¡Oh, Juan,, mi lobo enamorado!

-¿Enamorado yo?

-¿Cómo se llama, pues, lo que sientes? No te interesaba, pero me buscas a *todas* horas. No querías acercarte a mí, y ahora te mueres si me retraso en una cita. Si eso no es amor, ¿cómo se llama? |

-No lo sé, ni me importa, ¿sabes? -contesta Juan con rudeza-. Pero óyeme hasta el final. No quería sentir por ti, pero te propusiste hacerlo y lo lograste. Ahora, entiende que no me

manejarás a tu antojo por ello. Cuando venga, tendrás que aguardarme, tendrás que recibirme, tendrás que acudir cuando te llame, te buscaré donde quiera que estés. Eso es lo que iba a hacer ahora.

-¿Sin importarte el perjuicio que con ello me causes?

-Cuídate tú de que no tenga que hacerlo. Yo no te fui a buscar a tu casa... Tú bajaste a mi mar, a mi cueva. Te-divirtió el salvaje, tuviste la curiosidad de saber cómo era el amor de Juan del Diablo. Pues bien, ya lo sabes. No es algo que puedas coger o rechazar como te plazca. No seré tu juguete, no seré el muñeco de ninguna mujer. Las mujeres se hicieron para los hombres...

-Yo invierto los términos: opino que los hombres se hicieron para las mujeres -contesta Aimée, sutilmente burlona, y conteniendo .a duras penas su irrefrenable pasión.

-Los hombres como yo mandan siempre, y la mujer que está a su lado, aun cuando fuese una reina, no es más que su mujer. ¿Entiendes?

-Entiendo que eres un tirano, un déspota, un bárbaro, un pirata y, además, un ingrato. Pero me gustas más que nadie. ¡Te quiero!

Juan se ha vuelto a besarla con ansia, haciendo resbalar el fino manto negro con el que Aimée se envuelve de pies a cabeza, y alzándolo con su ancha y dura mano, pregunta:

-¿Qué es esto?

-El disfraz que tuve que ponerme. Había visita en casa... Un invitado a comer que prolongó demasiado la sobremesa. Todavía no acababa de cruzar la puerta, cuando yo corrí para acá. Podían verme de lejos, pero lo negro todo lo tapa, todo lo iguala y todo lo disimula.

-¡Hum...! ¿Quién era tu invitado?

-Cualquiera. Un amigo de mamá y de mi hermana.

-¿Cómo se llama?

-¿Qué más da si no lo conoces? Un antiguo amigo de Mónica, que vino a verla por la tarde y se quedó para la cena. Ella entré en la cocina y, con sus blancas manos de abadesa, preparó un postre delicioso.

-¿Ah, sí? ¿Santa Mónica tiene esas atenciones para alguien?

-¿Santa... ? A propósito, tenemos que arreglar una cuenta. ¿Es posible que te hayas atrevido a hablar con mi hermana?

-¿Te lo contó ella?

-Está indignada con tu grosería, indignada con que yo trate a tipos como tú. Tuve que decirle que eras un pescador con el que yo charlaba algunas veces porque me interesaba tu oficio: la forma en que se manejaban el anzuelo y las redes... Hiciste muy mal, Juan. Mi hermana es mala enemiga.

-¿Mala enemiga? ¿Y qué puede hacerme? ¿Tiene influencia allá arriba? ¿Ordenará al mar que se trague mi barco? -se burla Juan, en verdad divertido.

-Eres un monstruo de egoísmo, Juan del Diablo. ¿De veras no te importa nada, nada, lo que pueda sucederme a mí por todo esto?

-A ti es a la que no pareció importarte. Esas cosas se piensan antes. Aimée. Cuando yo me empeño en entrar a puerto en pleno temporal, sé bien lo que me juego: el barco y la vida... y allá el infierno si los pierdo.

-Contigo no se puede...

-No vas a manejarme. Te lo he dicho mil veces... Bueno, ya me voy. Zarpo al amanecer, y me quedan muchas cosas qué hacer todavía.

-¿Y estás seguro de no volver en cinco semanas? Eso es mucho tiempo...

-Yo también te echaré; de menos, Aimée -afirma Juan con sinceridad.

-Pero no querrás sufrir, te empeñarás en olvidarme, y me olvidarás en los brazos de otras mujeres. Lo sé perfectamente. ¡Para ti hay amores en todos los puertos!

-¿Y a quién le faltan? Pero no te preocupes... Volveré pronto y te traeré un regalo... un regalo digno de ti... como para una reina.

La ha besado con un beso de fuego, beso largo con el que parece sorberle la voluntad y

la vida. Luego la aparta de si, con suavidad...

Ahora es ella quien se prende a su cuello, ella la que le besa apasionada, loca, ciega, como si al arrojarse en brazos de aquel hombre se hundiera en un abismo y nada le importara sino el goce supremo en que se funden la vida y la muerte...

-Me hallarás cuando vuelvas, Juan. Te lo juro... Pase lo que pase, estaré aquí, te esperaré. Me encontrarás igual que ahora... Me encontrarás así siempre que me busques, aun cuando tenga que hundirse el mundo entero para eso...

-Anúncieme al señor Pedro Noel. Es tarde, pero tengo la esperanza de que me reciba. Dígale que Renato D'Autremont tiene absoluta necesidad de verle.

En el vestíbulo de la modestísima casita del que fuera notario de su padre, Renato da su tarjeta a un .sirviente y queda pensativo, esperando. A pesar suyo, hay una imagen que le acompaña. Sin proponérselo, una y otra vez cruza por su imaginación aquella sombra que envuelta en el negro manto de las novicias del Verbo Encarnado, viera cruzar el jardín para ocultarse entre los árboles. Ni un instante ha pensado que aquella mujer pueda ser otra que Mónica; pero, ¿a qué podía ir ya de noche a aquel rincón del jardín, y por qué aquella forma furtiva, aquel paso apresurado, aquel correr cuando él apenas cruzaba la calle, como si hubiera esperado su marcha, impaciente para correr allá?

-¡Renato! ¿Pero es usted realmente? -exclama Pedro Noel acercándose con alegría conmovida-. Renato D'Autremont, me da usted la sorpresa y la alegría más grande que he tenido en muchos años.

-Perdóneme lo intempestivo de la hora. Ya veo que...

-Sí... iba a acostarme; pero, en bata y todo, bajé corriendo. Déme usted un abrazo, hijo mío. ¡Qué alegría verle! ¡Qué maravillosamente se ha transformado! Es usted un real mozo, caramba. Bastante parecido a su señora madre, pero con todo el aire, con toda la magnífica estampa de los D'Autremont. Dichoso el que no desmiente la casta... Pero siéntese... siéntese. Tomaremos algo. ¿Qué le apetece? ¿Ginebra? ¿Coñac?

-Nada... nada, amigo mío. Vine sólo a charlar un rato.

-Pues esa charla hay que celebrarla, y también su regreso a la Martinica. Hace ya varios días, ¿verdad?

-Casi un par de semanas...

-Le agradezco que haya venido tan pronto a verme, y ya sé lo que vamos a tomar. -Pedro Noel se ha levantado y, alejándose un poco, alza la voz para llamar-: ¡Serapio... Serapio! Prepara dos ron-ponches con todas las de la ley. -Luego, regresando donde se encuentra Renato, exclama-: No va usted a desairarme la bebida nacional, ¿verdad?

-De ninguna manera...

-Renato, el pequeño Renato que regresa hecho todo un señor ingeniero. ¡Pero qué bien está usted, Renato! A mí me encontrará viejo, acabado... Y además, pobre. Casi, casi pobre de solemnidad. Mi carrera es como la política: medran poco en ella los hombres honrados, y yo no he podido curarme de esa enfermedad hereditaria. Honrado fue mi abuelo, honrado fue' mi padre, y si yo hubiera tenido un hijo, estoy seguro de que sería más estricto y más pobre que yo, lo cual es casi, casi, imposible -ríe jovialmente.

-Si su mal no es más que ése, pronto vamos a remediarlo. Tengo mucho trabajo para usted -ofrece Renato, afectuoso y magnánimo.

-¿Qué? ¿Cómo? Espero que no ande usted envuelto en un enredo de papeles -se alarma el buen Noel.

-No ando envuelto en nada, pero creo que hay muchas cosas que arreglar y que usted puede ayudarme.

-Para eso, cuente conmigo siempre y a cualquier hora.

-Acaba de demostrármelo y, además, ya me lo decía el corazón. Por algo llamé con tanta confianza a las puertas de su casa. No sé por qué tenía la seguridad de que habría de recibirme a cualquier hora, y abusé de su bondad. La verdad es que apenas he estado en Saint-Pierre. He pasado estos días en Campo Real al lado de mi madre.

-Y a propósito, ¿cómo está la señora D'Autremont? -se interesa, siempre atento, el viejo notario.

-Con sus eternos achaques, pero mejor que nunca, me parece.

-¿Sabe ella que usted venía a visitarme? -pregunta Noel con manifiesta vacilación.

-Bueno... no exactamente...

-¿Pero ha dado su aprobación? Quiero decir... ¿está conforme con esa ayuda que, según usted, tengo que prestarle?

-Lo estará cuando lo sepa, naturalmente. Apenas he tenido tiempo de hablar con ella de dos o tres asuntos, y son tantos los que hemos de tratar...

El notario Noel ha mirado hacia otra parte, mientras su único sirviente pone entre ambos los dos vasos de ron-ponche en una bandeja de estaño. Es la bebida típica de las pequeñas Antillas Francesas, dulce y aromática como la tierra que la brinda. Como siete anillos de colores, las siete rayas de los siete distintos licores que se ponen en ella sin mezclarlos: el verde esmeralda de la menta, el goloso marrón de la crema de cacao, el rojo rubí del curazao, el amarillo topacio del chartreuse, el blanco transparente del anís, el ópalo claro del benedictino y el dorado del ron perfumado y cálido. Salvando con un gesto su turbación, el anciano levanta su vaso:

-Por usted, amigo mío. Por usted y por su feliz regreso a estos lares.

-Por usted, y por nuestra Martinica, Noel.

-¿Nuestra? Suya, hijo mío, suya -comenta Noel en tono jovial-. Creo que, .por lo menos, en la mitad de su extensión territorial, y acaso me quedo corto. Mas no vale enorgullecerse ni ruborizarse. Hasta ahora no tiene usted el mérito de lo bueno ni la culpa de lo malo.

-Pero acepto ambas cosas, como acepto mi apellido.

-Así se habla. Me gusta su firmeza. Sí he de serle franco, me causa usted una sorpresa gratísima con ser como es: D'Autremont... D'Autremont de pies a cabeza... y acaso el mejor de los D'Autremont.

-Humildemente, sin jactancia, aspiro a merecer esas palabras. Pero antes de entrar en materia más complicada, necesito de sus labios una información clara, fidedigna, imparcial. Tengo entendido que, por fortuna, no es difícil. Se trata de Juan... Juan del Diablo. Creo que siguen llamándole así, y ahora con verdadera razón.

-Sí, Renato. Por desgracia, nuestro Juan del Diablo le ha hecho honor a su mote, que hoy es tristemente célebre en los barrios bajos de la ciudad. No sé si sabrá que desapareció en los mismos días en que a usted le embarcaban para Francia, y que todas mis investigaciones fueron en vano. Durante un buen tiempo no se supo nada de él. Luego, tuve yo que ausentarme... Asuntos de trabajo y de familia me llevaron a la Guayana, donde permanecí varios años. Cuando regresé, ya corría el rumor... Surgieron varios pequeños escándalos... Entonces, le busqué fui a verle...

-¿Y qué? -quiere saber Renato, vivamente impresionado.

-No había absolutamente nada qué hacer. Juan no quiso verme ni escucharme. Nada me debía, es cierto; ni siquiera consideración. En realidad, nadie hizo nunca nada por él, cuando él podía necesitar de alguien. Hoy es dueño de su vida, rudo y salvaje como un pirata de los siglos pasados. Tiene un barquichuelo siniestro, una especie de balandro artillado, por no sé qué concesión extraña que consiguió del Gobernador de Guadalupe, con el que toma parte en cuanto negocio turbio, en cuanto enredo de contrabando o de clandestinaje se le viene a las manos. .. Por temporadas es como un terremoto el tal Juan. No hay riña de taberna, no hay pelea ni extorsión, ni dolo ni escándalo, en Saint-Pierre, en el que no ande más o menos enredado, pero con una suerte o una habilidad tan endiabladas, que todavía no ha podido nadie ponerle frente a un tribunal.

-Increíble -murmura Renato, pensativo-. Juan... Juan .. .Y pensar que mi pobre padre...

Se ha puesto de pie sin terminar la frase y da unos pasos por la vetusta estancia, fruncido el ceño, el gesto terco y preocupado. .. Pedro Noel se acerca, apoyando la mano en su brazo, y trata de aconsejarle:

-En este mundo hay cosas que no tienen remedio, y ésa es una de ellas. Si quiere oír mi consejo, olvídese de Juan, Renato. Olvídese de Juan...

-¿De dónde vienes?

-¿Eh? ¿Qué?

Sorprendida, temblando. Aimée se ha erguido y da un paso atrás ante la misma puerta de la alcoba de su hermana, a donde silenciosamente llegara para dejar caer sobre una silla aquel manto negro en el que se envolviera dos horas antes. Le ha sorprendido el brusco alzarse de la cabeza de Mónica; le sorprende también la mano crispada de su hermana sujetando su brazo, pero es demasiado astuta, demasiado mundana para dejar ver esa sorpresa... y sonríe, sonríe logrando dar a su voz el tono frívolo de las palabras sin importancia:

-¿Te asusté? Pensé que dormías...

-Tú eres la que te has asustado.

-¿Yo? ¿Por qué? Qué tontería... entré a...

-A dejar aquí mi manto, ya lo estoy viendo. Por eso te pregunto de dónde vienes... para qué lo tomaste. ¿Quieres responderme?

-Naturalmente. No hay por qué adoptar ese tono dramático. Vengo, Sencillamente, del jardín, de tomar un poco el aire... Llevaba horas ahogándome... Detesto las visitas de cumplido, bajo la lámpara de la sala, con los ojos de mamá y los tuyos clavados encima como si quisieran fulminarme en cuanto le sonrió a Renato.

-Nadie te ha reprochado jamás sonreírle a Renato -replica Mónica con firmeza agresiva.

-Como quieras; no voy a discutir. Es muy tarde y más vale que las dos tratemos de dormir. Aquí tienes tu manto, y perdóname por haberlo tomado sin tu permiso.

-¿Para qué lo tomaste? Como estabas ahogándote de calor. ..

-Bueno, hija, dispénsame -se disculpa Aimée de mal talante-. No me tomaré la libertad de usar para nada tus trapos. No volveré a hacerlo más. ¿Estás conforme? Pues en paz, y buenas noches. A otras las suaviza el convento; pero a ti te ha vuelto insoportable. Más aún que antes, que ya era bastante...

-¡Aimée! -protesta Mónica con un reproche en la voz.

-Buenas noches, hermana -saluda Aimée, alejándose-. Tranquilízate y duérmete. No tengo ganas de discutir más...

Mónica ha quedado inmóvil, con el negro manto entre las manos, mirando inquieta y desconfiada hacia el lugar que a través de la puerta siguiera su hermana. Tras las horas de oración y de lágrimas se siente más tranquila, pero sus dedos palpan el arrugado manto. Está -frío y húmedo, tiene el áspero aroma de la playa, huele a salitre, a yodo, al perfume salvaje ^e las algas, y, sin saber, por qué, piensa en el rostro varonil que viera asomarse tras los hierros de la ventana, en aquella frente altanera, en aquellos ojos audaces, en aquella boca sensual, y murmura:

-Ese hombre... Ese hombre horrible... ¿Para qué vino ese hombre a esta casa? ¿Para qué buscaba a mi hermana? ¿Para qué. Dios Santo?

14

LAS RÁFAGAS VIOLENTAS que empuja el viento desde el mar, hacen girar la lámpara de petróleo que esparce, como en un aleteo, su luz amarillenta y trémula sobre las cabezas de los jugadores reunidos en una taberna del puerto de Saint-Pierre.

-¡Da cartas! Voy con todo lo que tengo para ver la dama de diamantes. ¿Por qué no acabas de echarlas? -apremia Juan al rudo hombrón que se encuentra sentado frente a él.

-Aguarda... Aguarda, porque mi resto no es igual al tuyo. Tienes que completar -observa el jugador contrario.

-Retira lo que sobra. No tengo más.

-Primera vez que te oigo decir eso, Juan del Diablo. ¿No tienes más ni de dónde sacarlo?

-¡Voto a Satanás! ¡Te apuesto el *Luzbel* contra tu barca! Los vivos rostros de los contertulios se han inclinado más sobre la mesa mugrienta, de mal unidas tablas, y los recios puños se cierran en ademán violento. Están en la última mesa de la peor taberna del puerto, nido de tahúres y de mujerzuelas, de contrabandistas y de borrachos... Alrededor de la mesa, donde dos blancos se lo juegan todo, hay rostros de color de betún y de color de ámbar, cabezas lanudas de africanos y mechones lacios que caen sobre las frentes bronceadas de los hindúes... Negros, chinos, indios, mulatos... Es el fermento de Saint-Pierre, la espuma amarga y venenosa que va quedando como residuo de todas las impurezas, de todos los vicios, de todas las miserias, de todas las degeneraciones humanas.

-¿Aceptas o no aceptas? -insiste Juan.

-Mi resto vale más que el tuyo -responde con terquedad su rival.

-Por eso té nivelo la apuesta. Mi *Luzbel* vale más que tu barca desvencijada. Pero no me importa, la acepto. ¡Echa las cartas! ¿O es que tienes miedo después de desafiarme?

-Los barcos no pueden jugarse así... Hay que traer papeles...

-¡Al infierno los papeles! Hay diez testigos... ¡Mi balandra *Luzbel* contra tu barcal

El círculo se ha estrechado más. Ya los mirones están casi encima de aquellos dos hombres dispuestos a jugárselo todo a la mugrienta carta que salga. Nadie ha reparado en la fina figura de un caballero que, tras observar de lejos la escena, se acerca muy despacio. Es joven, aun está a un lustro de los treinta años, y lo parece mucho más por su rostro lampiño, por sus cabellos rubios y lacios, por sus ojos claros, vivos e inteligentes como los de un muchacho precoz. Un viejo marinero que le acompaña le ha señalado a Juan, y a él se acerca para quedar mirándole con expresión indefinible...

-¡Va la apuesta! -se decide por fin el rival de Juan.

-Entonces, echa la última carta. ¡Pronto!

El contrincante de Juan del Diablo se ha puesto muy pálido. Sus manos hábiles, de largos dedos, sus manos de tahúr, de astuto jugador con ventaja, barajan muy de prisa el ancho mazo de naipes, pasándolos de una mano a otra con destreza inigualable. Se diría que los acaricia, que los embruja, que los domina, y al fin, rápidamente, va arrojándolos uno a uno, formando dos montones, mientras canturrea:

-Dos de trébol... Seis de corazón... Cuatro de diamantes... Cinco de espadas... Una dama... pero de trébol... ¡Rey de espadas! ¡Gané!

-¡Mentira! [Has hecho trampa! -aúlla Juan. Rápido como un rayo, el cuchillo de Juan ha caído, clavando en la mesa la mano del tramposo, que bufa ciego de dolor y de rabia... Uno de sus compañeros se ha lanzado sobre Juan, éste lo derriba de un golpe brutal... Se forma una baraúnda de golpes y de gritos:

-¡Tiene razón! ¡Es un tramposo! -afirma uno.

-¡Mentira... Mentira! ¡No hizo trampa! -rebate otro.

-¡La policía! ¡Pronto! ¡La policía! ¡Corre, Juan, viene la policía!

-¡Sujétenlo! ¡No lo dejen escapar! ¡Que no salga! La confusión es indescriptible, pero Juan no ha perdido un instante. A puñados mete en sus bolsillos el dinero que le pertenece, derriba la mesa de un golpe, salta sobre el cuerpo caído de su rival, y gana la ventana del fondo, que da sobre el mar.

-¡Quieto! ¡Si da un paso más, lo clavo! ¡Quieto, polizonte! -amenaza Juan a un hombre que le ha seguido, interponiéndose en su fuga.

-¡Guarde ese cuchillo o disparo! -ordena Renato; pues no es otro el hombre que Juan tiene frente a él.

-¡Apunta bien, porque si yerras... habrá un gendarme menos! ¡Tira! ¿Por qué no tiras?

-Porque no vengo a detenerte, Juan. Vengo como amigo. La sorpresa ha hecho vacilar a Juan, pero la aguda punta de su cuchillo, manchado de sangre, se acerca más al pecho de Renato, que en gesto decisivo hunde en su bolsillo el revólver con que le amenazaba, y le

mira a los ojos con mirada intensa, buscándole el alma.

-No soy tu enemigo, Juan, no estoy tratando de detenerte.

-No te acerques, porque...

-Ya no tengo el arma en la mano. Guarda tú la tuya y hablemos.

Están al borde-del farallón de rocas. Lejos, entre las casuchas del puerto, se confunden las luces y los gritos de la taberna que ambos acaban de abandonar. Cortada a pico, la costa acantilada cierra el paso a Juan, pero la luna baña totalmente con sus últimos rayos la noble figura de Renato, y, tras un instante de vacilación, el dueño del *Luzbel* abate el arma, al tiempo que indaga:

-¿Hablar? ¿No eres policía ni amigo de ese... tramposo?

-No, Juan del Diablo.

-¿Para qué corriste detrás de mí? ¿Quién demonios eres?

-Tienes mala memoria, Juan. No creo haber cambiado tanto. Cálmate y mírame bien. No tengas cuidado, porque no te persiguen. No era cierto que la policía llegara. No suele ser tan oportuna. Alguien quiso acabar la riña, y...

-¿No llegó la justicia? ¡Ese perro va a pagármelas!

-Ya te las ha pagado. Perdió la apuesta y el dinero, lo has dejado inútil de una mano, quién sabe por cuánto tiempo, ¿y todavía no te parece bastante?

-Ya veo que no eres policía, sino fraile. Pero guárdate tu sermón.

-¿No te interesa recordar quién soy, Juan?

-Por las trazas, uno que quiere despeñarme, pero...

-Soy Renato... Renato D'Autremont -le ataja éste, manteniendo su serenidad-. ¿Tampoco mi nombre te dice nada? ¿No recuerdas? Una noche, un arroyo, un muchacho a quien le llevaste los ahorros y el pañuelo, y a quien bajaste soñando con hacer su primer viaje por mar... Sí... sí recuerdas... Vas recordando...

Sí, Juan recuerda. Por un instante le ha mirado de otro modo, como si no le mirase él sino aquel muchacho desgraciado y hosco que quince años antes escapara de Campo Real. Ha dado un paso hacia Renato, pero de repente parece reaccionar, otra vez cambian su ademán y su gesto, otra vez vuelve a ser el rudo capitán de un balandro pirata.

-No tengo tiempo para esas niñerías. Zarpo al amanecer y no me entretendrás para que me agarren. Otro día que juegue con más suerte, te devolveré tu puñado de reales...

Juan ha huido de Renato, esquivándole, saltando hacia el lado en que los farallones terminan en una estrecha playa, y desaparece tras aquel salto increíble...

Y como antes de niño, frente al arroyo hirviente, Renato D'Autremont lo ve hundirse en las sombras, como si la oscuridad se lo tragara...

-Mi querido Renato... ¿Usted otra vez? Yo le hacía camino de Campo Real -se extraña Pedro Noel.

-Efectivamente, debía haber emprendido anoche el camino, pero no lo hice y empleé unas horas en desobedecer su consejo.

-Buscó usted a Juan, ¿eh? Estaba seguro de que lo haría. Es muy raro que un D'Autremont atienda los consejos de nadie.

-Y lo encontré. Pude comprobar, por mí mismo, que sus informes eran exactos. Lo hallé en una inmunda tabernucha del puerto, presencié una de sus riñas, le vi defender sus derechos con la ley del más fuerte y abrirse paso entre enemigos... Lamentable, es cierto; pero le confieso que no pude evitar el admirarle.

-¿Usted a él?

-Paradójico, ¿verdad? Es curioso, pero hay en él algo raro, una fuerza extraña que arrastra irresistible simpatía...

-Sí... La vida tiene cosas extrañas y casualidades curiosas -afirma Noel, pensativo-. Yo creo que hay una fuerza misteriosa, ignorada, que nos gobierna sin que *nos* demos cuenta... Providencia, casualidad, fatalidad... ¿Habló usted con Juan?

-Traté de hablar y no quiso escucharme. Creo que guarda para mí el mismo sentimiento

de absoluto desdén que cuando tenía doce años.

-Es probable, aunque debajo de ese desdén aparente haya, sin duda, algo más, mucho más. Pero volvamos a la casualidad. En este momento acabo de enterarme que nuestro turbulento Juan ha sido puesto a la disposición de las autoridades... Detuvieron su barco a punto de zarpar. El hombre a quien hirió en una riña de taberna ha perdido mucha sangre y está grave. Hay muchos testigos de que Juan perdió una apuesta y no quiso pagarla. El deudor herido le acusa de intento de asesinato.

-¡Pero no fueron así las cosas! -asegura Renato con vehemencia.

-Cuando estos tipos escurridizos, que siempre salen bien librados, caen bajo el peso de la ley, los jueces suelen cobrar todas las viejas cuentas en una sola.

-¡Lo considero injusto! -protesta Renato, y en seguida, con gesto decidido, exclama-: Noel, usted es amigo de todos: jueces, autoridades, magistrados... Me ofreció su ayuda y voy a usarla inmediatamente. ¡Quiero, necesito ayudar a Juan!

Pedro Noel ha mirado a Renato con cierta sorpresa primero, y luego con indisimulado agrado que destruye el gesto falsamente severo con que hubiera querido contestarle. Parece como si de repente estuviese a punto de estrecharle las manos, de darle las gracias. En seguida recoge velas, con la prudencia de los que han vivido demasiado, para salir del paso con una exclamación trivial:

-Impulsivo, ¿eh? No desmiente usted la casta. Pero mi consejo fue exactamente lo contrario..,

-Perdóneme que una vez más desoiga sus consejos. ¿Cuento con usted?

-Naturalmente, muchacho. Hasta donde alcancen mis pobres 'fuerzas. Pero le advierto que no va a ser fácil ni barato.

-No me importa el dinero que cueste, Noel.

-Pues, en marcha... -finaliza el notario, gratamente impresionado.

-Aimée... ¿Te he asustado?

-Naturalmente... Andas sin hacer ruido... Con sordo rencor, Aimée ha mirado los pies de su hermana, calzados de suaves y silenciosas zapatillas de fieltro, y mira después con expresión interrogadora el rostro bello y pálido que enmarcan las tocas blanquísimas. Están fuera de los límites el jardín de la casa, al borde de los farallones de rocas, desde donde por un abrupto y estrecho sendero se baja hasta la playa cercana. El sol de la mañana de mayo cae como un baño de oro y fuego sobre el paisaje realmente soberbio, que se divisa desde la pequeña eminencia. A un lado de la ciudad, el campo;

y cerrando el paisaje, los tres montes gigantescos. Al otro, la pequeña bahía redonda, las rocas abruptas contra las que eternamente se estrella el mar, y alejándose de la ciudad, la costa bravía sembrada de salientes, grietas y hondonadas, playuelas diminutas y promontorios que se adentran o que surgen improvisadamente, como un manojo de cuchillos negros, entre las aguas azules y espumosas. Como siempre que se hallan a solas, la mirada profunda, interrogadora y penetrante de Mónica parece molestar a Aimée, y su suave palabra la estremece de mal humor.

-Me ha sorprendido que te levantes ahora tan temprano... Madrugar no entraba en tus costumbres, Aimée.

-Las costumbres cambian con frecuencia. Ahora madrugo y me gusta estar sola.

-Ya voy a dejarte, no te preocupes. Vine porque mamá me pidió que te llamara. Desea empezar a disponer el equipaje y... Pero, ¿qué te pasa?

-Absolutamente nada -se impacienta Aimée-. Miro el mar. ¿También vas a criticarme porque miro al mar?

-No. El mar es muy hermoso. Pero sigues sorprendiéndome... Nunca pensé que te interesaran los paisajes. ¿Qué buscas en el mar? De repente te has puesto muy pálida?

-Si te interesa tanto saberlo, te diré que la vela de un barco.

-¿Cuál? ¿La de aquel balandro? No está desplegada...

-Ya lo veo, no soy ciega. El *Luzbel* no ha zarpado ni tiene trazas de zarpar.

-¿El *Luzbel? -se* extraña Mónica-. ¿Se llama así ese barco?

-Sí, hermana, se llama el *Luzbel,* y puedes santiguarte si crees que por nombrarlo va a llevarte el diablo -contesta Aimée, desabrida y con cierto retintín.

-El *Luzbel* -repite Mónica, pensativa-. Es un bello nombre, al fin y al cabo. Además, guarda una gran enseñanza. Luzbel era el más hermoso de los ángeles y perdió el cielo por un gesto de soberbia. Su caso es más frecuente de lo que parece. ¡Qué fácil es comprometer, por una ligereza, por un capricho, todo un paraíso de felicidad! ¿Has pensado en eso, Aimée?

-¿Sabes que es muy temprano para escuchar parábolas?

-No es una parábola, sino un consejo.

-También, es muy temprano para escuchar consejos o máximas morales.

-Lo siento. Ahora no tenia la menor intención de moralizarte. Pero, ¿qué te ocurre? ¿Qué te pasa? Tú no eres la misma que con los ojos llenos de lágrimas me juraste que Renato D-Autremont era tu vida entera, que eras capaz de matar y de morir para conservarlo... Has cambiado... Has cambiado mucho. En este momento, aunque me lo niegues, estás fuera de ti.

-¡En este momento, te estoy aborreciendo! -salta Aimée, exasperada-. ¿Por qué tienes que perseguirme y hostigarme de la manera que lo haces? Eres como mi sombra. ¡Una sombra agorera que no sabe pronosticarme más que desgracias!

En este momento, una barca cargada de soldados acaba de arrimarse al costado del *Luzbel,* y Aimée da un paso hasta -el borde del acantilado, trémula de una emoción, de una angustia que no le es posible contener más. Pero la mano de la novicia se aferra a su brazo con fuerza insospechada, obligándola a prestarle atención, cuando vuelve a interrogarla:

-¿Qué te pasa? ¿Qué pasa en ese barco?

-Es lo que yo quisiera saber.

-¿Quisieras saber...? ¿Por qué? ¿Por qué te importa tanto?

-¡Si supieras cómo te odio en este momento...! ¡Déjame en paz!

Se ha soltado bruscamente de aquella mano que la detiene, alejándose rápida. Un instante vacila, mide la distancia que la separa de la playa, da unos pasos como si fuese a bajar por el sendero estrecho, labrado a pico entre las rocas, pero se detiene, vira en redondo y echa a correr hacia la casa cercana...

Mónica la ha visto alejarse, y vuelve luego la cabeza para mirar al mar... El *Luzbel...* A pesar de la distancia, ve hormiguear a los soldados que llegan ya a cubierta, desparramándose como para librar un combate. Pero nada indica resistencia; ninguna forma humana, aparte de aquellas que visten uniformes azules, se agita sobre las lisas tablas. Recogidas las velas, echada el ancla, con su arboladura pintada de rojo y su casco de negro brillante, el *Luzbel* sólo puede asociarse, en la imaginación de Mónica, con aquel hombre de ancho pecho desnudo, mirada insolente y sonrisa audaz.

-El *Luzbel...*

Ha repetido el nombre para recordarlo, para grabarlo en su memoria, como grabado está para siempre aquel rostro sólo visto unos instantes tras las rejas de una ventana. Luego, muy despacio, vuelve ella también a la casona de los Molnar.

-Espere aquí un momento, Renato. Déjame que sea yo el primero en hablarle. Aguarde un momento...

Renato D'Autremont se ha detenido, obedeciendo al viejo notario, bajo el macizo arco de piedra que da acceso al pasillo de las celdas. Es un lugar negro, sucio, sombrío, apenas ventilado por las estrechísimas ventanas abiertas a modo de aspilleras en los anchos muros que miran al mar. Entraña de un castillo de' otros siglos, que es cuartel, fortaleza y cárcel... Desde la sombra que lo oculta, Renato mira a Juan, duro, erguido, arrogante, sin prisas por cruzar la puerta que se le franquea, con una leve sonrisa desdeñosa en los labios cuando Pedro Noel se acerca lo bastante para ser reconocido, mientras se aleja el carcelero.

-Puedes salir, Juan -invita Noel-. Has navegado con más suerte que Sebastián Elcano, que le dio la vuelta al mundo en redondo, en un barco de vela, y vivió para contarlo... ¿No entiendes? Estás libre...

-¿Por qué? ¿Por quién? -indaga Juan con visibles muestras de extrañeza.

-Por alguien que no ha reparado en molestias ni en gastos con tal de sacarte del aprieto. No, yo no. Ni tengo dinero ni creo que merezcas salir tan bien librado de una aventura semejante. Por mí, podías haberte podrido en este rincón y haberte quedado sin barco. Y muy cerca has estado de que te pase todo eso. Ya puedes agradecerle a tu buena estrella...

-A mi buena estrella no le agradezco nada, pero a usted sí. Noel. Usted es el único hombre sobre la tierra a quien yo tengo que agradecerle algo... Y el único que me dirigió una buena palabra cuando yo era un muchacho.

-¿Yo? ¿Yo? -rehuye Noel con falso malhumor-. Estás totalmente equivocado...

-No me gusta regresar al pasado, pero voy a volver, por un instante, para recordar el último coche de una caravana donde, como una alimaña cazada en red, llevaban a un muchacho salvaje... un muchacho tan duramente tratado por los hombres y por. la vida, que casi no era un ser humano. Era casi insensible, los golpes rebotaban en su cuerpo como los insultos en su alma... No tenía más ley que su instinto. .. Sabía que comer era necesario y, para comer, trabajaba o robaba... Pero en aquel viaje, en aquel lejano y extraordinario viaje, el muchacho tenía miedo. Un miedo que era angustia y espanto por haber sentido la muerte muy cerca por primera vez, un miedo al mundo extraño al que era llevado poco menos que a la fuerza...

-Bueno... bueno... vamos a dejar eso, Juan -pretende atajar el notario, conmovido muy a pesar suyo.

-En una aldea se detuvo el coche -persiste Juan, haciendo caso omiso a la súplica del viejo Noel-. El cochero y los criados fueron hasta un puesto vecino para satisfacer su sed y su hambre. Desde lejos, alguien llamó al notario. Nadie pensó en la fierecilla humana, demasiado orgullosa para pedir, pero el notario bajó del coche, compró un gran cartucho de naranjas y lo puso en las pequeñas manos mugrientas, con una sonrisa. Era la primera vez que alguien le sonreía a ese muchacho, como se sonríe a un niño. Era la primera vez que alguien ponía un regalo en sus manos. Era la primera vez que alguien compraba para él un cartucho de naranjas. . .

Profundamente conmovido, luchando en vano por no dejar ver su emoción, escucha Noel las palabras de Juan, tan increíblemente sinceras y tiernas, tan tristemente delatoras del dolor y el abandono de su infancia... Varias veces el notario ha intentado hacerle callar, con el rubor del hombre honrado que recibe un pago enorme por un favor insignificante; pero Juan sigue hablando, la ancha mano apoyada en la endeble espalda del viejecillo, los duros ojos audaces extrañamente dulcificados, y desde la penumbra en que lo escucha, bajo el arco en tinieblas, Renato D'Autremont recoge cada una de aquellas palabras, como si los pecados de aquel mundo, en que él ha obtenido todos los privilegios, pesaran repentinamente sobre su alma. Y con brusquedad, pero en tono afectuoso, exclama, adelantándose:

-Juan... Juan...

El rostro de Juan se ha transformado, desvanecido la visión infantil, roto el encanto, y otras son su voz y su mirada al indagar:

-¿Qué es esto?

-El señor D'Autremont... a él le debes que se haya arreglado todo -aclara el viejo notario-. Es el amigo que se ha molestado en ayudarte.

-Pues lo siento muchísimo -responde Juan con frialdad-. No era preciso que se tomara ese empeño. Mi prisión era injusta, y yo...

-Tu prisión no era injusta, y te hubieras podrido aquí dentro -le ataja Pedro Noel.

-¿Quiere usted decirme que el señor D'Autremont ha sobornado a las autoridades en honor mío? Tengo entendido que también eso es un delito. Si hemos de guiamos por esas leyes que usted pretende que yo respete, también el señor D'Autremont debe estar entre rejas. Desde luego, pueden justificarlo legalmente con media docena de palabras rimbombantes. Mi delito era dolo, estafa, incumplimiento de palabra, intento de asesinato. El de él puede llamarse complicidad por 'ayuda a un criminal, soborno a funcionarios públicos y abuso de autoridad moral. Si rebusca usted un poco en su código, notario Noel, le salen varios años de

cárcel...

Sin despegar los labios, Renato le observa, acaso trata de descender, de llegar hasta el fondo de aquella alma, como Dante en su viaje a los infiernos, y resbala, sin ofenderle, todo el sarcasmo amargo que desborda en las palabras de Juan.

-Entonces, usted entra y yo salgo -proclama Juan en tono irónico.

-Basta de bromas estúpidas -corta Noel con severidad-;

El señor D'Autremont pagó la indemnización que exigía el hombre a quien heriste, para retirar su acusación, y liberó tu barco de la orden de embargo que sobre él pesaba.

-¡Caramba! Pero todo eso debe haberle costado un dineral. Por lo menos, la sangre de diez esclavos -persiste Juan en su tono irónico.

-Yo no tengo esclavos, Juan -aclara Renato, conciliador-, y quisiera que habláramos como amigos, como hermanos, como mi padre me pidió que...

-¿Qué?

El gesto de Juan ha sido tan violento, su mirada ha brillado con tan atroz relámpago de viejo rencor, que la palabra queda trunca en los labios de Renato. Por un instante parece que fuera a prorrumpir en injurias, pero luego calla, calla, limitándose a sonreír con sonrisa de hiel. Y mordaz, deja escapar el reproche:

-Su señor padre. Francisco D'Autremont y de la Motta-Valois... Sangre de reyes, ¿eh?

-No sé qué tratas de decirme con eso, Juan.

-Absolutamente nada -ríe desagradablemente Juan-. Pero si mi barco está libre gracias a su generosidad, debo salir cuanto antes. Ahora tengo que trabajar más que nunca. Soy deudor de una cantidad importante. Un buen montón de onzas de oro debió cobrar ese canalla tramposo por el adorno que le puse en la mano y por las gotas de su puerca sangre. Un buen puñado de onzas que, naturalmente, le devolveré en cuanto pueda, señor D'Autremont. A la mayor brevedad, y unido a nuestra vieja deuda: el famoso pañuelo de reales que sirvió para mi primera campaña...

-Bueno, Juan, lo tuyo es... -interviene el viejo Noel.

-Déjelo hablar. Noel -le interrumpe Renato con serenidad-. Que diga lo que quiera. Después va a tener que escucharme.

-Lo siento, pero no me interesa lo que un señor como usted pueda contarme. No tengo tiempo para escuchar de Francia. Excúsenme... y muy buenas tardes.

Juan se ha alejado con paso rápido por el largo pasillo en cuyo fondo se abre una puerta bajo la luz del día. Un momento se detiene deslumbrado cuando el sol le baña; luego se echa a la frente el gorro de marino y cruza altanero ante los centinelas que guardan la entrada.

-¿No es cómo para volver a pedir que lo encierren? -se sulfura el buen Noel-. ¿No merece esa cárcel dé la que se empeñó usted en librarlo? Espero que comprenda ahora la razón de mis consejos. Y si con toda justicia está usted indignado o arrepentido de haberlo ayudado...

-No, Noel. ¿Lo está usted de haber comprado aquel cartucho de naranjas?

-¿Cómo? ¿Oyó usted...?

-Sí, Noel. Y pienso lo mismo que usted seguramente está pensando, a pesar de su indignación exterior: que no puede ser malo, esencialmente malo, el hombre capaz de recordar, como él recuerda, la primera sonrisa y el primer regalo que le fue otorgado... En fin, todo salió a pedir de boca...

Han dejado atrás el sombrío pasillo de la cárcel y, como a Juan, les deslumbra un instante el torrente de sol que baña el ancho patio: A lo lejos, por la callejuela inclinada, alta la frente y firme el paso, se aleja Juan del Diablo..,

15

-AIMÉE SE SIENTE mal... le duele la cabeza y ha tenido que recostarse. Te ruega que

la excuses.

La señora Molnar ha envuelto en una mirada de profunda gratitud a su hija mayor, de cuyos labios acaba de salir la mentira que disculpa a su hermana, mientras conteniendo su gesto de disgusto, Renato pone en las manos de la madre el ramo de flores y la gran caja de bombones que acaba de tomar de las del sirviente que le acompaña, al que despide con un movimiento de cabeza.

-Doña Catalina, ¿quiere darle usted esto en mi nombre a Aimée?

-Por supuesto, hijo, por supuesto. ¡Pero qué flores más lindas! Son una preciosidad. ¿Quieres ponerlas en un florero, Mónica? Para eso tienes tú más gracia que nadie.

-Las pondré en agua y la dejaré a Aimée el gusto de colocarlas ella misma en los floreros de su cuarto.

Un momento han temblado las manos de Mónica al tomar aquel ramo, acaso menos blanco que sus tocas de novicia, que sus pálidas mejillas, y lo oprime hasta sentir las espinas.

-Aguarda, Mónica -ruega Renato con cierta timidez-. Si Aimée estuviera un poco mejor y me dejara verla por un minuto nada más... Si no le molestara mucho salir un momento... Digo, si no sufre mucho...

-Voy a preguntárselo. Estaba mal, pero voy a preguntárselo -accede Mónica, alejándose.

Catalina y Renato quedan solos y silenciosos por unos instantes en la vieja sala de la casa de los Molnar, abstraídos cada quien en sus propios pensamientos, hasta que la voz de Mónica, que regresa, les devuelve a la realidad:

-Aimée te ruega que la excuses. No se siente con ánimos de levantarse.

-¿Tan mala está? Si me lo permiten, en un momento va mi criado y le trae al doctor Duval.

-Por Dios, no es para tanto. ¿Verdad, Mónica? -explica doña Catalina con verdadera angustia.

-En efecto, Renato, no es para tanto -asegura Mónica-. Aimée estará bien pronto; si sigue mal, yo mandaré por el médico del convento. Pero no te preocupes, porque no tiene nada... Al menos, espero que no sea nada.

Se ha vuelto hacia su madre con una mirada que pretende tranquilizarla, aprovechando un momento en que Renato, demasiado impaciente, da unos pasos por la ancha sala para volver después a insistir:

-No sabes cómo siento no verla, aunque sólo sea un momento, antes de marcharme, Mónica.

-La 'ausencia será corta si vuelves por nosotras el sábado.

-Reconozco que es corta, pero se me hace eterna, y como nunca estuviste enamorada... En fin, despídeme de tu hermana, ¿quieres?

-¿Por qué no das una vuelta y vuelves, hijo? -interviene Catalina-. Acaso en este tiempo...

-Es lo que estaba pensando. Voy a ir hasta el centro por un último encargo de mamá y antes de salir volveré a pasar por aquí. La verdad es que no. estoy tranquilo marchándome mientras Aimée se queda mala. Si no ha mejorado, con permiso de ustedes traeré al médico. Perdónenme que me tome esa libertad, pero la quiero demasiado. Ríete de mi si quieres, Mónica. Tú seguramente pensarás que llego a lo pueril en mi ternura...

-No pienso nada, y aunque lo pensara, ¿qué importa? El mundo, para ti, se llama Aimée, ¿verdad?

-Eso, desde luego, y no creo que puedas reprochármelo. Pero me dolería aparecerle risible a una hermana como tú, cuyo criterio e inteligencia tengo en tanto.

-Debes tenerme por un crítico muy severo, Renato.

-Tan severo como lo leo en tus ojos, Mónica. Y no sabes lo que me duele no ser santo de tu devoción. Pero, en fin, paciencia. Ahora sí me despido... Hasta pronto...

Renato D'Autremont ha salido de la casa, donde quedan solas madre e hija. Catalina Molnar, con la angustia reflejada en el rostro, interroga a Ménica:

-¿La viste? ¿La encontraste? ¿Dónde estaba? ¿Pudiste avisarle? Estará aquí para cuando él vuelva?

-No sé absolutamente nada, mamá. No está en la casa. No sé dónde ha ido. Pero voy a buscarla... Voy a buscarla por todas panes y, como no la encuentre, le diré la verdad a Renato: ¡Que sale de casa a todas horas!... ¡Que tú nunca sabes dónde está!

-|Aimée... Aimée...! ¡Oh...!

Mónica se ha detenido, retrocediendo luego un paso, sorprendida. Por el sendero estrecho, abierto en roca viva, que es el camino de la cercana playa, ha surgido la figura de Juan, acaso más ruda y descuidada que nunca. Este no ha perdido más que unos minutos para llegar hasta su barco y ver desde lejos el movimiento de los soldados que vuelven al bote que los llevara. Apenas ha cruzado unas palabras con su segundo, mandándole reunir la dispersa tripulación, y ha corrido en busca de aquella mujer que le obsesiona, ha ido a buscarla, casi sorprendido del impulso que lo mueve así, pero se detiene y sonríe... sonríe enmascarando burlonamente su disgusto, acaso divertido al ver que las mejillas de la novicia se vuelven aun más pálidas, que toda ella se estremece a un viento de emoción, tensa y sensible bajo aquellos hábitos que en vano quieren ser una barrera contra el mundo, y pregunta con sorna:

-¿Qué le pasa. Santa Mónica? ¿Anda perdida por aquí?

-Estoy buscando a mi hermana. ¿Podría usted darme alguna razón de ella? ¿Sabe dónde está?

-¿Quiere decirme con eso que no está en su casa? -pregunta a su vez Juan.

-No quiero decir nada -contesta Mónica, impaciente-. Estoy preguntando...

-Y yo estoy respondiendo. No, no la he visto. Santa Mónica.

-¿Quiere no llamarme así? ¿A qué viene esa burla? ¡Déjeme pasar!

-Dicen que es pecado tener mal genio, hermana. Tiene libre el camino... Bastante malo para tanta tela como usted usa -observa Juan, haciéndose a un lado.

-¡Ah...! ¡Jesús! -exclama Mónica, asustada.

-¿Ve usted? -sonríe burlón Juan, extendiendo sus manos para sujetarla.

Espantada, Mónica ha vuelto la cabeza para no mirar la profunda grieta a donde ha estado a punto de caer, al resbalar sobre el borde mismo del acantilado. Luego se separa bruscamente, esquivando las manos de Juan que, al impedirle caer, apretaron sus brazos un instante más dé lo necesario, y le reprocha:

-¿Cómo se atreve...?

-¿A impedir que se mate? La verdad es que yo mismo no lo sé. Hice mal en estirar la mano. Siga su camino y estréllese si ése es su gusto.

-¡Es usted todo un patán!

-Y usted tiene arrestos que no son de monja precisamente. Pero adelante. Santa Mónica.

-No soy santa, ni abadesa, ni siquiera hermana todavía. Puede ahorrarse las burlas -protesta Mónica visiblemente molesta.

-No son burlas -responde Juan con ironía-. Soy un ignorante, hablo por lo que salta a la vista. Usted tiene aires de abadesa mitrada. ¿No es así como se llaman? Conocí una en un convento de Trinidad. Hubo un incendio en el convento y las monjas escaparon por la playa. Tenían tanto miedo, que se metieron en mi barco. Cuando las gentes tienen miedo, se les acaba todo: la soberbia, el empaque, el aire de superioridad... y piden a gritos que alguien las salve, aun cuando sea el mismo diablo. Pero adelante... Siga su camino... No la detengo más...

Se ha quitado la gorra, saludándola con una reverencia burlona, y acaso espera verla de nuevo resbalar, pero Mónica recoge levemente sus largos hábitos y cruza rápida y segura sobre las rocas resbaladizas, mientras él sonríe a pesar suyo.

-¡Aimée! ¿De dónde vienes?

-¡Oh, Juan! De buscarte como una loca. ¿Qué es lo que te ha pasado? No zarpaste, había soldados en tu barco, alguien me dijo que estabas preso... ¿Por qué? ¿Qué hiciste?

-Todo se arregló ya. El retraso fue sólo de unas horas. Pero si no salgo en seguida, no

llegaré a tiempo a donde tengo que llegar.

-¿En qué empresas andas, Juan?

-¿Qué más te da? No te metas en mis negocios...

-Es que puede pasarte algo, y yo no quiero que te pase nada. Quiero que vuelvas, que vuelvas siempre... y mejor aún, que no te vayas, al menos tan pronto. Quédate hasta mañana, Juan. Esta noche hablaremos, ahora no puedo. He visto de lejos a Mónica. Sé que me está buscando...

-¿Y qué? ¿Por qué le tienes tanto miedo a tu hermana? Dile que se vaya al convento y que nos deje en paz.

,-Es lo que yo quisiera: que volviera al convento, que profesara, que no saliera más.

-A ti te está pasando algo extraño. Antes no eras así.

-Antes no la tenía metida en casa...

-¿Es sólo por tu hermana? -Hay un tono violento en la voz de Juan cuando ordena-: ¡Júralo!

-¿Crees ya en juramentos? Cuando nos conocimos me dijiste que no creías en nada... -responde Aimée, suave y astuta.

-A veces pienso que me estás engañando -afirma Juan en tono rencoroso-. Eres libre, puedes hacer lo que quieras, pero no me mientas, no me engañes.

-¿Conque puedo hacer lo que quiera? -coquetea Aimée, provocativa.

-Ahora quieres desesperarme, ¿eh?

-¡Ay, bruto! Suéltame esa mano... -Un fuerte silbido ha interrumpido su queja y, sobresaltada, indaga-: ¿Qué es eso, Juan?

-Nada... me llaman. Es mi segundo. Tengo que zarpar esta tarde, aprovechando los vientos del Poniente.

-¿Y por qué no mañana al amanecer? ¿No puedes perder una noche? -Otro fuerte silbido se escucha ya más cercano, y Aimée le apremia-: Anda... Te llaman... Tu negocio parece muy importante.

-Y el tuyo también, porque estás muerta de impaciencia. ¿Qué pasa?

-¡Oh.. .! -se sorprende Aimée, pero en seguida reacciona y, disimulando su turbación, contesta-: No sé... Llegó visita a casa.

-Ya vi cruzar la calle a dos jinetes: amo y criado. ¿Son esos los que esperas?

-Yo no espero a nadie, pero hay visita y tengo que ir. Y a ti también te están llamando. -En efecto, nuevos e insistentes silbidos se dejan escuchar, y Aimée casi ordena más que invita-: Anda, que ese hombre está impaciente.

-¡No te vayas! Espérame dentro de diez minutos. Aguárdame aquí mismo...]Aguárdame o te arrepentirás! -sentencia Juan, alejándose con rapidez.

-¡Oh, Juan! ¿Estabas aquí todavía?

-Has tardado casi una hora, Aimée.

-Perdóname, no pude salir antes. Mónica..

-¡No digas que fue por tu hermana! Fue por ese tipo que estaba de visita en tu casa! -asegura Juan, encolerizado-. Fue por él... Te vi despedirlo en la ventana.

-¿Estás loco? Fue Mónica la que...

-Me acerqué lo bastante para ver que eras tú y para ver quién era él.

-Un amigo... Un buen amigo de mi familia, de mi casa. Desde niños, Juan... Te lo juro... Mira... Cuando mandaron a Renato a Francia, fue a cargo de mamá. Yo, como comprenderás, era muy pequeñita. Después, naturalmente, visitaba la casa. Entraba y salía... Yo le miro como a un hermano Al volver a Saint-Pierre, es lógico que nos visite. Es amable, atento...

-Y millonario. El hombre más rico de Saint-Pierre. Supongo que lo sabes... El hombre más rico de la isla.

-¿Tanto como eso? -finge sorprenderse Aimée.

-Y uno de los más ricos de Francia. ¿Te importa mucho eso? ¿Te agrada? Te gusta el dinero, ¿verdad?

-¿Y a quién no le gusta, Juan?

-Pero a ti más que a nadie. Vi cómo te brillaban los ojos. Sí, Renato R'Autremont es muy rico, puede darse el lujo de tirar sus onzas al mar, de arrojar una limosna cuantiosa, como se arroja una piltrafa, para sentirse superior frente a un pobre diablo, para humillarle con su esplendidez y con su generosidad.

-¿Por qué hablas de ese modo, Juan?

-Óyeme, Aimée. Si el dinero te gusta, yo pronto voy a tener mucho dinero. Volveré rico de este viaje -afirma Juan, violento y apasionado-. No me mires así... No me estoy burlando... Te digo la verdad. Traeré dinero, mucho dinero, para comprar todo eso que a las mujeres les agrada: joyas, vestidos, perfumes, casas con cortinajes... Mucho dinero para satisfacer tus caprichos, ¡y para arrojárselo a Renato D'Autremont a la cara!

Brusco, exaltado, sacudido por una pasión violenta y repentina, Juan habla inclinándose casi al oído de Aimée. ¡Qué rojo relámpago de celos, qué violenta llamarada de rencor, de anhelo de desquite, ha provocado en él la presencia de Renato D'Autremont en la casa de las Molnar! No sabe nada, pero presiente; no puede adivinar, pero intuye la verdad, la fea y áspera verdad desnuda, frente al alma de aquella mujer que para él no tiene secretos, porque se le entrega sin pudores, libre de recato y de farsa... Pero Aimée de Molnar no cree sus palabras, no recibe el halago a su belleza, que de ellas se desprende... Tiembla sólo temiendo la represalia del amante brutal, busca una disculpa, una forma para calmarlo, y susurra:

-Pero si yo no quiero nada... si yo no pido nada...

-Tú lo quieres todo. Pero soy yo, no él, quien tiene que dártelo. Se te iluminó el rostro de alegría cuando te dije que Renato D'Autremont era el hombre más rico de la isla. Te agradó... te agradó demasiado, te sentiste orgullosa de que rondara tu casa y...

-No la ronda por mí.

-¡Jura!

-Bueno... te lo Juro...

Vacilando, ha jurado' en falso, temblando más por superstición que por imperativo de su conciencia. Pero el duro rostro de Juan se suaviza y sus anchas manos crispadas se ablandan para acariciarla.

-¿No lo quieres a él? ¿No te importa que sea millonario?

-No, Juan. ¿Por qué ha de importarme? Y ahora que pienso, ¿de dónde conoces tú a Renato? ¿Tienes algún negocio con él?

-¿Con D'Autremont? -ríe Juan-. ¿Por quién me tomas? Además, él no tiene negocios: hace recoger con sus capataces la sangre y el sudor de sus esclavos, y lo vende a peso de oro en forma de café, cacao, caña, tabaco... Son barcos completos los que salen de Saint-Pierre cargados de su mercancía, y chorros de monedas de oro que caen en sus arcas. ¿Es que no lo sabes? ¿No dices que eres su amiga desde niña?

-Amigo de la casa... mucho más amigo de Mónica que mío...

-No vas a hacerme creer que viene por la monja. Esa es una arpía vestida de blanco. Me mira como a un perro sarnoso. Hoy me dieron ganas de gritarle...

-¿Estás loco? ¿Qué hiciste?

-Tranquilízate. No le dije nada. Ella sí me insultó porque le di la mano cuando resbaló al borde de los farallones.

-¿Por qué no la dejaste caer?

-Se hubiera matado.

-¡Y qué ¡ -salta Aimée con ira que no puede disimular.

-¿Quisieras verla muerta? ¿Por qué la odias tanto? -pregunta Juan desagradablemente sorprendido.

-No es que la odie... Es mi hermana, pero... a veces hablo sin saber lo que digo... Es que Mónica llega a desesperarme.

-¿Por qué quiere meterse a monja?

-¿Cómo quieres que yo lo sepa? Además, ¿qué puede importarte?

-¿A mí? Claro que nada. Tú sola me importas, y he de volver por ti y hacerte mía para siempre.

-¡Soy tuya para siempre, Juan!

-No de este modo: mía de verdad. Llevarte conmigo donde yo quiera, que nadie tenga el derecho de mirarte, que no mires a nadie... Te daré todo lo que el más rico pueda darte: tendrás casa, tierras, sirvientes...

-Apenas puedo creer lo que oigo... ¿Me estás ofreciendo matrimonio, Juan? -pregunta Aimée con burla sutilmente contenida.

-¿Matrimonio...? -se sorprende Juan, desconcertado.

-Me quieres para ti solo, con todos los derechos legales... Volverás rico para ofrecerme una casa opulenta...

-¡Y anillos, y collares, y trajes como no los tiene la mujer del Gobernador, y una casa más grande que la de Renato! Y todo conseguido por mí, ganado por mí, arrancado al mundo por estas manos...

-¿Con qué negocio? -inquiere irónica Aimée-. No es grata una luna de miel en la cárcel...

-¿Piensas que soy un imbécil? -se encrespa Juan.

-No, Juan -responde Aimée, ahora sincera de verdad-. Pienso que te gusto, que me quieres, que me deseas más que nada, que volverás por mí ya que tanto te importo. Y eso me hace feliz, muy feliz...

Apasionado, Juan la ha besado en los labios con uno de aquellos besos suyos con los que parece arrebatarla a la realidad... recios besos de fuego que son como el batir del mar contra las rocas: imperiosos, apasionados, casi brutales.

-Para volver como quiero volver, tardaré algo más de seis semanas -indica Juan-. Tendré mucho que hacer en el mar, ¡y pobre de ti si no eres capaz de aguardarme!

-¡Cómo! ¿Pero es usted, hija mía?

-Sí, Padre, esperé que todos terminaran. ¡Tenia tanta necesidad de hablarle a solas... 1

-Le mandé decir que mañana la escucharía junto con las otras novicias...

-No pude esperar a mañana. Perdóneme, Padre, pero me sentí desesperada.

Los últimos rayos del sol de la tarde se filtran tras los vitrales de colores del ancho ventanal que respalda el altar de la Virgen de los Desamparados, y el Padre Vivier, menudo, nervioso, de cabellos blancos, hace un gesto a la pálida novicia, señalando la puerta de la sacristía e invitándola a entrar:

-Pase, hijita. Hablaremos ahora mismo, ya que lo desea tanto. Dígame...

-Necesito que se revoque la orden que me ha dado. Quiero volver al Convento, Padre. Que se abran para mí, otra vez, las puertas del noviciado... Quiero profesar cuanto antes.

-No creo que su salud haya mejorado lo bastante como para eso -murmura el Padre Vivier, lento y grave.

-Estoy perfectamente, Padre. Mi salud no tiene importancia...

-Tal vez la de su cuerpo..., ¿pero la de su alma, hija mía?

-¡Quiero salvar mi alma! ¡Quiero olvidarme del mundo, borrarlo, hundirlo 1 Estoy desesperada... ¡tengo miedo de caer en la tentación!

-No es ése el estado de ánimo en que puede usted elegir su camino. ¿Aun lucha con su amor humano?

-Sí, pero lucho en vano y me siento venada. ¡Todo es inútil ... no puedo matarlo, vive, renace, me ahoga... 1 A veces tengo el anhelo de gritarlo, de proclamarlo. Me atormentan los celos, el odio...

-¿Puede usted, acaso, ofrecer a Dios un alma en semejante estado?

-¡Quiero morir para nacer de nuevo; quiero oir las campanas que doblen por la triste mujer apasionada que he sido hasta hoy, y las voces que digan: muerta para el mundo! Muerta, sí, muerta, y que sea ese convento como la tumba en que se hunda para siempre

Mónica del Molnar...

-¡Cuánta pasión, cuánta soberbia hay aún en ese corazón! Ese corazón que necesita purificarse para ofrecerse al divino esposo, ese- corazón que no ha sentido aún la llamada de la vocación verdadera, ese corazón tan apegado al mundo, a ese mundo para el que pretende morir...

-¡Padre... Padre, no me abandone!

-Nadie la ha abandonado. Se le indicó la prueba necesaria y usted la rechaza.

-Es demasiado horrible, demasiado humillante estar junto a él, verlo... Su sonrisa, su mirada, su palabra, todo para la otra... ¡No, no. Padre, quiero quedarme aquí, profesar...!

-No es posible. No es el rencor humano, es el amor divino lo único que puede hacerla digna de vestir esos hábitos. Y el único sendero que lleva hasta él es el que usted pretende abandonar: el de la humildad.

-Quiere...

-No diga más esa palabra -le ataja el Padre Vivier, con severidad-. Se le ha pedido prueba de obediencia. Cúmplala. Si realmente quiere tomar el camino que dice, no puede rechazarla. Dios le dará tuerza, si es que la ha elegido para pertenecer a su rebaño. -Y suavizándose, ofrece-: Si necesita de mi ayuda espiritual, puede volver cada mañana.

-Veo que no sabe usted todo lo duro de mi prueba. Padre. Si continúo en mi casa, debo alejarme de Saint-Pierre mañana.

-Muy bien. Mientras más sola esté, más fuerzas hallará en si misma, más claro podrá ver en el fondo de su alma. Yo sigo creyendo que usted nació para el mundo, hija mía. Hay en su alma cosas que en la vida pueden ser cualidades, pero que el convento no perdona ni admite. ¿Por qué no esperar a que pase esa tempestad, sin comprometerse en un-camino del que regresar será mucho *mis* duro y más difícil? Además, su prueba tiene un término, un plazo. ¿Cómo puede haber resuelto todo en unos días? Necesita usted meses, tal vez un año...

-¿Y si dentro de un año vuelvo a llegar como hoy. Padre Vivier? -suplica Ménica con vehemencia-. Si hay lágrimas en mis ojos y desesperación en mi alma... si como ahora llego buscándolo porque me siento enloquecer, si como ahora caigo a sus pies de rodillas, junto las manos como frente a un altar, y llorando con lágrimas de sangre, le ruego: Padre, ayúdeme, quiero salvar mi alma... ¿Me ayudará usted. Padre? Necesito saberlo, necesito tener la seguridad... Dentro de un año, ¿puedo regresar?

-Regrese cuando haya encontrado la paz, hija mía, cuando sepa que su vocación es verdadera -murmura el buen sacerdote hondamente conmovido-. Vuelva entonces, hija. Si dentro de un año sigue pensando igual que hoy, nada podré decirle:

ésta será su casa. Se abrirán para usted las puertas del convento, y se cerrarán para siempre después que haya entrado.

-Es todo lo que pido, Padre. ¡Gracias!

Mónica de Molnar ha caído de rodillas, inclinada la frente, juntas las manos. Por un instante parece que su alma se hundiera más y más en aquella desesperación, sin nombre que la envuelve y la abrasa; luego alza la cabeza, y la mano del sacerdote se extiende para ayudarla a levantarse:

-Levántese, hija mía, y vuelva a su casa. Vaya en paz... ¡Ah, un detalle! Deje los hábitos en su casa. Vuelva al mundo como si fuese a vivir en él. Y recuerde que todavía no ha pronunciado ningún voto que la obligue a cerrar su corazón. Amar, para usted, todavía no es pecado, como no lo seria encontrar otro camino. Todos pueden llevar a Dios...

-Yo volveré por éste. Padre. Que la misericordia de Dios me haga encontrarlo abierto...

Mundano, galante, Renato D'Autremont ha sonreído a la señora Molnar, disimulando la leve impaciencia que le sacude. Corren las primeras horas de la mañana de aquel sábado en que han de emprender el viaje a Campo Real. Desde hace una hora se ha colocado en el coche el equipaje y, en manos de sirvientes nativos, piafa impaciente el magnífico caballo de Renato.

-No tiene usted idea del gusto con que les espera mi madre, Catalina.

-Es muy amable... mucho. Espero que no la molestemos demasiado. Nos esperaba a dos, y vamos tres...

-Se ha alegrado mucho de que Mónica pueda acompañarles. Mi madre las conoce y las quiere como si las hubiera tratado. ¡Le he hablado tanto de ustedes en mis cartas! Y mire qué cosa: de Mónica más aún que de Aimée. Éramos tan buenos amigos durante aquellos inolvidables años de la adolescencia... Confío en volver a serlo en Campo Real. Al fin y al cabo, yo no tengo otra hermana...

-Aquí tienes a tu Aimée... -le ataja la señora Molnar al ver que su hija se aproxima a ellos.

-¿Te hice esperar mucho, Renato? -pregunta Aimée.

-Ahora ya no importa... -disculpa Renato. . -Saldremos inmediatamente -afirma Catalina.

-No creo que pueda ser, mamá, pues las dos puertas de la alcoba de Mónica están cerradas. Dos veces le habló la muchacha y contestó que la esperaran, y como a ella no hay modo de ayudarla...

-Bueno, por mí ya no hay prisa...

Renato ha envuelto a Aimée en una mirada ardiente, intensa, mirada de devoto y de enamorado, mientras ella sonríe con coquetería sutilísima. A pesar de su amor por Juan, le divierte Renato, halla un encanto, un incentivo especial probando en él la sugestión de su belleza... Sonrisas, mohines, miradas lánguidas, ademanes encantadores, todo su arsenal de mujer hermosa y mundana, tan hábilmente envuelto, para el joven D'Autremont, en perfiles de ingenua...

-¿Tomarías una tacita de café acabado de colar, hijo? Voy a traértela mientras aguardamos a Mónica -ofrece Catalina al tiempo que se aleja, dejando solos a los novios.

-Aimée, tienes un aire extraño y delicioso, completamente inusitado en tí. Juraría que has llorado -dice Renato, recreando en sus ojos la linda figura de Aimée.

-¿Llorar yo?

-No voy a reprochártelo. Tu sensibilidad de mujer te permite hacerlo, aún por una niñería, ya que espero que sólo niñerías puedan ocurrirte, y que sólo por capricho tengas que llorar.

-¿Tan seguro estás de hacerme dichosa?

-Ahora no, claro. Pero cuando estés al lado mío para siempre, todo será maravilloso. Presiento tanta felicidad para nosotros dos...

-Ni que fueras tan bueno... -coquetea Aimée, mimosa-. La otra noche te despediste temprano, según tú para emprender el regreso a Campo Real, pero no te fuiste hasta el otro día por la tarde. ¿Puedo saber en qué pasaste la noche y la mañana?

-¡Oh! Retrasé el viaje, pero vine a verte antes de marcharme, por cierto dos veces.

-Responde a lo que te he preguntado. ¿En qué pasaste la noche y la mañana de lunes a martes?

-Hice una pequeña diligencia para ayudar a un amigo en desgracia... Uno a quien no conoces, aunque no sé por qué confío en que algún día lo conocerás. Es un amigo extraño, un amigo que se empeña en no serlo mío, aunque yo lo soy de él con toda mi alma.

-¡Qué cosa más rara! ¿Y por qué tienes ese empeño? En la Martinica no hay nadie que sea más que tú. No tienes por qué buscar y forzar la amistad de nadie...

-En este caso, sí, y te aseguro que vale la pena. Se trata de un personaje extraordinario y, además, de un viejo empeño de mi padre.

-Hablas en forma misteriosa... No te entiendo...

-Para que me entendieras tendría que hablar demasiado.

-Es absurdo que nos haga esperar así -se queja Aimée con disgusto-. ¿Qué demonios estará haciendo para tardar tanto?

-Poniéndose el hábito, seguramente. Pero no te impacientes, ya no puede tardar. Y estando contigo, ¡qué más da cómo corra el tiempo! Soy el hombre más feliz de la tierra

cuando estoy a tu lado. ¡Que tarde cuanto quiera! ¡Qué más da...!

Catalina Molnar ha irrumpido en el comedor llevando en sus manos una humeante taza de café que ofrece a Renato. Este, tras paladear unos sorbos, afirma galante:

-Le diría que es el mejor café que he probado en mi vida, doña Catalina. Pero aun tiene usted que tomar el que cultivamos en Campo Real. No es vanidad de cosechero, palabra. Ya me imagino lo que será nuestro café, preparado por sus manos...

-¡Zalamero! Por buenas palabras no quedará.

-No son sólo buenas palabras, le hablo sinceramente...

-Ya lo sé, hijito, ya lo sé -asiente Catalina ante el halago. El viejo reloj del comedor deja oir siete pausadas campanadas y la señora Molnar se escandaliza-: ¡Jesús, las siete ya y nos proponíamos salir al amanecer! Voy a ver qué le pasa a Mónica...

-Creo que aquí viene ya , mamá -la interrumpe Aimée; y con visible sorpresa exclama-: ¡Pero, caramba...!

-¡Te has quitado los hábitos, hija! -se sorprende también Catalina.

-Pensé que era más cómodo para el viaje -explica Mónica con cierta reserva.

Ha llegado hasta el centro del comedor, baja la frente, sin mirar a nadie. Lleva un traje negro de cuello alto, de mangas largas, de amplia falda que en todo recuerda el aire de las ropas monjiles, pero el cuello fino se alza desnudo sosteniendo la graciosa cabeza, los rubios cabellos peinados en dos trenzas, que se enrollan luego sobre la frente realzándola como una diadema de oro viejo. Con los zapatos de tacón Luis XV parece más esbelta, más alta, más flexible, más ágil...

-¡Que Dios te bendiga, hija de mi alma! No sabes la alegría que me das. Me parece como si te hubieras recuperado -expresa Catalina con emocionada alegría.

-¿Qué más da un traje u otro, mamá? Ni tiene importancia ni cambia en nada mi resolución.

-Estás muy linda -interviene Renato, que también se siente gratamente sorprendido-. Te queda muy bien ese peinado y ese traje...

-Son casi de monja las dos cosas. Creo que no valía la pena que cambiaras -reprueba Aimée, mordaz y despechada.

-Ese era mi deseo: no cambiar.

-Difiero de la' opinión de ustedes -opone Renato-. No te pareces en nada a "Sor Mónica", y menos aún a la linda y alegre muchacha que salió para el convento, allá en Marsella. Pero el cambio ha sido para mejorar.

-Gracias por la galantería, mas no la repitas. Ya lo dijo con razón tu novia: esto es casi un hábito. Y en nada varía mis ideas y mis sentimientos. Mírame siempre como lo que soy: una novicia que anhela profesar y que no gusta de halagos mundanos.

-Perdóname, pero no quise halagarte: fui sincero -se disculpa Renato, algo cortado por la actitud de Mónica-. Ya veo que, además, fui torpe. Bueno, como sólo esperábamos por ti, y el coche está dispuesto, si no disponen ustedes de otra cosa...

-En marcha, hijo, en marcha -ordena Catalina-. Vamos a conocer, por fin, tu Campo Real.

El ancho y cómodo coche cerrado, bien preparado para la jornada que le aguarda, va recibiendo a las viajeras: Catalina y Mónica... Aimée se ha detenido en la puerta de la casona como si el soplo espeso del aire que llega del mar, cargado de salitre y yodo, fuera una sacudida irresistible para sus nervios. Ancho y azul se divisa el océano, zafiro fulgurante cuya presencia casi humana la estremece con el recuerdo de Juan el pirata... Así le llama en su imaginación desde el momento en que le viera partir prometiéndole la riqueza... -

-¿No subes, Aimée? -apremia Renato.

-¡Oh, sí! Naturalmente. Pero miraba el mar... Hoy está muy inquieto...

-¿Y cuándo es tranquilo en nuestra costa?

-Nunca, claro está... De Campo Real no se ve el mar, ¿verdad?

-No. Desde la casa no, pues lo tapan las montañas. Pero está bastante cerca. Hay que

salir por el desfiladero que cierra nuestro valle, porque la parte central de la hacienda, lo que fuera Campo Real primitivamente, es sólo un valle entre montañas altísimas, una especie de mundo aislado de los demás. Por eso le llamo el paraíso. Está totalmente protegido de huracanes y vientos fuertes, cruzado por más de cien arroyos que bajan de las montañas. Por ello no hay terreno más fértil... ¡Cuántas flores y qué frutas más deliciosas! En fin, creo que más vale que no hable ya de Campo Real, puesto que vas a verlo.

-Pero no se ve el mar desde allá -se queja Aimée, en un suspiro.

-Se ve la caña, que es un mar verde, dulce en lugar de amargo, y sin peligros de ninguna especie. ¿No crees que es preferible?

-Te diré... Tal vez el mar es bello por sus cosas malas también: su fuerza, su violencia... y su sal... ¿Nunca te has empalagado a fuerza de miel, Renato?

-Te confieso que no. Soy un goloso incorregible. Pero, por favor, vamos, pues ya Catalina se impacienta, y bastante la hizo esperar Mónica.

-Mónica... Mónica es un desastre sin los hábitos. Ya sé que tú la encuentras preciosa, y yo ridícula. No sé para qué tenía que dejar el convento.

-Tu mamá me explicó que su salud no andaba muy bien pero en Campo Real va a reponerse. Estoy seguro...

-¡Aimée...! -llama la voz de Catalina desde el interior del carruaje.

-Vamos. Estamos abusando de la paciencia de tu mamá, que es demasiado buena -dice Renato; y luego, alzando la voz, ordena a su sirviente-: Mi caballo. Bernardo.

Se ha separado unos pasos, dejando a Aimée, que aun vuelve la vista al mar, recorriéndolo con mirada inquieta, un instante borrada su suave máscara de disimulo. Nada espera ver en él, bien sabe que la blanca vela del barco con que sueña está muy lejos. Un golpe de amargura le sube a la garganta, pero ya Renato, D'Autremont está otra vez frente a ella, y el gesto de amargura se transforma en una sonrisa, al aceptar:

-Vamos cuando tú quieras...

16

-¡MI RENATO!

-Mamá...

Ansiosamente, como si las pocas horas de ausencia hubieran sido largos años, Sofía D'Autremont estrecha. a su hijo contra el pecho, le separa después un poco para mirarle con aquella sonrisa de emoción y de orgullo que sube a sus labios cada vez .que le ve, y se interesa:

-¿Hicieron buen viaje? Tardaron mucho. Yo ya estaba inquieta. ..

-Vinimos despacio para no fatigarlas más de la cuenta. Y, además, mirábamos el paisaje... Aquí están. No creo que sea preciso una presentación...

-De ninguna manera -niega Catalina acercándose-. Estoy encantada de volver a saludarla, Sofía.

-Bienvenida a esta casa, Catalina. Mejor dicho: Bienvenidas. ¿Cuál es Aimée?

Ha mirado con ansia a Mónica, como midiendo y valorando su casta belleza. ¡Qué linda y señoril parece bajo su traje negro! La frente pura bajo las trenzas rubias, profunda la mirada y el gesto dulce y grave. Sofía la contempla exquisita, perfecta, pero Mónica ha sonreído echándose suavemente a un lado, al aclarar:

-Soy Mónica, señora D'Autremont. Aquí tiene usted a Aimée.

-¡Oh.. .! -reacciona Sofía, sorprendida-. También es muy bella, -luego, afectuosa, exclama-: Hija mía... creo que puedo llamarla así, ¿verdad?

-Naturalmente, madre -interviene Renato en tono jovial-. Y mi único anhelo es que, cuanto antes, puedas hacerlo con todos los derechos. Cada día que pasa modifico el proyecto de apresurar la boda, dándole mayor brevedad a la espera.

-Es lo que yo digo. ¿Para qué esperar? -afirma Catalina.

-Mamá... -reprocha débilmente Aimée.

-No te ruborices, hijita -disculpa Sofía-. La señora Molnar ha dicho exactamente lo que yo pienso: ¿Para qué darle plazos a la felicidad? Mi hijo te quiere y, según sus informes, tú correspondes a sus sentimientos. No hay nada, pues, que se oponga a que esa boda, que todos deseamos, se celebre en seguida.

-¿En seguida? -casi se escandaliza Aimée.

-Bueno, es una forma de decir. Me refiero al tiempo indispensable para preparar las cosas, ya que el único inconveniente que suele haber en estos asuntos, que es el no conocerse bien, -es imposible en un caso como el de ustedes, pues son amigos desde niños. -Luego, dirigiéndose a la señora Molnar, afirma-:

Son muy bellas sus hijas. Catalina. Bellísimas ambas. Cada una en su tipo, me parece perfecta.

-Es usted muy amable, Sofía -agradece Catalina.

-Amable fue la naturaleza siendo tan pródiga con ellas. De Aimée ya tenia muchas noticias por Renato, pero Mónica me ha sorprendido extraordinariamente, y apenas concibo que quiera usted encerrar en un convento semejante encanto... ¡Ah! Yanina... Acércate...

De la semipenumbra de la ancha galería, con suavidad de sombra, ha surgido Yanina, acercándose lentamente. Viste lo mismo que las otras doncellas que, de cerca o de lejos, miran a las viajeras: la falda amplísima, el corpiño ajustado, el redondo escote rematado por un ancho encaje y el típico pañuelo dé Madras cubriendo su cabeza, a la moda de las mujeres nativas. Pero son de oro macizo las argollas que penden de sus orejas, de filigrana coral y perla los collares que cubren su cuello. Usa medias de seda y va primorosamente calzada. También sus manos, cuidadas con esmero, revelan su verdadero lugar en aquella. casa opulenta, y su presencia silenciosa hace que asome la curiosidad a los ojos de Catalina y de Aimée. Dándose cuenta de ello, Sofía explica:

-Yanina es mi ahijada. Mi hija adoptiva, como quien dice. Ella se ocupará de agasajarlas a ustedes más que yo misma, ya que, por desgracia, tengo tan poca salud que todo en la casa está en manos de ella. -Luego hace la presentación oficial-: Yanina, ésta es Aimée...

-Tanto gusto... -saluda Aimée en forma por demás fría.

-Es mío el gusto y el honor. ¿Cómo están ustedes? ¿Han hecho buen viaje?

-Excelente, hijita, excelente -agradece Catalina la deferencia de la mestiza-. Pero confieso que no puedo más... Son muchas horas en ese coche.

-Llévalas a sus habitaciones, Yanina -ordena Sofía-. Pero, espera un momento. Creo que yo también puedo ir con ustedes.

-Apóyate pues en mi brazo, mamá -ofrece Renato.

-No es preciso que se moleste usted... -empieza a disculparse Aimée.

-Al contrario, hijita -la interrumpe Sofía-. Es un placer del que no quiero privarme. Ojalá y esos cuartos sean del agrado de ustedes. Hemos puesto el mayor empeño. ¿Vamos?

-Esto es lo que llamamos un plantador; y es, para mí, la mejor bebida de la tierra después del famoso ron-ponche -explica Renato con entusiasta jovialidad-. Y hasta todavía me parece mejor y más apropiada para el clima. Pero, sobre todo, es cosa del campo. En Saint-Pierre se bebe poco. Es jugo de pina con ron blanco, y el complemento ideal para algo que vamos a comer inmediatamente: los acres de la amistad. ¿Quiere usted hacer que los sirvan, Yanina?

Yanina ha respondido sólo con un movimiento de cabeza, desapareciendo tras la amplia puerta. Están en aquel lado de la ancha galería anexa al comedor, donde, según costumbre martiniqueña, se pasa largo rato tomando aperitivos o cócteles antes de pasar a la mesa. Criados color de ébano, vestidos de blanco, se mueven llevando y trayendo carritos cargados de licores y botellas. En grandes jarras de cristal se sirven las bebidas frescas, jugos de frutas reforzados con ron, y en bandejas de plata, entre otras golosinas, las pequeñas frituras

cargadas de especies, símbolo de amistad y bienvenida en las antillanas islas francesas de Guadalupe y la Martinica.

-Esto, supongo que sí lo han comido ya -advierte Renato.

-Naturalmente-replica Aimée-. Nos estás tratando como a extranjeras.

-Coreo a una soberana que pisa por primera vez su pequeño reino quisiera yo tratarte, Aimée. Tengo la pretensión de que Campo Real es un mundo nuevo, un mundo en miniatura, pero un mundo al fin, y ese mundo les está saludando, en este momento, con lo mejor que tiene. Aquí hay un nuevo cóctel de mi invención.

-¿Qué es? -indaga curiosa Aimée.

-Una variedad del plantador: jugo de pina, pero con champaña en vez de ron. ¿Qué te parece?

-¡Fantástico! Lo mejor que he tomado en mi vida.

-En ese caso, le pondremos tu nombre, Aimée, y brindarán por ti nuestros nietos cada vez que lo beban. Hay un estallar de murmullos y risas de aprobación, mientras a una indicación de Sofía pasan todos al lujoso comedor de la mansión de Campo Real.

La suntuosa comida toca a su fin. Ya han pasado a un salón próximo para tomar los licores y el café, y a compartir éstos, así como a conocer a las Molnar, han llegado propietarios » de fincas vecinas. Aprovechando el momento en que nadie la mira, Mónica ha escapado de todo eso, ha bajado las escalinatas de piedra, ha cruzado el jardín y se aleja de la casa, como si huyera. Parece que se asfixia, que se ahoga bajo los artesonados del techo, entre las lujosas paredes tapizadas como para otro clima, como para otro mundo. No puede más. A los vapores de aquellas cálidas bebidas traicioneras se encienden en su mente mil imágenes atormentadoras, y es fuego, en vez de sangre, lo que circula bajo su piel. No puede ya soportar la presencia de Renato. No puede verlo junto a Aimée,[1] encendidos los ojos de amor y de pasión. No puede soportar la hipócrita sonrisa con que ella parece responder a aquel amor que él brinda apasionado y ciego.

Ha cruzado un bosque de cacao, un platanal espeso, y se detiene contemplando, entre los troncos flexibles de las palmas de coco, la enorme hoguera encendida frente a una barraca. También hay fiesta en aquel mundo bajo y lejano; también, como allá arriba, los aromáticos licores circulan aquí .de mano en mano, y los gruesos dedos negros tamborilean sobre los parches. Es una música salvaje, monótona y ardiente: música arrancada al corazón del África, música que en la tierra antillana tiene, sin embargo, un nuevo sentido, un vaho de naturaleza primitiva, de pasiones desatadas, a cuyo ritmo se agitan en danzas lúbricas los negros cuerpos. Y el alma torturada de la novicia, se estremece. Temblando, las blancas manos se juntan para la oración:

-Señor... Señor... Dame valor, dame fuerzas. Arráncame a todo esto. Vuélveme a mi convento. Vuélveme a mi convento, Señor...

-¡Mónica! -exclama Aimée acercándose sorprendidísima á su hermana.

-¡Aimée! ¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas? -se alarma Mónica saliendo de su momentánea abstracción.

-Caramba... Es lo que iba a preguntarte yo precisamente: ¿Qué haces aquí? No es éste tu lugar. -Luego, con la ironía rebosando en sus palabras, comenta-: Sería fantástico que te gustara todo esto...

Ha vuelto la cabeza para mirar, a través de los árboles, la larga fila de mujeres negras, que se trenza y retuerce alrededor de la hoguera, como una enorme sierpe. Van semidesnudas. A la luz rojiza brilla el sudor sobre las carnes prietas. De pronto, entran los hombres. Llevan, también, los torsos desnudos, en alto los machetes de trabajo en cuyas hojas tiembla, como sangre, el resplandor de la hoguera.,

-A mí esto me fascina y, al fin y al cabo, somos hermanas -recalca Aimée sin abandonar su tono irónico-. Tenemos puntos de contacto, algunos muy notables. Este puede ser uno de ésos.

-¿Para qué dejaste a Renato? ¿Dónde? ¿Por qué? -soslaya Ménica, haciendo caso omiso

de la mordacidad de su hermana.

-No te preocupes por él. Está encantado de la vida bebiendo sus refrescos con champaña. |Qué infantil, qué ridículo me resulta Renato a veces! ¡0h!, pero no te molestes en indignarte. *De todos modos, me casaré con El.* No se desprecia un partido semejante. Es, efectivamente, el hombre más rico de la isla.

-¿Y sólo por eso...?

-Por eso y por todo lo demás. Santa Ménica...

-¡No me llames así! -estalla Mónica, ahora indignada de verdad.

-Ya sé que no lo mereces. Te gusta este espectáculo salvaje, lo prefieres a la contemplación de Renato... tu Renato.

-¡Ni es mío ni tienes por qué llamarlo de esa manera!

-Claro que no es tuyo. Eso ya lo sé. Nunca fue tuyo. Te diste el lujo de cedérmelo, o de hacer que me lo cedías; pero, en realidad, nada me diste, porque no tenías nada que darme. El que eligió fue él, y me eligió a mí. ¿Qué quieres, hermana? Mala suene... Pero, vamos... mamá te echó de menos. Me preguntó dónde estabas y yo salí a buscarte. Por una vez me tocó a mí el papel de hacer volver al redil a la oveja descarriada; pero si tardo demasiado, nos echarán de menos a las dos.

-¡Vuelve tú, que eres la que importa que estés allí!

-No lo creas. Aun hay dos vecinos de visita. Renato te agradecerá que los entretengas... Todo lo que le obligue a no ocuparse sólo de mi le molesta. Claro que a mí no me interesa, pues yo preferiría quedarme aquí. Es la primera cosa interesante que veo en Campo Real, porque lo que es la momia de mi suegra y el caserón pintado de purpurina, es como para morirse de aburrimiento. -Aimée ríe suavemente y objeta con soma-: No me mires con cara de espanto. Las cosas son tal como las pensé. Esto se puede soportar un mes al año... El resto lo pasaremos en Saint-Pierre. Te aseguro que el arreglo de la casa de la capital va a empezarse de inmediato y completamente a mi gusto. Ya tengo la palabra de Renato. ¿Te sorprende?

-De tí no me sorprende nada. Pero óyeme, Aimée: no vas a hacer desdichado a Renato. ¡No lo consentiré!

-¡Haré lo que me dé la gana, y ni tú ni nadie.. .!

-¡Aimée... Aimée... ¡ -la interrumpe la voz de Renato que la llama desde lejos.

-Ahí está. Salió a buscarme -señala Aimée, plenamente satisfecha-. No puede estar sin mí... No puede vivir sin mí. ¿Comprendes? El, y no tú, me da con eso todos los derechos.

-¡Aimée... Aimée.. .! -vuelve a llamar Renato, ahora ya más cerca del lugar donde se hallan las dos hermanas.

-Aquí estoy, Renato...

Solícitamente acude Aimée al encuentro de Renato, mientras, a favor de la oscuridad, Ménica retrocede, buscando pasar inadvertida bajo la sombra de los grandes árboles. No, no podría soportar en ese momento la presencia de él, esa presencia que ha llegado a ser como un martirio: martirio de los sentidos, a los que atormenta su voz y sus palabras para otra mujer;

martirio de su alma, crucificada en cada palabra de ternura, en cada ademán de solicitud, en cada muestra de amor con que tanto soñara en vano...

-Aimée querida, ¿qué has venido a buscar aquí? -reprocha Renato cariñosamente.

-Nada especial, querido. Salí sin rumbo a tomar un poco de aire, oí de lejos la música, vi el resplandor de las hogueras y me acerqué, pero no demasiado...

-No es para ti eso, Aimée. -Renato la ha tomado del brazo, dejando resbalar su mano de caballero sobre la fina piel, sintiendo en alma y carne la influencia de la noche, del ambiente, de la tierra dulce y salvaje; la sugestión de aquéllos cuerpos brillantes y semidesnudos que se destacan a lo lejos, en la más lúbrica de las danzas, y propone-: Vámonos de aquí, Aimée.

-¿No te gusta verlos bailar? Espera un momento. ¿No sabes lo que significa esa danza? Yo sí. Tuve una nodriza negra. Desde muy niña me dormía arrullándome con canciones como ésa. Una canden primitiva y monótona con sabor a mundos lejanos, a naturaleza exuberante: una canden de amor y de muerte...

Aimée ha pensado en Juan con un ansia que le enciende los labios, con un sacudimiento que es el resbalar de un escalofrío sobre su piel: Juan... salvaje como el mar bravío que abraza la isla ardiente, estrechándola, envolviéndola en sus fieras caricias, como si quisiera sepultarla, hundirla, acabar con ella para siempre, para al fin destrozarse sobre sus farallones de rocas o besarla en sus breves playas rubias... Juan, el loco, el pirata, que se fue jurando volver con la riqueza, para pagar, con la moneda comprada en sangre, su rescate de un mundo a otro...

-Vamos, Aimée -ruega Renato con amorosa suavidad. El brazo de él oprime su talle dulcemente, sus labios la buscan para un beso contenido y tierno, caricia vacía que ella está a punto de rechazar y que, al fin, acepta cerrando los ojos, como algo que resbala sin dejar huella.

Van muy juntos bajo los árboles y tras ellos marcha Mónica, tan leve el paso que ni siquiera crujen bajo sus pies las hojas secas, crucificada el alma en su tormento, mientras cada vez oye más tenues las roncas voces de la fiesta negra, las que ella también escuchara desde la cuna en una canción de amor y de muerte.

-¿Estás contenta, Aimée? -inquiere Renato con timidez.

-Pues claro, tonto, ¿no lo ves?

-Nos casaremos en seguida. Mi madre lo desea y la tuya también. No hay ninguna razón para esperar más tiempo... ¿O es que no estás segura de tu amor?

-¿Lo estás tú del tuyo, Renato? Mira, yo soy caprichosa, no siempre estoy de buen humor. Puede que algunas veces goce con hacerte rabiar un poquito. Es mi manera de querer a la gente...

-Entonces, ¿he de traducir por amor tus caprichos?

-Naturalmente. Cuanto más te exija y más te moleste, será porque te quiero más. Cuanto menos lógica le encuentres a mis razonamientos, será que estoy más y más enamorada. Pero, claro está; tienes que quererme tú de la misma manera para soportar eso. Si no estás loco por mí...

-¡Estoy loco, Aimée ¡-asegura Renato con vehemencia.

-Y es por eso que yo te adoro...

Ahora es ella quien le echa los brazos al cuello, quien busca sus labios una y otra vez. Han dejado atrás la arboleda espesa, pisan ya las veredas de arena de los jardines, cuando una sombra inquieta surge frente a ellos con unas palabras iniciales de disculpa:

-Perdón por interrumpir...

-¡Yanina...! -estalla Renato visiblemente disgustado.

-Dispénsenme. La señora me mandó que los buscara. Las visitas se van... Preguntan por ustedes... ¿Debo decir que no les encontré?

-No tiene por qué decir ninguna mentira -responde Renato conteniendo a duras penas su mal humor-. Vamos inmediatamente a despedirnos de ellos.

Con paso rápido se han dirigido hacia la casa. Yanina les mira un instante, vacila, alza la cabeza, y sus ojos oscuros distinguen una forma entre las sombras. Es Mónica de Molnar, que da unos pasos hasta llegar al banco de piedra, desplomándose en él como sin fuerzas y cubriéndose el rostro con las manos. Sin el menor ruido, Yanina se acerca a ella, indagando con frialdad:

-¿Se siente mal? ¿No puede soportar el espectáculo?

-¿Eh? ¿Qué está diciendo?

-Usted venía detrás de ellos... No, no se moleste en negarlo, la vi perfectamente. Si no se siente demasiado mal, debería ir al salón. También notaron su ausencia... y puede haber comentarios...

-¿Y a usted qué le importa? -se encrespa Mónica, movida por una ira repentina.

-'-Personalmente, nada, por supuesto -responde Yanina con suave ironía-. Sólo cumplo con mi deber de velar por la tranquilidad de la señora D'Autremont. El médico ha prohibido, para ella, las emociones fuertes. Necesita vivir en paz y sentirse feliz. En Campo Real puede

arder la casa, con tal de qué ella no se entere. Todo cuanto yo hago es para, eso, y el señor Renato lo sabe. Aquí no importa nadie más que la señora D'Autremont. ¿Comprende?

Mónica se ha erguido, pálida y fiera, con un relámpago fulgurante en las pupilas. Pero frente a su cólera, a punto de estallar violentamente, la mestiza baja la cabeza en ademán sumiso, y ofrece sincera:

-Por lo demás, señorita Molnar, aunque supongo que no le interesa, quiero decirle que cuenta usted con todas mis simpatías y con mi sincero deseo de ayudarla si alguna vez lo necesita.

-¡Jamás he contado sino conmigo misma, señorita...! -rehúsa colérica Mónica.

-Yanina, simplemente -aclara la mestiza, suave y dócil-. No soy sino una criada de confianza, de absoluta confianza y absoluta lealtad para los D'Autremont. Ahora, con el permiso de usted... Yo sí necesito estar junto a mi ama cuando las visitas se despidan.

Mónica arde de ira, pero se han secado sus lágrimas, se ha erguido su talle, se ha sentido, de repente, fuerte y altanera, y con paso firme va hacia la escalinata de piedra.

-Seis meses son una enormidad, querida -objeta Renato.

-¿Te parece...? -titubea Aimée con astucia.

-Claro que sí, y apelo al criterio de nuestras madres. ¿Por qué no empezamos a prepararlo todo inmediatamente? Se corren las amonestaciones, se reúnen los papeles precisos y, cuando todo esté listo, nos casamos santamente.

-¿Cuánto tardará todo eso?

-No lo sé. Cuatro semanas, cinco, acaso seis...

-¿Nada más? Pues no es posible, Renato querido. En cinco o seis semanas no puede estar lista mi canastilla de novia. Aunque nos volviéramos locas cosiendo, necesitaríamos poco más o menos los seis meses de que hablé antes...

-Por tu ajuar de novia no te preocupes -interviene Sofía-. Era una de mis sorpresas» pro ya que ha llegado el caso, más vale que se los diga de una vez. Tu canastilla de novia, la más linda que pueda soñarse, estará aquí justamente en ese tiempo: cuatro semanas, cinco, a lo sumo seis...

-Mamá querida, creo que te comprendo -exclama Renato profundamente contento.

-Desde luego, hijo-conviene Sofía. Luego, alzando la voz, llama-: ¡Yanina...!

-¿Me llamaba usted, madrina? -pregunta la mestiza, acercándose.

-Si; trae la libreta donde apuntamos los encargos hechos a Francia, ¿quieres?

-Sí, madrina, en seguida.

Silenciosa, rápida, diligente, con aquella eficiencia que es su característica y aquella discreción que tanto tiene de indiscreta, Yanina se ha apresurado a poner en manos de la señora D'Autremont la libreta pedida. Han pasado ya varios días desde que las Molnar llegaran a Campo Real, y están juntos en grupo familiar: Renato, apasionado; Aimée, defendiéndose entre remilgos y coqueterías; la señora Molnar, humilde y sonriente, tratando de hacer el milagro de dar la razón a todo el mundo; pálida, silenciosa, tensa, Mónica de Molnar, pendiente de cada palabra, de cada gestó, como espiando el latir de los pulsos de aquel pequeño mundo que Sofía D'Autremont presida con su lánguido gesto de enferma, con la falsa condescendencia de su educación exquisita...

-Exactamente. El pedido se hizo hace casi un mes -corrobora Sofía, tras consultar la libreta-. El mismo día que me hablaste de Aimée, de tu amor por ella.

-¿Es posible, mamá? -comenta Renato gratamente sorprendido-. ¡Es que me adivinaste el pensamiento! Eso era lo que yo quería. \

-Ya es casi lo único que queda como madre amorosa de un hijo único: adivinarte el pensamiento -observa Sofía en un arrebato de ternura. Luego, dirigiéndose a su futura nuera, pregunta-: Y bien, Aimée, ¿te has quedado pensativa? Ya no hay problema para tu canastilla. ¿Era ésa tu única preocupación, el solo motivo para esperar seis meses el feliz día de tus bodas?

-Tal vez Aimée no esté segura de sus sentimientos -sugiere Mónica sin poder dominar

Librodot

este acto impulsivo.

-¿Qué dices, Mónica? -se extraña Sofía.

-Digo que bien puede ser eso lo que la haga dudar. A veces hace falta tiempo para damos cuenta de una equivocación... -insinúa blandamente Mónica.

-¡TÚ eres quien se equivoca totalmente! -salta Aimée con gesto agresivo-. De mis sentimientos no hay duda ninguna. Ni la tengo yo, ni Renato puede tenerla. Y para que no sigas interpretando las cosas a tu antojo, me decido en este momento: Nos casaremos cuando quieras, Renato, ¡cuando tú quieras! ¿Dentro de cinco semanas? Pues bien, ¡dentro de cinco semanas seré tu esposa!

Relampagueantes las pupilas, como un felino' a punto de saltar para luchar con todas sus fuerzas, ha respondido Aimée a las palabras de Mónica, mientras un soplo tempestuoso cruza sobre la reunión familiar. Sofía D'Autremont la mira sorprendida, desconcertada; Yanina ha dado un paso colocándose detrás de ella, como si se dispusiera a respaldarla, mientras Renato, pálido de ira, contiene su expresión con esfuerzo, y Catalina de Molnar acierta por fin a balbucear las palabras que el espanto ahogó en su garganta:

-Mónica, Mónica, pero ¿has perdido la razón, hija? ¿Por qué dices eso?

-¿Por qué ha de decirlo si no porque me odia? -no puede contenerse Aimée-. ¡Me odia, me aborrece!

-En mi opinión, ninguna de las dos sabe lo que dice -interviene, conciliadora, Sofía-. Se han acalorado sin razón de ninguna especie. Seguramente Mónica ha cedido a un rapto involuntario de impaciencia.

-Creo que le debes una explicación a tu hermana, Mónica -aconseja Renato, categórico y severo.

Mónica no puede aguantar la tensión que la absorbe y domina, y sin decir palabra abandona el grupo, alejándose corriendo.

-¡Mónica! ¡Mónica! -1a llama Renato hondamente estupefacto.

-No vayas con ella, Renato. No la tomes en cuenta. ¿No es suficiente que esté yo dispuesta a complacerte? ¡Déjala... Déjala...!

-Tu novia tiene razón, hijo mío. Escúchala y atiéndele a ella, que bastante mortificada está por la intemperancia de su hermana.

-Quiero recordarles a todos que Mónica está enferma, y justamente de los nervios -intercede Catalina con el loable afán de restar importancia al acto tan desagradable-. Estoy segura que no quiso decir lo que dijo, ni molestar a nadie. Pero la pobrecita está mala: no come, no duerme...

-Usted sí debería ir tras ella, Catalina, y decirle lo que hace al caso. Desde luego, sin ser demasiado severa -aconseja Sofía con benevolencia-. "En efecto, su linda hija mayor no se ve saludable, y nuestra adorable Aimée se estaba haciendo de rogar demasiado. ¿No te parece, hijita, que aparte de su rudeza, tu hermana ha hecho bien en ayudarte a que te decidas?

Aimée ha hecho un esfuerzo para contenerse, para sonreír, para recobrar la máscara angélica que un momento la hiciera abandonar la ira, y con falsa modestia responde:

-Yo estaba decidida ya, doña Sofía. No discutíamos sino una fecha. Yo soy tan feliz siendo novia de Renato, que no quiero ni necesito, nada más.

-Las flores son bellas, pero dar fruto es la función natural del árbol. El noviazgo es como la primavera. Eres aún muy niña para comprender ciertas cosas. Sin embargo, piensa que estoy enferma, que no soy joven, y que el último de mis sueños es dormir en mis brazos a un nieto. Que sea cuanto antes esa boda...

Renato ha tomado entre las suyas la mano de Aimée, pero no sonríe. La mira gravemente, con una mirada profunda, como si quisiera penetrar hasta lo más íntimo de sus pensamientos, como si por primera vez hallara un misterio en aquella alma de mujer, en la que cifra toda su esperanza de dicha. Mas no es una pregunta, sino una promesa, lo que por fin escapa de sus labios:

-Viviré para procurar tu dicha, para .hacerte feliz, Aimée.

Juntas las manos, inclinada la frente, de rodillas ante el altar del Crucificado que preside la pequeña iglesia de Campo Real, Mónica busca en vano palabras para su oración, y no las halla. Eleva sólo un pensamiento dolorido y rebelde:

-¡Perdón, Señor, perdón... ¡

Una espuma amarga, de rencor y de celos, se mezcla a la oración en sus labios y, como relámpagos, pasan sentimientos diversos iluminando el negro cielo de su mundo interior, mientras sigue su rezo:

-No fue por odio,.. Fue por amor... Pero mi amor es culpable también. ¡Mi amor es peor que el odio...!

Está sola bajo la única nave del diminuto templo, casa de Dios de anchas paredes blanqueadas de cal, de toscos arcos coloniales en los que clavan sus tallos prensátiles las frescas enredaderas tropicales. Cerca del altar están los reclinatorios de terciopelo de los D'Autremont: luego, los largos bancos de madera para los jornaleros y sirvientes. Pero ni amos ni servidores asoman en este instante por sus altas puertas. Sólo la frágil mujer vestida de negro que reza y llora con las manos juntas, y, como una sombra, Renato D'Autremont que desde lejos la contempla...

-Señor, no permitas que mi lengua vuelva a moverse torpemente. Dame la fuerza de callar y la humildad de bajar la cabeza frente a la injusticia...

Sus lágrimas han corrido un instante, pero se secan al contacto de su piel ardiente. Algo como un presentimiento la estremece. Ha sentido que el calor de una mirada la envuelve. Alguien la observa, alguien está cerca de ella. Bruscamente, vuelve la cabeza y un escalofrío la sacude...

-¡Renato! ¡No... no...!

Mónica huye. Pretende huir, esquivar a Renato. No se siente con fuerzas de resistir ahora su mirada frente a frente, de escuchar sus palabras que adivina cargadas de reproches. Quiere escapar a ese tormento, pero no puede. El la ha seguido, ha cruzado también el pequeño templo y la detiene cerrándole el paso apenas pisa los cuadros del jardín que lo rodea, reprochándole:

-Huyes como si hubieras visto al demonio. ¿Por qué?

-No te había visto. Terminé de rezar y...

-¡No mientas! -la interrumpe Renato-. Perdóname si te parezco brusco y rudo, pero tenemos confianza de hermanos. Te miré y te consideré siempre como la más fraterna de las amigas, y pronto seremos hermanos realmente.

-¡No se es hermanos sino por la sangre! -protesta Mónica, dolida por el reproche de Renato.

-Ya veo que de mí no quieres serlo, y es justamente por eso mi empeño en hablarte.

-No vale la pena. Molestaré poco. Creo que mañana mismo puedo regresar a Saint-Pierre y esperar en mi casa a mamá y a Aimée.

-¿Tan mal te sientes en la mía? ¿Tan desagradable te resulta mi presencia? Porque supongo que no será la de mi pobre madre, que te ha colmado de atenciones, que hasta hoy estaba encantada contigo, lo que... -se interrumpe y, adoptando un tono afectuoso, pregunta-: Mónica, ¿qué tienes? Mientras rezabas te vi llorar. Sería menester estar ciego para no darme cuenta que ahora mismo estás luchando con tus lágrimas. Sufres. .. veo que sufres... Pero, ¿por qué? ¿Por quién?

Con qué terrible esfuerzo sujeta Mónica el corazón que se le desboca. Con qué alarde de voluntad suprema traga el nudo de lágrimas que se le enrosca en la garganta como una sierpe, y aprieta las manos clavándose las uñas en la piel, mientras el pálido rostro se serena, mientras halla milagrosamente la suficiente fuerza para responder fría y cortésmente.

-Eres muy amable preocupándote por mis lágrimas. Pero no le des más importancia que la que tiene: un poco de excitación nerviosa y un poco de nostalgia por la paz de mi convento.

Te aseguro que no es más que eso.

-Es que antes te expresaste de una manera que... -rechaza Renato.

-Que no podía ofender a nadie -se rebela Mónica, alterada pero conteniéndose mediante un supremo esfuerzo-. Me limité a preguntarle a mi hermana si estaba segura de su sentimiento. Creo que en el matrimonio es preferible arrepentirse una hora antes que un minuto después.

-En efecto; pero, ¿por qué había Aimée de arrepentirse? ¿En qué puedes apoyarte para pensar que no soy digno de ella?

-[YO jamás he dicho eso! -niega Mónica vivamente.

-No es preciso decir lo que se da a entender con toda claridad -se queja Renato con cierta amargura-. Hay algo en mi que no te-gusta para tu hermana. Cambiaste totalmente, dejaste de ser mi amiga desde que te diste cuenta de que la amaba... Es la verdad. Y hablemos claro de una vez: desde que saliste del convento, las pocas veces que nos hemos visto me has tratado con frialdad, con antipatía... casi podría decirte que con aborrecimiento. ¿Por qué? ¿Qué mal te he hecho? Ninguna, ¿verdad? ¿Qué puedes tener contra mí sino el miedo de que no haga feliz a tu hermana? ¿Qué fallas ves en mí? ¿Qué defectos me encuentras?

Otra vez Mónica le ha mirado en silencio, conteniendo sus emociones. Otra vez ha hecho el milagro" de permanecer fría y serena, ahogando aquella verdad que con el latir de su corazón parece golpearle las sienes. Otra vez ha logrado responder cortésmente, con algo parecido a una sonrisa:

-Lo que dices es pueril, Renato. ¿Quién puede encontrar en ti un defecto? Eres el hombre más rico de la isla, el más importante después del Gobernador, y aun antes que él para la mayor parte de las gentes. Tienes nombre, fortuna, juventud y talento. ¿Á qué cosa mejor que a ti puede aspirar una mujer?

-Te sobrepasas en el elogio, o eres cruel en tu burla. Si yo tengo todo eso, ¿qué tienes tú contra mí?

-Nada, Renato. ¿Qué puedo tener? Vivimos en mundos diferentes, y éste no es el mío; por eso resulto incomprensible a los ojos de muchos, de ti el primero. Olvídate de mí, que se olviden todos. Permítanme volver a Saint-Pierre, y tú sé feliz, tan inmensamente feliz como deseo que llegues a ser. Olvídate de mí, Renato. Es todo lo que tienes que hacer.

-¡Mónica... Mónica.. .! -llama Renato al ver que ésta se aleja con paso presuroso.

-Renato mío, ¿qué te pasa? ¿Qué tienes? -pregunta Aimée, acercándose solícita a su novio-. Estás alterado, muy pálido, y no creo que valga la pena. No debes hacer el menor caso de cuanto te ha dicho...

-Hablaba con Mónica...

-Ya lo sé. La vi pasar corriendo. Salí a buscarte, porque me imaginé que vendrías detrás de ella y no podía consentir que me calumniara...

-¿Calumniarte? -se sorprende Renato-. Nada dijo de ti. ¿Qué podía decirme? Yo soy quien, por lo visto, no satisfago su ideal para cuñado...

-¿Te dijo eso? -exclama Aimée en el colmo del asombro.

-Está demasiado claro para que no lo entienda. Creo que no me halla digno de tu amor y que le molesta ver cómo me quieres.

Aimée ha hecho un esfuerzo para contener una sonrisa burlona que juguetea ya en sus labios, y respira después profundamente, sintiéndose segura de sí misma, disfruta como nunca de la situación, con fuerza y poder para decidir tres vidas a su antojo y, condescendiente, le reprocha:

-Mi querido Renato, es increíble que confíes tan poco en tus propios méritos, que les des tanta importancia a las tonterías de Mónica..,

-Tú se la diste primero que yo. Si son tonterías, ¿por qué te alteraste de esa manera?

-Yo, no soy más que una débil mujer. Tú, en cambio, eres el hombre fuerte, sabio, inteligente... Lo mejor es que te olvides de los arrebatos de Mónica.

-Es precisamente lo que me ha pedido ella: que la olvide, que la deje volver mañana

mismo a Saint-Pierre para esperar allí el regreso de ustedes.

-Me parece muy acertado, pero no que se vaya ella sola. Será mejor que regresemos las tres, que arreglemos allá las cosas mientras tú las arreglas aquí, que mandes a reparar a toda prisa la casa de la capital, que es el lugar indicado para que pasemos nuestra luna de miel, y cuando hayan transcurrido esas cinco semanas indispensables para todo esto, nos casemos mientras Mónica vuelve a su convento, que es el lugar que le corresponde. Que tome al fin los hábitos, que profese. -Y con una jovialidad que más bien es ironía, declara-: Y que rece por nosotros, que rece por nuestros pecados, ya que ha elegido ese camino para llegar al .cielo.

-¿Irte tú también? ¿Dejarme?

-Por unos días solamente, mi tonto querido. Es indispensable. Si hemos de casarnos, hay mil cosas qué disponer. Si estamos oficialmente comprometidos para casarnos, no es muy correcto que viva yo en tu casa, que durmamos bajo el mismo techo. ¿No te parece?

Lo ha besado con un largo beso ardiente, cerrando los ojos, acaso soñando que es otra boca la que besa, y un instante arrastrado por aquel torbellino, responde Renato a su beso de fuego, susurrando:

-¡Aimée... mi vida...!

-Y ahora, formalidad -aconseja Aimée, reaccionando-. Ve a disponer las cosas para que mañana temprano nos lleven a Saint-Pierre. Yo voy a decírselo a mamá y... -Se interrumpe al ver a unos pasos de ellos a Yanina, y no puede menos que lanzar una exclamación de sorpresa- ¡Ah...!

-La señora Sofía aguarda al señor Renato en sus habitaciones -avisa la mestiza, adoptando un tono humilde-. Le ruega que vaya inmediatamente.

-Con usted no gana uno para sustos, Yanina -bromea Aimée con intención aviesa-. ¿Qué es lo que se pone en los pies para pisar como los gatos?

-Mi deseo de servir a los D'Autremont, señorita. Como hasta ahora no ha habido en esta casa nada qué sorprender ni ocultar...

-Ni lo hay tampoco ahora, Yanina -reprende rudamente Renato-. Puede usted omitir las reticencias.

-Perdón, señor. Yo sólo dije...

-Oí perfectamente lo que dijo. No quiero seguir hablando del asunto, ya que aclaré el punto total y absolutamente. No hay misterios, pero no todo puede hablarse delante de la servidumbre.

-¿Qué? -se sorprende ahora Yanina.

-Será muy saludable que lo recuerde -recalca Renato. Luego, cambiando la expresión, se dirige a Aimée--: Con tu permiso, voy a ver qué quiere mamá.

-Y yo también voy a prevenir a mi gente. Hasta ahora mismo, ¿verdad?

-Hasta siempre, mi vida...

. Se ha inclinado, llevándose a los labios la mano de Aimée y besándola con tierno respeto. Después se alejan ambos por distintos rumbos, mientras, inclinada la frente, ardiendo las mejillas como bajo la ofensa de una bofetada, Yanina permanece inmóvil, tensa, hasta que la mirada hosca y serena del hombre que se acerca, se fija en ella y observa:

-Yanina, ¿qué haces aquí?

-Nada, tío... -soslaya la mestiza haciendo un verdadero esfuerzo.

-A eso se aplican todos en esta casa: a no hacer nada. Y lo que es en el campo, si no estuviera yo siempre atento, con la fusta en la mano, no habría tampoco ^quién se moviera. ¡La vida voy a dejarme en las nuevas plantaciones de caña que estamos haciendo! Se han roturado cuatro parcelas en escalón, casi hasta lo alto del monte. Me gustaría que el señor Renato lo viera. Deberían darse una vuelta por allá. ¿Me oyes? -rezonga Bautista. Y al observar atentamente la extraña expresión de su sobrina, indaga-: ¿Pero qué es lo que tienes? A lo que parece, vas a llorar. ¿Qué te ha pasado?

-Nada. El señor Renato se ha dignado recordarme que no soy aquí más que una sirvienta. Le molestó que al acercarme lo viera besando a esa Molnar... a esa Aimée que no es

más que una cualquiera...

-¿Pero cómo te atreves...?

-Cualquiera puede verlo. Basta con mirarla. Pero el señor Renato es sordo y ciego, porque no quiere ni oír ni ver. Bueno, más vale que yo me calle, tío.

-De acuerdo. Creo que más vale que te calles si vas a decir disparates. La señorita del Moiriar será nuestra dueña dentro de cinco semanas según me dijiste.

-En Campo Real no habrá nunca más que una dueña: la señora Sofía. La otra, que no venga... ¡Qué no venga, porque le irá demasiado mal si viene!

-¿Pero qué dice»? ¿Demasiado mal?

-¡Y yo seré la que me ocupe de eso!

-¿Qué haces, Mónica? Veo que apresuras las cosas... La voz de Aimée ha llegado hasta Mónica golpeando sus nervios en tensión, deteniéndola, para dejarla inmóvil frente a la pequeña maleta que está poniendo en orden. Se hallan en la amplísima alcoba que le han destinado en aquella especie de palacio campestre, la más sencilla de las tres, no obstante los ricos cortinajes, los pulidos pisos, los lujosos y bien cuidados muebles...

-¿Puedes dejarme un rato en paz, Aimée?

-No te preocupes. No vengo a discutir ni a hacerte reproches. Al contrario. No tendrían razón de ser. Estoy encantada[1] por tu magnífica iniciativa de volver cuanto antes a Siant-Pierre. La idea es, desde luego, de mi más absoluto gusto.

-Me lo imagino. Sé cuánto deseas perderme de vista.

-En este caso, perder de vista a mi futuro palacio, a mi futura familia y a mi futuro reino...

-¿A qué viene todo eso?

-Comprenderás que mamá y yo nos vamos también. Ya se lo he dicho a ella y se ha quedado poco más o menos que con un ataque de nervios. Sería conveniente que la calmaras, tú que sabes hacerlo. La pobre mamá tiene un santo horror a que se nos escape Renato, pero yo no. Sé que lo tengo bien seguro y aunque te duela oírlo quiero afirmártelo una vez más.

-No me duele. Lamento muchísimo haber dicho lo que dije. Por eso quiero regresar a Saint-Pierre; pero regresar yo sola. De ningún modo que por mí se interrumpa la visita de ustedes.

-Por ti no se interrumpe nada, hermana. Cálmate. Yo soy la que quiero irme, yo soy la que estoy harta de todo esto.

-Y, sin embargo, pretendes casarte con Renato -refuta Mónica sin poder suavizar el tono violento de su voz-. ¿Por qué no eres leal con él? ¿Por qué me obligas a hacer lo que no quiero hacer? Si sigues como estás», me obligarás a hablarle claramente.

-No creo que te atrevas. Hoy perdiste una ocasión estupenda. Hubieras podido sincerarte, hablarle de tu amor, pero único que se te ocurrió fue darle a entender que no te gustaba para cuñado. Porque, desde luego, me lo dijo. El me lo cuenta todo. Hasta sus más recónditos pensamientos me pertenecen. Y es un niño, ¿sabes? Es un niño tonto... y supongo que lo bastante bueno para seguir siendo tonto hasta el fin de sus días.

-¡Si supieras cómo me repugnas cuando hablas así! ¡Cómo te odio cuando...!

-¡Qué lío de sentimientos te haces, hermana! -la interrumpe Aimée con una risita suave-. Me odias porque estás celosa, y estás celosa porque lo quieres.

-¿Quieres callarte de una vez? ¿Qué es "lo que pretendes? ¿Volverme loca? ./

-Cálmate, Mónica, y no grites. Acertaste al decir que no estoy segura de mis sentimientos y, naturalmente, quiero estarlo antes de casarme.

-¿Qué dices, Aimée? -se esperanza la novicia.

-Buscar mi verdad en unos días de reposo y de aislamiento. Quiero volver a Saint-Pierre para eso: para estar sola. Para darme cuenta de cómo son las cosas realmente; para decidir si me caso con Renato, o si no me caso. Voy a hacer lo que tú llamarías examen de conciencia. Puede que me case. Son demasiadas las ventajas que Renato me ofrece.' Puede que no me

case, que prefiera la libertad a la riqueza. En el segundo caso... -Su voz no puede disfrazar la ironía que la invade-: En el segundo caso, mi querida hermana, te daré una prueba de esa generosidad mía que tanto has puesto en duda. ¡Te lo devolveré!

Cómo un relámpago de esperanza ha cruzado sobre el alma de Mónica, aunque las últimas palabras de su hermana la hieren y la ofenden. Duda, lucha, vacila, se retuerce en aquella dura batalla empeñada contra sí misma, mientras casi afable, casi sonriente, goza Aimée del desquite de verla temblar. Tal vez un momento cruza la compasión por los ojos oscuros de Aimée, pero se apaga al grito de su egoísmo, al benévolo placer de manejar otras almas a su antojo, mientras la palabra violenta estalla en los labios de Mónica:

-¡No tienes nada qué devolverme! ¡Pero no creas que vas a seguir divirtiéndote, jugando con él!

-¿Por qué no? Cuando se entrega el corazón sin condiciones, no podemos quejarnos demasiado de lo que sucede. Y él me entregó su corazón. Me quiere más que a sí mismo y sin ambages me lo confiesa.

-Porque está ciego, porque no sabe quién eres. Si te conociera realmente, si yo le dijera de ti... -advierte sordamente Ménica-, Y demasiado bien sabes lo que podría decirle.

-Tú eres quien no lo sabes -se enfurece Aimée-. No puedes acusarme sino de tonterías, de chiquilladas, de simplezas. No tienes una prueba contra mí, y te desafío a que me acuses sin pruebas. Ya verás si te cree, ya verás contra quién se vuelve...

-Contra mí, por desgracia -acepta Mónica con profundo dolor.

-Me alegro mucho que lo comprendas. Pero aunque fuera verdad, aunque lograras demostrarle que soy indigna, ¿sabes lo que conseguirías con eso? ¡Que te odiase! ¡Porque matar su fe en mí es condenarle a sentirse el más desdichado de los hombres! .

-De eso te aprovechas...

-No hago sino defenderme. Buena eres tú para no hacerlo. Si desde niña no hubiera estado yo alerta... Conmigo no te hagas la buena. Querrías verme muerta...

-¡Con cuánta injusticia hablas, Aimée! Yo querría verte feliz, pero haciéndole feliz a él también. Saber que eras capaz de ser honrada, digna, recta, de serle leal, totalmente leal...

-¿De veras? ¿Sólo con estar segura de eso te considerarías dichosa? Que sea leal, '¿verdad? Que sea sincera... Pues bien, voy a serlo. Es justamente lo que te prometo: no me casaré con Renato sin estar segura de poder brindarle esa felicidad que tú quieres para él y que yo deseo para mí misma. Pero cuando me case, si me decido a hacerlo, me harás el favor de dejarme tranquila. Es todo un pacto. ¿Aceptas? ¿Sellamos con un beso?

-Acepto... pero no es necesario el beso.

-Rencorosa, ¿eh? -ríe burlona Aimée-. Yo soy la que debiera estar enojada. Buena puñalada trapera quisiste darme. Pero a mí no me importa. Eres la oveja blanca de las dos hermanas: la aplicada, la noble, la prudente, la buena... Yo tengo algunas manchas, pero soy la más fuerte y no te guardo rencor de ninguna especie. -Y diciendo y haciendo, besa a su hermana.

-Hijitas... vaya, menos mal. -Es Catalina, que llega junto a ellas-. Temí que siguieran discutiendo. Es tan doloroso para mí verlas de esa manera, una contra la otra... Duelen tanto en el corazón de una madre esas desavenencias... ¡Ay, si los hijos supieran... I -Un suspiro llena el corazón de la madre.

-Mamá, por Dios, no te pongas romántica -rechaza Aimée con alegre jovialidad-. Ya pasó todo; fue una nubecilla de verano. ¿Verdad, Mónica?, Pero ya verás cómo no vuelve a suceder. De ahora en adelante, mi hermana y yo vamos a llevarnos maravillosamente: yo en mi casa y ella en su convento. La situación ideal para no disgustarnos. Y si andando los años me sale a mí una hija casquivana y coqueta, se la envío a su tía la abadesa para que la sermonee y...

-¡Aimée! -la interrumpe la voz de Renato que la llama desde el pasillo.

-Creo que me llama Renato -comenta Aimée; y luego, alzando la voz, responde-: Aquí estoy, querido. Entra.

-Perdónenme ustedes -se disculpa Renato desde el umbral-. Sin duda, interrumpo una conversación familiar, pero es el caso que mamá quiere hablarte en seguida, Aimée. A la pobre le ha caído bastante mal la noticia del viaje de ustedes.

-En dos minutos lo arreglo yo todo y la convenzo' de nuestras magníficas razones -asegura Aimée-. ¿No vienes conmigo; Renato?

Este se ha quedado mirando a Mónica, inmóvil frente a la pequeña maleta abierta, tan pálida, tan frágil, con una expresión tan dolorosa en los labios, que un irresistible sentimiento de amistosa compasión lo acerca a ella, y suplica:

-No quisiera que te fueras disgustada conmigo, Mónica.

-No lo estoy, Renato, ni habría razón para ello. Eres el mejor de los hombres...

-No lo soy, pero deseo serlo, para brindarle a tu hermana toda la felicidad que merece, para que un día puedas mirarme como hermano, aunque no tengamos la misma sangre...

Con rápido gesto ha tomado la mano de ella, llevándosela a los labios, y luego marcha tras Aimée...

- Qué buen muchacho. Señor -exclama Catalina-. No lo hay mejor en el mundo entero. Yo también roe voy a preparar las maletas.

Mónica ha quedado sola, inmóvil, sintiendo sobre la piel de su mano derecha la dulce y ardiente sensación de aquel beso, el cálido deleite de aquella caricia que enciende de rubor sus mejillas... y furiosamente se clava las uñas, borrando con sangre la huella de aquel beso...

17

-*ES* UN GRAN honor su visita para mi, señorita, pero francamente no recuerdo...

-No fatigue su imaginación, doctor Noel. Es la primera vez que nos vemos... de cerca. De vista le conozco bastante. En Saint-Pierre, más o menos, todos nos conocemos, ¿verdad?

-Yo no creo haber tenido el gusto hasta ahora.

-Mi nombre es Aimée... Aimée de Molnar...

-Ahora sí. ¡Acabáramos! Después de todo, no le falta a usted razón. De vista, más o menos, todos nos conocemos. Conozco a su señora madre, y su señor padre, que en paz descanse, fue amigo mío también. Pero, ¿en qué puedo servirla? En primer lugar, siéntese... Siéntese...

-No hace falta; mi visita será muy corta... Dominando sus nervios, mirando furtivamente a las ventanas y a las puertas de aquel viejo y destartalado despacho, Aimée parece decidirse-, a jugar la peligrosa carta de su empeño. Lleva ya varios días en Saint-Pierre inquiriendo inútilmente, preguntando en vano, deslizándose al borde de los ambientes en que podría recoger alguna información, y al fin se ha decidido a visitar al viejo notario que ahora, al contemplarla entre curioso y complacido, afirma:

-La vi a usted algunas veces de niña, pero se ha transformado maravillosamente. ¿En qué puedo servirla, hija mía? La veo nerviosa...

-¡Oh, no! En lo absoluto... Mi visita es una tontería... Quiero decir que no es para nada serio. Pasé cerca y pensé: Puede que el señor Noel sepa algo dermis encargos. No me entiende, claro. Perdóneme. Es un enredo... Resulta que yo le había dado unas monedas al patrón de cierta goleta para que me trajese de Jamaica perfumes ingleses.

-¿Perfumes ingleses? ¿No nos envía Francia los mejores perfumes del mundo? -Se escandaliza el buen Noel.

-Sí, sí... Claro... Pero no se trata de eso. Era un perfume especial el que yo quería... Un perfume para caballeros... Y algunas camisas. Algunas de esas admirables camisas inglesas que no se parecen a ningunas. Se trata de un regalo que quiero hacer. Un regalo para mi prometido. Estoy de novia, doctor Noel. Me casaré muy pronto...

-Pues felicito a su futuro. Pero siga su cuento: Usted dio unas monedas al patrón de una goleta...

-Para que me trajera perfumes de Jamaica. Pero el hombre no ha vuelto...

-Y quiere usted demandarlo. ¿Tiene recibo?

-¡Oh, no! Absolutamente. Creo que se trata de una persona de confianza. Me lo recomendaron como' tal. Pero nadie me da razón de él, y como alguien me informó que era amigo de usted...

-¿Amigo mío un patrón de goleta? ¿Cómo se llama?

-El apellido no lo sé. Su barco se llama el *Luzbel*

-¡Juan del Diablo! Pero es fantástico lo que usted me cuenta. ¡Juan del Diablo, comisionista de perfumes!

-Bueno... Era un favor particular el que iba a hacerme. Se lo rogué, accedió le di el dinero, me dijo que pronto estaría de vuelta, pero nadie sabe nada de él.

-En efecto, señorita Molnar. Nadie sabe nada de él, ni creo que sabrá en mucho tiempo. Me veo en la obligación de ser sincero, porque conozco a su prometido: conozco y quiero al joven caballero Renato D'Autremont.

-Doctor Noel... -se atraganta Aimée con el nerviosismo de la sorpresa reflejada en su lindo rostro.

-Y no sé por qué me imagino que es él quien la envía.

-¿Qué dice? -apremia Aimée ya en el colmo del asombro.

-Renato pertenece a la rara casta de hombres demasiado generosos, demasiado buenos. A él le preocupa extraordinariamente la suerte de Juan del Diablo, y no le ha bastado con sacarlo de un apuro recibiendo su ingratitud en pago. Ahora se empeña en saber qué ha sido de él, ¿verdad? Y como teme un sermón de mi parte la manda a usted...

-¿Yo... yo...? -balbucea Aimée, sin acertar a comprender.

-Mi linda señorita Molnar, mucho me temo que Juan, por el que confieso que siento afecto a pesar de todo, esté metido en un asunto bastante feo. No oye consejos. Se ha empeñado en hacer fortuna de repente. Con seguridad no sé lo que está haciendo, pero me temo que las autoridades se hallen ya sobre aviso con respecto a él. No creo que pueda regresar, no creo que volvamos a verle por Saint-Pierre en muchos años. Porque si volviera, es casi seguro que iría a parar al fondo de un calabozo, ¡y Juan del Diablo no es tan tonto para eso!

Pedro Noel ha hablado dejándose llevar por sus sentimientos sin reparar apenas en el efecto que sus palabras hacen en la linda muchacha que le escucha consternada, juntas las manos, agrandadas las pupilas, conteniendo milagrosamente la oleada de desesperación que la envuelve. Al fin, Aimée de Molnar se pone de pie y, más que hablar, sus labios balbucean:

-¿Está usted seguro de eso?

-Naturalmente. Dígale a Renato que no se preocupe más de él, que lo deje correr su suerte. Bien dichosos podemos estar con que no lo ahorquen un día de éstos o le partan el corazón, de una puñalada, en una riña de taberna. Que si hasta ahora ha salido bien de todos los enredos, no quiere decir que esa suerte va a durarle siempre. Un día se le acaba, y ¡zas! un loco menos...

-¿Cree usted que está loco?

-Creo que fue muy desgraciado de niño y que esas cosas siempre dejan huella. Nació con una estrella negra... Es una historia larga y confusa... Más vale que no hable de ella. ¿Para qué?

-Es que yo quisiera saber... Si usted me lo dice, le doy mi palabra de no repetirlo a nadie... ni a Renato siquiera. Bueno, la verdad es que él no sabe que he venido. Yo vine por mi cuenta, inquieta al verle preocupado. Y también lo de los perfumes es cierto. El me prometió volver... volver en cinco semanas.

-Espérelo cinco años... y acaso vuelva. ¿Sus encargos eran regalo para Renato?

-Sí, pero no quiero que él lo sepa.

-Mi consejo es de que se olvide de todo eso usted también.

-¿Se olvidará también usted de mi visita?

-Bueno... Si usted lo desea...

-Se lo ruego. Me ha hecho usted un gran favor... un enorme favor...

-Sí, Renato, ve a buscarlas. Me parece muy buena idea. Ve a buscarlas y apresura las cosas. Guíate siempre por tu razón, por tu criterio, que es el que debe prevalecer en el matrimonio. Malo es que un hombre acceda en todo a los caprichos de una mujer. Ya sé lo que piensas: que cómo te hablo de este modo, siendo yo mujer. Pues, porque eres mi hijo, Renato, y te sé blando, complaciente, tierno, demasiado generoso, acaso demasiado enamorado...

-Pero, mamá... -Hay una repulsa en la voz de Renato por los conceptos de su madre.

-Nadie nos oye. Creo que puedo serte absolutamente -sincera. Tú sabes que nadie te quiere más que yo. ¡Nadie!

-Aimée me quiere...

-Desde luego, hijo. En eso confío. Te quiere, no tiene por qué no quererte. Bien contenta puede estar con su suerte. Te quiere, pero, además de quererte, debe respetarte, entender que su destino es estar sujeta a ti, que su primer deber es complacerte. Aimée, que es deliciosa, me parece, sin embargo, un poco inquieta, consentida y mimada en extremo. Una madre muy blanda, un padre ausente primero y luego muerto... Su hermana mayor parece muy descontenta con ella. Y Mónica, a pesar de sus arrebatos, me parece una persona excelente, sólida y recta.

-Siempre la tuve como tal, pero ahora, sus nervios...

-¿Cuál es el origen de esa enfermedad nerviosa?

-No lo sé, mamá. A veces me parece que tal enfermedad no existe, que es una forma de disculpar, de explicar un estado de ánimo hosco y hostil con todo el mundo, o al menos conmigo. No quería decírtelo, pero ya que llevas las cosas por ese camino, más vale que lo sepas: Mónica no es mi amiga desde que emprendí las relaciones con Aimée.

-¿Tiraba ya para monja cuando eso?

-No; su vocación religiosa apareció después. ¿Por qué me lo preguntas?

-Por nada. A veces la imaginación va muy lejos y más vale no dejarla volar. En definitiva, Renato, mañana sales para Saint-Pierre y las traes. Puedes quedarte allí dos o tres días, lo necesario para activar los papeles de ella, que seguramente no te tomará más tiempo. Cuando vuelvas, todo estará dispuesto. Quiero que te cases aquí, en nuestra vieja iglesia, donde te bautizaron, donde velamos a tu padre, donde un día me velarás a mí también... Es nuestra tradición. Nunca amé demasiado a esta tierra. Ahora creo que hice mal. Aquí está mi vida, puesto que está la tuya y estará la de tus hijos. ¡Quiero que me des muchos nietos! Quiero verlos crecer sanos y alegres en tu Campo Real, y que la linda mariposa, que es hoy tu novia, se convierta en la mujer fuerte y serena que yo soñé a tu lado. Quiérela, pero no la abandones a su antojo. Guíala, sostenía, hazla a tu modo, modélale el alma para que sea tu mujer, no la linda tiranuela en que amenaza convertirse. Que sea digna de tu amor, y estará en Campo Real como una reina.

-¿En Campo Real... ?

-Claro. ¿En qué piensas?

-Aimée soñaba con vivir en Saint-Pierre, y yo le había prometido mandar reparar nuestra vieja casa... Es tan joven, tan alegre... Me temo que se aburre demasiado en el valle.

-¿Qué locura es esa? Poca confianza tienes en ti mismo sí piensas que puede aburrirse tu mujer estando a tu lado. Bueno, ni una palabra más de esa tontería. Las obras que he mandado hacer en el ala izquierda de la casa estarán a tiempo para que paséis allí una deliciosa luna de miel. A Saint-Pierre podrá ir cuando tú la lleves de paseo. Este es el hogar de los D'Autremont, éstas son tus tierras y es aquí donde ha de vivir la mujer que se case contigo.

~-Yo pienso como tú, mamá, naturalmente. Pero es duro comenzar por discutir con ella. No creas que me falta carácter. Todo cuanto dices era también mi propósito. ¡Pero la quiero tanto! ¡Tengo tal anhelo de verla feliz!

-Ya lo sé. Y es contra la debilidad de tu gran amor contra la que te prevengo. Cólmala

de amor, pero exígele que te corresponda plenamente. Y si no estás seguro de poder hacerlo, no te cases con ella.

-Sí, madre. Me casaré y será tal como tú lo deseas: mi esposa, mi compañera en todo. Lo haré, madre. Tengo que hacerlo, porque yo no podría vivir sin ella, porque la quiero más que a mi vida, y como a mi propia vida defenderé el derecho de que sea mía totalmente.

-¡Juan Juan!

El nombre ha escapado, como un sollozo, de la garganta trémula de Aimée. Está sola en la playa. Sola frente al mar siempre inquieto que baña las costas martiniqueñas. Sola frente a la tormenta de su alma, frente a la marejada brutal de los recuerdos, y murmura:

"No volverás; no volverás nunca tal vez, y yo... yo...

Ha retrocedido hasta llegar a la entrada de la cueva, aquella gruta profunda, de piso de arena, que huele a yodo ya salitre... aquella gruta, tálamo de su amor tempestuoso, que brindó a sus horas de locura el verde terciopelo de sus algas y la frágil cortina de sus helechos. Ha entrado con paso tambaleante. Sus rodillas se doblan, su cuerpo se inclina hasta que las manos trémulas cubren el rostro y tocan otra sal: la de sus lágrimas. Es como una despedida dolorosa y cruel...

El nombre de Aimée suena a lo lejos, como la llamada de otros mundos, como el grito de la razón que llega hasta la enamorada de Juan, despertando su instinto de combate, su egoísmo, su soberbia, su anhelo de triunfar, su ansia de lujo, su sed de placeres:

-¡Aimée... ¡ ¡Aimée... ¡

Al solo recuerdo de su hermana,-se alza la cabeza de Aimée, se yergue su torso con brusco ademán altanero. No quiere que la encuentre así: humillada, vencida, llorando frente al amor que se fue. No ha- respondido a su llamada, pero ya Mónica se acerca. Ha visto el camino labrado a pico desde el acantilado de piedra y ha bajado por él hasta la playa, buscando con sus grandes ojos anhelantes hasta descubrir la entrada de la cueva, y corre a ella como impulsada por un presentimiento...

-Aimée, ¿qué te pasa? ¿No me oías? ¿Por qué no me contestas? ¿Qué tienes?

-Nada. ¡Estoy harta de que me persigas siempre!

-Merecías qué no lo hiciera... Levántate, ven... Renato te espera en la casa. Lo que hayas decidido, se lo dirás a él...

Aimée se ha levantado de un salto, trémula de sorpresa. Ha sentido como si el propio Renato la sorprendiera allí, en aquel santuario de su amor por Juan, como si aquella mujer, celosa rival aun cuando corra la misma sangre por sus venas, fuera capaz de adivinar su pensamiento... No, no perderá a Renato. No lo perderá" todo, tras el golpe cruel de haber perdido a Juan, y allí está Mónica dispuesta a arrebatárselo, decidida a luchar quién sabe con qué armas... Mónica, en cuyos ojos arde la enorme fuerza de su amor y de su voluntad. Pero Aimée está bien decidida, será más astuta, más rápida, aun cuando la sorpresa. la sacuda en este momento, y serenándose tras un esfuerzo supremo, inquiere:

-¿Que Renato está en casa...?

-Vino a resolverlo todo para la boda, pero si como me prometiste has hecho examen de conciencia...

-¡Oh, déjame!

Aimée ha cruzado ya la playuela, trepa por el sendero abierto entre los riscos, mientras Mónica la mira alejarse como si una • fuerza extraña la detuviera bajo el tosco arco natural que da entrada a la cueva. Sus ojos recorren ésta con sorpresa. Con paso tambaleante se interna en ella. Jamás pensó que la naturaleza pudiera brindar al hombre una estancia natural como aquélla, y cual un torbellino cruza una imagen por su mente: la de Juan del Diablo... Recuerda su rostro curtido, su sonrisa desdeñosa, sus ojos altaneros, su aire a la vez atractivo, natural y salvaje como el de aquella cueva. Ha presentido, «ha adivinado casi, pero rechaza aquella idea punzante, como quien rechaza un mal pensamiento, y haciendo la señal de la cruz sobre su frente, sale siguiendo los pasos de Aimée...

-¿Entonces, mi vida; no hay ningún inconveniente?

-Nunca hubo ningún inconveniente, Renato mío. Hoy mismo pensaba escribirte, buscar un propio con quien enviarte unas líneas diciéndote que por mí todo estaba dispuesto.

Suave, tierna, sonriente, con aquella coquetería mimosa un tanto pueril con que suele dirigirse a él, Aimée ha cortado las posibles preguntas de Renato diciendo que sí a cada palabra, a cada petición...

-Mamá desea verlas en Campo Real cuanto antes...

-Iremos cuando quieras, querido. Ya te dije que todo lo tenemos dispuesto, al memos mamá y yo. De Mónica no sé y más vale que sea mamá la que le pregunte. Está tan nerviosa y tan rara en estos días... No me extrañaría que no quisiera asistir a nuestra boda, que se empeñara en volver a su convento... -Aimée se interrumpe al ver a su hermana que ha llegado Junto a ellos y, con voz casi melosa, exclama-: ¡Ah, Mónica! De ti hablábamos precisamente...

-Ya te oí -asiente Mónica con serenidad-. Oí todo cuanto dijiste.

-No quisiera que interpretaras mal... -empieza a disculparse Aimée, pero Mónica la interrumpe y puntualiza con toda claridad:

-No creo que lo que has dicho se preste a ser interpretado. Está más claro que la luz del día: esperas que vuelva al convento y que no asista a vuestra boda...

-No espero; temo.. .

-Iba a hacer la modificación, Mónica -interviene Renato-. Te aseguro que me darías un gran disgusto negándote a estar junto a nosotros en un día que tanto significa, y no creo que las reglas de ninguna orden, por severas que sean, te nieguen el permiso de asistir a la boda de tu hermana.

-Por el momento estoy fuera de todas las órdenes y de todas las reglas del convento. Tengo licencia por tiempo indefinido. . .

-Pero, Mónica querida -comenta Aimée-, eso es algo completamente nuevo. Al menos, nunca lo habías dicho.

-No hubo ocasión. Solemos hablar tan pocas veces... Pero sí, hermana, estoy libre. Puedo ir a donde me plazca y hacer lo que desee, inclusive decidir no volver al convento. Por algo se da tiempo a las gentes antes de que hagan los votos definitivos. Hay cosas que requieren ser pensadas y meditadas muy seriamente antes de decidirse a ellas. Sobre todo, el matrimonio y las órdenes religiosas, pues es irreparable el daño qu'e se hace a los demás, y a sí mismo, yendo a ellos indebidamente, sin una absoluta seguridad de nuestros sentimientos.

Aimée ha apretado los labios, sintiendo que la sangre enciende sus mejillas, pero es demasiado astuta para dejar escapar una palabra imprudente, para no desconfiar frente a la helada serenidad de Mónica, que se dispone a salir del vetusto salón con una disculpa:

-Con tu permiso, Renato. Tengo aún algunas cosas qué disponer. Quedas, naturalmente, en la mejor compañía.

-Menos mal. Tu hermana parece sentirse mejor -comenta Renato sintiendo cierto alivio.

-No sé qué decida -soslaya Aimée con ira contenida-. De las gentes lunáticas no es posible fiarse. Siempre salen por donde menos se las espera. ¿Me permites también a mí un momento? Te dejaré solo un minuto nada más...

Ha salido con paso rápido, ha visto a Mónica que se aleja hacia el jardín, con paso mesurado, y corre .tras ella, llamándola:

-¡Mónica...! Mónica, quiero que hablemos en seguida.

-Te estaba esperando precisamente para eso. Iba a llegar hasta un lugar del jardín donde pudiéramos hacerlo a solas sin que nadie nos oyera.

-Aquí nadie nos oye y necesito saber, inmediatamente, qué es lo que te propones.

-Nunca me he propuesto más que una sola cosa: impedir que hagas desdichado a Renato, salirte al paso en cuanto hagas contra él qué no sea claro, leal y diáfano. Puedo apartarme de tu camino, cederte el campo, pisotear mi corazón, ahogar mis sentimientos, anularlos hasta que desaparezcan, pero no entregarte a Renato para que lo conviertas en un guiñapo con tus mentiras y tus astucias.

-No soy mentirosa ni astuta como supones. Yo lo quiero también.

-.Eso juraste y eso creí un día: que le amabas; que, a tu manera, le querías, pero que había verdadero amor en ti y que eras capaz de vivir por él y para él. Y decidí apartarme. Pensé que mi única misión era ésa, que tenía el derecho de vivir sólo para mí misma, de buscar, en el convento, la paz que me faltaba. Mas ahora las cosas han cambiado. No perdamos el tiempo en repetir lo que las desbabemos. Renato te quiere con locura y, amándote como te ama, está en tus manos desamparado y ciego...

-Bueno, lo único que quiero saber es lo que te has propuesto. No creas que vas a hacerme vivir bajo la amenaza de soltar la lengua diciendo tonterías.

-Pues así has de vivir, aunque no quieras. Y no serán tonterías las que yo- cuente... De ti sola dependerá mi actitud, Aimée. Me prometiste reflexionar, ser sincera, hacer examen de conciencia, pesar las cosas en la balanza de tu corazón...

-Te prometí resolver, y he resuelto... He resuelto casarme con Renato, dedicarle mi vida entera, ser dueña absoluta de mi familia, de mi casa, de mi vida y la suya, y no permitir que ni tú ni nadie intervenga en lo que no le concierne. Te prometí tomar una determinación y es ésa. ¿Está claro? ¡Pues vete ya a tu convento y déjame en paz de una vez!

-Me iré cuando esté segura de que cumplirás tu promesa, pero no antes, Aimée. Es mi último derecho, y no lo entrego, no renuncio a él. Hay demasiadas cosas oscuras en tu vida... pero puedes estar tranquila, porque el pasado no voy a tenértelo en cuenta.

-¿Qué sabes tú de mi pasado?

-A ti no voy a decírtelo, Aimée. Sería tanto como quedar indefensa y eres una enemiga demasiado peligrosa. No haré nada, no diré nada mientras te portes correctamente con Renato. Y en último caso, tomo para mí el papel más ingrato: el de recogida, el de agregada. Quieras o no, seré junto a ti como la imagen viva de tu conciencia.

-Si piensas que voy a soportarlo...

-Lo soportarás. Y además, no será por toda la vida.

-Menos mal que le pones plazo a tu espionaje -comenta Aimée con rabiosa ironía.

-Precisamente. Cuando le hayas dado un hijo a Renato, me apartaré para siempre de ustedes. Confío en que tu conciencia de madre te baste a partir de ese momento. Confío...

.-Perdónenme -interrumpe Renato, que se ha acercado silenciosamente-. Presentí que estaban disputando y no pude quedarme en la sala. Tus últimas palabras me parecieron muy interesantes, Ménica. Son las únicas que escuché y me gustaría saber a qué se refieren. Dijiste algo así como: "Confío en que tu conciencia de madre te baste a partir de ese momento". ¿A qué conciencia te refieres? ¿Eran dirigidas directamente a Aimée tus palabras?

Un gesto grave invade el rostro de Renato, dándole una expresión diferente a la que nunca tuviera frente a Aimée. A pesar de su astucia, a pesar de su cinismo, ella ha temblado. Pero Mónica sonríe... sonríe con perfecta sonrisa cordial, mientras apoya suavemente su blanca mano en el brazo de su hermana para soslayar con tranquilidad:

-Sí; pero no te pongas tan serio, hombre. Se trataba sólo de unos cuantos consejos de hermana mayor, acaso un poco demasiado monjiles. Aimée es muy joven para casarse, y ésa ha sido la única razón de mis temores hasta este momento. Comprendo que has interpretado mal las cosas por culpa mía, pero ella me ha jurado una vez más que te adora y que vivirá para ti. Yo creo en sus palabras, creo en ella... Es la mayor garantía de felicidad para los dos. Nada en el mundo me importa tanto como 4a felicidad de ustedes, y acabo de prometerle a Aimée velar por ella...

-¿Qué dices a esto, Aimée? -interroga Renato volviéndose hacia ésta y contemplándola con ternura.

-¿Qué puedo decir? Absolutamente nada... Me iré a disponer las maletas...

8

-¡COLIBRÍ ¡ ¡COLIBRÍ!

-Aquí estoy, mi amo. ¿Qué me manda a hacer?

-Ven a ensayar las gracias con que vas a lucirte en Saint-Pierre.

En la puerta de la cabina del capitán, ágil como una ardilla, negro como el betún, alegre como un cascabel, el nuevo tripulante del *Luzbel* se contorsiona en la más graciosa de sus muecas. Puede tener doce años, y los grandes ojos brillan como luceros sobre la piel oscura y lustrosa. La redonda cabeza, en la que el negrísimo pelo finge granitos de pimienta, gira como pudiera hacerlo la de un muñeco, y el flexible talle se dobla en una burlesca reverencia de corte, que acompaña el más picaresco de los gestos.

-Perfecto -aprueba Juan, riendo-. Así tienes que saludar a tu nueva dueña, y como para entonces te habrás puesto tu traje nuevo, todo de terciopelo rojo...

-¿De veras, mi amo? -se entusiasma el llamado Colibrí-. ¿Me va a regalar un traje nuevo? ¿Un traje colorado, con cascabeles?

-Claro que si. ¿Cuándo te he dicho yo mentiras?

-Nunca, mi amo. Me dijo que me iba a traer a su barco, y a su barco me trajo. Que aquí todos los días iba a comer, y todos los días estoy comiendo. Que ya no iba a tener que cargar más leña, y ni una astilla cargo. Pero también me dijo que me iba a dar un ramo de uvas, grande, grandote... y eso sí que...

-¡Bandolero...! Estás aprendiendo a pedir demasiado pronto, y eso no me gusta. Pero el ramo de uvas, aquí lo tienes. Tómalo y lárgate.

Riendo, Juan del Diablo ha lanzado al aire el más hermoso racimo de uvas de cuantos hay en una bandeja sobre la tosca mesa, y el muchachuelo lo atrapa con uno de sus rápidos movimientos, huyendo después alegremente, como pudiera hacerlo un pequeño colibrí.

-Está usted embobado con ese muchachuelo, patrón -comenta el segundo de a bordo-. No sirve para nada en el barco, más que para distraer a la gente. Es fuerte y ágil. Pudiera ser un buen grumete...

-No quiero grumetes. No hacen falta en mi barco. Recluto hombres a quienes romperles el pescuezo si no cumplen no niños a quienes maltratar cuando a cada cual le venga en gana hacerlo.

Está bien -acepta el segundo; y en seguida, cambiando de tono, solicita-: ¿Puedo echarme un trago, patrón?

-¿Para qué? ¿No crees que bebiste suficiente?

-Ya ni beber se puede en este barco.

-Muy pronto beberás hasta caerte, cuando seas tú el patrón.

-¿Pero es de veras que va usted a quedarse en Saint-Pierre? ¿Es en serio?

-¿Cuándo te dije yo algo que no fuera de veras? Lentamente, Juan se ha puesto de pie tras de rellenar su pipa de tabaco rubio *y* la enciende, aspirando pensativo el humo azul .y espeso. Lleva siete semanas en el mar, "su piel parece aun más curtida que antes de emprender aquel viaje definitivo, sus cabellos rizados y oscuros se encrespan rebeldes sobre la ancha frente, su mentón es cuadrado, firme, voluntarioso... Pero hay una expresión diferente en sus grandes ojos italianos, y los carnosos labios ardientes y sensuales sonríen levemente a la imagen lejana de una mujer.

-Hay que ver cómo ha cambiado usted, patrón.

-¿Cambiar yo? ¿En qué?

-En todo. Como si fe hubieran dado a beber una de esas pócimas que preparan en Haití, quién sabe con qué yerbas.. Esas pócimas con que le roban a uno el alma... De ellos se dice que son muertos...

-Y yo estoy muy vivo, segundo. Además, soy rico. ¿No te das cuenta?

-¡Humm! Creo que usted confía demasiado en ese poco de dinero que tiene.

-No es poco. Basta y sobra para lo que quiero hacer.

-Dejar el *Luzbel,* meterse tierra adentro -refunfuña el segundo-, ¿Quién ha visto eso?

-Nunca hablé de meterme tierra adentro. Sobre las rocas del Cabo del Diablo haré mi

casa, recia como una fortaleza. Compraré las diez leguas de tierra que quedan detrás, un carruaje con dos caballos, cuatro barcas para la pesca... Compraré después todas esas cosas bonitas que les gustan a las mujeres: espejos, vestidos, perfumes...

-Sólo piensa en eso. Lo que puede cambiar un hombre, Señor.

-¿Y qué? La quiero y será mía para siempre. Nadie va a mirarla cuando sea mía. Nadie pondrá los ojos en ella. Yo le daré todo Ip que quiera, todo te que pida, todo lo que sueñe...

-Con una mina de oro no basta para tener contenta a una mujer, si es de las que les gusta el IUJO.

-Y yo tengo una mina: ésta... el *Luzbel.* El *Luzbel* seguirá en el mar, contigo de patrón. Ya sabes el camino de las buenas, cosechas....

-Pero a veces las cosas se ponen muy malas. No se fíe de este viaje en que todo ha salido bien. Ha tenido usted mucha suerte, patrón.

-De ahora en adelante la tendré siempre. La estrella de Juan del Diablo no va a apagarse.

-Pero puede ponerse roja de repente....

-¿Para qué haces el papel de agorero? -reprocha Juan francamente enfurecido.

-Quisiera que pensara un poco más, patrón. No seria bueno volver por la Martinica en algunos meses. A veces la policía se pone muy curiosa, y teniendo usted enemigos como los que tiene... .

-¿Lo dices por mano cortada? Ese perro ladra, pero no muerde. A .ése se le tapa la boca con unas monedas. En Saint-Pierre, lo único que quedó fue una deuda... Una deuda con el ilustre Renato D'Autremont... Se la pagaré hasta el último centavo y quedaré en paz con el hijo de doña Sofía.

Ha mordido la pipa mientras se cierra su recio puño. Tal vez un quemante recuerdo de la infancia roza su alma, (rayéndole la amargura a sus labios, pero otro más reciente vuelve de nuevo, suavizándolo todo, y exclama:

-¡Qué sorpresa va a llevarse ella! Se imaginará que vuelvo, pero no cómo voy a volver: llevándoselo todo... todo... y un regalo especial... Colibrí -llama imperioso.

-¿Qué me manda, mi amo? Aquí me tiene.

-¿Cómo vas a saludar a tu nueva dueña? A ver, haz la reverencia. -Juan no puede contener las carcajadas-. ¡Magnífico! ¡Perfecto! ¿Te comiste las uvas? Toma otro racimo, y lárgate.

El segundo ha bajado la cabeza. Juan deja atrás la única cabina de su nave, cruza la cubierta, se apoya en la borda y su mirada de águila distingue, en la línea imprecisa del horizonte, la alta cima de aquella montaña de laderas inaccesibles que hunde en las nubes su pico de fuego. Luego, su mano cae sujetando al muchachuelo negro, enseñándole con extraña emoción la sombra de aquella cima que se ve a lo lejos, y explica:

-El Mont Pelee. Esta noche estaremos en Saint-Pierre...

-¡Pero qué preciosidad, qué cosa más linda! ¡Qué sedas, qué bordados, qué encajes...! -exclama Catalina con incontenible entusiasmo.

-Sí, mamá, todo está precioso -conviene Aimée con cierta frialdad.

-¿Te gusta de veras tu ajuar? -pregunta Sofía.

-Claro, doña Sofía, tiene que gustarme, puesto que se tomó usted la molestia de hacerlo traer de Francia para mí...

-No, hija, no por eso...

-Por eso también, aparte de que .todo es lindísimo. Mi hija agradece en todo lo que vale su interés y su cariño por ella Sofía.

Empeñada como siempre en demostrar hasta el límite mi satisfacción y su gratitud, la bondadosa y asustadiza señora de Molnar se deshace en elogios frente a aquella canastilla de boda verdaderamente magnífica, que extienden sobre el ancho lecho de la futura pareja, las blancas manos de Sofía D'Autremont.

Todo está listo, ya para aquella suntuosa boda, acontecimiento máximo en las tierras de los D'Autremont en toda la isla de la Martinica. Durante la última semana, los sirvientes no

se han dado reposo. Hasta los trabajos del campo se han suspendido para atender a los de arreglo y embellecimiento de la enorme finca, que luce ahora como nunca: pintada y decorada de nuevo, resembrados los jardines, renovados adornos, colgaduras, cortinajes, brillantes como espejo los pisos pulidos. Hasta los caminos que conducen allí han sido reparados. Todo el que es alguien en la Martinica asistirá a esa boda: desde el Gobernador, con fueros de padrino, hasta el Obispo, que será el encargado de bendecir la unión.

-¿No sería bueno ir guardando todo esto en el armario? -propone Catalina.

-Supongo que la doncella nueva puede hacerlo -observa Aimée.

-Claro que sí -corrobora Sofía-, Te he cedido a Ana, porque es magnífica: la mejor auxiliar que puedes tener para el cuidado de tu persona.

-Ha sido muy amable de su parte, doña Sofía, pero no era preciso. Ana era su doncella...

-Yo tengo a Yanina y con ella me basta. Ana te será más útil a ti. Quiero cuidar personalmente de todos los detalles de tu comodidad, quiero que seas feliz en esta casa, hija.

Aimée ha respondido sonriendo con vaga sonrisa. Cada día, cada hora que se acerca a aquella boda suntuosa, se va sintiendo más intranquila, con un sordo presentimiento de angustia, con una especie de violencia contenida para cuantos le rodean. Odia la actitud de su madre, la generosidad de Sofía, la solicitud de los sirvientes, el rostro pálido y helado de Mónica, cuyas manos se mueven en actitud febril tomando por ellas todas las iniciativas.

-Dejen ahí la ropa. Yo la pondré en el armario.

-No, Mónica, la arreglaré yo misma.

-Tú tienes que arreglarte para esperar a Renato. Ya va a ser la hora en que suele venir.

-Yo creo que tu hermana tiene razón, hijita -interviene suavemente Sofía-. Nosotras arreglaremos el armario. Ve a tu cuarto y ponte muy linda para cuando regrese mi hijo.

Aimée ha obedecido por río replicar violentamente a Sofía. Como una autómata abandona la alcoba que arreglan para ella, sale a la amplísima galería y. se detiene frente a la balaustrada para mirar a lo lejos aquellos tres picos del Cabet que dividen en dos la isla, encerrando a Campo Real en aquel valle que es como una poza profunda y florida. Y un ansia repentina de huir, de cruzar la barrerá de aquellos montes y asomarse al mar abierto y limpio que se ve desde arriba, la sacude con un anhelo de libertad, con un deseo violento de rebelarse contra la nueva vida que parece imponerle su destino. Y es el recuerdo, como saeta de fuego traspasando su alma...

-¡Aimée, mi vida! ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

-¿Eh? ¿Qué? Renato... tú...

-¿No me esperabas? ¿Te asusté?

-No te esperaba. Pero, ¿por qué había de asustarme? -replica Aimée, dominándose.

-Por nada, mi vida, pero pusiste una cara extraña. Por eso te lo pregunté. ¿En qué pensabas? Parecías angustiada y, por la expresión de tus ojos, hubiera podido jurar que tu pensamiento iba muy lejos. ¿Y sabes lo que sentí de repente? Celos...

-¡Pero qué loco eres, Renato! ¿Celos de quién? -refuta Aimée, pretendiendo aparecer alegre.

-No lo sé y espero no llegar nunca a concretar mis celos contigo,. Creo que sería un tormento superior a mis fuerzas. Junto a ti, viviendo el uno para el otro como ya vivimos, me basta verte como ahora, la mirada perdida, fruncido el ceño, para tener la absoluta necesidad de saber en seguida a dónde voló tu pensamiento.

-¿A dónde ha de volar, tirano mío? Se me hacen eternas las horas en que me dejas sola. ¿Dónde estabas? ¿Por qué te pasas tanto tiempo por ahí. Dios sabe dónde?

-Dios... y tú lo sabes también. Hoy crucé el desfiladero para ir a las tierras del otro lado, donde están las plantaciones de caña y el ingenio.

-Sí. Le oí hablar de eso a doña Sofía. Parece que es una obra de mucho mérito que ha emprendido Bautista. ¿No se llama Bautista el administrador de ustedes?

-Sí, desde luego. Bautista se llama. Pero no estoy de acuerdo con la forma en que se han

hecho las cosas.

-Tu madre dijo que eso estaba dejando dinero.

-Tal vez. Pero las condiciones de vida de esos infelices no son adecuadas. Duermen hacinados en unos barracones sin luz y sin aire, trabajan de seis a seis, con sólo media hora para comer, en este clima agotador. ¿Comprendes? Hay algunos enfermos, verdaderamente enfermos, y ni siquiera están aislados de los demás. Es preciso hacer viviendas nuevas, canalizar un arroyo... Pero te estoy aburriendo, ¿verdad?

-No -responde Aimée en tono indiferente-. Pero pensé que en estos días, tú no estarías ocupándote de nada de eso, sino de cumplir cuanto me has prometido. ¿Comenzaron ya las reparaciones en la casa de Saint-Pierre?

-No ha habido tiempo, pero la casa de Saint-Pierre será reparada.

-¿Cuándo? No estará a tiempo para que pasemos allí la luna de miel.

-No será sólo una luna de miel lo que tú y yo vivamos, Aimée, sino muchos años de felicidad. Ya verás. De momento, no podíamos desairar a mamá que mandó arreglar, especialmente para nosotros, el ala izquierda del edificio. ¿No te gusta nuestro departamento?

-Sí, desde luego. Al fin y al cabo, para veranear está bien. Porque, según me prometiste, donde viviremos es en Saint-Pierre. ¿O es que no-te acuerdas?

-Me acuerdo de todo, Aimée, y habrá tiempo para hablar de ello. Por el momento, si me lo permites, voy a saludar a mamá. Después he de hablar con Bautista. Es urgente, hay que resolver algo con esos enfermos. Hubiera querido hablarte de ellos, Aimée...

-No, por Dios. Era lo único que me faltaba. Pero ahí tienes a Mónica; por ahi viene... A ella puedes describirle todas las dolencias de tus cortadores de caña. Tiene la paciencia que se necesita para el caso. Yo te confieso que no la tengo. Cuando hayas agotado el tema, tomaremos juntos una taza de té.

-Aimée... -reprocha Renato, extrañado de la actitud despreocupada de su novia.

-Hasta luego -saluda Aimée, alejándose. Y a su hermana, que va llegando, le advierte-: Mónica, te habla Renato.

-¿Querías algo de mí, Renato? -pregunta Mónica.

-Según tu hermana, abusar de tu paciencia. Trataba de hablarle de una especie de epidemia que se ha presentado en el valle chico, donde están las plantaciones nuevas y el ingenio, pero no quiso escucharme. Le molestan los enfermos, y es natural. Entonces, esa linda muñeca traviesa, burlándose un poco de nosotros, me envió a molestarte a ti al ver que te acercabas.

-Pues si puedo servirte en algo, Renato, habla. A mí no me molesta. Al contrario. ..

-Sé que eres lo bastante bondadosa para escucharme: pero si Aimée no quiso hacerlo...

-Somos diferentes. Además, ella sólo piensa en su próxima boda, lo cual es natural, ¿no te parece?

-Si; naturalísimo. He sido inoportuno tratando de tocar con ella ese tema, pero te confieso que en estos asuntos me encuentro un poco solo. Mi madre no comparte mis ideas, está ciega con respecto a Bautista, cree cuanto él dice y aprueba cuanto él hace.'..

-Pero tú eres aquí el verdadero dueño, el amo, el que ha de disponer.

-Y así lo haré, aunque de momento prefiero hacerlo sin violencias para no disgustar a mi madre. He pensado en otro administrador para la hacienda; Mejor dicho, en repartir entre dos el trabajo de uno. Para hacer cuentas y calcular gastos y fletes, lo mismo que para los asuntos legales, he pensado en el doctor Noel: un hombre honrado a carta cabal, inteligente y bondadoso. Para estar en el campo, luchando con los trabajadores, necesito otro tipo de hombre: joven, enérgico, decidido, pero con ideas liberales, con generosidad para los que trabajan, con comprensión para los que sufren...

-¿Y tienes también candidato para ese puesto?

-Hay uno que pudiera serlo si quisiera, pero habría que conquistarlo. Se trata de un amigo de la infancia que creció áspero, díscolo como un gato montes. Además, es muy poco probable que acepte. Pienso ocuparme de eso más adelante.

-Pero antes dijiste que tenías un problema urgente.

-Si. Los enfermos. Sospecho que las condiciones sanitarias en que viven y trabajan son peor que malas. Hay una especie de epidemia entre los cortadores de caña y los trabajadores del ingenio. Quisiera, por lo menos, separarlos de los demás, prestarles un poco de asistencia médica. En fin, no sé, no sé. Pensé dejarlo todo para después de la boda, mas temo que el mal sé extienda demasiado.

-¿Quieres que me ocupe yo de eso? ¿Dónde es el asunto?

-Me parece excesivamente duro para ti, pues el lugar se halla a más de tres leguas y los caminos están endiablados por las últimas lluvias. No creo que un coche pueda pasar hasta allí. Yo he tenido que ir a caballo.

-Pues a caballo puedo ir yo también. ¿Quieres disponer uno para mí?

-Dispondré un caballo, un sirviente para que te acompañe y una orden escrita para que te obedezcan en todo cuanto ordenes -apoya Renato alegremente-. ¡Qué buena eres, Mónica! ¡Cómo te lo agradezco!

Ha estrechado sus manos, se ha alejado después con paso rápido y alegre, mientras Mónica sonríe,' saboreando la hiel de su martirio, clavándose más hondo la espina, que le hiere, como si apretase a su corazón las cuerdas de un silicio cruel, y susurra:

-Pasará todo el día junto a ella. Le dará, a todas horas, su amor y sus besos. Así será. ¡Así lo quiero...

9

MONICA SE HA detenido, pálida de angustia, frente al hueco, que es la puerta de aquel barracón enorme y fétido, cuyo vaho insoportable la obliga a detenerse. Apenas puede creer lo que sus ojos ven, tan rudo es el contraste que ofrecen el paisaje magnífico y el fondo sórdido de aquella vivienda miserable. Tal vez aquel que llaman pequeño valle sea más lindo y risueño que el hondo y perfumado que es centro de Campo Real. A un lado se agrupan los bosques de áloes, caobos y cedros; al otro, el pañuelo verde de la cana se pierde hasta donde la costa, cortada de repente, se rompe bruscamente para hundirse en el mar azul. Al frente, con sus paredes de ladrillos, su actividad febril y sus humeantes chimeneas, el pequeño ingenio primitivo que hace tintinear las monedas de oro en las repletas arcas de los D'Autremont.

Mónica ha hecho un esfuerzo para cruzar sobre aquel umbral, y apenas puede creer lo que sus ojos ven: el techo y las paredes son de palmas mal unidas; el suelo, de tierra; no hay más muebles que algunos cajones y banquetas rústicas; cuelgan de algunos postes hamacas destrozadas y mugrientas, y tirados sobre sucias esteras, peor que bestias, las largas filas de los trabajadores enfermos, sin luz, sin aire, sin un cántaro de agua fresca al alcance de su mano, sin una sombra de piedad humana que sea capaz de penetrar en aquel infierno...

-Señorita, ¿pero adonde va usted? Salga... salga, que se va a *sofoca.* Esto no lo aguanta *toa* la gente.

Un anciano de piel color carbón y encrespados cabellos casi blancos se ha acercado a ella, entre tímido y asustado. Se apoya en una especie de muleta rústica y arrastra con dificultad las hinchadas piernas, pero en su mirada tristísima, de humillado de siglos, hay una chispa de bondad ingenua que se ilumina contemplando la frágil belleza de aquella mujer que no retrocede.

-No vaya más *pa* dentro, señorita. Estas cosas no son *pa* ver esto. Aquí no puede entrar. Yo le contaré lo que pasa, allá afuera...

-¿Quién es usted?

-¿Quién he de ser? Saúl, el curandero.. Me llamaron para que los curara con mis yerbas, pero el mal no hay quién lo pare. Ayer había como cuarenta hombres enfermos, y hoy pasan de ochenta.

-Naturalmente, puesto que están junto con los sanos. Esto no puede ser, necesitan médico, medicinas, gente que los atienda, aire, espacio... Pero, ¿por qué están en este abando-

Librodot

no? ¿No tienen familia? ¿No hay una mujer que lo ayude a usted?

-A Vallecito vinieron los hombres "solos; las mujeres y los, muchachos están recogiendo Café en el otro lado. El señor administrador ha prohibido que vengan,, dice que hacen mucha falta por allá, y... "

-¿Qué es esto? -interrumpe Bautista, acercándose.

-¡El señor administrador! -se asusta el negro Saúl. Un silencio profundo se ha hecho repentinamente en el ancho barracón. Hasta los más enfermos han callado, conteniendo el aliento. Algunos' se han incorporado, otros han vuelto con esfuerzo la cabeza para mirar el duro rostro del capataz, que los recorre con una mirada de desprecio y de ira, para volverse luego impaciente a la importuna visitante y ordenar:

-¿Quiere hacerme el favor de salir de aquí, señorita De Molnar?

-No, Bautista. Vine para ver esto... y para tratar de remediarlo. Ya veo que es infinitamente peor de lo que pensé.

-¿Y cómo quiere usted que sea, si a estos haraganes les ha dado por fingirse enfermos? -masculla Bautista con ira. Después, alzando la voz, amenaza-: ¡Se les descontará el jornal a los que no trabajen! ¡Arriba, holgazanes!

Mónica ha palidecido aún más, ha recorrido con la mirada las largas filas de desdichados que apenas se agitan un momento bajo la ominosa voz del capataz. Algunos han hecho el ademán de incorporarse, para volver a caer. Cerca de la puerta hay uno inmóvil, con las manos cruzadas con los ojos abiertos, y en él se detiene con espanto la mirada de Ménica, para volver relampagueante de ira hacia Bautista, espetándole:

-¿Pretende usted que se levanten también los muertos? ¡Usted no tiene corazón ni conciencia!

-¡Me está usted insultando! ¡Basta, señorita! Salga usted de aquí... Aquí soy yo el que manda. No tiene usted derecho...

-¡Mire usted si esta orden, escrita por mano de Renato, sirve de algo! Aquí manda qué se me obedezca y no voy a quedarme con las manos cruzadas. ¡Lo que voy a ordenar es en nombre suyo!

-¡A mí no tiene nada que ordenarme!

-¡Pues a quien acá! Esta orden abarca a todo el personal del ingenio.

-¿Por qué no llama usted a los caporales, señorita? -insinúa el viejo negro.

-¿Quieres callarte, imbécil? -ordena Bautista, furibundo-. ¡Si vuelves a abrir la boca, te... ¡

-¡Haga el favor de reportarse, Bautista! -ataja Mónica con gesto severo.

-Haré algo más, señorita Molnar. Daré cuenta de esto al ama inmediatamente. Y-si ella sostiene las locuras de su hijo, no estaré ni una hora más en Campo Real.

-Si las cosas son de esa manera, creo que no le falta razón a Mónica.

-¿Pero es posible que la señora diga eso? -se encrespa Bautista, dominado por la sorpresa y la ira.

-¡Algún día tenía la señora que darse cuenta de los procedimientos de usted! -estalla Renato en un arrebato de furia.

-¡Pues en ese caso, estoy de más en Campo Real!

-¡Naturalmente! -acepta Renato.

-Cálmate, Bautista, y tú también, Renato. Te lo ruego...

-interviene Sofía en tono conciliador.

-¡La señorita Molnar me ha insultado, me ha desautorizado delante de más de cien hombres! -se queja Bautista-. ¡Tendré que hacerles apalear a todos si .quiero, que, de hoy en adelante, me respeten!

-Tendrás que callarte, y es lo mejor que puedes hacer

-aconseja Sofía con gesto severo-. Eres magnífico para nosotros, Bautista, ya lo sé... pero acaso extremas la dureza con los trabajadores, y a eso es a lo que mi hijo se refiere.

-A lo que yo me refiero... -empieza a decir Renato; pero su madre le interrumpe, para

suplicar:

-Te ruego que me dejes acabar sin enfurecerte, Renato. Estamos solamente a horas de tu boda... ¿Por qué no aplazar esta discusión para más adelante?

-Desde el día que llegué estoy aplazándola -protesta Renato.

-Si el señor Renato quiere que yo me vaya inmediatamente... -indica Bautista con hipócrita humildad.

-De ninguna manera-rechaza Sofía-. Te estimo demasiado para perderte, Bautista. Creo que muy bien podemos compaginar las cosas.

-¿No te das cuenta, mamá, de que Mónica ha sido demasiado buena, demasiado abnegada, aceptando realizar lo que yo debí hacer por mí mismo? ,

-Es cierto. Ha tenido un rasgo hermoso, que le agradezco profundamente. Me hubiera encantado que ese rasgo fuera de tu Aimée; pero, al fin y al cabo, es igual -acepta Sofía; y dirigiéndose a su sirviente, suplica-: Bautista, te ruego que obedezcas en todo a Mónica, en lo que se refiere a los enfermos.

-¡Pero ha ordenado una serie de locuras... ¡ Quiere que se fabrique para ellos un barracón aparte, con ventanas a lo largo de las paredes, camas con sábanas, mesitas de noche dónde poner el agua y las frutas dé que, según ella, deben alimentarse esos holgazanes, y también ha mandado a buscar un médico a Saint-Pierre y pretende que lo tengamos para siempre en Campo Real. -

-Es una idea que tengo yo desde hace tiempo -asegura Sofía.

-También pretende quitarme media docena de las mujeres que trabajan en las plantaciones para que cuiden de ellos, y ha hecho una lista de diez pliegos con las medicinas y las cosas que dice necesarias.

-Todo cuanto ha ordenado Mónica se cumplirá al pie de la letra. ¿No te parece bien, Renato?

Renato no responde. Cruzados los brazos, frío y duro el rostro, parece contenerse para no estallar con demasiada violencia. Sin aguardar la reapuesta, la señora D'Autremont se vuelve a Bautista:

-Hazme el favor de hacer cuanto he dicho, Bautista. ¡Ah! Y no olvides de presentar tus excusas a la señorita Molnar por haber sido descortés con ella. Es una orden y, además, un ruego.

-Como la señora ordene -accede Bautista deteniendo el freno y alejándose.

' -Bueno... -suspira Sofía-. Solucionado el lamentable incidente. ¿No te parece, hijo?

-No, madre. El mal está mucho más adentro, y más adentro he de llegar para curarlo. Sin embargo, tú misma lo dijiste antes: estamos sólo a horas de mi boda. Creo que, efectivamente, es preferible aceptar ese último plazo.

-Como tú quieras. No pienso interrumpir tu camino. Quiero sentirte y verte como amo y señor de Campo Real.

-Lo seré, madre. Ten la absoluta seguridad de que lo seré.

-En este momento iba a salir para las plantaciones, Mónica.

-¿De veras? Supongo que ya llegó por aquí Bautista.

-Sí. Llegó, habló con mi madre y perdió la primera escaramuza.

-¿Es posible, Renato? ¿Lograste...?

-Mi madre te da la razón y te agradece infinitamente lo que has hecho. Como cuando éramos adolescentes, me has dado la inspiración, la norma, me has marcado el camino de lo que hay que hacer. Ya sabía yo que, con tu ayuda, todo podría lograrse. Y lograremos la transformación absoluta, total... Sí, Mónica. Gracias a ti, el paraíso de los D'Autremont no tendrá ya rincones de infierno.

Sin que ella pueda evitarlo, Renato ha llevado a los labios las manos de Mónica, besándolas con gratitud, con ternura, con un entusiasmo juvenil e ingenuo que la estremece toda, haciendo retroceder vertiginosamente 'el tiempo hasta los días ya lejanos de la adolescencia en los que ella fuera, para él, hermana, amiga, guía y consejera... En- los que él

Librodot

fuera para ella el sueño sublime de un amor ideal. Sin embargo, bruscamente aparta las manos cuando la linda figura de Aimée aparece tras ellos, y acercándose comenta en son de broma algo picante:

-¿Qué es esto? Mi señor prometido parece sentir verdadero entusiasmo por mi hermana la abadesa...

-Ni siquiera soy monja, hermana. Todavía no... Desde luego, las dos seguiremos el camino que nos hemos trazado...

-Le daba las gracias a Mónica con todo el entusiasmo de mi corazón, Aimée -explica Renato-. Gracias a ella va a ser realidad la primera obra de humanidad y de justicia de cuantas deseo introducir en Campo Real. Pero no tenemos tiempo qué perder. He de vigilar que se cumplan en seguida todas las cosas que .has mandado, Mónica. Tú debes estar rendida y es conveniente que te tomes unas horas de reposo.

-No estoy rendida. Sería el colmo que tan pronto me cansara. En efecto, hay mucho qué hacer y no pienso darme un punto de reposo hasta que la mayor parte, al menos, se haya realizado. Quiero hablar con doña Sofía y volver inmediatamente a las plantaciones.

-Como quieras, Mónica. Y ahora, perdónenme las dos, pero tengo que irme. Hasta luego...

-Apenas has estado conmigo, Renato -se queja Aimée.

-Hay tiempo, Aimée. Hay mucho tiempo -asegura Renato, al tiempo que se aleja dejando solas a las dos hermanas.

-¡Imbécil! -masculla Aimée entre dientes.

-¡No! -reprueba Mónica como en un lamento.

-¡Si! Es un imbécil. Claro que tú estás bañándote en agua de rosas.

-En agua de espinas en todo caso, hermana. Quisiera pensar que eres sincera, que le amas lo bastante como para sentir celos. .

-¿Celos de ti? -rechaza Aimée con fingido desdén.

-Sería absurdo, desde luego. No te preocupes. Sólo tomo la parte que tú no quieres: fatigas, desvelos...

-Y toda la gratitud de Renato, claro está.

-Tú tienes todo su amor. No te quejes...

-No soy de las que se quejan, sino de las que se defienden. Mañana, cuando se haya casado conmigo, ya verás como todo es diferente.

-Es lo único que espero, lo único que deseo. Y ahora, con tu permiso... Vete a tus perfumes, a tus encajes y a tus sedas. Yo vuelvo a mis desdichas, a mis llagas y a mis enfermos. No vamos a tropezar más, hermana. Tenemos caminos bien diferentes.

-¡.Pasamos el banco! -exclama Juan del Diablo, alborozado. Y acto seguido, ordena-: ¡Arríen la vela del palo de mesanat ¡DOS hombres a babor, listos para achicar el agua... ¡

-¿Qué va a hacer, patrón? -se alarma el segundo de a bordo.

-¿No lo estás viendo? Virar a la izquierda.

-¡Pero nos vamos contra las piedras! ¡NO aguantamos, hay mucho viento...!

-¡Arriba la vela del trinquete! -grita Juan, haciendo caso omiso de la observación de su segundo-. ¡Arriba la mayor!

Un golpe de mar violentísimo ha azotado sobre el costado de babor, barriendo la cubierta, haciendo rodar, a su bárbaro empuje, a dos de los mojados marineros que como autómatas obedecen a la, voz de su capitán. En seguida, otro golpe sacude el barco, haciéndole tomar la posición que perdiera, y como un potro fogoso, a quien se le clavaran las espuelas, salta el *Luzbel* dejando a un lado los arrecifes para entrar triunfante e ileso en el abrigo que le prestan los farallones de la costa.

-Si no lo veo hacerlo, patrón, no lo creo.

-Pues ya lo has visto -observa Juan sin dar mayor importancia al asunto. Luego, alzando la voz, ordena-: ¡A tu puesto, timonel! ¡Arríen el foque! ¡Listos para lanzar el ancla! ¡Un bote preparado para tomar tierra!

-¿Ahora mismo? No puede ser:.. -refuta el segundo.
-¿Cuándo te olvidarás de decir eso? ¡Un bote para saltar a tierra!
-¿Con cuántos hombres para el remo, patrón?
-Conmigo basta...

20

-¡QUE LINDA ESTAS, hija... pero qué linda! Mírate un momento en el espejo... ,

Las blancas manos de Sofía acaban de prender la corona y el velo sobre los brillantes cabellos de azabache de Aimée de Molnar, mientras Catalina sonríe emocionada y las tres doncellas arreglan cuidadosamente los pliegues sobre la larguísima cola del traje de desposada.

-Ya puede sentirse feliz mi Renato... y orgullo el padrino que va a llevarte del brazo al altar.

-Aquí está tu rosario y tu pañuelo. Que Dios te bendiga, hija mía. ¡Qué linda estás... qué linda eres! -se entusiasma Catalina de Molnar.

El último alfiler de la cuidadosa *toilette* ha sido prendido, y las mujeres, que llenan la amplia alcoba, rodean a la novia entre comentarios y cuchicheos. No hay duda que Aimée está más, linda que nunca en estos momentos. Por rareza están pálidas sus mejillas siempre sonrosadas, y en el rostro color dé ámbar brillan, más ardientes y profundos, los grandes ojos negros. Tiembla la boca roja, trémula como un botón de rosa encarnada, y hay, a pesar suyo, un fulgor de profunda satisfacción en las pupilas cuando al mirarse en la luna de Venecia, que le devuelve su imagen, se halla a sí misma codiciable y bella. Saliendo de su momentánea abstracción, pregunta:

-¿Ya es la hora?

-Hace rato... pero déjalos que esperen -aconseja Sofía-. Hoy, aquí, la única persona verdaderamente importante eres tú, Aimée.

Esta ha sonreído, escuchando el murmullo elegante que llega hasta ella. Jamás la casa D'Autremont, ni en sus mejores tiempos, pareció más brillante que aquella noche. Como un ascua relucen sus mármoles, sus bronces, sus espejos, sus adornos de Sévres, sus vajillas de plata... Las flores desbordan en todos los floreros y forman un camino perfumado desde la escalinata de piedra hasta la pequeña iglesia blanca, a cuyos flancos se agrupan los trabajadores de Campo Real y de las fincas vecinas, los cocheros y lacayos de los caballeros que llegaron de Saint-Pierre, los campesinos de muchas leguas a la redonda... Dos filas de criados, sosteniendo en alto antorchas, iluminan el trecho», que una noche nublada hace profundamente oscuro. De pronto, Aimée se vuelve a la señora Molnar e indaga:

-¿Dónde está Mónica? -

-¿Mónica...? -balbucea Catalina-. Pues... pues no sé. Supongo que...

-Aquí la tienes -señala Sofía.

En efecto, Mónica se acerca, y es la única que no ha cambiado de aspecto: con su eterno traje negro de mangas largas y alto cuello, con sus rubios cabellos peinados con la misma sencillez de siempre, con el pálido y exquisito rostro sin afeites donde el cansancio dejó su huella, con sus grandes ojos a la vez puros y profundos, altivos y sinceros. Y dirigiéndose a Sofía, explica:

-El padrino está en la puerta esperando a Aimée. Y Renato le ruega a usted que ponga en sus manos esto.

-Ponlo tú misma, hija mía, no faltaba más. Sofía ha sonreído afectuosamente, observando, tal vez con el deseo de adivinar sus pensamientos, aquel bello rostro enigmático. Pero Mónica, sin vacilar, pone el blanco y perfumado ramo de novia en la mano de Aimée, al tiempo que indica:

-El último detalle, hermana. Ya no te queda sino ir hasta el altar.

-¿No me deseas buena suerte? -pregunta Aimée con un rumor de sorna en la voz.

-Con toda el alma, hermana -afirma Mónica con la mayor sinceridad.

Lentamente se acerca al altar la bellísima novia, apoyada la mano en el brazo del viejo Gobernador, que parece imponente bajo la bordada casaca de su uniforme de gran gala. La flor y nata de Saint-Pierre, de la isla entera, está en estos momentos bajo el techo de la iglesia de Campo Real, que brilla como una llamarada de oro bajo la luz de millares de velas. Junto a Renato, lánguida, y pálida bajo el severo traje negro, Sofía D'Autremont vive el minuto de emoción intensa que le da aquella boda, mientras los ojos de Renato, fijos en Aimée, la miran como si con ella se acercase toda la dicha del mundo.

-Aimée de Molnar y Bixet-Villiers, ¿quieres por esposo a Renato D'Autremont y Valois?

-Si quiero...

La mano del sacerdote se ha alzado para bendecir aquellas dos frentes -que. se inclinan junto al altar, y en el silencio de las respiraciones contenidas vibra la emoción de aquel minuto, tan distinta en los diversos corazones... Hay lágrimas en los ojos de Sofía y en los de Catalina; hay una sonrisa bondadosa, indulgente, de madurez, en los labios del hombre que representa la autoridad de Francia en la lejana isla tropical; hay una plenitud de dicha pura en las claras pupilas dé Renato; hay un extraño fulgor enigmático en los ojos de Aimée... y un poco apartada de los demás, junto a la puerta lateral del templo, las manos sobre el pecho, como si quisieran contener el latido desorbitado de aquel corazón que ahoga su dolor en silencio, Mónica asiste a la ceremonia, casi como ausente. Sus labios están resecos y febriles; sus ojos, envidriados de tristeza, no saben ya de llanto; sus rodillas se doblan suavemente, como si fuera mucho para ellas el frágil peso de su cuerpo; y el pensamiento; que se quema en sí mismo, que arde alumbrando y consumiéndose como las velas del altar, se reconcentra en dos palabras que son una oración:

-¡Dame fuerzas. Dios mío... dame valor y dame fuerzas... ¡ Ya brilla el aro de desposada en el dedo de Aimée, ya cayeron sobre la bandeja de plata las trece arras de-oro, ya la mano del sacerdote se alza de nuevo,, y sus labios van susurrando:

-Las casadas están sujetas a sus maridos como al Señor, por cuanto el hombre es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia. Vosotros, maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a su Iglesia y se sacrificó por ella, porque está escrito en el Segundo Libro del Génesis, Versículo 24: "Dejará el hombre a su padre y a *su* madre, y se juntará con su mujer y serán los dos una misma carne". Cada uno de vosotros, pues, ame a su mujer como a sí mismo, y la mujer obedezca y respete a su marido... Unidos para siempre quedáis, hijos míos, con el santo y fuerte lazo del matrimonio, más fuerte aún en los que, como vosotros, tenéis el deber de dar ejemplo. Que sea vuestro hogar el modelo para los que menos saben y menos tienen. Que sea vuestra vida espejo y norma de virtudes cristianas, de bondad y prudencia, y sean la paz y la felicidad en este mundo, y la salvación eterna en el otro, los premios que el Señor os otorgue. Amén.

Sin fuerzas para acercarse, Mónica ha escuchado los saludos, los parabienes; ha visto los abrazos, las manos que se estrechan, y ahora, transida de un dolor sin nombre, ve cruzar a Aimée, del brazo de Renato, por la estrecha senda de flores que lleva a las puertas de la iglesia, y les mira alejarse y perderse, como si toda la luz del mundo se apagara de un golpe, como si se abriese la tierra para tragarse toda la belleza de la vida, como si perdiera en un instante toda su razón de existir, y en voz baja, reza:

-Hágase, Señor, Tu voluntad, así en la tierra como en los cielos...

La luz deslumbradora y violenta del rayo cercano es lo único que alumbra la playuela desierta, los altos acantilados de rocas, el mar enfurecido, todo aquel imponente concierto de naturaleza salvaje y desencadenado, que hace sonreír a Juan del Diablo, como si con todo ello escuchase la vieja música terrible que envolvió su infancia: El Cabo del Diablo, el pedazo de costa más áspera de -todo el litoral, y aquella anónima playuela escondida, desconocida, casi

inaccesible, que es para él entrada exclusiva y secreta a la cercana ciudad de Saint-Pierre.

A una sola flexión de sus brazos de Hércules, ha metido el bote playa adentro, librándole de la posible furia del mar. Va a echar dentro los remos cuando algo se mueve bajo el banco, e indaga airado:

-¿Qué, es eso? ¿Quién está ahí?

-Soy yo, patrón...

-¡Rayo del infierno! ¿Y qué demonios viniste -a hacer? ¿Cómo te metiste ahí? ¿Por qué hiciste eso? ¡Contesta!

-Yo quería venir con usted, patrón... quería conocer a la ama nueva...

-Entrometido -pretende regañar Juan, pero su voz desdice su gesto-. ¿Quién te dio permiso de desobedecerme? ¿Y si se hubiera volcado el bote antes de llegar a tierra?

-Con usted no se vuelca. Y si se vuelca, yo sé nadar también. Me sé tirar desde lo más alto y llegar hasta el fondo buscando una moneda.

-Ya... Supongo que has tenido que buscar monedas hasta en el fondo del, infierno -acepta Juan. Y adoptando un gesto severo, rezonga-: Pero cuando yo doy una orden es para que se cumpla. Dije que bajaría solo y tú fuiste a esconderte en el bote. .

-Yo ya estaba aquí, patrón. Desde por la tarde me había metido para que me trajera. Yo quería venir con usted. Si necesita algo en tierra, ¿quién va a servirle, mi amo?

-Bueno, está bien. Colibrí. Ven, trepa por aquí... Vas a conocer la buena tierra de la Martinica, y vas a ver a la ama nueva...

Juan ha empezado a subir los acantilados con paso firme y rápido, y el pequeño Colibrí le sigue ton gran esfuerzo, hasta que de pronto advierte con entusiasmo:

-¡Allá hay luces, patrón!

-¡Quieto! No es allí donde vamos. Es más cerca... por este lado. La casa está a oscuras...

-¿Eso es una casa?

-Si, Colibrí. Esa es la casa de tu ama.

-Pero está durmiendo... -se desilusiona el muchacho.

-Tal vez duerme... y sueña con Juan del Diablo. ¡Pobre de ella si soñara con otro!

-¿Pobre de ella?

-Todavía no sabes de eso, Colibrí. Pero cuando un hombre quiere a una mujer, la quiere para él solo o no es un hombre. ¿Comprendes?

La mano ancha y recia se ha apoyado en la espalda del muchachuelo, zarandeándole en ruda caricia. Luego pasa sobre la redonda cabeza de cortísimos cabellos rizados, y le explica, orgulloso:

-Tu ama es la mujer más linda que has visto nunca, Colibrí.

-Usted me dijo un día que tenía los ojos como luceros...

-Como luceros sobre el mar le brillan los ojazos negros, y es toda ella... como una flor. Si, Colibrí: como una flor. de fuego....

-¿Ella no sabe que usted llegó? Usted dijo que le mandaba cartas con el pensamiento...

-¡Qué tonto eres! -ríe Juan verdaderamente divertido-. Pero ya te avispará ella. Son las mujeres las que, al fin y al cabo, lo avispan a uno, y las que le enseñan buenas maneras.., ¿No me ves a mí? Nunca pensé que una mujer me hiciera esperar al raso, hasta que amaneciera... pero quiero llegar como un caballero. ¿Tú sabes lo qué es un caballero. Colibrí?

-Sí, sé, patrón... Es un hombre que va a caballo...

-También es eso -ríe Juan a carcajadas-, y me has dado una idea. Si yo comprara un buen caballo, si nos presentáramos vestidos de otra manera, no con estos harapos mojados. .. Vamos a comprar ropa. Colibrí. -Una ráfaga huracanada, de viento y lluvia, hace maldecir .a Juan-: ¡Rayo del infierno! Vuelve a llover, y tú estás temblando. ¿Tienes frío?

-No, patrón. .

-¿Cómo que no, si das diente con diente? Vamos a la taberna del Sordo. No nos vendría mal algo qué mascar y algo qué beber. -Vacila un momento y exclama-: ¡Claro que no sé cómo me aguanto para no tocar esa puerta... 1

Ha dado un paso hacia la casa oscura y cerrada, se ha acercado a la ancha puerta del frente... Saltando como un picaflor. Colibrí va tras él, y advierte:

-La puerta está cerrada por fuera, patrón. Mire: un candado. ..

-Pues es cierto. Una argolla y una cadena con otra cerradura. .. Esto quiere decir que no hay nadie en la casa.

Con violenta ira repentina, ha sacudido aquella cadena que cruza entre argollas reforzando la vieja puerta, pero al violento tirón cede la podrida madera y la mano audaz empuja decidida. Juan del Diablo ha penetrado sin vacilar. Una amarga desilusión, una impaciencia irresistible, que es terrible sospecha, le impulsa. No se ha detenido para entrar como una tromba a través de las desiertas habitaciones, donde todo denota que aquella casa ha sido abandonada para un largo tiempo: las ventanas sin cortinas, las camas deshechas, las paredes sin cuadros ni imágenes... Como por instinto, se detiene en el centro de la que fuera alcoba de Aimée. Una fuerza extraña parece envolverlo, como si aún flotara en el ambiente algo de ella, como si la delatase el sutilísimo perfume que aún parece persistir, como si el espejo de luna verdosa guardase en su fondo, misteriosamente, aquella imagen que le obsesiona. Y, sin poderse contener, murmura:

-Aimée... Aimée... ¿Dónde estás, Aimée? :

Sin ella es como si, de repente, el mundo estuviese vacío: todo ha perdido su razón y su objeto. Le parece moverse en un mundo irreal, hasta, que la oscura figurilla de Colibrí se agita tras él, haciéndole volver a la realidad:

-¿No está aquí el ama, patrón? ¿Se fue de viaje?

-¿De viaje? ¿De viaje has dicho? -se alarma Juan, dominado por repentina ira-. ¿Adonde y por qué? ¿Por qué?

-¿Por qué no le pregunta a algún amigo, patrón? -insinúa tímidamente Colibrí-. ¿No tenía amigos el ama nueva?

-Mucho me temo que demasiados, pero no los conozco -ni sé nada de ellos.

-¿Y usted, patrón? ¿No tiene amigos?

-¿Yo? ¿Amigos yo? No, Colibrí, creo que no los tengo. Me temen o me atacan, me odian o me respetan, pero nadie es amigo de Juan del Diablo.

-Yo sí, patrón -afirma Colibrí, en un arranque infantil.

-¿Tú sí? Puede ser... Bueno, ven... Vámonos de aquí...

-¿Y qué va a hacer patrón?

-Buscarla,.. Buscarla y dar con ella donde quiera que esté.

-¡Aimée, mi vida... ¡

Aimée se ha estremecido, volviendo la cabeza vivamente. Está sola junto a la balaustrada de aquel ancho portal que rodea la casa, frente al departamento preparado especialmente para ellos en el ala izquierda. Ha llegado escapando del bullicio, todavía con el blanco traje de desposada, y aspira con ansia el aire fresco y húmedo de la noche lluviosa, mientras mira correr las nubes negras, despejando a trozos el transparente cielo tachonado de estrellas.

-No sabía dónde estabas -explica Renato-. Te he buscado por toda la casa...

-Escapé porque no soportaba ya tanto bullido y tanta gente.

-Pronto estaremos solos, mi vida.

-¿Pronto? ¡Quién sabe! Eso no depende de tu deseo. Si hubieras hecho las cosas como yo quería, habríamos tomado el caminó de Saint-Pierre inmediatamente después de la boda, y que se quedaran aquí de tiesta hasta el amanecer si querían. Pero con este sistema del tiempo de nuestros abuelos...

-Son sólo unas horas de paciencia, y han sido meses de adelanto en nuestra boda. Si hubiéramos hecho las cosas como tú querías, aún estaríamos esperando que acabasen de reparar la "casa de Saint-Pierre. No estaría yo a tu lado como estoy en estos momentos: con el dulce derecho de llamarte mía...

Ha querido besarla, pero ella esquiva el beso. Ahora que la boda se ha realizado, siente

una angustia extraña, algo muy parecido al miedo. Acaso teme la necesidad de dar a Renato una explicación desagradable. Acaso es más punzante el disgusto que desde hace días crece en ella. Acaso el hecho de sentirle cerca con todos los derechos de esposo, provoca en ella frialdad y despego; pero comprende que no puede menos, que disculparse:

-Me siento mal, Renato. Me duele la cabeza...' -Es natural, mi vida. Los nervios, el ruido, la obligación de saludar continuamente, de responder a todos, de sonreír a todos... Sin embargo, yo aun puedo decir, como decían nuestros abuelos: ¡Hoy es el día más feliz de mi vida! ¿No sientes tú lo mismo. Aimée? ¿No me respondes?

-Contestaré cuando se haya ido el último invitado.

-Algunos van a pasar aquí la noche. Por fortuna, los menos. Como amainó la lluvia, muchos se disponen a regresar, y si el Gobernador entre ellos. ¿Sabes que aproveché la ocasión de hablarle de alguien que me interesa mucho?

-¿A ti? ¿Quién?

-Un amigo a quien no conoces, pero en el que pienso como candidato á la administración de Campo Real. Tengo muchos proyectos y necesito tener a mi lado colaboradores capaces, que compartan mis ideas plenamente... -Vacila un momento al observar que Aimée no le presta atención, y casi se disculpa-: ¿No te interesa lo que digo?

-No es el tema del que desea oir hablar una mujer unas horas después de casarse. Pero como en ti los asuntos de la finca son una obsesión...

-Perdóname, pero -es algo tan ligado a nuestra vida... Campo Real, tú y yo, somos la misma cosa, para mí al menos. De nuestros sentimientos depende el bienestar de mucha gente, y nosotros también, en cierta forma, dependemos de ellos. Es la cadena de la vida, ahora más fuerte que nunca, porque teniéndote a mi lado, en mi Campo Real, el mundo para mí .se encierra en este valle... Aunque, no te asuste... Escaparemos de él siempre que quieras.

-Por mí gusto estaríamos bien lejos ahora y siempre.

-¿Siempre? ¿No te gusta la finca? ¿No sientes, como yo, que nuestro hogar está en ella?

-Mi hogar todavía no sé dónde está...

-¿De veras? ¿Es posible?

-Si te empeñas en obligarme a hablar...

-Pues sí. En cualquier caso, prefiero que seas sincera. ¿Qué te pasa, mi Aimée? No pensé encontrarte así en estos momentos. Hay en ti algo extraño, desconcertante... ¿Por qué, mi vida? |Te quiero tanto!

Se ha acercado más a ella, la ha tomado por el fino talle, atrayéndola a sí, y ella siente el impulso de rechazarlo, pero se contiene. Piensa que en el cercano salón dorado, lo mejor de Saint-Pierre celebra sus bodas. Piensa que es la señora D'Autremont, envidiada por todas las muchachas casaderas de la sociedad en que habita. Piensa que es de oro su cadena, y sonríe... sonríe ahogando la protesta de su alma y de su cuerpo:

-No me hagas mucho caso, Renato. Estoy cansada y nerviosa. .. Me gustaría tomar un poco de champaña...

-Desde luego... Aquí lo tiene.. Mira... ven...

La tía hecho cruzar el umbral del gabinete que precede a la alcoba. Sobre el bordado mantel de una pequeña mesa, hay golosinas en bandejas de plata: dulces, frutas, y un cubo de hielo del que emergen dos botellas de champaña. El propio Renato llena las copas, pone la de él en los labios de ella y murmura apasionado:

-Aimée... mi amor... mi esposa...

Han bebido, y las copas se llenan de nuevo una y otra vez, siendo vaciadas entre sonrisas y besos... Un último relámpago pone su pincelada lívida sobre el cristal de los espejos; luego, la luna asoma, pálida y fría, y Aimée comenta:

-Ya se fue la tormenta... .

-¡Te adoro, Aimée! -Renato ha vuelto a besarla, la ha alzado en brazos suavemente, y cruza con ella la cortina de raso de la dorada alcoba, mientras murmura sin poder dominar su pasión-: ¡Te quiero! ¡Te quiero!

-Pero tomemos más champaña, Renato -intenta eludir Aimée-. Mucho más champaña. Trae la otra botella.

-Colibrí, ¿dónde estabas?

-Ni me mire tan serio, patrón que le traigo buenas noticias. Fui hasta la casa del ama nueva...

-¿Y qué? ¿Qué? -Juan se ha puesto de pie empujando violentamente la banqueta que cae detrás de él. Es ya mediodía y pocos parroquianos quedan en la destartalada taberna del Sordo, muy cerca de los muelles y no demasiado lejana de la colina donde se alza la vieja casa de las Molnar-. ¿Acabarás de hablar?

-Ya va, mi amo, déjeme que respire, porque fui y vine corre que te corre... -Colibrí parece muy dichoso de poderle llevar a Juan del Diablo una buena nueva, tras la noche pasada junto a él en la sórdida taberna oyéndolo maldecir y viéndolo beber-. En la casa de enfrente había una muchacha barriendo la escalera y me dijo que la ama nueva... Bueno, ella no dijo así, dijo que la señora y las señoritas que vivían enfrente se habían ido a pasear al campo, y que ella no sabe cuándo van a volver, pero que seguro, seguro que vuelven...

-¿Dijo eso? Al campo por unos días... ¡Claro está! ¿Cómo no se me había ocurrido eso? Fueron al campo, sólo al campo.; Y yo que pensé... -se detiene un momento y pregunta-: ¿No sabe ella el lugar al que han ido?

-No, patrón. Dice que a nadie se lo dijeron, pero que ya otra vez se han ido y han vuelto.

Juan se ha acercado hasta la puerta de la taberna y el claro sol le baña por entero. Todo le parece ahora diferente: el cielo, las calles, las montañas cuyos picos se alzan allá lejos... Una bocanada de alegría le llena el pecho, una sacudida de alborozo le recorre de pies a cabeza, y afirma con resolución:

-Iremos a buscarla. Colibrí. No habrá palmo de tierra donde yo no la busque. Pero antes, me vestiré de caballero.

-¡Juan del Diablo! ¿Pero qué es esto? -se sorprende Pedro Noel.

-Me encuentra cambiado, ¿eh? -sonríe Juan.

-¡Caramba! Pareces otro... Pero, ¿qué haces aquí? ¿No te llegó mi recado? ¿No te dijeron de mi parte... ?

-Llegó el recado y justamente vine a agradecérselo. El *Luzbel* se cruzó con la goleta *Esperanza,* ya a la vista de estas costas, y el patrón se tomó la molestia de venir hasta mí en un bote para decirme lo que pasaba. Gracias por el aviso.

-Ya veo el mucho *caso* que has hecho de él. Por lo visto, no te importa parar en la cárcel. A menos que...

El viejo ha interrumpido sus palabras para mirar más detenidamente a Juan del Diablo, examinándole de pies a cabeza. Tanto le diferencia el cambio de indumentaria, que apenas da crédito a lo que ven sus ojos. Recién rasurado, bien cortado el pelo, la gallarda figura bajo un traje comprado al mejor sastre de Saint-Pierre, Juan del Diablo parece realmente un caballero. Sus anchas espaldas, su elevada estatura, su porte desenvuelto, traen a la mente del notario un recuerdo punzante: el de otro cuerpo robusto, el de otra figura altanera, el de otro paso altivo y firme. Porque vestido de esa manera, el rudo patrón del *Luzbel* se parece demasiado a Francisco D'Autremont. Tanto se parece que las piernas del buen viejo f laquean, obligándole a tomar asiento, mientras un sudor frío, le baña las sienes, y murmura:

-¡Es asombroso! ¡Igual, idéntico...!

-¿Idéntico a quién?

-A nadie -elude el notario-, A un fantasma...

-¡Caramba! -exclama Juan con jovialidad-. No me halaga demasiado el parecido, y tampoco me atrevo a creer que toda su emoción sea por miedo a que me metan preso. Le aseguro que no hay ningún motivo legal para hacerlo. He rozado la ley, pero no he ido abiertamente contra ella. Tengo argumentos con qué defenderme de cualquier acusación grave que se me haga. He tenido suerte, mucha suerte, en el último viaje. Y ahora, mi buen Noel, estoy decidido a cambiar de vida. ¿Le sorprende? Sigue mirándome como a un fantasma...

-¡Vas a cambiar de vida, Juan del Diablo!-se entusiasma Pedro Noel-¡Si, vas a cambiar de vida totalmente. Alguien va a ayudarte... Alguien que puede y debe hacerlo! ¡Y yo me encargaré de que lo haga inmediatamente!

El viejo notario ha hablado con voz emocionada, conmovido y trémulo, sintiendo que un noble anhelo de justicia se levanta en su pecho. Siente que es necesario, que no puede ser de otra manera, frente al porte gallardo de aquel Juan del Diablo que tanto se parece a Francisco D'Autremont. Sí, parece otro hombre el rudo patrón del *Luzbel* bajo sus ropas de caballero... Parece el que realmente es: el hijo a quien Francisco D'Autremont no pudo dar su ayuda, su amparo, su apoyo a través de la vida; el que fue desposeído de todo y empujado al abismo para que pereciera; demasiado fuerte para ser destruido, demasiado altanero para esperar nada de nadie en este momento en el que sonríe con burlona indulgencia al asegurar:

-Nadie tendrá que ayudarme, Noel. Pedir ayuda no entra en mis costumbres. No necesito de nadie. Cambiaré de vida a mis expensas. A decir verdad, he comenzado a cambiar ya. ¿Quiere asomarse a la ventana un momento? ¡Mire...!

El mismo ha abierto de par en par la cerrada ventana del despacho. En la estrecha callejuela aguarda un coche de dos asientos, nuevo, lustroso, reluciente, como también brillan los arneses del soberbio tronco que tira de él, fielmente guardado en este momento por la graciosa figura de aquel Colibrí de oscura piel y ojos refulgentes, ahora también vestido de pies a cabeza como un pequeño caballero.

' -¿Qué-es eso? -indaga Noel francamente extrañado. ,

-Mi carruaje y mi secretario particular -proclama Juan alegre y risueño-. No se asuste, que esto no es más que el comienzo. Vine a darle las gracias y algo más también. Mientras aguardo a mi novia que está ausente, he dado vueltas arriba y abajo por Saint-Pierre. Ya sé de lo que me acusan y por qué tenia usted miedo de que me prendieran. He hecho correr algunas monedas y creo que no me molestarán si alguien no pone especial empeño en revolver las cosas contra mí. Desembarqué en mi Cabo del Diablo, y por allí dejé escondida mi goleta. Me pareció más saludable que no vieran al *Luzbel* en la rada de Saint-Pierre...

-Es lo único razonable que has hecho.

-Todo cuanto he hecho es razonable. En lo alto de la peña existe una cabaña en ruinas. Nadie ha puesto la mano en ella.

Supongo que los vecinos de la aldea la consideran de mi propiedad.

-Mejor supón que a nadie le interesa ese maldito peñasco.

-¡Magnífico! Quiero tenerlo legalmente y comprar el poco de tierra que está tras él. Edificaré allí una casa sólida. Desde luego, para todo eso hacen falta papeles...

-¡Papeles y dinero!

-Yo traigo el dinero, pone usted los papeles, y en paz.

-Pero, Juan, entonces es cierto que has hecho fortuna...

-No en la fortuna de los D'Autremont -contesta Juan en tono burlón-: pero, vamos... traigo dinero para darle a una mujer cuanto ella quiera.

-Una mujer... y antes dijiste: "mi novia"... ¿Qué tratas de decirme?

-Quiero a la mujer más hermosa del mundo. Noel -manifiesta Juan con repentina pasión-. La quiero para mi solo. Usted verá cómo se arregla eso...

-No conozco más que una forma: el matrimonio. ¿No quieres casarte?

-¿Por qué no? Lo que sea. También hacen falta papeles, ¿verdad?

-Bueno... sí... Pero ya lo arreglaremos. En último caso, ¡qué demonios!, cualquier cosa se hace... -El viejo notario vacila un momento, y con cierta timidez insinúa-: ¿Te molestaría llamarte Noel?

-Muchas gracias... Es demasiado... -responde Juan comprendiendo el ofrecimiento del buen Noel. Y profundamente conmovido, rehúsa-: Agradezco, pero no acepto. ¿No puede arreglar esos papeles con mi nombre nada más? Me llaman Juan...

-Juan del Diablo... No creo que a tu esposa le agrade... Bueno, ya buscaremos la fórmula legal. El nombre casi es lo de menos, lo importante es que de veras has cambiado y ahora sí

veo clara la razón de ello. Quieres a una mujer, vas a hacerla tu esposa... Me arrodillaría para darle gracias a Dios, y hay otro que va a alegrarse muchísimo, pero muchísimo también. Otro a quien vamos a mandarle un aviso en seguida, porque se interesa por ti más de lo que tú piensas. Me refiero a Renato D'Autremont.

-Sí, ya sé -responde Juan, indiferente-. A él también quiero verlo. Tengo una cuenta pendiente y le quiero pagar hasta el último centavo.

-¿Estás loco? ¡Vas a ofenderle si lo intentas!

-¿Por qué? Me hizo un favor; se lo agradezco. Me dio un dinero, o lo gastó por mí; se lo devuelvo. Todo eso es correcto en el nuevo mundo en que voy a vivir.

-Bueno, bueno... de eso también hablaremos más tarde. Por el momento, voy a tomar nota de todo lo que quieres, y a ver por dónde empezamos. ¿Dices que tu novia está ausente?" ¿Dónde?

-Eso lo tengo que averiguar. Según los vecinos, fue al campo unos días. El rumbo no lo saben, pero buscaré hasta dar con ella. Tal vez en eso pueda usted también ayudarme...

-Desde luego. En todo lo que quieras; pero espérame un momento...

Se ha "alejado unos pasos, rebusca en el armario repleto de papeles, mientras Juan, impaciente, da vueltas al viejo escritorio. Sobre él, sujeta con un pisapapeles, hay una cartulina por donde sus ojos resbalan, primero descuidadamente, se fijan después con interés, y empieza a leer:

"Sofía Valois de D'Autremont tiene el honor de participar a usted el matrimonio de su hijo Renato..."

-¡Ah, si! Es cierto -exclama Noel, acercándose-. Iba a hablarte de eso. Por unos días, más vale que dejemos en paz a Renato, pero luego.:.

"... con la señorita Aimée de Molnar" -termina de leer Juan, sin prestar atención a las palabras del notario. Y de pronto, un ronco grito brota de su pecho-:

-¡Aimée! ¡Aimée!

-¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? -se alarma Noel.

-Aimée de Molnar! ¡Aquí dice Aimée de Molnar! -estalla Juan ya fuera de sí-. ¡No puede ser! ¡Aimée de Molnar es la prometida de.. .!

-No su prometida; su esposa. Se casaron ayer -rectifica Noel completamente desconcertado.

-¡Mentira! -se enfurece Juan-. ¡Mentira! ¡Aimée casada con Renato! ¡Ella su esposa, su mujer... ¡ ¿Dónde? ¿Dónde están?

-¿Te has vuelto loco? -reprocha el notario, francamente espantado-. ¿Dónde han de estar más que en Campo Real? Pero, ¿qué es esto?

Juan ha zarandeado entre sus duras manos al notario, blanco de espanto, que apenas acierta a comprender. Le ha apretado como si fuera a estrangularle, soltándole después con violencia, mientras exclama:

-¡Canalla! ¡Maldito! ¡Y ella... ella...!

-Juan ¿qué pasa?

-¡Con su vida y su sangre pagará ella también! . Inútilmente, el notario ha corrido tras él. Juan marcha ya como un ciclón, como una tromba a quien nada detiene. De un salto está sobre su coche, tomando las riendas, empuñando con ademán feroz el látigo, mientras el espantado Colibrí apenas acierta a saltar tras él...

21

-¿COMO? ¿VAS A dejarme, Renato?

-Sólo por una hora, mi vida. Mónica no puede hacerlo todo ella sola. Es justo que yo llegue hasta allá para prestarle un poco de ayuda.

-¿Qué? ¿Vas a ir hasta el otro valle? ¿Y a eso le llamas estar una hora fuera? Sólo para llegar allí gástalas una hora, y otra para volver.

-Y unos minutos en echar un vistazo.

-Ya será, por lo menos, otra hora también. Total: tres horas sin verte, tres horas aquí abandonada.

-Abandonada... ¡qué terrible palabra! -se burla Renato •con ternura-. Abandonada en una casa en donde están tu mamá y la mía, donde hay un verdadero ejército de criados esperando tus órdenes para satisfacer tus menores caprichos.

-No me interesan... no me interesa, nadie más que tú.

-Entonces, vida mía, aguárdame. Te prometo tardar lo menos posible. Mira, en la biblioteca hay libros excelentes, además de las últimas revistas de Francia. También puedes practicar un poco tu piano o dormir un rato. Es una dulce hora para la siesta. Además, hay unas labores dé aguja...

-No quiero hacer nada. Te aguardaré furiosa y aburrida, ya lo Sabes. Vete... vete ya que no tiene remedio, pero no tardes demasiado. ,

Aimée ha echado los brazos al cuello de Renato, besándolo mientras él sonríe. El juego del amor no es difícil para su alma flexible y astuta. Lo jugaba a diario entre petimetres que formaban su corte en Saint-Pierre... tiene un íntimo y femenino goce al comprobar el efecto de sus mimos, de sus sonrisas, de sus besos, de aquellos gestos largamente estudiados que le han dado el fácil dominio sobre los sentidos del hombre. Renato le ha besado las manos antes de cruzar con paso rápido la ancha galería. Cuando su figura ha desaparecido, Aimée se deja caer, con gesto de fastidio, en el diván de raso, se hunde en los almohadones y entrecierra los párpados...

Con esfuerzo, brutalmente hostigados por el látigo que implacable empuña Juan, los robustos caballos que arrastran el liviano coche de dos asientos galopan cuesta arriba salvando el camino escarpado que deja atrás la costa. Con firme mano guía los dos caballos que, en lo alto ya de la primera loma, le dejan divisar aquel pequeño valle donde se extienden los cañaverales, donde se alza el primitivo ingenio de ladrillo, donde, amazona en el corcel que Sofía obsequiara a Aimée como uno de los regalos de boda, Mónica de Molnar aparece de pronto, atravesándose en el camino.

-Cuidado, mi amo -advierte Colibrí.

-¡Malhaya.. .! -maldice Juan frenando bruscamente a los poderosos caballos que relinchan y patalean sudorosos,

-¡La mató... la mató, mi amo! -exclama espantado el negro muchachuelo.

De un salto, Juan está junto a la mujer que ha rodado sobre el polvo del camino, pero que ya se alza sin esperar su ayuda para enfrentársele con más cólera que susto:

-¡Salvaje! ¡Es usted un salvaje!

-¡Santa Mónica...!

-¡Juan del Diablo...!

Ella ha retrocedido al reconocerle, mientras las pupilas de él se agrandan de sorpresa. Un momento quedan los dos desconcertados, como si no pudiesen dar crédito a sus sentidos, como si la mutua transformación les maravillara al mismo tiempo...

-¡Usted... Usted...! ¿Pero es usted? -exclama Mónica realmente asombrada.

-Yo, sí... Yo...

Juan ha dado un paso hacia ella, mirándola intensamente, mientras en su corazón aletea un rayo de esperanza... Aquella espléndida mujer, ahora vestida con ropas civiles; aquella inesperada presencia, en las tierras de los D'Autremont, de la que él no puede imaginar más que en su lejano convento; aquella aparición atravesándose en su camino, ¿no puede acaso significar que las cosas no son de la manera que él piensa?

-Molnar... Molnar... Usted es Molnar también! ¿O es la señora D'Autremont?

-¿Yo? ¿Está loco?

-¿No es usted la que se ha casado con Renato D'Autremont?-¿No es usted? Entonces, es Aimée, ¡ Aimée... ¡

Ha ido hacia Mónica, pero ella retrocede más, y hay en sus ojos una expresión de espanto. Comprende, adivina más que comprender; es demasiado elocuente la expresión de aquel rostro viril, de aquellos labios que tiemblan, de aquellos ojos que relampaguean, de aquellas duras manos que se alzan tomándola por los brazos bruscamente, y de las que ella se desprende altiva y violenta, ordenando:

-¡Suélteme! ¿Cómo se atreve?

-¿Y cómo se ha atrevido ella a hacerme esto? ¡A mi! ¡A mí!

-¿Y quién es usted? No entiendo nada...

-Sí entiende. En sus ojos veo que sí entiende... ¡Ella no podía casarse con otro, y usted lo sabe perfectamente! ¡No podía, y le costará la vida haberlo hecho!

-¡Quieto! ¿Es que ha perdido la razón?

Ahora es ella quien le sujeta, quien audazmente se interpone, deteniéndolo cuando él va ya hacia el coche cuyas riendas sujetan las oscuras y temblorosas manos de Colibrí. Ella es quien lo ha visto todo en un momento, como si el resplandor vivísimo de un rayo hiriese sus pupilas, deslumhrándola al mismo tiempo que le muestra un impensado panorama de horror...

-¿Dónde va?

-¿Dónde he de ir sino a buscarla? ¡Donde esté, donde se halle, tengo que dar con ella!

-¡Está junto a su esposo!

-¿Y qué? ¿Piensa que voy a detenerme porque ese imbécil, ese monigote, ese mequetrefe...?

-¡Cállese, o soy capaz de abofetearlo! ¡Usted es el imbécil, el monigote, el mequetrefe!

-¿Quiere que empiece por apretarle a usted el pescuezo? -se enfurece Juan.

-¡Hágalo si se atreve a tanto!

-¿Que si me atrevo...? ¿Pero de veras quiere hacerme cometer un disparate? ¡Suélteme, quítese de en medio!

-¡No voy a soltarlo hasta que me oiga! ¿Con qué derecho va usted a llegar hasta Aimée?

-¿Cómo? ¿Con qué derecho? ¿Es que no sabe quién soy, quién he sido para ella? ¿Es que no sabe lo que he hecho para poder venir a cumplirle la palabra empeñada? ¿Es que no le contó ella que era conmigo, con Juan del Diablo, con quien tenía que unirse para siempre? "

-¡Con Juan del Diablo...!

-¡Juan del Diablo, sí, Juan del Diablo! ¡Ese soy yo! Y si le molesta mi nombre, lo siento, pero Juan del Diablo soy y he de ser, y Juan del Diablo va a pedirle a su hermana de usted cuentas muy estrechas.. . tan estrechas como su cuello cuando estas manos dejen de apretarlo y lo suelten para que Renato recoja lo único que voy a dejar de ella: ¡el maldito cadáver!

-¡No! ¡Imposible!

Mónica ha estado a punto de caer desfallecida bajo la oleada de horror que le producen la mirada y el gesto de aquel hombre fiero, pero se repone bruscamente cuando las manazas de él la aprietan, a la vez zarandeándola y sosteniéndola.

-No se desmaye todavía. Santa Mónica -¡Espere a verlo! -aconseja Juan con feroz sarcasmo.

-Usted no lo hará, porque a Renato D'Autremont...

-¡A ése lo parto en cuatro, por traidor, por imbécil!

-¡Renato no sabe nada! Ni siquiera sabe que usted existe...

-¿Que no sabe que existo?

-Nadie sabe que usted existe en la vida de Aimée. ¡Yo misma lo ignoraba!

-¡Mentira! Usted y yo ya nos habíamos visto las caras...

-¿Y qué? ¿Podía yo suponer que un sucio marinero era-el amante de mi hermana?

-¡Pues debía suponerlo!

-Efectivamente. Ahora tiene usted razón -acepta Mónica con amargura-. Conociéndola, debí suponerlo. ¡Qué baja y qué despreciable!

-¿Por quererme...?

-¡Sí! Por todo cuanto ha hecho, y también por eso. ¡Por querer a un bárbaro como usted!

Mónica ha retrocedido, tambaleante, al borde del camino, hasta que el tronco de un árbol la detiene y ahí queda inmóvil, Jadeante, como sin fuerzas, mientras sin aprovechar el instante de seguir su camino, Juan da unos pasos para acercarse a ella, un tanto mitigada su cólera, como si un sentimiento nuevo le bullera dentro con punzante fuerza niveladora, y murmura:

Entonces, Aimée nos ha engañado a todos...

-Exactamente -confirma Mónica con voz ahogada-. Nos ha engañado a todos, se ha burlado de todos, ha pisoteado nuestros sentimientos. Todos tendremos derecho de pedirle cuentas de la misma manera que usted quiere hacerlo, y Renato D'Autremont más que usted, ¡cien veces' más que usted!

Juan ha apretado los puños, ha alzado la cabeza altanera, ha mirado a uno y otro lado toda la tierra que Sus ojos abarcan: a la derecha, cerca, el valle pequeño que termina en el mar, los cañaverales, el ingenio, los acantilados, el mar bravío; a la izquierda, lejano, ya envuelto entre la bruma 'azul de la tarde, Campo Real, el valle florido, dulce y fértil, en cuyo fondo se levanta el palacio anacrónico que es reino de los D'Autremont. Y como en un lamento, se rebela:

-Renato D'Autremont... Todo lo tuvo, todo lo tiene desde niño, todo está en sus manos... Pero no era bastante, no era suficiente... Tenía también que quitármela, tenía que arrebatármela a ella, lo primero mío que yo quise tener. ¡Maldito sea!

Largo rato ha permanecido inmóvil Juan del Diablo, cerrados los puños, apretados los dientes, tan amarga la expresión, tan doloroso el gesto, que Mónica de Molnar le contempla desconcertada. Sólo ahora nota la gran transformación habida en él; sólo ahora le mira de pies a cabeza, desde las altas botas de charol brillante hasta la bien cortada chaqueta que ciñe impecable su cuerpo airoso y recio. Ahora es cuando nota con extrañeza la blanca camisa de hilo bordado, la botonadura de oro que la cierra, los cabellos cortados de otro modo, las mejillas pulcramente afeitadas, y aquella expresión desconcertante, de dolor noble y hondo, que borra un momento la fiereza de sus ardientes ojos italianos. Le ve distinto, joven y atractivo, fuerte y hermoso, y la voz sale para él como para un ser humano:

-Juan, ¿quiere usted que hablemos?

-¿De qué? No vine para hablar... vine para proceder... vine para vengarme. Es lo único que me queda ya por hacer: vengarme, y vengarme con estas manos. ¡Matarla a golpes, como una ramera! ¡Y matarlo también a él!

-¿Está loco? ¿Qué mal le ha hecho él? ¿Qué mal consciente, voluntario, le ha hecho Renato D'Autremont?

-¿Consciente y voluntario? No sé.... tal vez ninguno... ¡Con vivir, con nacer, ya me hizo todo el daño!

-¿Con vivir? ¿Con nacer? Ahora sí no lo entiendo -se sorprende Mónica.

-Naturalmente. ¡Qué va usted a entenderme! Acaso tampoco él pueda entenderme...

-¿Por qué le odia entonces? ¿Por qué le maldice?

-¿Y usted por qué le defiende con tanto empeño? Usted es hermana de ella; pero él, su cuñado, ¿qué puede importarle?

-No es sólo él -esquiva Mónica angustiada-; Es todo, son todos... Mi pobre madre, una anciana tímida, buena, débil... Cuanto haga usted contra Aimée, será contra ella, porque una madre... una madre... ¿Recuerda usted a su madre, Juan del Diablo?

-No, Mónica -niega Juan con amargo sarcasmo en la voz-. No la recuerdo. Y si la recordara, sería para odiar más el nombre D'Autremont, para maldecirlo, para aborrecerlo, pa-

ra querer borrarlo con sangre. Sí... ¡Para borrarlo con sangre de la faz de la tierra!

Con amargura inmensa ha hablado Juan del Diablo; con infinito asombro, Mónica le escucha y le contempla. Es alguien muy distinto, sí, es otro" totalmente: un hombre que en nada se parece al insolente marinero que discutiera, con ella en los alrededores de su casa de Saint-Pierre. Hay algo noble y digno en su 'dolor y en su cólera; algo recto, limpio y certero aun en su odio, aun en sus maldiciones, como si tuviese demasiada razón para odiar y maldecir, como si fuese 'demasiado justo aquel duro y amargo gesto rebelde con que se enfrente al mundo entero. Y a pesar de sí misma, Mónica de Molnar le admira... y le teme. El enigma que encierra se le clava en una interrogación que es casi una disculpa:

-En realidad, no sé nada de usted...

-Ni usted ni nadie; pero es igual, puesto que a nadie le interesa. ¡A nadie! Pensé que le' importaba a una mujer, pensé que una mujer me amaba, ¡y no era cierto! Fui sólo su mofa, su juguete, alguien de quien reírse mientras llegaba la hora de la boda. Pues bien, ahora no reirá ella sola, ahora reiremos todos y yo seré el último en reír, ¡y el que ría con más gusto!

.-¿Pero es que no puede pensar más que en ella? La señora D'Autremont está enferma...

-¡La señora D'Autremont! -estalla Juan rabioso-. ¡Oh, santa señora D'Autremont! ¿Todavía enferma? ¿Aun no se muere? ¿Piensa vivir cien años, mientras revientan los demás en tomo de ella?

-¡Juan... Juan! -reprocha Mónica.

-¡Basta ya. Santa Mónica, hemos hablado de más!

-No; porque no me ha escuchado usted. No conozco su vida, no sé su historia, ignoro qué motivos de rencor pueda usted guardar para los D'Autremont, pero, fuere lo que fuere, sé que Renato es inocente...

-Inocente, inocente... ¿y qué? ¿Acaso sólo carga uno con sus culpas? ¿No basta un nombre para ser bien o mal nacido? ¿No se heredan con él honores y riquezas? ¿No se heredan baldones y dolores? Pero no es eso, no es eso... ¿qué importa el pasado, después de todo?

-¿Y qué puede ganar con dar un escándalo como el que pretende?

-No pretendo ganar hada: me conformo con que todos pierdan, con pisotearlo todo con mancharlo todo...

-¿No ha pensado jamás en vengarse con más nobleza? Al fin y al cabo, ¿cuáles son los agravios de usted? Una mujer fue suya... lo fue porque quiso, sin condición, sin cálculo... Supongo que fue sin cálculo...

-Claro... el cálculo lo hizo después, el negocio lo hizo con la boda...

-Pero de eso no es usted el que tiene derecho a vengarse. Es él, es Renato D'Autremont. Lo único que usted puede .hacer es decírselo, delatarla, jactarse de algo que un hombre debe callar siempre... Echar a los cuatro vientos la lista de los favores que una mujer le otorgó, pensando que, por lo menos, era usted lo bastante hombre para callar...

-¡Basta, basta... no me enrede!

-No estoy diciendo más que la verdad. Y usted sería el último de los canallas, delatándola públicamente.

-Calle, calle, logrará trastornarme por completo...

-Lograré llegar a su corazón, lograré hacerle comprender. 'No es usted el vejado ni el ofendido.

-Soy el burlado porque había puesto la vida en ella. Fui un loco, un imbécil; pero ahora, ¡cómo la desprecio!

-¡Eso es lo único que debe usted hacer! -aconseja Mónica tomándole la palabra-. ¿Qué mejor venganza que su desprecio, su gran desprecio? Si ella le engañó, si le mintió, si fue con usted desleal y embustera, piense que, al menos, tuvo la suerte de conocerla a tiempo. El mundo es grande, hay en él millones de mujeres... ¿por qué destrozar su vida por ella, si usted sabe ya que no vale la pena? ¿Por qué hacer tanto mal a los que son inocentes, "y hacérselo a usted mismo? ¿Qué le espera después de vengarse? La venganza no es más que un minuto y,

¿qué va a quedarle después de ella?

Juan del Diablo ha quedado inmóvil y pensativo. Una a una, cual flechas certeras, las palabras de Mónica se le han clavado corazón adentro. De pronto, la mira como si la viese por vez primera, vacila como bajo el hechizo de una sugestión, y murmura lentamente:

-En efecto... hay muchas mujeres. Supongo que todas son como ella: embusteras e hipócritas. Aunque, a decir verdad, usted no lo parece. Pero...

-¡Jesús! -le interrumpe Mónica, azorada al oír el galope de un caballo que se acerca-. Es Renato... es Renato el que llega. Por piedad, no le hable, no le diga... Le ruego, le suplico, le imploro por Dios que está en los cielos...

-No creo en nada ni en nadie. Santa Mónica.

-Por usted mismo, Juan, por su propia conciencia -ruega Mónica en voz baja-. Llorando le suplico...

Juan ha clavado en Mónica una mirada intensa, mirada interrogadora y extraña. Un me ciento parecen suavizarse sus ojos soberbios. Luego sonríe con amargo sarcasmo y, también en voz baja, murmura:

-Ahí está el hombre más dichoso de la tierra...

-Mónica, ¿que ha pasado? Me crucé en el camino con tu caballo suelto... -empieza a decir Renato, que se acerca alarmado. Mas de pronto, se sorprende al reconocer al acompañante de Mónica y, con sincera alegría, exclama-: Juan... Juan.. . Esto sí que es fantástico. Creo que te envía el cielo, Juan...

Ha ido hacia él con los brazos abiertos, le ha estrechado con gesto tan espontáneo, tan fraternal, tan sincero y abierto, que Juan del Diablo no acierta a rechazarle. Se ha dejado abrazar correspondiendo con un torpe gesto, volviendo luego la cabeza para mirar de frente, pleno de amargo sarcasmo, el pálido rostro de Mónica, y habla al fin, totalmente sereno:

-¿Tú crees que es el cielo? Pues Santa Mónica no comparte tu opinión. Por poco tenemos un accidente. La atropello cuando atravesaba el camino, y es un milagro que no haya sufrido ningún daño. Por supuesto, ni a ella ni al animal les ha ocurrido nada. Le estaba -presentando mis excusas en este momento.

-¿Santa Mónica dijiste? -se extraña Renato.

-Es una broma... una broma de mal gusto, naturalmente, como todo lo mío. Pero la señorita Molnar me perdona. Más pesada broma fue echarle encima el coche, pero no lo hice de intento.

-¿Se conocían ustedes?

-Poca cosa, pero algo. ¿Verdad, señorita Molnar?

-Efectivamente -corrobora Mónica, vacilando-. Nuestra casa en Saint-Pierre está muy cerca de la playa. El señor Juan...

-Del Diablo -completa Juan.

-El señor Juan... de Dios... -rectifica Mónica- desembarcaba con frecuencia junto a los farallones de la costa y pasaba por casa. Alguna vez hablamos... De eso nos conocemos.

-Una forma bastante rara y sorprendente -comenta Renato.

-En la vida hay muchas sorpresas -indica Mónica-. También lo ha sido para mí comprobar que ustedes se conocen de antes, que son amigos...

-Amigos de la infancia -recalca Renato con satisfacción-. Pero tienes mala cara, Mónica, estás muy pálida. ¿Te asustaste mucho con el choque? ¿No te sientes bien?

-Claro está que no se siente bien -interviene Juan dominando la situación-. Pero, por fortuna, la casa está cerca. Si me lo permite, la llevaré hasta allí en el coche. Vamos, suba usted.

La ha alzado en brazos bruscamente, colocándola en el asiento. Ha empuñado el látigo y las riendas, y mientras Renato va hacia su caballo, la observa de nuevo con una mirada intensa.

-¡Gracias... gracias! -susurra Mónica en un hilo de voz.

-Todavía no me las dé. Tal vez he hallado, como usted me sugirió, una forma distinta de

vengarme, un modo más fino, ¡y más cruel!

-Renato, hijo, ¿qué ha pasado? -interroga Sofía-. El caballo que montaba Mónica llegó suelto...

-Mi caballo, Renato... mi precioso caballo llegó todo estropeado, arañado, lleno de tierra, con un estribo roto.. . -se queja Aimée.

, -Ya lo sé. Me crucé con él en el camino, y apuré alarmado yo también;, pero, por fortuna, Mónica no ha sufrido ningún daño. Estará aquí dentro de un momento. Viene en aquel coche al que yo me adelanté justamente para tranquilizarlas si se habían alarmado.

-¿En aquel coche? -pregunta Aimée.

-Que la atropello al cruzar el camino -concluye Renato-. Por suerte, a Mónica no le ha ocurrido nada; y el culpable del accidente solicitó el honor de traerla él mismo.

-¿El culpable del accidente...? -se extraña Sofía.

-Para el que, desde luego, te pido indulgencia, mamá.

-Si atropello a Mónica por torpeza...

-No sólo por el atropello, mamá, sino por otras cosas. En una palabra, también me adelanté para eso. Sé que no es santo de tu devoción, pero te suplico, te ruego que le trates con indulgencia, que lo soportes, que ya después hablaremos de él...

-¿Pero quién es? -se alarma vivamente Sofía.

-Un réprobo que confío pueda arrepentirse. Un loco a quien sueño con hacer sentar la cabeza. Un pecador a quién anhelo redimir desde hace mucho tiempo...

-¿Acabarás de decir el nombre, hijo? -apremia Sofía, ya alarmada en grado sumo.

-Yo también estoy en ascuas, Renato -asegura Aimée-. ¿Quién puede ser todo eso?

-Juan... del Diablo... Justamente, aquí lo tienen ustedes, ..

Renato ha ido hacia la escalinata de piedra, frente a la que ya se detiene el cochecillo de dos asientos donde Juan llega trayendo a Mónica. Colibrí, acurrucado en el estribo, salta a tierra para dejar espacio, mientras trémula de ira y desconcierto da Sofía unos pasos detrás de su hijo. Por fortuna para ella, nadie ha mirado a Aimée, que se agarra al respaldo del sillón para no caer, para no desplomarse, aunque se doblan sus rodillas, aunque su vista se nubla... Un instante ve que todo gira a su alrededor: rostros y paisajes... y ahogando el grito que va a escapar de sus labios, cae, hundiéndose en la inconsciencia...

-¡Aimée... Aimée... ¡ ¿Qué es esto? -se alarma Renato.

-Un desmayo... estaba muy nerviosa -explica Sofía-. Llama, hijo, llama a las doncellas.

Juan ha bajado del coche lentamente. Desde lejos ha visto a Aimée; la ha visto tambalearse y caer; ha visto que todos corren acudiendo a ella; ha dejado pasar a Mónica, que se dirige hada su hermana...

-¡Pronto! ¡Que corran por el médico! -ordena Sofía con autoridad-. Ha perdido el pulso; está helada...

-Ella padece estos accidentes -explica Mónica-, Pero no es nada. Necesita reposo y silencio. Por favor, Renato, llévala a su alcoba...

-La mía está más cerca... Vamos..', pronto... -ofrece Sofía, alejándose junto con Renato, que carga el cuerpo inanimado de su esposa.

-Juan, váyase ahora.;. Aléjese en este momento -suplica Mónica transida de angustia.

-No se preocupe... Esperaré. Vaya con ellos... Esperaremos. -Ha vuelto la cabeza para mirar al muchachuelo negro, de. pie junto a él, los grandes ojos espantados, y le sonríe con sonrisa de hiél-. Vaya tranquila. Santa Mónica, mi secretario y yo esperaremos...

Bajo el dintel de la puerta que da a la galería, Sofía D'Autremont se ha detenido, apoyándose en el brazo de su hijo, y ambos contemplan un momento la figura arrogante que ha permanecido inmóvil junto a la escalinata de piedra. Un momento, Sofía D'Autremont ha sacudido la cabeza como espantando una idea horrible. También ella, como el viejo notario, ha sentido que un escalofrío la recorre, que un sudor helado humedece sus sienes, porque el mozo que aguarda de pie, fruncido el ceño y alta la cabeza, se parece demasiado a aquel Fran-

cisco D'Autremont que, faltando a todas las leyes humanas y divinas, le diera el ser. Es, corno él, a la vez esbelto y recio, fuerte y ágil; tiene, como él, los ademanes anchos y el gesto desdeñoso, alza con la misma altivez ,1a cabeza. Sólo su piel más oscura le diferencia; sólo sus cabellos, más rizados y negros; sólo sus grandes ojos italianos, aquello ojos iguales a los de Gina Bertolozi, que son para Sofía D'Autremont la más intolerable de las ofensas...

-Con el desmayo de Aimée, lo dejamos plantado -murmura Renato-. Pero tú oíste mi ruego, ¿verdad, madre?

-Renato, yo soy quien te ruego...

-¿Por qué ese rencor, madre? -reprocha con suavidad Renato-. Al fin y al cabo, ¿qué mal nos ha hecho?

-¡Es un ladrón! -se defiende Sofía en voz baja y rencorosa-. ¡Todo el mundo lo dice!

-Todo el mundo se engaña con respecto a él. Yo creo comprenderlo. Déjame hacer una prueba, madre, déjame darle una oportunidad en la vida. Yo te prometo que si no responde a ella, le volveré definitivamente la espalda...

-Perdónenme que les interrumpa -se disculpa Juan, acercándose a los D'Autremónt-; pero tengo prisa en regresar al pueblo. Vine sólo para saldar una cuenta con Renato, señora D'Autremont, y les ahorraré en seguida la molestia de verme. Aquí está lo que debo. ..

-¿Qué dices, Juan?

-Toma... Lo que pagaste por mí cuando me detuvieron, lo que le diste al manco para que retirara la demanda, lo que costó el embargo del *Luzbel.'.* y esta cuenta más vieja: el pañuelo de monedas que te quité cuando éramos niños... dos monedas de oro y veintiséis reales de plata. Los robé para poder escapar de aquí, para no morir de hambre como un perro a las puertas de tu opulencia, pero ya está pagado todo, ¡hasta el último centavo! -

-¡Juan... Juan...! -llama Renato al ver que Juan se aleja con paso rápido.

Había corrido detrás de Juan y le detiene apoyando en su *sso* robusto la .bien cuidada mano de caballero. Es grave su presión, tanto como la de Juan es tempestuosa; es noble y sencillo su porte, tanto como el de Juan es altanero; y hay una luz profunda de comprensión y afecto en sus ojos azules, mientras en los negrísimos y fieros ojos de Juan del Diablo brilla la chispa de aquel rencor amargo, de aquel odio ancestral con que nutrieron su infancia miserable, su horrible adolescencia, su dura y rebelde juventud...

-Juan, ¿por qué te portas de esta manera?

-¿De qué manera me porto? ¿Pagar mis deudas? No es sólo patrimonio de bien nacidos el hacerlo... Déjame, Renato. ¿Por qué no me dejas?

-Porque soy más terco que tú, Juan del Diablo -afirma Renato en tono cordial-. Porque tengo empeño en ser amigo tuyo, aunque me hayas rechazado siempre con los peores modales.

-¿Qué quieres? Yo no soy un caballero. ¡Déjame, Renato! Será mejor para ti que me dejes -..

-Vamos, basta de hacerte el reprobo. Ni aun de niño lograste espantarme con tus bufidos de fiera. Juan, yo sé que eres bueno...

-¿Bueno yo? -ríe Juan con amarga rabia.

-Ríete cuanto quieras. Juan, te comprendo como tal vez nadie en el mundo te comprenda. Hay algo en ti que me atrae, que me hace sentirme hermano tuyo... Y la verdad es que no sé a qué atribuirlo.,. Acaso porque te vi llegar a esta casa de la mano de mi padre a quien siempre admiré; acaso, y esto es casi un secreto, porque con ser tan breve nuestra amistad de niños, tú eres el único amigo que tuve en la infancia.

-¿Qué estás diciendo?

-Comprendo que te extrañe. Es raro, pero así fue. Yo no tuve amigos de niño. Mi madre no me dejó tenerlos. Su gran amor me envolvía en mimos y cuidados. No fui nunca a la escuela... los maestros no eran para mí sino sirvientes más o menos considerados, empleados a sueldo que se deshacían en elogios y halagos para el alumno único, cuyos padres pagaban

espléndidamente. Claro que en Campo Real sobraban niños y muchachos, pero jamás se permitió que se acercaran a mí, ni yo a ellos. Tú fuiste algo nuevo, diferente... Me parece que te estoy viendo cuando te trajeron: áspero, hosco, salvaje como un gato montes. Pero había en ti algo de fuerte y de libre que me cautivó, que me hizo envidiarte... sí, envidiarte, Juan. Me consideraba dichoso con que me dejaras ir detrás de ti por los campos tratando de imitar tus proezas, y te hubiera seguido sin vacilar si tú, naturalmente, no hubieras preferido irte solo. Ya veo que te sorprendes. ..

-En efecto. A mí me parecías un rey. Yo, a tu lado, era menos que un perro.

-Acaso los demás vieran así las cosas, pero yo no. Para mi, tú eras el rey y yo el mendigo de los ásperos goces de tu infancia libre. Poco has cambiado, Juan. Entonces me mirabas como ahora: hosco y ceñudo, pero te apresurabas a ayudarme y a defenderme si me veías en el menor peligro. ¿Te acuerdas?

Juan ha bajado la cabeza. Sus anchos puños, recios como mazas, se cierran. Es como si bajara al fondo de sí mismo, como si descendiera al abismo interno de sus más íntimos sentimientos... al mundo de amargura, de rabia y de celos, en el que se debate como perdido. Y suena la voz de Renato más afectuosa, más fraterna, más profundamente cordial y sincera:

-Quiero que te quedes a mi lado, Juan; que cambies para siempre tus gorras y tus camisetas de marino por esa ropa que tan bien te sienta; que emplees para el bien, no para el mal, tu valor y tu fuerza; que seas, a mi lado, lo que soñé que fueras? amigo, colaborador, hermano... sí, hermano. Mi padre lo dijo así una vez y no he olvidado sus palabras. Te nombro administrador de Campo Real. Tendrás autoridad y dinero, honra y provecho, y a nadie más que a mí tendrás que rendir cuentas.

-¿Yo administrador de Campo Real? -Totalmente desconcertado, Juan ha alzado la cabeza, ha buscado la verdad en el fondo de aquellas pupilas azules, fraternas y leales para él, y ha sentido el golpe brusco de su propio corazón, que late apresuradamente-. ¿De veras has pensado eso? ¿Tú solo? ¿Por ti mismo? Doña Sofía me odia...

-No exageremos. No puedo negar que no le eres simpático, que nunca se lo fuiste. En realidad, creo que ni siquiera es eso, sino su amor maternal, su, gran amor por mí, que le hace verme siempre pequeño, indefenso... Y no te ofendas, Juan.,. También materia propicia para que prendas en mí tu mal ejemplo. Mi pobre madre no comprende ciertas cosas, y es lógico que no las comprenda. Es otro su mundo, pero estoy seguro que todo eso pasará en cuanto te trate un poco. Es demasiado sensible y demasiado buena... Ya la irás conociendo...

-No lo creo, Renato. Porque aun agradeciendo con toda el alma lo que acabas de decirme, no estoy dispuesto a...

-No me des tu negativa de pronto. Espera un poco y piénsalo. Te hice mi proposición de repente, para rogarte, al mismo tiempo, que te quedes unos días..,, unos días solamente, que a nada te comprometerán. En realidad, no debes decir que sí sin enterarte de lo que se trata. Es un trabajo duro y arduo: quiero transformar el régimen interno de Campo Real totalmente, desterrar los viejos procedimientos y arrancarle para siempre los colmillos a un viejo zorro: Bautista, ¿lo recuerdas? En otros tiempos, mayordomo de la casa; luego, administrador general; actualmente, un tiranuelo ridículo y despreciable contra el que Mónica y yo hemos comenzado la ofensiva. , -¿Mónica? -se extraña Juan.

-Sí... Mónica, mi cuñada, que fue, después de ti, mi única y verdadera amiga en la infancia y en la adolescencia, la musa inspiradora de mis quince años...

-¿Y por qué no te casaste con ella?

-¿Con Mónica? -se sorprende Renato- Bueno... En realidad, no sé cómo no acabé por enamorarme de ella. Era encantadora, lo sigue siendo... Me llevaba mucho mejor con ella que con Aimée, pero el corazón es así... Un día cambió de rumbo y me cautivó esa criatura que tiene todas las gracias, todos los encantos. -Renato ha sonreído a su propio pensamiento, ciego en su ensueño, sin mirar el rostro de Juan, a quien el solo nombre de Aimée transforma, endureciéndolo, encendiéndolo de cólera violenta, que milagrosamente contiene-. Supongo

que la conoces de vista, como a Mónica. Lamento muchísimo el malestar que me impidió presentarte a ella, pero será dentro de un rato... Soy muy feliz, Juan, inmensamente feliz. Y cuando se es feliz, es fácil ser generoso. Quiero que esta dicha mía llegué hasta el último rincón de mi hacienda; quiero que los más humildes bendigan el nombre de Aimée, pensando que el bienestar les llegó por ella, porque su amor supo hacerme más humano, más bueno... ¿Te sorprende?

Ahora sí mira a Juan, y es él el sorprendido por la terrible expresión de aquel semblante. Sobre el rostro trigueño que la palidez hace blanco, son dos llamaradas de rencor los grandes ojos negros, y se aprietan los labios, de los que por un verdadero milagro no escapa su secreto.

-¿En qué piensas, Juan? Estás lejos...- Lejos, y en un lugar nada grato. Me doy cuenta... Te he propuesto quedarte aquí sin preguntarte nada. Acaso tú tengas tu amor también... Acaso una mujer...

-¡Malditas sean todas!

-¡Juan! -reprocha Renato; pero, comprensivo, indaga-:

¿Te ha herido alguna? ¿Has tenido la desgracia de tropezar con alguna mala mujer?

-¿Y cuál no es mala?

-Vamos... No hables de esa manera. No es digno de un hombre cabal maldecir asi, a bulto, de todas las mujeres. Algunas son lo peor del mundo, estoy de acuerdo; otras, lo más alto, lo más noble, lo más limpio y puro que podamos hallar sobre la tierra...

-¿Lo dices por tu Aimée...?

-¡Naturalmente!

Renato ha contestado con brusquedad, ha fruncido el ceño, hacía vado en Juan una mirada dura y penetrante, ha erguido más la fina cabeza... pero la frase que tiembla en los labios de Juan del Diablo no llega a brotar. Hay una desconocida fuerza interna que le detiene. Al volver la cabeza, ve que Mónica de Molnar se acerca, y comenta indiferente...

-Tu cuñada...

-Aimée ha vuelto en sí, Renato -explica Mónica-, Preguntó por ti inmediatamente. Le sorprendió mucho que no estuvieras junto a ella.

-Sí, claro... Voy corriendo. Salí sólo para detener a Juan. Que te cuente él lo que acabo de decirle... ¡Ah! Y tráelo para la casa. Mandaré que le preparen una habitación de huéspedes. ..

Renato ha cruzado con ágil paso el trozo de jardín que le separa de las escalinatas y rápidamente penetra en la mansión. Los ojos de Juan le han seguido hasta verle perderse, mientras Mónica, tensa de emoción, le observa...

-No me mire así... Todavía no he dicho una palabra; todavía no he hecho nada -la tranquiliza Juan-, Me he dejado llevar y traer al gusto de todos ustedes...

-Que Dios se lo pague ¿Pero qué es lo que Renato le ha dicho? ¿Qué es lo que se propone usted hacer?

-Renato pretende que me quede en Campo Real. Que me quede indefinidamente. Me ofrece el jugoso puesto de administrador de su hacienda...

-Pero usted no ha aceptado eso, Juan. ¿Verdad? No puede aceptarlo. ¡Usted tiene que irse de aquí inmediatamente! Ya ha visto usted el efecto que su presencia hizo en Aimée.

-Un desmayo muy socorrido. ¡Qué cómodo, qué oportuno! El mundo es para las mujeres...

-No fue fingido. Su aparición la hirió como un rayo. Ahora está desesperada, enloquecida, sufre como en el fondo del infierno... Ella no sabía que usted iba a volver...

-¿Y para no saberlo me lo hizo jurar tantas veces? ¡Que no mienta! ¡Ella estaba segura de que me tenía bien sujeto, loco y enamorado como un imbécil, capaz de todo por ella...! ¡De todo, sí, de todo! ¿Usted sabe lo que yo he hecho? ¡Me he jugado la vida cien veces cada día! Y todo, ¿por qué? ¿Para qué? Para cumplir mi palabra; para poder acercarme a ella con ropas de caballero; para poder darle lo que yo sabía que ambicionaba; para llevármela del brazo a la

luz del sol, cumpliendo con todo eso que ustedes llaman religión, familia, conveniencias...

-Juan, por piedad. .. Ha callado hasta ahora. Siga callando, aléjese. Yo le aseguro que, en este momento, Aimée llora con lágrimas de sangre...

-Entre los brazos de Renato -concluye Juan con infinita amargura.

-No piense en eso. Yo le ruego.. .

-¡Basta de ruegos! -corta Juan con aspereza-. No crea que va a seguir manejándome con súplicas y lágrimas. No soy un sentimental como Renato, no soy lo bastante feliz como para querer ser generoso. Al contrario, soy lo bastante desdichado para odiar hasta la luz del cielo, hasta el aire que respiro, hasta la tierra que me sostiene... ¡Y no he renunciado a vengarme!

22

-AIMÉE, MI VIDA, ¿qué es esto? ¿Por qué estás llorando? ¿Te sientes muy mal?

-¡Oh, déjame!

-Perdóname, pero no comprendo, Mónica dijo que estabas mejor y que me llamabas...

-¿Qué sabe esa imbécil...?

-¿Imbécil tu hermana? -se sorprende Renato, profundamente estupefacto ante el exabrupto de su esposa.

-¡Imbécil, estúpida y entrometida! ¿Cuándo va a irse a su convento y dejarnos en paz?

-Pero, Aimée, yo creo que estás trastornada, fuera de ti... ¿Por qué? ¿Qué es lo que ha pasado?

-¿Qué es lo que te ha contado ella?

-Nada me ha contado ni nada tenía que contarme. Tú eres la que me desconciertas. ¿Por qué hablas así de tu hermana? Es absurdo que reacciones contra ella de ese modo, cuando no puede ser más generosa, más solicita, más tierna contigo...

-¡Pobre Mónica! -suspira hipócritamente Aimée, algo tranquilizada ante las palabras de Renato.

-¿Ahora la compadeces?

-Es que no sé ni lo que digo...

Ha secado sus lágrimas, ha hecho un esfuerzo para reaccionar. Odia a Mónica. .. sí, la odia, y el rencor le sube a los labios como una espuma amarga. Pero en el rostro de Renato ha visto una expresión dura, severa, grave, y astutamente recoge velas mientras le observa, mientras, como un relámpago de esperanza, cruza por su mente la idea de un plan disparatado, e interroga de nuevo:

-¿No dijo nada Mónica de mi desmayo?

-Sí, mi vida, dijo que los padecías, cosa que yo ignoraba. ¿Te ha molestado que lo dijera? No tiene nada de particular. Además, tenía que decirlo para tranquilizarnos. Comprendo *lo* que sientes: te molesta, te humilla la idea de padecer algo. Pero, mi amor, ¡qué tonta eres! Eso no tiene nada de particular... todos padecemos de algo. Tú eres maravillosa y perfecta. Ese pequeño mal vamos a curarlo, y si no se cura, es igual. Mi amor es para siempre y para todo, Aimée, en dicha y en dolor, en salud o en enfermedad. Te quiero para siempre, y como dice el rito protestante: ¡Hasta que la muerte nos separe!

Dulcemente, Renato ha estrechado a Aimée entre sus brazos. Poco a poco ha ido cambiando su expresión y su gesto, mientras, mejor que puede hacerlo nadie, halla en sí mismo la disculpa perfecta, que borra .la dolorosa impresión de ingratitud, de dureza y violencia que por un momento le causaran las palabras de Aimée. Y mientras su amor salva generosamente la distancia, Aimée caza la intención al vuelo, demasiado astuta para no aprovecharse de cualquier ventaja que se le ofrezca, demasiado calculadora para no querer guardarse contra todo riesgo... aun con el escudo de una lágrima falsa.

-Aimée, mi vida, pero, ¿qué es esto? ¿Lloras otra vez?

-Perdóname-.. Ahora es de pena por haber hablado mal de Mónica. Ella es muy buena,

Renato.

-Sí, Aimée, inmensamente buena. Está haciendo una gran obra en el cuidado de los enfermos...

-Ya sé que estás encantado con ella; pero, de cualquier modo, su puesto no está aquí sino en su convento. Ella no es feliz con nosotros y es un egoísmo muy grande de nuestra parte empeñarnos en retenerla.

-Todavía no me he empeñado.

-Pero lo harás, te conozca muy bien. Y es un verdadero error de tu parte. El casado casa quiere. Tú y yo debíamos vivir solos, amor mío... solos en nuestra linda casa de Saint-Pierre. ¿No me respondes?

-Ahora no -evade Renato-, pero ya hablaremos de todo. Por el momento hay mucho que hacer en Campo Real, y como la suerte me pone a mano los colaboradores que soñaba...

-¿Colaboradores? ¿Quiénes?

-En primer lugar Mónica, y después... Supongo que no pudiste verlo, te sentiste mal. El hombre que guiaba el carruaje...

-Lo vi perfectamente.

-Le conocías, ¿verdad?

-Bueno... -acepta Aimée sin negar ni afirmar.

-Mónica sí; Mónica le conoce perfectamente. Y él, de vista al menos, afirmó conocerte. Mónica me recordó que la casa de ustedes, en Saint-Pierre, está muy cerca de la playa. Parece ser que Juan acostumbraba tomar tierra por una playuela que queda justamente detrás del jardín de ustedes. Lo curioso' es que tú no lo conozcas más que ella, puesto que llevas más tiempo viviendo en esa casa...

-Ya te dije que sí lo Conocía, pero no simpatizo nada con él, y no me preguntes por qué, pues no sabría decírtelo; pero no me es nada, nada simpático. ¿Se fue ya?

-No, Aimée, no se ha ido. Le he comprometido a que pase unos días con nosotros. Durante ellos trataré de convencerlo para que acepte un puesto en Campo Real.

-¿Estás loco? -reprocha Aimée con vivacidad-. El no sabe nada de fincas, es un hombre de mar... y con bastante mala fama por cierto. Lo acusan de contrabandista y de "pirata.

-En efecto. Pero yo tengo mucho interés en que cambie de vida para que no le acusen más de nada de eso. Somos amigos de la infancia, mi padre le prometió al suyo velar por él. Por desgracia, murió sin poder hacer lo que se proponía, y yo considero un deber moral hacer por Juan lo que mi padre hubiera hecho.

-¿Y él está conforme en trabajar para ti?

-Todavía no. Mas ya te lo dije antes: espero convencerlo. El ha tenido suerte en su último viaje y trae algún dinero. Tal vez no quiera trabajar conmigo, sino establecerse por su cuenta, y en ese caso también lo ayudaré; pero, de un modo o de otro, quiero lograr su amistad. Por eso siento que no simpatices con él y que no seas tú la única, pues tampoco mamá quiere nada con Juan del Diablo, como le llaman. Sin embargo, confío en ir limando asperezas...

Aimée ha inclinado la frente hasta ocultar el rostro a las miradas de Renato. Teme delatarse con un gesto y tiembla como si tuviera fiebre, mientras él acaricia sus manos con ternura, e indaga solícito:

-¿Te sientes mejor? ¿Crees que puedes acompañarnos a la mesa?

-¡Oh, no, Renato! Me siento muy mal. Me duele horriblemente la cabeza y no creo poder ponerme de pie siquiera. No me obligues a levantarme...

-Claro que no te obligo, ¡qué ocurrencia! Yo mismo voy a llevarte a nuestro departamento..,

-¿Le molestaría mucho a doña Sofía que yo pasara la noche en este diván? Por lo menos, déjame aquí unas horas, déjame sola, totalmente sola y a / oscuras para reponerme. Con eso acabaré de sentirme bien. Te lo ruego, Renato, tienes mil cosas en que ocuparte.

Librodot

-Está bien. Si es tu gusto, te dejo sola; pero, de todos modos, prevendré a tu doncella para que esté atenta.

Ha salido, y Aimée hace tras él un gesto de impaciencia.

No puede más; se siente enloquecer de desesperación, y afloja al fin los contenidos nervios. Ha resbalado del diván hasta caer al suelo, mordiéndose las manos, mesándose los negros cabellos, retorciéndose como bajo la agonía del más cruel tormento, .. La sangre le hierve en las venas, el corazón le late hasta ahogarla y, al fin, se alza como aferrándose a una determinación y murmura en voz alta:

-¡Juan... Juan...! Tengo que hablarle a solas. ¡Pase lo que pase, tengo que hablar a solas con él! -De pronto, oye unos pasos suaves que se deslizan sigilosos, y alarmada, indaga-:

¿Quién anda ahí? ¡Oh, eres tú, Ana! ¿Qué hacías detrás de esas cortinas?

-Pues nada,. mi ama., ¿qué quiere usted que haga? El señor Renato me dijo que estuviera cerca y que esperara...

-Ven acá,...

Dócil a la voz de Aimée, la oscura doncella que Sofía ha cedido a su nuera se acerca a ella, sentándose muy cerca, a sus pies, en la alfombra, y ladea la cabeza mirándola con solicitud de animalejo doméstico. Nada parece haber cambiado en ella durante aquellos quince años: es como si hubieran resbalado sobre su alma infantil, como si eternamente tuviera aquella adolescencia ingenua que- hace brillar sus ojos como dos azabaches y aparecer los dientes blanquísimos como carne de coco sobre la piel color tabaco.

-Ya se estaban poniendo feas las cosas en esta casa, ¿verdad, señora Aimée? Igualitico que la otra vez que vino el niño Juan...

-¿Qué otra vez?

-Bueno... la otra... Cuando se mató el amo viejo, que fue el que trajo a Juan. Entonces, el niño Renato tenía este alto, y ni Yanina ni Bautista mandaban en la casa... -

-¿Es que los D'Autremont conocían ya a Juan?

-Pues, claro. Y mire usted que se dijeron cosas... ¿Quiere que le traiga una taza de caldo?

-No. Dime dónde están los demás... ¿Qué hacen?

-Cada uno, una cosa distinta. La señora Sofía, encerrada, furiosa como la otra vez... Dicen que le dijo al niñito Renato que ella no iba a comer en la mesa mientras estuviera aquí Juan. Seguro que «lo hace para que el señor Renato lo eche. Pero qué va, ahí está Juan en el comedor, tan alto y tan buen mozo como el amo don Francisco hace veinte años. Se le parece, ¿sabe, señora Aimée? Cuando lo vi de pronto, hasta me di un susto. Era entre dos luces y me pareció que se trataba del ánima del amo...

-Dices muchas tonterías, Ana, y no responded a lo que te he preguntado. ¿Dónde están todos? ¿En el comedor acaso? ¿Están comiendo ya? ¿Y Mónica? ¿Qué hace Mónica?

-Ahora no sé. ¿Quiere que vaya a verlo y vuelva a avisarle?

-Sí, Ana, porque necesito hacer algo grave, importante... algo en que tú sola vas a ayudarme, y que será un secreto entre las dos. Si sabes guardarlo, te regalaré un traje nuevo, de seda, y unos zapatos, y un collar, y todo lo que quieras. Pero tienes que aprender a hacer las cosas como yo te las mando, y a callarte, Ana, a callarte como una tumba. ¿Sabrás hacerlo? ¿Me lo juras?

-Pues claro. No voy a decir ni una palabra a nadie. Yo sé hacerlo muy bien... ¡La de cosas que yo me callo! Si yo hablara, señora Aimée... si yo hablara...

La doncella nativa ha hecho un gesto expresivo, mostrando al sonreír la doble sarta de sus dientes blanquísimas, dichosa y encantada de haber llegado a aquel punto de la confidencia en el que su joven ama nueva va a abrirle las puertas de su intimidad. Diáfana y simple, incapaz de pensar, es quizás la cómplice menos adecuada; pero es demasiado violento el torbellino de pasiones que arrebata el alma de Aimée. Necesita de alguien, y no es capaz de ser prudente...

-¿No quieres que hablemos un momento, Mónica?

-Claro... Si lo deseas, con el mayor gusto, Renato. Están en uno de los saloncillos contiguos al amplio comedor. Mónica y Renato apenas han probado el café y el coñac servidos después de la cena. Juan acaba de retirarse, y Mónica parece respirar con un poco más de confianza. Aún la presencia de Renato es para ella preciosa... Aún saborea como una golosina, inquietante y amarga, el sentirlo a su lado, hasta en aquellos momentos de tensión y de angustia, sintiendo palpitar en torno suyo el peligro de una catástrofe.

-En primer lugar, quiero darte las gracias: eres la única que no ha desertado, la única que ha venido a acompañarme a compartir la mesa con Juan.

-Aimée está enferma, y mamá...

-Sí, ya sé: sufre de jaqueca. También mi madre, oficialmente al menos, tendrá jaqueca durante los días que Juan pase en esta casa. Y en cuanto a la enfermedad de Aimée, pienso que ella ha exagerado, pues tampoco le es simpático el pobre Juan.

-¿Te lo dijo ella...?

-Me lo dijo con toda franqueza. Como siempre le he pedido que sea absolutamente sincera conmigo, se lo agradezco. ¡Pero me hubiera gustado tanto encontrarla, como a ti, comprensiva y amable con Juan.. .!

-No creo que Juan encaje en el ambiente de esta casa. Tú mismo lo estás viendo, Renato. El no parece contento aquí. ¿Por qué no lo dejas alejarse?

-Lo dejaré, ¡qué remedio me queda! Pero es absurda. la mala voluntad que todos tienen contra Juan. Es hosco y áspero, porque ha sufrido mucho..'. Su historia es larga. Otro día te la contaré, aunque la verdad es que aun para mí mismo guarda muchos puntos oscuros. Mi padre tenía en él un empeño tan grande... pero dejemos a papá, aunque está ligado con lo que quería decirte. Quiero hacer una modificación completa del régimen de trabajo en Campo Real. Hemos empezado por lo más perentorio, que eran los enfermos; pero en todo hay que poner la mano. Claro que para eso necesito tener aquí al viejo Noel, y mira qué casualidad... pensaba mandar a buscarlo la próxima semana, y hace poco. vinieron a traerme el aviso de que estaba detenido en mitad del camino, por una rueda rota del coche de alquiler en que viene. Y, como es natural, mandé un coche a buscarlo... ¿Pero qué te pasa? Estás inquieta...

-No me pasa nada. Son tantas cosas, que...

-Una a una las iremos solventando. Si no estás muy cansada, saldremos a la galería a ver si llega Noel. Mucho me temo que su presencia tampoco va a ser del agrado de mamá.

-¿Entonces...?

-No le gusta nada que sea contra Bautista, pero yo estoy resuelto a terminar con él y con todos sus abusos. Su presencia aquí es el mal que hay que extirpar y para eso no valen paños tibios: es preciso cortar por lo sano... ¿Oyes? Me parece que llega un carruaje... ¡Vamos...!

-El señor Renato y la señorita Mónica salieron al jardín porque oyeron llegar un coche, pero no era la visita que esperaban... Era el coche grande, con los encargos de la señorita Mónica para esos enfermos que está cuidando. De modo que el; señor y la señorita se quedaron muy entretenidos con tantos paquetes -informa Ana a Aimée, de acuerdo con el encargo que ésta le hiciera.

-¿Y Juan? ¿Fue con ellos Juan?

-¡Qué va! El Juan se fue del comedor acabando de comer, diciendo que a acostarse. Pero qué va... Se fue *a.* buscar a ése muchacho que trajo con él, a averiguar qué le habían dado de cenar. Y le dijo a Esteban que no lo pusiera en ningún cuarto de sirvientes, porque Colibrí, que así se llama él condenado negrito, tenía que dormir con el en el mismo cuarto.

-¿Y dónde está ahora?

-Paseando con el muchachito por el segundo patio, y sin hablar.

-Óyeme, Ana. Es preciso que llames a ese niño, que te lo lleves a cualquier parte, que dejes sólo a Juan...

-¿Para qué, mi ama? -se sorprende la sirvienta.

-No preguntes y haz lo que te mando. Mira, ¿te gusta esta sortija? Tómala... Es tuya...

Para ti... Pero haz inmediatamente lo que te mando. Anda.

-Mi amo...

-¿Qué quieres. Colibrí?

Juan se ha detenido en uno de aquellos lentos paseos de los que ha dado muchos ya de uno a otro extremo del segundo patio. Ha llegado hasta allí llevando consigo al muchachuelo, pero no le mira ni le habla. Está demasiado absorto en sus amargos pensamientos, y su mirada, al oírle hablar, es casi de sorpresa, como si despertara de un sueño poblado de siniestras imágenes, como si el pequeño y oscuro rostro amigo le consolara un tanto...

-¿Nos vamos a quedar en esta casa, mi amo? En la cocina dijeron que nos íbamos a quedar para siempre, y que usted iba a mandar, y que iban a echar a un hombre muy malo que es el que ahora está mandando. Pero cuando él llegó, todos se callaron. ¡Es un viejo más feo, patrón.. .1 Llegó regañando, y a un gato que estaba bebiendo leche, le dio una patada. De verdad que es muy malo, pues el gato no le hacía daño a nadie. ¿Es cierto lo que dijeron, mi amo?

-No, Colibrí, no es verdad. Mañana mismo nos iremos de esta casa...

-¿Sin ver al ama nueva? ¿Sin buscarla?

-No hay tal ama nueva. Colibrí -se lamenta Juan con amarga tristeza-. Nos iremos otra vez al *Luzbel.* Pondremos proa al centro del mar, y no volveremos nunca más a la Martinica.

-¿Y la casa grande que iba a hacer allá, en aquellas piedras? ¿Y todas las cosas lindas que usted pensaba, mi amo?

-Todas se acabaron. Colibrí. ¡Nos iremos para no volver más!

-¡Chist... chist.. .! -llama Ana, la sirvienta mestiza.

-¿Qué es eso? ¿Qué pasa? -se violenta Juan.

-Llamaba al muchacho, señor Juan. Lo llamaba para llevármelo. Van a hablarle a solas a usted -murmura Ana en voz baja y tono misterioso-. Quieren hablarle sin que nadie se entere.

-¿Quién quiere hablarme?

-No grite. Tiene que ser sin que lo sepa nadie. Váyase a aquel rincón que está bien oscuro, y no grite. No hable alto. Es un secreto. El ama no quiere que lo sepa nadie...

-¿El ama? ¿Qué ama? -pregunta Juan; pero, de pronto, comprende y exclama-: ¡Aimée!

-Chist... No grite... No grite... -suplica Ana. Y alejándose, ordena-: Vámonos, muchacho.

Un momento, Juan ha quedado inmóvil, sacudido por un sentimiento que es sorpresa y es cólera, y también una especie de alegría salvaje. Aimée está allí, frente-a él, a pocos pasos... Más que verla la adivina en el rincón oscuro; distingue su figura y, al acercarse, ve su rostro pálido, sus labios trémulos, sus manos-que se extienden hacia él, suplicantes. Sin proponérselo, baja la voz... Acaso le ahoga el golpe del corazón que se desboca, o el inexplicable escalofrío que recorre su espalda, y murmura:

-¡TÚ! ¡TÚ!

-¡Mátame, Juan! Me acerco a ti, para que seas tú el que me mates...

-A matarte vine, Aimée... Pero, al fin y al cabo, no creo tener ningún derecho...

-¿No crees tener derecho? ¿Y cuándo has necesitado tú tener derecho para extender las manos y arrancarle a la vida cuanto la vida quiso negarte? ¿Cuándo, Juan?

Aimée, ha dado un paso fuera de la penumbra para mirarle con sorpresa, casi con rabia. Aquel rostro frío, impasible, hermético, no es el que esperaba ver en Juan. Para salirle al paso, esquivando su violencia, se ha jugado el todo por el todo en una frase, y ahora se siente como defraudada en su "anhelo morboso: Juan, su Juan del Diablo parece otro bajo aquellas ropas de caballero. Parece otro, como está ahora: enigmático, con un fulgor satánico en las pupilas...

-¿Para qué quieres que te mate? ¿No amas a tu esposo, al noble caballero D'Autremont? ¿No eres feliz siendo dueña de Campo Real? ¿No eres dichosa con tus trapos de seda y la basura de tus collares y tus alhajas?

-Tú sabes bien lo que me hace feliz, y no es nada de eso, Juan, tú lo sabes...

-Yo no sé nada. ¿Qué puedo yo saber de la señora D'Autremont, la esposa de mi mejor

amigo? La esposa de Renato D'Autremont, tan generoso y tan solícito para mí como si tuviéramos la misma sangre, tan preocupado de mi porvenir, que no quiere dejarme seguir en el mar; tan atento a mi bienestar, que quiere velar por él personalmente; tan seguro y confiado, que* me ofrece un puesto en el que me seria muy fácil arruinarlo y, además, deshonrarlo.

-¿Pero estás loco?

-Lo está él, en todo caso. Aunque mis palabras te suenen a sarcasmo, son la pura y estricta verdad. Gracioso, ¿no? Extraordinariamente gracioso... Pero no hay razón para que te muestres desesperada. Al contrario... Eres una mujer de suerte, Aimée, de suerte extraordinaria. ¿Qué más quieres?

-Quisiera saber si eres sincero; quisiera saber por qué hablas como hablas. Y además, ¿para qué has venido? ¿Qué. te propones? ¿Qué vas a hacer al fin?

-Para lo que he venido, ya lo dije antes: para matarte. Pero alguien me detuvo en el primer impulso...

-Mónica. .. ¡Esa fue Mónica!

-Puede que fuese ella. Le debes la vida. Ya tienes algo que agradecerle. Pero también puedo pensar que fue Renato. Es difícil dar de puñaladas a un niño que sonríe y que nos llama "el mejor amigo de su infancia". Y decirle a Renato quién eres, es peor que apuñalearle. Porque no sólo cree en mí ese... bendito de Dios. También cree en tí. ¿Has visto nada con más gracia? Cree en ti, Aimée, te considera la mujer más pura, más noble, más leal. Te ama como al sol que llegara a su vida, iluminándola y purificándola. -Y enfureciéndose lentamente mientras habla, escupe el insulto-: ¡A ti... a ti, carroña, basura, mujerzuela hipócrita y despreciable, más y más perdida que la última ramera! Pero tranquilízate, él no lo sabe y tú eres la señora D'Autremont, ama y reina de Campo Real -termina en son de burla.

-¡Oh, basta! ¡Mátame si crees que te he engañado, si defraudé tu amor y destrocé tu corazón; pero no me insultes, porque no voy a tolerarlo!

-¿No? ¿Cómo vas a hacer para no tolerarlo?

-¡Soy capaz de gritar, de ser yo la que lo diga todo!

-¿De veras?... Hazlo... Será maravilloso... Dile la verdad. a Renato. Dile, además, que te he tratado como a lo que eres. Llámale para que me. pida cuentas de mi ofensa. Vuélvelo contra mí, que eso es lo que estoy deseando: que venga como hombre ofendido y que me injurie, que me ataque. Entonces sí será fácil destrozarlo con estas manos. Entonces sí que la partida estará igualada. ¡Hazlo, Aimée, hazlo! ¡Grita, llámalo!

-Demasiado sabes que no voy a hacerlo, y de eso te aprovechas para tratarme como me tratas -protesta Aimée brotándole la ira por todos los poros de su ser-. Sabes que estoy perdida, sin defensa. ¡Eres un cobarde!

-Sí... soy un cobarde, porque no debí haber escuchado una palabra de nadie, porque debería haber matado a cuantos me cerraron el paso, llegar hasta tí como me había propuesto y apretar tu cuello con estas manos... -Juan ve el temor reflejado en el pálido rostro de Aimée y, despectivo e irónico a la vez, la tranquiliza-: No, no te asustes, no grites. Tú si que eres cobarde... cobarde y baja... Porque eres embustera, hipócrita; porque' te arrastras, te arrastras mordiendo por la espalda, infiltrando tu veneno por la sangre...

-Juan... Juan... -suplica Aimée, adolorida-. Sé que me odias, tienes que odiarme. Sé que me desprecias, tienes que despreciarme. Pero en el fondo de tu corazón me amas, tienes que amarme, porque el amor no se arranca de golpe...

-El tuyo está arrancado, |y hasta la última raíz está fuera!

-No lo creas, Juan. Sólo estás luchando con él, como yo he luchado durante horas y días, y a cada tirón por arrancarlo te sangra el corazón, como a mí me ha sangrado, como aún me sangra y duele hasta enloquecerme. Porque yo te quiero, Juan, es a tí a quien sigo amando. Nada ni nadie me hará cambiar.

Se ha hundido en la penumbra, ha resbalado a lo largo de la columna en que busca apoyó, y ahora llora en silencio, cubierto el rostro con las manos, mientras Juan la mira llorar,

rota la voluntad en la lucha titánica de aquella nueva turba de sentimientos y de ideas que han brotado en su alma, vacilando como entre dos abismos, y reprocha:

-Basta de mentiras, de embustes, de farsas... Si me hubieras amado, si me hubieras querido sólo un poco,- sólo la mitad de lo que me jurabas...

-¡Te quería y te quiero!

-¡No mientas más! Ahí están los hechos, tus hechos, demasiado profundos, demasiado claros: ¡Te casaste con otro!

-Con otro a quien no amo. ¡Te lo juro! No lo quiero, no lo quise nunca. Lo detesto, me fastidia. Las circunstancias me empujaron. Yo no sabía que tú ibas a volver... Alguien me dijo que no ibas a volver más.

-¿Quién fue ese alguien?

-Pedro Noel, el notario. Indaga, pregunta... Me dijo que tenías líos con la justicia, que Ía policía te buscaba, que no podrías volver más a la Martinica, y yo pensé que tus palabras habían sido falsas, que mentías a sabiendas cuando te alejaste prometiendo volver. Pensé que te habías burlado de mi amor...

-¿Y por qué no esperaste un poco más?

-Me cegó el despecho; Renato me apremiaba...

-Naturalmente... apremiaba... Y como tu estabas jugando con dos barajas... No, a mi no me engañas. Sé quién eres, sé cómo eres... Yo no soy Renato, bueno y candido. Sé toda la maldad, todo el egoísmo, todo la crueldad fría e hipócrita que tienes en el alma.

-¡Pero me quisiste sabiendo eso!

-Sí, te quise como puede quererse lo que más nos daña, la droga que envenena, el vicio que arrastra, el peligro en el que podemos perecer a cada instante... Así te quise, y por tí pensé lo que nunca había pensado: ser otro hombre, cambiar de vida, colmar tu ambición y tu vanidad, humillar lo único que tenía en el mundo: mi orgullo de pirata... Volverme como los demás, sólo para satisfacerte, para quererte a la luz del día, para saberte mía, mía solo, aunque el *Luzbel* se hundiera en otras manos, aunque no pudiera seguir llamándome Juan del Diablo, aunque todo lo mío se hiciera polvo, para hacer de ese polvo una alfombra de flores por donde tú pisaras. Así te quise... ¡Pero todo acabó, todo ha terminado! ¿Quisiste ser la señora D'Autremont? Pues a serlo. ¡A serlo de verdad!

-¡No! ¡No! ¡Me mataré si me dejas! ¡Te juro que me mataré si me dejas!

-¿Tú matarte? ¡Bah! -rechaza Juan en tono despectivo-. Si no te dejo, será para volverte loca, para atormentarte, para torturarte, para hacer de tu vida un infierno.

- -¡No me dejes, Juan!

-Mi ama... mi ama... Viene gente... ¡Cuidado! -avisa Ana acercándose apresurada-. Viene gente por ese lado... y creo que es el señor Renato...

-¡Aimée! -llama Mónica aproximándose al grupo. Aimée ha ^retrocedido, hundiéndose en las sombras; Juan permanece inmóvil;-Mónica ha dado un paso acercándose más a él, al tiempo que llega lentamente Renato, con una disculpa en los labios:

-Perdónenme si interrumpo una conversación interesante. Oí la voz de Juan, y como se había despedido para irse a acostar hace más de una hora...

-Sí... pero tuve calor. No sirvo para dormir encerrado.

-Mónica ha respirado un poco más tranquila. Por un instante aguardó tensa trémula de angustia, la respuesta que pudiese dar Juan. Ahora le sorprende su cambio repentino, la fría serenidad con que ha contestado a Renato, la leve y amarga sonrisilla que asoma a sus labios, al proseguir-: Piensa que he pasado más noches de mi vida al raso que bajo techo.

-Me hago cargo. Las noches en el mar han de ser deliciosas.

-Sí... Sobre todo cuando se es grumete o marinero de tercera clase, y lo despiertan a uno a puntapiés para hacer la guardia... -observa Juan con ironía.

-No quise aludir a esos recuerdos tan poco agradables -rehuye Renato jovialmente-; pero, siendo como eres patrón y propietario de tu barco, estoy seguro que las noches a bordo tienen para ti muchos encantos, tantos que casi, casi empiezo a darte la razón.

Librodot

-¿La razón en qué?

-En algo de que antes hablaba con Mónica. -Y volviéndose de pronto a la aludida, le recuerda-: También tú te despediste para acostarte, Mónica. Me dijiste que estabas rendida, lo cual me pareció muy lógico, y renunciaste a esperar la llegada de Noel...

-¿Viene Noel? -pregunta Juan, extrañado.

-Le estoy esperando. Tuve un aviso que el coche que le traía había sufrido un accidente en el camino, pero ya no debe tardar. Una visita por sorpresa, como la tuya. Me seguiré con lo que estaba diciéndote: pienso que acaso hago mal en empeñarme tanto en que cambies de vida...

-No creo que hagas mal. Es una solicitud que te agradezco. Además, me dijiste que me necesitabas...'

-En efecto, es lo que dije.

-Pues no creo que deba negarte esa problemática ayuda, cuando tan desinteresadamente has tratado de servirme siempre que lo he necesitado. '

-Pero, Juan, lo que quiere decir Renato... -interviene Mónica, nerviosa.

-Déjale que termine, Mónica -la interrumpe Renato- Por favor... Habla, Juan...

-Termino en seguida. Iba a decirte que acepto el cargo que me ofreces... ¡Que me quedo en Campo Real!

Como si repentinamente hubiese tomado una nueva resolución, ha hablado Juan mirando con fijeza a Renato, un extraño matiz de desafío en el tono de sus palabras... Luego se vuelve lentamente hacia el oscuro rincón por donde Aimée desapareciera, con la esperanza de que ella esté muy cerca, de que haya escuchado sus palabras, de que recoja, valorando en cuanto significa, aquella determinación con que responde al reto, que ella le lanzara. Habría dado sangre de sus venas por poder mirarla a la cara en ese instante, para adivinar en sus ojos si había en ella placer o espanto, pero no atisba más que sombras espesas, y al volverse de nuevo ve otro rostro de mujer, pálido y helado como de mármol, dos manos blancas que se aprietan crispándose; una figura grácil que un instante se estremeció de angustia: Mónica de Molnar. Y aquella leve y burlona sonrisa que es siempre para él un arma contra ella, despunta en sus labios, al decir:

-¿Te ha dejado pensativo mi resolución, Renato?

-No, Juan -niega Renato con nobleza-. Al contrario; es algo que deseo desde hace mucho tiempo y déjame decirte las palabras que por los especiales incidentes de tu llegada todavía no te he dicho, pero que me salen del corazón: Bienvenido a Campo Real, Juan. Bienvenido a la que siempre debió ser tu casa, y lo es desde este instante.

-Gracias, Renato... -se conmueve Juan a pesar suyo.

-Espero que sea yo el que tenga que darte las gracias muy pronto, cuando hayamos logrado lo que deseo. Pero ha llegado un coche... Sí, ha llegado un coche al frente de la casa... Seguramente es el bueno de Noel... Vamos allá... -invita Renato alejándose.

Juan no ha seguido a Renato. Ha quedado inmóvil bajo la mirada interrogadora y ardiente de Mónica, clavada en él como una amenaza, que se expresa al decir estupefacta:

-¿Debo suponer que está usted loco?

-¿Yo? ¿Por qué, Mónica?

-¿Piensa de veras quedarse en Campo Real?

-¿Y por qué no debo quedarme? Por lo visto, es el más ardiente deseo de los dueños de esta casa. Ya oyó usted a Renato, y supongo que también a la nueva señora D'Autremont, puesto que, seguramente, estaba usted escondida escuchando. , -¡No tengo semejantes costumbres!

-Pues aun contra su costumbre, parece que, al menos por esta vez, lo ha hecho. De otro modo no se comprende que saliera en un momento tan oportuno, a .tiempo de cubrir la retirada de su hermana. ¿Estaba usted de acuerdo con ella?

-¿Quiere callarse? -ordena Mónica impulsada por la ira.

-No se enfurezca; ya veo que no... Debo suponer, entonces, que llegó por casualidad. Pero aun por casualidad, pudo oírla. Yo había decidido alejarme...

-¡Tiene que alejarse, Juan! ¡Usted no puede seguir aquí! ¿Qué se propone? ¿A dónde quiere usted llegar?

-Por el momento, solo hasta ese coche. Santa Mónica -contesta Juan burlonamente-. Voy a evitar que el viejo Noel cometa una indiscreción enterando al buen Renato de lo que más vale que ignore: que se ha casado con la amante de Juan del Diablo.

-¡Qué vil y qué despreciable me parece usted en este momento! -salta Mónica en voz baja, pero trémula de indignación.

-¿Yo...? -Juan se contiene haciendo un esfuerzo y con amargo cinismo explica-: Eso no es nada nuevo. Son los sentimientos que suelo inspirar a las personas como usted: puras e impecables... Pero no se preocupe, que ya empiezo a saber cubrir las apariencias y, por lo visto, la apariencia es lo único que vale en el mundo de las gentes respetables. A sus pies, futura abadesa...

-¡Estúpido, payaso!

-Ese sí es un insulto nuevo... Payaso... Hasta ahora nadie me lo había llamado. ¿Payaso? Puede ser. Pero el que pretenda reír a costa de este payaso, pagará la función en moneda de sangre. Dígaselo a su hermana, a la joven señora D'Autremont. Prevéngala de que la entrada para el circo de Juan del Diablo cuesta muy cara. ¡Demasiado cara!

23

-COLIBRÍ, ¿VIENES CONMIGO a dar un paseo?

-Al fin del mundo voy detrás de usted, patrón. Saltando sobre una y otra' pierna, hacia delante y hada atrás, con aquella agilidad que le ha valido el mote que ostenta, sale Colibrí tras de Juan rumbo a las amplias cuadras que ocupan el fondo de la casa. Son las seis de una espléndida mañana, el aire transparente, el cielo azul muy claro y los primeros rayos del sol asoman dorando las cumbres,'limpias por excepción, de aquellas tres montañas que se alzan como gigantes petrificados sobre la fértil tierra martiniqueña: Mont Pelee y los picos de Cabet.

-¿Hasta dónde vamos, mi amo?

-Por lo pronto, a buscar un caballo.

-A mí no me gustan los caballos, mi amo. Ni los caballos, ni los burros, ni los coches, ni las montañas... Me gusta' el mar. ¿Cuándo vamos para el mar, patrón?

-No lo sé. Colibrí. Tal vez mañana mismo, acaso nunca más...

-Qué raro se ha vuelto usted, patrón. Antes lo sabía todo, hasta lo que iba a pasar dentro de un año... y ahora no sabe ni lo que usted mismo va a hacer mañana.

-¿Te extraña? Algún día sabrás que así marcha un barco, cuando es una mujer la que toma el timón de nuestra vida, Colibrí.

-Pero usted dijo antes que no había más ama nueva...

-No... no hay más ama nueva. Pero cuando una pasión nos hace su esclavo, el ama es la desesperación, y el rumbo, la ruta de la desgracia... ¡Mira.-.!

Se ha detenido sujetando al muchacho. Ya están muy cerca de la entrada de las caballerizas y no se ve por ahí ningún sirviente. Pero alguien saca un caballo del pesebre.

Unas manos blancas buscan al azar una montura, se' extienden hasta alcanzar uno de los frenos colgados de la vía central de la cuadra... Una mujer se dispone a ensillar por sí misma un caballo, y hacia ella va Juan con rápido paso, ofreciéndose:

-¿Puedo ayudarla en algo?

-¡Oh... Usted...! -se sorprende Mónica.

-¿No hay un criado que pueda hacer esto en su lugar?

-Sin duda, pero es muy temprano y prefiero no molestar a nadie ¿Quiere seguir su camino y dejarme en paz?

-Mi camino es éste. Santa Mónica. Me acerqué para ensillar un caballo en el que dar un paseo. Me es igual ensillar dos o, mejor aún, enganchar mi cochecito y llevarla, ya que parece gustar, como yo, de los aires matinales. ¿A dónde es el paseo? Colibrí, ayúdame un poco... Vamos a enganchar el coche...

-Sí, patrón,.. Volando... -aprueba el muchachuelo alegremente.

-Ya le he dicho que no quiero que nadie se moleste por mí.

-No es molestia; al contrario. ¿No ha visto la alegría de ese monigote? Le tiene horror a los caballos... le encanta la idea de que vayamos a pasear en coche. Daremos un paseo al llevarla a usted a donde vaya. No creo tener nada que hacer en todo el día.

-Usted sólo tiene que hacer una cosa, Juan: marcharse... Irse pronto... ¡Irse para siempre!

-¡Caramba! ¿No sabe usted decirme otra cosa? Resulta monótono escucharla. Cuando no aconseja u ordena, insulta. Resulta usted terrible, señorita Molnar -comenta Juan en tono de guasa.

-¿Cómo puede bromear? ¿Es que no se da cuenta de" la situación en que nos coloca a todos su presencia aquí? ¿Por qué se empeña en quedarse? ¿Qué espera? ¿Qué aguarda?

-¿Alguna vez se le ha ocurrido a usted preguntarse qué espera, qué aguarda el náufrago que en medio del mar se aterra a un resto de lo que fue su nave, mientras el sol abrasador le tortura hasta enloquecerle, mientras la sed le afiebra y le extenúa el hambre, mientras a su alrededor ve asomarse a las feroces bestias del mar? ¿Se ha preguntado usted qué aguarda, cuando con sus ojos casi ciegos recorre el horizonte por donde no se asoma la esperanza de un barco? ¿Por qué sigue aferrado al madero con los dedos heridos, crispados? ¿Por qué sigue tragando el agua amarga que le cae en los labios, en lugar de soltarse y acabar de una vez? ¿Por qué lo hace? ¿Por qué?

-Bueno... -reflexiona Mónica, dubitativa-. Eso es distinto. Será por instinto de conservación, por deber y derecho humano de defender su vida... ¡E1 espera un milagro que lo salve! Pero usted...

-Yo estoy como ese náufrago. Santa Mónica, y no creo en los milagros...

-¿Y no cree tampoco en la bondad-humana, Juan de Dios?

-No, no creo en ella. Aunque me dé usted ese ridículo hombre que-no tengo por qué llevar. Supongo que se burla de mí con el mismo derecho que yo de su presunta santidad.

-Yo no me burlo de nadie, Juan. Primero le creí a usted una fiera, un bárbaro... No voy - a negárselo. Después, al saberle hombre, al sentirle humano, al ver que a pesar suyo no es Indiferente a la amistad de Renato y no fue del todo sordo a mis súplicas, tengo que decirle: ¿Para qué prolongar esta situación horrible? Acepte su fracaso y váyase.

-Yo no he fracasado. Aimée me quiere. A su modo, pero me quiere. Sin santidad, sin dignidad, .si me deja que le hable claro. Me quiere y me prefiere, como tantas veces me prefirieron las mujerzuelas de las tabernas del puerto. Creo que es capaz de venir conmigo a donde yo quiera llevarla.

-¿Pero está loco? ¿Están locos los dos? ¿Cómo puede estar pensando en una cosa semejante? ¿Quiere... pretende... espera...? -

-Me ha pedido que no la abandone; me lo ha suplicado llorando. Cuando usted llegó anoche tan oportunamente a ocupar su lugar, eso era lo que ella. me pedía, y mi respuesta fue aceptar el cargo que me ofrecía Renato.

-¡No! ¡No es posible! ¡No puede llegar a ese extremo la maldad humana!

-La maldad humana es capaz de llegar infinitamente más lejos de cuanto usted pueda imaginar- asegura Juan con gesto adusto y voz enronquecida.

-¡No! ¡No! ¡Tendrían que ser dos monstruos! ¡No pueden destrozar así el honor y la vida de Renato! ¡No pueden herirle de esa manera, porque hay un Dios en los cielos y ese Dios enviaría sobre, ustedes sus rayos... ¡

-No diga tonterías. Santa Mónica -ríe Juan amargamente. Y volviéndose hacia donde se encuentra el muchacho negro, lo llama-: ¡Colibrí! ¡Ven acá! Acércate... Quítate la camisa..

-¿Cómo? ¿Qué? -se extraña Mónica.

-Esta señorita quiere ver tu espalda. Colibrí. Quiere ver las huellas de tus golpes y de tus quemaduras. Quiere enterarse, porque no lo sabe y va a palparlo en este momento, hasta qué extremos pueden llegar la maldad y la crueldad humanas. Quiero que le cuentes lo que ha sido tu vida, lo que han hecho contigo aquéllos con quienes estabas antes. Y quiero que usted escuche esos relatos, señorita Molnar, y que después me diga dónde estaba Dios cuando las bestias con figura humana, que fueron sus amos, lo maltrataban de esta manera. ¡Quiero que me diga usted dónde estaba Dios, señorita Molnar, y por qué no envió entonces uno de sus rayos!

Brusco, violento, relampagueante la mirada, Juan del Diablo ha despojado a Colibrí de su camisa de hilo blanco, desnudando el pequeño cuerpo, alzándolo en sus brazos para que ella pueda verlo más de cerca, mirando con ansia el bello rostro de mujer, que ya no expresa indignación ni cólera, sino espanto, dolor y piedad, cuando balbucea:

-No... no es posible... Este niño... esta pobre criatura...

-Véalo, pálpelo, escúchelo hablar. El le dirá lo que puede sufrir una criatura humana sin que se conmuevan los cielos. Mire estos hombros destrozados por las cargas de leña, superiores a sus fuerzas de niño; estos pobres huesos deformados por el hambre y los malos tratos. Vea las cicatrices de las quemaduras, de los latigazos... Para los hombres que lo explotaban era menos que una bestia, menos que un perro cubierto de carroña: era un niño negro, huérfano, abandonado, sin una ley capaz de protegerlo, sin una mano que se -alzara para detener la de sus verdugos...

-¿Pero dónde? ¿Dónde halló usted a esta criatura?

-¿Dónde? ¡Qué más da! ¿Acaso no hay millares como él? ¿Acaso estas horrendas cosas no pasan en todos los rincones de la tierra? ¿Acaso cada día no se cometen atrocidades semejantes bajo todos los cielos? Sí... la crueldad humana es infinita y Dios no envía sus rayos... Siguen triunfando los malvados, siguen los fuertes pisoteando a los débiles. Y cuando una de estas criaturas, tratadas peor que una sabandija, logra sobrevivir y se alza llena de todo el rencor del mundo, saturada de toda la crueldad que contra ella usaron, cuando un niño así llega a hombre, ¿cómo puede pedirle a nadie que se sacrifique por los que siempre fueron dichosos? ¿Cómo puede esperar nadie de él más que odio y crueldad?

-Pero usted... usted...

-Sí... Yo soy ése... Me enseñaron a odiar, a herir antes de que me hiriesen, a matar para que no me mataran, y si no hubiera logrado aprender esa lección, que tan duramente *me* enseñaron, no estaría vivo frente a usted, señorita Molnar. No espere de mí nada; no espere conmoverme jamás con súplicas y lágrimas. Las odio, las detesto, no sé lo que es piedad. Seguiré por mi camino, destrozándolo todo si es preciso. Y no tenga usted miedo, ¡que Dios no envía sus rayos! Nada tengo resuelto con respecto a su hermana, pero no es por piedad. Ignoro el significado de esa palabra... Ahora, voy a enganchar el coche para llevarla a ese maldito viaje...

Se ha alejado dejando antes en el suelo, junto a ella, el oscuro muchacho semidesnudo que la mira con los grandes ojos llenos de asombro. Y ella se inclina contemplándolo como si por primera vez le mirase, y viese a través de él mucho más allá; todo un mundo dolorido y trágico. Y en ese mundo, Juan .. .el niño que fue Juan del Diablo... Y mientras piensa en él, sus blancas manos resbalan acariciando la piel. oscura de Colibrí, sus horribles cicatrices,

aquella pobre carne cándidamente negra, inocente y torturada, y de pronto le estrecha contra su corazón y lo besa con una ternura nueva, pura y distinta, que cual un diáfano manantial le sube desde el corazón hasta los labios, de donde brota con infinita piedad el lamento:

-¡Pobre Colibrí!

-¿Usted es el ama nueva? El patrón dijo que veníamos a la Martinica a buscar al ama nueva... Después dijo que no había más ama nueva, pero ahora... ahora... El dijo que el ama era linda, que el ama era buena.... -La ha mirado con un ansia encendida en las pupilas color de azabache, con un hambre de calor y cariño, y Mónica vuelve a estrechar contra su pecho la redonda cabeza de cortísimos cabellos rizados-. Es usted mi ama nueva, ¿verdad?

-No, Colibrí. Ni tuya ni de nadie. De nadie soy ama, porque nada me pertenece en este mundo... Ni siquiera mi corazón...

-Listo el cochecito. ¿Quiere montar? -la interrumpe Juan que llega con el coche, parándolo frente a ella.

-¿Por qué tiene que molestarse por mí? "-Porque no es molestia ni me cuesta nada. Lo que no cuesta nada se da con facilidad...

-Tiene razón. Tiene razón en eso, como en muchas cosas más.

-Tengo razón en todo -asevera Juan con rudeza-. Cuanto digo no es más que la verdad.

-No es verdad todo cuanto dice -refuta Mónica suavemente-. Usted niega que en su corazón haya piedad, usted niega que haya amor, y hay ambas cosas, Juan de Dios.

-¡Juan del Diablo! -se encrespa Juan.

-Como usted quiera... Juan del Diablo... capaz de ayudar a una mujer que le fastidia y de salvar a este niño, rescatándolo de un infierno por el que usted mismo ha cruzado...

-¡No lo hice por piedad!

-¿Por odio entonces? -indaga Mónica con ironía.

-Tal vez... o acaso por egoísmo. Colibrí soy yo mismo, su infancia fue mi infancia. También a mí, algunas veces. Quien supo mirarme como a un ser humano...

-Renato D'Autremont... Recuerdo una por una las palabras que pronunció ayer. El padre de Renato también quiso rescatarle...

-¿El padre de Renato? Creo preferible que no hablemos del padre de Renato, Santa Mónica.

-¿Por qué?

-Porque... llegaría usted tarde a donde va... Vamos, arriba... Tú también. Colibrí. Sube con ella. No es la primera vez que Santa Mónica te lleva a su lado.

-Ni será la última. Colibrí es mi amigo ya.

-Muy bonita frase, pero no me conmueve.

-¡Ni aspira a conmoverlo, Juan del Diablo! -se enfurece Mónica.

-¿Quiere usted un "plantador", ¿Noel?

-¡Oh... caramba! -se sorprende el notario acercándose a Juan.

-Sírvase éste. Llenaré para mí otro vaso. Supongo que cuando ponen aquí este hermoso jarro y estos vasos, será para que los huéspedes nos atendamos solos. ¡A la salud de usted, Noel!

-No, no, gracias, Juan, no voy a tomarme ese brebaje. Pero gracias a Dios que te echo por fin la vista encima...

El notario se ha acercado hasta la mesa de mimbre que sostiene media docena de vasos y una gran jarra de aquella popular bebida martiniqueña hecha de jugo de pina con ron blanco, y observa con desconfianza el vaso lleno, mientras Juan apura el suyo hasta el fondo y vuelve a llenarlo.

-Llevo dos horas dando vueltas en la casa sin tropezar con nadie, ni siquiera con un sirviente.

-Beba Su "plantador"... resulta refrescante -invita Juan haciendo caso omiso de la observación de Pedro Noel.

-¿Quieres decirme lo que ha pasado, Juan?

-Poca cosa, por no decir, nada. Creo que está a la vista.

-No vas a querer volverme loco, ¿eh? Creo que si estoy aquí fue porque me espantaste, porque saliste de mi casa de una manera que me dejaste -turulato. Hubiera pensado que estabas loco, que de repente te habías trastornado, si no fuera por lo extrañadísimo que es todo cuanto está pasando.

-Sí, todo es extraño, sorprendente...

-Anoche, por tu actitud y por tus medias palabras, entendí que debía callarme la boca. Muerto de inquietud y de curiosidad, estuve esperándote en mi cuarto, pero amaneció y no llegaste por allá. Salí a buscarte y no estabas en la casa ni nadie supo darme razón de tí... ¡Por Dios vivo, respóndeme, Juan ¡.

-¿Qué quiere que le responda?

-Lo que está pasando... lo que ha pasado. Te enfureciste hasta perder la razón cuando leíste la tarjeta del matrimonio de Renato con la señorita Molnar. Pareció enloquecerte de furia la noticia de esa boda. Saliste con cara de degollar a tres o cuatro. Pasé una noche horrible, salí hacia aquí con mil trabajos y en un coche alquilado que me dejó a mitad del camino, y cuando por fin llego a esta casa te hallo mano a mano con Renato, en calidad de huésped de honor.

-En calidad de futuro administrador de Campo Real. Al menos, esa fue la proposición de Renato. Y yo la he aceptado.

-Pero... pero... cada palabra que dices me enreda más. ¿Viniste en esa forma tan extraordinaria para que Renato te nombrara su nuevo administrador? Me estabas hablando de mil cosas distintas, de mil proyectos: de arreglar tus papeles, de armar un tren de pesca, de reconstruir la cabaña, o mejor dicho, de hacer una residencia habitable en tu Peñón del Diablo, de casarte... Y de pronto...

-De pronto, todo se vino abajo. Fue como si esas montañas que tenemos delante cayesen hechas polvo, como si se abriese la tierra y por sus grietas vomitase fuego, como si el mar se alzara para pasar barriendo y arrasando cuanto hallara a su paso... Pero, olvídese de cuanto le preocupe o le moleste. Beba su "plantador", y aguardemos... Yo le acompaño con el tercer vaso.

-¡Basta! No estoy para bromas. ¿A qué hemos de aguardar?

-Es lo que me pregunto yo a mí mismo. ¿A qué aguardar? ¿A qué estoy aguardando? -confiesa Juan con lenta amargura. Mas de pronto, cambiando a un tono medio irónico, medio jovial, exclama ¡Oh… Aquí llega la joven señora D'Autremont. Anoche no me hizo el honor de sentarse a la mesa. Ahora sí parece dispuesta a hacemos los honores de la casa. Qué bella es, ¿verdad. Noel?

Con los labios entreabiertos de asombro, ha vuelto la cabeza el notario para ver acercarse a Aimée, realmente deslumbrante en estos momentos. Lleva un ceñido traje de seda roja, lo bastante escotado para mostrar él cuello perfecto, los impecables brazos de color de ámbar. Los brillantes cabellos negros, recogidos con gracia criolla, caen por el cuello hasta la espalda, brillan los ojos negros como dos estrellas tropicales, y se entreabre la boca fresca, jugosa, tentadora, con una sonrisa indefinible, como si destilara miel y veneno al propio tiempo. Tras mirarla a ella. Noel observa a Juan, que ha palidecido bajo la piel tostada. Un instante cruza por sus pupilas un relámpago de amor y de odio, de desesperación v de deseo, también de ciega e insensata esperanza, y escapa la súplica angustiada de la garganta del viejo amigo:

-¡Juan... Juan... ¡tienes que salir inmediatamente de esta casa!

-Buenas tardes -saluda Aimée aproximándose adonde se hallan los dos hombres.

-Buenas tardes, señorita -corresponde Noel visiblemente turbado.

-Señora ya, señor Noel -rectifica Aimée con suave naturalidad-. ¿Cómo está usted? Anoche no tuve la oportunidad de saludarlo. No me sentía bien y me acosté temprano. ¿Hizo un buen viaje?

-Regular nada más.

-Vino usted llamado por mi esposo, ¿verdad? Los dos hombres se han mirado en silencio: el anciano notario totalmente desconcertado; Juan con su amarga sonrisa de cinismo en los labios, la fiera máscara helada que impone a su dolor y a su amor. Como si tomara una resolución repentina, responde Noel a la espléndida muchacha:

-En realidad, vine para ocuparme de los asuntos de Juan.

-¿Ah, sí? ¿Llamado por él?

-No precisamente llamado, sino por la necesidad de puntualizar ciertas cosas. El bueno de Juan, que es mi amigo y cliente desde que era niño, es demasiado violento, demasiado arrebatado. Me dio una serie de órdenes tan confusas cuando estuvo en mi casa, que no pude entender lo que de veras quería. El tenía sus proyectos al llegar, que me parecieron excelentes. .. Quiere cambiar *va* goleta por unos cuantos barcos pesqueros, reconstruir su casa en el Peñón del Diablo, poner en orden sus papeles, emplear razonablemente el dinero que trae... Son ideas excelentes... -Y con marcada intención, prosigue-: Sería criminal si alguien tratara de quitárselas, de llevarle por otros rumbos... No, no exagero, señora D'Autremont. Seria sencillamente criminal... Juan, he venido a buscarte; tu presencia es necesaria en Saint-Pierre...

-Aquí también hace mucha falta... más falta que en ninguna parte -asegura Aimée-. Renato cuenta con él. Está en apuros graves, precisamente por su falta de carácter. Si Juan se encarga de la administración de Campo Real, será aquí el verdadero amo.

-Creo que .el único verdadero amo debe ser el señor D'Autremont -rectifica Pedro Noel-. Juan es demasiado independiente, demasiado violento, demasiado impetuoso para poder someterse a los intereses de nadie. Por el bien de todos, es mejor que venga conmigo ahora mismo.

-No iré. Noel, no iré -rehúsa Juan-. La señora D'Autremont ha dicho una cosa muy interesante, y en la que tiene más razón de lasque ella misma piensa. Si me quedo en Campo Real, seré el amo de todo. Es grato mandar donde se ha sido menos que el último sirviente...

-¡no es grato hacer daño a los que sólo bien nos desean! -rebate el viejo notario.

-El bien y el mal son dos conceptos muy confusos; cambian según quien lo reciba y quien lo haga -sentencia Juan.

-¡Caramba! No te conocía como filósofo, Juan -comenta Renato que ha oído las últimas palabras de Juan, y se ha acercado al grupo-. Buenas tardes a, todos. Me alegro de verte con tan buena cara, Aimée... Pero volviendo a tus palabras, Juan, déjame decirte que difiero de tu opinión. El bien .y el mal son cosas concretas y claras. El camino recto no es más que uno y tarde o temprano se arrepienten los que lo abandonan. Cada hombre honrado lleva un juez en su corazón...

-¡Caramba... cada hombre honrado! ¿Conoces tú a muchos de esa clase?

-Conozco por lo menos a dos, y los tengo delante. Por eso quiero que me ayuden a gobernar esta finca, que es casi como un pequeño estado. Pero sentémonos, ¿no les parece? Tomemos algo...

-Para mí, medio vaso -indica Aimée-. Digo, si es que me permiten quedarme en esta reunión de caballeros...

-Por supuesto -accede Renato-. He pasado la noche y parte de la mañana acompañando a mi madre...

-¿Doña Sofía se encuentra mal? -se interesa Noel.

-Sí. Por desgracia, cada día más delicada, lo cual hace mi labor más difícil. Mi madre y yo, que nos adoramos, solemos, no obstante, vivir en absoluto desacuerdo. Muy rara vez acertamos a compaginar algo; pero, cediendo yo un poco y ella otro poco, hemos logrado firmar la paz...

Ha hecho una pausa, apurando el contenido de aquella bebida de aspecto refrescante que pone fuego en las venas, mientras se cruzan en el aire las miradas de los demás. El ambiente

se hace cada vez más espeso, como si bajo el cielo encapotado las pasiones contenidas se hinchasen lentamente con turbias ráfagas de tempestad. Pero Renato sigue hablando con su voz clara y amable de caballero:

-¿Sería pedirle demasiado, Noel, que volviera a ser nuestro consejero legal?

-Bueno, Renato... yo... Si ha hablado usted con su madre claramente, sabrá...

-Mi madre está conforme. Acepta y me da con ello una alegría. Juan aceptó ya... No creo que vas a volverte atrás, Juan. He hablado mucho de tí con mi madre...

-Voy a usar, acaso prematuramente, de mis derechos de consejero, y con toda franqueza, aunque sea delante de Juan, no me parece que ésa sea una medida acertada. Juan, que en efecto ha decidido cambiar de vida tiene otros proyectos que van mejor con su carácter. Yo me encargaré de ayudarle a realizarlos. Arreglaremos sus papeles, construiremos una verdadera casa en el Cabo del Diablo... Estoy seguro que por muy poco dinero puede quedar todo eso arreglado. ¿No le hablaste a Renato también de tu proyecto de un tren de pesca? El negocio puede ser muy bueno en manos de un hombre como Juan...

-Tan bueno que podemos hacerlo en grande. Noel -afirma Renato-. Campo Real tiene leguas de la costa más rica en pescado de la isla entera. Una vez que hayamos arreglado las cosas de la plantación, podemos intentar...

Renato ha seguido hablando, pero Juan no le escucha, no ha oído apenas sus- palabras. Se ha ido alejando hasta llegar a la baranda que da sobre el jardín y Aimée se pone de pie suavemente, yendo tras él.

Noel ha mirado a Renato que contempla las dos figuras, juntas ya cerca de la baranda. Pero ni un músculo se mueve en su fino rostro impasible, no hay en sus ojos una expresión que pueda delatar lo que pasa por su alma. Su mano se extiende para llenar de nuevo el vaso, y luego lo lleva a sus labios apurándolo despacio, saboreándolo...

-Quisiera que habláramos a solas, Renato.

-Casi a solas estamos. Noel.

-Bueno, pero no es eso. Quiero decir en tu despacho, con una gran calma, con una absoluta libertad de decirte...

-¿Para qué. Noel? ¿Para aconsejarme que no deje a Juan en esta casa? Es inútil. Tal vez no debí haberlo traído nunca. En realidad, no lo traje, vino por si mismo, como si su destino' lo empujara, y se quedará... Se quedará, porque es mi deseo más ardiente. ¡Por que me he empeñado yo en que se quede!

-Juan, ¿me oyes? ¡Juan...!

La voz de Aimée suena inútilmente cargada de pasión... Juan no le responde, no vuelve la cabeza para mirarla. Sólo sus mandíbulas se aprietan un poco más, acaso se crispan sus manos apoyadas en la baranda y se hace más intensa la fiera expresión de sus pupilas, fijas, sin verlo ni mirarlo, en el abierto paisaje. Pero Aimée da un paso acercándose más, indiferente a los ojos que tras ellos siguen cada uno de sus movimientos, y a la vez temblando como si con aquel temblar, temer y esperar, llenara hasta los bordes el vaso sombrío de sus emociones.

-Juan, ¿qué has decidido de nuestras vidas?

-¿De tu vida? -contesta Juan en tono bajo, pero desdeñoso y cortante-. Nada. Tú misma decidiste, tú misma escogiste el camino, tú misma señalaste la meta a la que querías llegar, a la que ya has llegado. Estás en ella, en la cumbre... Todo lo que tu vista alcanza te pertenece... • Es justo que lo pagues con la moneda de tu cuerpo. Y no digo con la moneda de tu alma porque no creo que tengas alma...

-Tú eres el único que no tiene derecho a dudarlo. No rehuyas los ojos, mírame a la cara para decirme eso.

-¡NO pienso volver a mirarte a la cara! -escupe Juan al tiempo que se aleja.

-¡Juan! -llama Aimée, y alzando más la voz, repite-:

-¡Juan...!

-¿Qué pasa? -pregunta Renato acercándose a su esposa.

-¡Oh, nada! -intenta disimular Aimée realizando un enorme esfuerzo-. Juan parece

totalmente sordo. Le estaba preguntando algo... algo sobre el tiempo. Supongo que para un navegante no será difícil...

El trepidar de un trueno y una ráfaga de viento huracanado han interrumpido las vacuas palabras de Aimée, y Renato observa con frialdad:

-Creo que para nadie es difícil predecir el mal tiempo cuando ya está sobre nosotros.

-No... claro... Soy tonta, ¿verdad? Bendito sea Dios! Llueve a cántaros... y ese Juan... -Ha extendido la mano, sin saber qué hacer ni qué decir, totalmente desconcertada, señalando al hombre que marcha firme y descuidado, indiferente a la lluvia, al viento, al temporal que ya descarga sobre el valle, haciendo más rápido el crepúsculo que llega-, ¿Tu has visto qué hombre más extraño, Renato? Estábamos hablando del mal tiempo, y de pronto se va... Se va bajo esa lluvia... Supongo que no estará loco tu nuevo administrador. Sería una verdadera lástima, porque tenías razón, gana mucho con el trato. Acercándose a él, hablándole, ¡qué simpático resulta tu Juan del Diablo! ¡Qué pintoresco y qué simpático!

-¿Puedo saber en qué ocasión, en qué momento has hablado con Juan lo suficiente como para cambiar de ideas con respecto a él?

Aimée se ha vuelto sacudiendo la cabeza, como para despertar, como para volver a la realidad. Mira los ojos de su esposo, fijos, clavados en su rostro como si pretendiese adivinar qué es lo que pasa por su alma, y balbucea:

-Bueno... ahora mismo. Estábamos aquí, juntos, hablando, mientras mirábamos las nubes...

-Me parece que eras tú sola la que hablaba. Ni una sola vez vi a él volver hacia tí la cabeza para mirarte... ni una sola.

-¡Caramba, no penseque te fijaras tanto! Por lo que se ve, estabas espiando nuestros menores movimientos...

-No espiaba; te miraba, te miraba como siempre que estás al alcance de mi vista. Soy un hombre que te quiere, Aimée.

-¡Oh, ya lo sé! De lo contrario, no te hubieras casado. Ahórrame el recordatorio de que no traje dote al matrimonio.

-Sólo un villano podría hacer a su esposa una alusión semejante. Sólo un villano, Aimée; pero desde ayer es la tercera vez que me tratas como a un villano.

-Desde ayer estás como loco, como una fiera: nervioso, exasperado, desconfiando de mi, atormentándome... Supongo que te peleaste con tu madre y como con ella no puedes desahogarte ...

-Por cuarta vez me ofendes, Aimée. ¿Qué tienes? ¿Por qué has cambiado como has cambiado? ¿Por qué en unas horas toda tu suavidad, toda tu dulzura...?

-Toda mi dulzura, ¿qué? ¡Acaba!

-Es que no sé ni cómo empezar. Tú sabes que yo me había hecho el propósito de no discutir jamás contigo, sabes que tenía la ilusión de que viviésemos el uno junto al otro adivinándonos los pensamientos, de que nuestros sentimientos fueran como uno solo, de que con sólo una mirada llegase cada uno al fondo del alma del otro...

-¡Oh, eres terriblemente romántico, Renato! -interrumpe Aimée con cierto malhumor-. Quieres hacer de la vida un idilio, un poema, y la vida tiene muchos días vulgares, muchas horas malas, muchos momentos desagradables en los que no se puede vivir soñando...

-¡Pero sí amando!

-Bueno, a todas horas...

-*¡A* todas horas! ¡Siempre! Ese fue mi propósito y tú lo compartías, lo aceptabas y lo juramos, lo juramos los dos frente al altar. ¿Es que tan pronto te has olvidado? Juraste ser como parte de mí mismo, y yo juré llevarte sobre mi corazón y amarte como mi propia carne. ¡Pronto lo has olvidado!

-¡Es que te has vuelto insoportable"...! -Exclama Aimée con ira, alzando la voz.

-No grites. Noel nos está mirando -reconviene Renato en tono bajo y firme-. No quiero

darle el triste espectáculo de nuestras desavenencias.

-¡Lo siento, pero no sé disimular!

-Tienes que hacerlo, puesto que eres una D'Autremont.

-¡Caramba... mucho había tardado en salir el ilustre apellido!

-¿Qué dices? -se sorprende Renato.

-Que no lo menciones más, porque estoy harta de él, ¿entiendes? ¡Harta! Como de esta finca, de esta casa y de...

-¡Cállate! -ordena imperioso Renato. Luego, cambiando el tono, se dirige al viejo notario-: Acérquese, Noel. Estábamos comprobando que llueve a cántaros.

-Sí, tenemos arriba una buena tormenta, pero no hay motivo para extrañarse, pues es lo de casi todos los días. Sin embargo, parece que es pasajera y ya va amainando.

Noel se ha acercado a la baranda, observando al pasar, con su mirada comprensiva y penetrante, los rostros demudados del joven D'Autremont y de su esposa. Ella está muy pálida y a él le tiemblan los labios. La mirada del viejo mira sin ver en la noche tormentosa, y vuelve a ellos más tranquila tras no haber hallado rastro de Juan. Y desviando la conversación, pregunta:

-¿No tendré el honor de saludar hoy a doña Sofía?

-Me temo que no. Noel. Es lo que estaba tratando de explicarles antes. Entre mi madre y yo hay cierta disparidad de criterio. A pesar de que yo he tratado por todos los medios evitarlo, nos hemos disgustado. Es usted un amigo de bastante confianza para que yo no se lo oculte... Más que un amigo, puesto que acabo de nombrarlo nuestro asesor legal.

-Y ya lo dije antes: que mucho me temo que parte de ese disgusto haya sido por mi nombramiento...

-No, mi madre se resiente de la presencia de Juan. Pero tampoco Aimée simpatizaba con él. Ahora tengo la esperanza de que cambie mi madre al igual que mi esposa ha cambiado... aunque sea de un modo menos rápido...

Ha mirado a Aimée de un modo extraño y ella vuelve la cabeza esquivando aquella mirada, que Noel capta plenamente. Como si se arrojase al agua, el viejo notario se decide:

-¿Y por qué ese empeño de traer a Juan a Campo Real, Renato?

-Usted es el que menos debería preguntarlo, puesto que sabe que ésa fue la voluntad expresa de mi padre. Esperé encontrar en usted un aliado, y me resulta todo lo contrario.

-Estoy tratando de velar por la tranquilidad de esta casa. Juan es joven y violento; probablemente disoluto, de carácter muy independiente, y me temo que bastante mal educado. Su presencia en el salón de doña Sofía...

-No tiene por qué frecuentarlo. Como administrador puede construírsele una pequeña casa en cualquier otro lugar de la finca. Allí puede vivir a su modo y hacer lo que le plazca.

-Me parece una gran idea. -Aimée ha hablado, totalmente serena ya, con un raro relámpago en las pupilas de azabache, y parece desafiar la mirada sorprendida de los dos hombres, dominando la situación con soltura mundana-. Es una forma de compaginar las cosas. Yo sé que Renato no tiene otro deseo. Usted como amigo, y yo como esposa;. Noel, vamos a hacer todo lo posible por complacerlo y ayudarlo. Creo que a usted no le falta autoridad ni diplomacia para amansar un poco a ese gato montes de Juan de1 Diablo. Hágalo, Noel, hágalo... por Renato.

Sólo unos pasos se ha alejado el notario, de la joven pareja; sólo un instante les ha dejado solos, tratando a su vez de serenarse, de penetrar hasta el fondo el torbellino oscuro que ve agitarse en derredor. Pero ese momento ha bastado para que Aimée sonría a Renato, para que se apoye en su brazo haciéndole sentir la cálida y tierna presión de sus dedos, alzando la cabeza para mirarle muy cerca, frente a frente, con aquella mirada suya, intensa y cálida, cuyos efectos conoce muy bien, y susurra con humildad: ^

-Perdóname, Renato, a veces soy violenta, impaciente, malcriada. .. Sí, lo reconozco. Es mi carácter, y-tal vez no le falte razón a los que aseguran que me mimaron demasiado. Perdóname... Yo sé que a veces me pongo insoportable; pero es sólo un momento, mi Renato. Es

como una ráfaga... qué sé yo... una especie de explosión de mis nervios... Naturalmente, no se puede tener en cuenta nada de lo que digo cuando estoy así, porque nada es verdad. Doy una impresión malísima, lo sé perfectamente: la impresión de odiar lo que más amo. Pero yo sé que tú eres capaz de comprenderme... de comprenderme y de perdonarme, ¿verdad?

-Tal vez yo deba también pedirte perdón -se disculpa Renato suave, pero dubitativo-: te traté ruda y ásperamente... Pero dijiste cosas tan duras y tan extrañas... Dijiste que odiabas mi nombre, mi casa; esta casa y este nombre que son tuyos, porque junto con mi alma y mi corazón entero te los he dado. Sentí algo espantoso, Aimée. Tuve la horrible sensación de que todo era mentira en la vida, porque tú habías sido capaz de mentirme y de engañarme. ¡La horrenda impresión de que nunca me habías querido!

-¡Pero qué locura, Renato! -protesta Aimée con falsa ternura-. Te pido de rodillas que olvides mis palabras. No me des explicación de ellas, no pretendas que yo te diga por qué las dije. Yo misma no lo sé, y ya ni siquiera podría repetirlas. Las he olvidado y es preciso que tú también las olvides. ¡Te lo ruego! Porque te quiero, te adoro, Renato...

Se ha arrojado en sus brazos, que la estrechan con ansia, con un temblor en el que aún vibran la duda y la angustia. Y mientras cerrados los ojos se apoya en aquel pecho leal, Aimée piensa en otros ojos, en otros brazos, en otro pecho más ancho y duro: piensa y sueña un instante, que otra vez está en brazos de Juan del Diablo...

24

BAJO LOS ÁRBOLES, Juan ha estado a punto de tropezar con Mónica, y un momento la mira como si despertara, como si volviese a la realidad desde un torbellino de pesadilla, y es tan terrible la expresión de su rostro que Mónica tiembla como si se asomara a un abismo.

-Juan, ¿qué ha pasado?

-Todavía no ha pasado nada, Santa Mónica. Cálmese... -aconseja Juan conteniéndose a duras penas y con una vibración de ironía en la .voz.

-Estoy perfectamente calmada, pero si pudiera usted verse la cara...

-¿Qué pasa con mi cara? No es tan bella ni tan sugerente como la de Renato, ¿verdad?

-¿Por qué habla siempre en esa forma abominable? Lo hace usted difícil, Juan de Dios...

-¿Por qué no cambia ese estúpido mote?

-Suena un poco menos mal que el que usted se complace en ostentar... empiezo a creer que con menos razón de la que pretende.

-¿De verdad? ¿Qué la hace pensar eso?

-¿No cree que la historia de Colibrí puede ser bastante? Ese niño le adora, Juan. Dice que es usted el hombre más bueno del mundo...

-¿Y él qué sabe? -refuta Juan riendo amargamente.

-¿Qué le pasa? ¿Por qué se ríe así?

-Es mi forma de hacerlo. Me río de usted y de todos los prudentes, como debe reírse el diablo.]Qué maravillosa hipocresía! Usted no quiere sino disimular, tapar, echar tierra sobre la podredumbre, envolver en trapos la llaga...

-Juan, por Dios... -protesta Mónica conteniendo apenas su inflama ira-. ¡Usted...!

-Yo, ¿qué? Acabe... Sea franca, diga la verdad... Insúlteme... si es lo que está deseando. Mientras junta las manos, mientras me mira con cara de cordera, mientras me dice con su dulce vocecita que no soy tan malo, lo que está deseando es que uno de estos rayos me fulmine... Bien, pues dígalo claro, y en paz...

-Yo no le deseo mal ni a usted ni a nadie... A usted menos que a nadie.

-¿Y eso por qué? ¿Porque se lo ordena su moral cristiana? ¡Maravilloso!

-Maravilloso, sí, aunque usted pretende burlarse. Porque nunca me dijeron palabras más sublimes en el idioma humano, que aquéllas de Jesús: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que-os persiguen y os maltratan, rogad a Dios por los que os atormentan".

-¡Fantástico! -trata de reír Juan furioso-. No pensé reírme, Santa Mónica, pero usted tiene el don de provocarme... "Amad a vuestros enemigos" ¿Se practica esa máxima en sociedad? ¿Quién la practica? ¡Ahí, sí, ya sé: el inefable Renato...

-¡Le prohíbo burlarse de él ¡

-¡Caramba! ¡Y con cuánta energía! ¿Por qué lo defiende tanto? Se lo he preguntado ya varias veces, pero no se ha dignado contestar. ¿Por qué. Santa Mónica? ¿Hay también algún precepto de la moral cristiana que ordene dar la vida por un cuñado?

-¡Basta! ¡ Es usted un canalla, un bárbaro!

-¡Qué pronto cambia usted de opinión! Era el hombre más bueno del mundo, y de repente soy un canalla, un bárbaro, un salvaje, una fiera, un demonio... Juan del Diablo. Eso me gusta oírle decir. Dígalo muchas veces, porque a ratos me parece que lo estoy olvidando, y no quiero olvidarlo. Ayúdeme con su odio y con su desprecio. Los necesito, son como un revulsivo, como el hierro candente que se aplica a la mordedura venenosa de un reptil...

-¿Qué se propone entonces? -se desespera Mónica, visiblemente desconcertada-. ¿Qué va a hacer? ¿Piensa aún realizar la infamia de que me habló antes?

-¿Llevarme a Aimée? Le advierto que es lo único que ella desea.

-No puede ser... ¡Está mintiendo ¡

-Vaya a preguntárselo a su hermana, aunque a usted, probablemente, no va a decirle la verdad. Le dirá que yo la persigo, que la amenazo... no que ahora mendiga lo que despreció, que al fin y al cabo prefiere a Juan del Diablo...

-¡Ella no puede sentir ni decir eso! ¡Seria tan baja, tan despreciable... ¡

-Como yo mismo... Repítalo; ya lo dijo una vez: que la despreciaba por ser capaz de amarme. Pues despréciela, siga despreciándola con toda su alma, porque es a mí al que ella quiere, es conmigo, y no con el caballero D'Autremont, con quien desea estar... Es traidora, ambiciosa y malvada, pero es una mujer de carne y hueso, no como usted, de pasta celestial ... Es usted impecable e intocable; pero con toda su pureza, me temo que ha puesto los ojos donde no debe, donde no se lo permite su moral cristiana...

-¡Basta... cállese! ¡De mí no tiene usted que decir nada! ¡Canalla!

-¡Quieta! -ordena Juan, sujetándola con firmeza-. No se atreva a abofetearme. De caballero no tengo más que la ropa. Iba usted a pasarlo muy mal...

-Todo es en usted abuso y dureza. ¡Oh, déjeme!

-Por supuesto... Dejarla... No me interesan sus sentimientos. Allá Renato si tiene la suerte de que usted le quiera. Sólo le señalo su tejado de vidrio para que no tire piedras al de los demás, y para que no se interponga en mi camino.

-¡No seguirá por él! Voy a impedir por todos los medios que logre usted lo que se propone. ¡Voy a luchar con todas las armas!

-Tenga cuidado no se vuelvan contra su Renato...

-¡No es mi Renato ni lo será nunca! -exclama Mónica en tranca desesperación-. Pero usted no hará lo que se propone, no se llevará a Aimée de esta casa, ¡porque antes soy capaz de matarlo!

Juan que ha vuelto a tomarle las manos sujetándolas fuerte entre las suyas duras y anchas, y un instante la mira sintiéndola por primera vez mujer junto a él, mientras algo parecido a una sonrisa se asoma a sus labios cuando recalca:

-De modo que es cierto: quiere usted a Renato... Y por él es capaz hasta de amenazarme de muerte. No la creía capaz de tanto. Tiene usted temple hasta para matar con estas manos blancas y suaves, que tienen uñas como garras, según veo. ¿Sabe que de pronto me resulta usted interesante? No hay duda de que también es bella. Sobre todo, como está ahora, forcejeando como una gata salvaje, perdido totalmente el aire de abadesa... ¡Ay, fiera!

Juan la ha soltado. Mónica ha clavado fieramente los dientes en su mano, y ahora huye mientras él, sorprendido, se restaña la sangre, y comenta burlón:

-¡Demonios con la santa!

-Mónica, hija, ¿qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Estás cansada?

-Sí, madre, muy cansada...

Con esfuerzo, Mónica se ha puesto de pie dulcemente ayudada por las manos temblorosas de su madre. Están en su alcoba y la señora Molnar acaba de encontrarla de rodillas, juntas las manos, hundido el rostro entre los brazos, como desmayada sobre el lecho. Lleva ahí mucho, rato, desde que llegara del campo tras su encuentro con Juan, y hay una oleada de rubor en sus mejillas cuando la mirada de su madre se clava en ella interrogante. Su cabeza se inclina con la horrible impresión de que la acusación de Juan ha dejado sobre ella una huella visible. .. Si, tiembla, se estremece, agoniza pensando que los ojos de aquel hombre han penetrado hasta el fondo de su alma, que está frente a él como desnuda, que acaso también esté como desnuda frente a los demás, y cree ver un reproche hasta en aquellos ojos cansados, nublados por las lágrimas, los ojos de su madre que la miran con pena, al quejarse:

-No sabes lo que me atormenta que tengas que sufrir así por tu hermana, tú que podrías ser feliz en el camino que elegiste, tú que conoces las pasiones... Acaso hice mal en rogarte que defendieras a tu hermana...

-No hiciste mal... Sólo pienso que ella no desea ser defendida.

-¿Te lo dijo tu hermana? ¿Le hablaste?

-No; hablé con él, con Juan del Diablo, que no renuncia a lo que llama su desquite, su venganza... Que asegura que es a él, sólo a él a quien Aimée quiere; que rudamente me ordena apañarme de su camino... Y a veces pienso que ese hombre tuvo razón al insultarme...

-¿Pero te ha insultado?

-Es como un tigre en celo. La quiere... la quiere, siente que las circunstancias lo acorralan y como un tigre se defiende a zarpazos. Mas no es eso, madre, no es temor lo que me inspira. Es... qué sé yo... qué sé yo...

-Pero tú estabas decidida, firme. ¿Qué ha podido decirte para cambiarte así? ¿Qué amenaza ha podido formular?

-No fue una amenaza, fue sólo una horrible verdad.

-¿Y qué pudo hallar él contra ti? Tú tienes toda la fuerza, toda la autoridad moral necesaria... Tu conducta, tu dignidad, tu pureza...

-Mi pureza... -repite Mónica con amargura.

-¿Por qué lo dices de ese modo, hija? ¡Me alarmas!

-No, madre, no te alarmes... Es puro mi cuerpo. Fui hasta hoy, a costa de todo, por caminos de pureza y de dignidad; pero a veces un sentimiento nace y es como una planta venenosa cuyas raíces se nos clavan adentro pudriéndonos el alma. A veces pienso que deberíamos huir, irnos lejos, buscar, como soñé un día, la paz... ¡la paz para mi alma en el fondo de un claustro o de una tumba!

-¿Qué dices? ¿Por qué hablas de ese modo?

-No debo hablar así, es verdad. No debo hablarte a ti de este modo... Pero ese hombre...

-¿Qué pasa con ese hombre? Es un malvado, ¿verdad? Un malvado empeñado en traernos la desgracia...

-A veces ni siquiera me parece un malvado. Pienso que sufre, que ha sufrido en su vida tanto, tanto, que voluntariamente mató en su alma la compasión y la piedad. Pienso que ama a Aimée, ¡y cómo la ama! De otro modo, pero tanto como Renato. ¿Qué hay en ella, qué, hay en su alma o en su carne que así se apodera del corazón de los hombres?

-¡Pero todo eso no es más que una desgracia ¡ ¿No lo ves, hija? Ella es sólo una esclava de sus pasiones, de sus locuras. Si ahora la abandonas, si la dejas faltar a sus deberes, ¿quién sabe hasta dónde rodará? A mí no me escucha; yo no tengo palabras con qué sujetarla. ¡No la dejes cometer una locura; luego serán inútiles sus lágrimas...! Hija, hija, en ti confío... Confío en que tú, por amor de hermana...

-¿Y si no fuese sólo por amor de hermana? -le ataja Mónica-. ¿Si fuese otro amor el que me empujara?

Mónica ha afrontado temblando la mirada de su madre. Es como si se enfrentara a su propia conciencia, como si mostrara con horror esa herida que sangra oculta en el fondo de su

alma, esa herida que Juan ha descubierto, desarmándola al descubrirla, crucificándola en la más terrible de las dudas. Pero tras un largo silencio, suena, húmeda de lágrimas, la voz maternal:

-Si un amor desdichado te ha hecho tan generosa, hija mía, si por él has aceptado todos los sacrificios y sólo luchas por verle feliz, renunciando tú a todo, ¡que Dios te bendiga por la nobleza de tu alma! Que Dios te bendiga, hija, porque a todos nos salvas al salvar la felicidad de Renato: porque la salvas a ella, loca y ciega; porque me salvas a mí, que rio podría resistir un golpe semejante... porque salvas el limpio nombre de tu padre...

Mónica se ha alzado como si repentinamente la tormenta de su alma se serenara, como si una nueva luz le alumbrase el oscuro sendero, como si una fuerza nueva la sostuviera, dándole su alma la facultad de aceptar todos los sacrificios, de asimilar todos los dolores, de afrontar todas las tempestades. Luego, junta las manos y cae de nuevo de rodillas, ante cuyo gesto Catalina indaga:

-Hija, ¿qué haces?

-Le doy gradas a Dios, madre. Con lágrimas le pedía que me iluminara y él me envió tus palabras. Desesperada le pedí que me mostrara el sendero y por tu voz me lo ha mostrado. Ahora ya sé lo único que importa y no volveré a vacilar... ¡No volveré a dudar!

25

CON PASO LENTO, sobre los senderos mojados, Juan ha vuelto a la casa. Ha esquivado las escalinatas de piedra que dan a las anchas galerías, ha esperado que nadie lo observe y ha penetrado por la estrecha puertecilla del muro, cruzando los patios interiores, solitarios, apenas alumbrados por el pálido fulgor de una media luna que asoma entre las nubes desgarradas.

Con extraña precisión recuerda los detalles de aquella casa apenas entrevista, y, como una flecha que diese en el blanco, se detiene junto a las ventanas entornadas de aquellas lujosas habitaciones del ala izquierda, preparadas para cuatro semanas de felicidad: el departamento nupcial de Aimée y Renato.

-¿A quién esperabas, Aimée? -pregunta Juan destilando amargo sarcasmo.

-¿A quién si no a ti puedo yo esperar?

-No lo sé, no conozco a los hacendados vecinos a Campo Real...

-¡Basta! -chilla Aimée iracunda-. ¿Hasta cuándo he de soportar tus insultos?

-¡Hasta que yo me canse de insultarte! ¡Hasta que me sacie de decirte quién eres, hasta que te satures del odio y del desprecio que para ti guardo!

-Por odio y por desprecio, ya te hubieras marchado. Hay algo más que te sujeta, que te amarga, que te acerca a mí, aunque no quieras confesarlo. Hay algo que te hace desesperadamente mío, como hay algo que me hace a mí desesperadamente tuya. Sí, Juan, tuya... aunque, como dijiste antes, no quieres volver ni a mirarme a la cara. ¿Por qué no lo haces? ¿Por qué vuelves a buscarme a pesar tuyo?

-Supongo que un hombre es menos que un perro cuando una pasión lo hace su esclavo -se lamenta Juan mordiendo con rabia la confesión.

Ha dado un paso hacia Aimée, acercándose más, pero ella retrocede, mira a uno y a otro lado, espía en las sombras, pone atento el oído, y al fin toma a Juan del brazo, obligándole a alejarse unos pasos, mientras indica:

-Ven, estamos en muy mal lugar... Renato fue a acompañar al notario hasta el cuarto de doña Sofía, pero puede regresar, puede volver, y no debe encontrarnos hablando. Hay en él algo extraño. No sé si sospecha o si presiente, pero hay que tener prudencia, Juan. Mucha prudencia, mucho tacto, mucha calma... Hay que tener paciencia, Juan...

-Paciencia, ¿para qué?

-Para esperar... -Y con pasión suplicante, Aimée exclama-: Juan... Juan... Es inútil

engañamos. Me quieres, Juan, me quieres. Tu ira, tus injurias, tu rudeza, tu crueldad no significan más que una cosa: todavía me amas. Puedes insultarme, maldecirme, golpearme; puedes pensar que sólo deseas mi muerte, pero en el fondo no es verdad... En el fondo, Juan, vida mía, ¡tú me amas!

Lentamente le ha ido empujando hasta el extremo del largo corredor, le ha hecho descender los cuatro escalones que separan la abierta galería de los anchos arriates, ocultándole tras la espesa enredadera. Está tan cerca, tanto, que su aliento de fuego, como una llamarada de pasión y locura, pasa sobre el rostro de Juan enardeciéndole, embriagándole... Y hay en su voz una mezcla de ruego y de orden, al decir:

-Sí, Aimée, te quiero. ¡Eres mía, mía, y mía aunque sea en el fondo del infierno! ¡Te quiero! Deberías estar muerta, debería haberte matado yo con estas manos, pero te quiero y te beso maldiciéndote, y deberías temblar porque cada minuto, al estrecharte, siento también el impulso de apretar más y más, hasta tronchar tu vida, para que no me mires con esos ojos que se me clavan como puñales, para que no me hables con esa voz que me penetra poco a poco, enloqueciéndome y envenenándome ... Porque cuando te siento mía, aquí, a mi lado, como estás ahora, no soy un hombre, soy una fiera. Una fiera capaz de todas las infamias... Vámonos... en seguida, ahora mismo, en este instante. ¡Vámonos lejos!

-¿Pero estás loco?

-Claro que estoy loco. Sólo estando loco podría volver a estrecharte en mis brazos; sólo loco, demente, borracho, soy capaz de confesar que te quiero... ¡Vámonos!

-Espera un poco, Juan, espera -suplica Aimée en voz baja y angustiada, pues ha llegado a sus oídos el rumor de pasos que se acercan-. ¿Oyes...? ¡Es Renato! ¡Por Dios, calla un momento! ¡Calla!

Le ha echado los brazos al cuello, obligándole a inclinarse, ocultándose en la tupida enredadera de madreselvas, conteniendo el aliento, mientras llegan a ellos, claras y distintas, las voces de Mónica y Renato junto con el estampido de un trueno que acompaña al viento y a la lluvia que se han desencadenado de repente.

-Ya está aquí la tormenta otra vez, Mónica.

-*Si,* Renato; pero no importa... , -¿Cómo no ha de importar? No puedo permitir que vuelvas a salir con este tiempo. Me ocuparé personalmente de esos traslados. Es preciso hacerlos, pero también es preciso que tú descanses.. .Muy pronto estarán las cosas de otra manera, con Noel y con Juan...

-¿Insistes en dejar a Juan en la casa?

-No va a quedar precisamente en la casa, pero si al cuidado de la hacienda. ¿Qué pasa? ¿También tú le tienes mala voluntad? Pensé que eran amigos...

-No somos, enemigos, pero... -balbucea tímidamente Mónica, haciendo un esfuerzo.

-Pues con eso es bastante. Por fortuna, mamá recibió bien a Noel, aunque tampoco éste se halla de mi parte con respecto a Juan...

-Entonces, Renato, ¿por qué...?

-No sigas, Mónica, te lo ruego. No me preguntes nada. Hay una sola respuesta que puedo darte: Juan vendrá a esta casa porque es justo. Si eso no. conveniente, el tiempo lo dirá. Tú fuiste hija ejemplar y no creo que te sea difícil comprender el respeto que siento hada la postrera voluntad de mi padre. Juan puede ser díscolo, ingrato, hasta malvado. No importa; Mi padre quiso que le tuviera junto a mí, que le tratara como a un hermano...

-¡Pero es absurdo...!

-No es absurdo. Contra todo lo que ustedes opinen, yo creo en Juan, tengo fe en la nobleza de su alma, porque tengo fe en el corazón humano. Hay algo que me dice que Juan es bueno. Sobre todo, que es leal, que es sincero, que es franco. No está amasado con pasta de traidores. Basta mirarlo a la cara para comprenderlo. Juan no es una fiera, como mi madre y los demás se empeñan en creer. Es honrado y, si algún día tiene que herirme, lo hará frente a frente, cara a cara. En eso, estoy seguro de no equivocarme.

-¿Entonces...?

-Entonces, nada. Confía en mí, sé lo que hago. Estás rendida y agotada. Anda Mónica, ve a descansar...

-En este momento no podría dormir...

-Entonces, para no retrasarme más, ¿podrías hacerme un favor?

-Los que quieras.

-Entra a esa alcoba y explícale a tu hermana que tengo que marcharme sólo por un par de horas. Temo que si soy yo quien le hablé, volvamos a discutir, y por hoy tuvimos ya bastante...

-¿Tuvieron un disgusto? -pregunta alarmada Mónica.

-Vamos a dejarlo en desavenencia. Por fortuna, todo quedó bien, hicimos plenamente las paces, pero estas cosas siempre dejan resquemores y no quisiera volver a empezar. Adoro a tu hermana y creo en ella... quiero creer en ella antes que en nadie... Necesito la fe que me inspira, para poder vivir y respirar...

-¡Qué amargas son tus palabras, Renato! Parecen dictadas por la más completa desilusión.

-¡Qué disparate! Empecé por decirte que amo a tu hermana. La quiero tanto, tanto, que no podría vivir sin ella.

-¿Quieres decir que la amas por encima de todo, que pase lo que pase estás dispuesto... ?

-No sé hasta dónde llega tu imaginación en ese pase lo que pase -la interrumpe Renato con grave gesto-. Perdóname si contesto a algo que ni remotamente soñaste pensar, pero deseo contestarlo: Si Aimée fuese .indigna, lo que quedaría de ella y de mí, lo que quedaría de esta casa no vale la pena de mencionarse... Bueno, pero estamos hablando tonterías, perdiendo un tiempo precioso y ofendiendo con pensamientos absurdos a la más digna y adorable de las mujeres, que es tu hermana, sin agraviar lo presente, como dicen los campesinos. -Y con forzada jovialidad, suplica-: Ve junto a ella y acompáñala. Regresaré muy pronto. Hasta la vuelta, mi querida Mónica.

A la luz de un relámpago mira Aimée con angustia aquel rostro de Juan, duro y amargo. Aun resuenan-en el ancho pasillo las pisadas de Renato alejándose, aun la sombra de Mónica no ha desaparecido en la entornada puerta de aquella habitación vacía. Junto al banco de piedra, al amparo de la espesa enredadera de madreselvas que los cubriese, sintiendo golpear los hilos de la lluvia helada sobre las mejillas ardientes, tiembla pensando cómo han podido llegar hasta él las palabras escuchadas, cuánto perdió en la ganada batalla. Juan, largo rato inmóvil, parece despertar bruscamente, oprimiendo su brazo con aquella roda mano de marinero, que es como una tenaza, y ordena imperativo:

-¡Vámonos en el acto! Tenías miedo de tropezar con Renato, y ahora ni ese miedo hay.

-Pero Mónica está ahí, en mi cuarto -señala Aimée en voz baja-. Me buscará, me esperará un momento; luego saldrá a registrar la casa y dará la voz de alarma antes que hayamos podido alejamos. No podemos irnos ahora, ni veo tampoco la necesidad.

-¿Que no ves la necesidad? -pregunta Juan con indignada sorpresa.

-Escúchame, Juan. Si fueras capaz de oírme tranquilo un momento, te diría: ¿Por qué huir dando un escándalo, si estamos juntos, si hay mil medios de...?

-¡Calla! ¡Calla! No me propongas esa bajeza, esa suciedad, porque creo que entonces sí soy capaz de matarte. Dijiste que me querías, me hiciste confesar que yo también te amaba... ¡Ahora vendrás conmigo pase lo que pase!

De un brusco tirón, Juan ha obligado a Aimée, sacándola del escondite bajo la tupida enredadera de madreselvas donde largo rato han aguardado juntos, mirando muy de cerca, con furia contenida, el rostro de mejillas ardientes que no logran enfriar las heladas gotas de la lluvia. Rudo, salvaje, con un amor que parece odio, la estrecha entre sus brazos poderosos, haciéndola crujir...

-¡Juan... me ahogas..,.!

-Eso es lo que quisiera: matarte. Pero se me niegan las manos a apretar tu cuello... y tengo miedo, ¿sabes? Si. Miedo de clavarte más todavía dentro de mi si es que te mato. Miedo

de que tu imagen me persiga, de que me obsesionen tu voz, tus ojos y tu boca cuando ya no estés viva. Miedo de que me enloquezca *el* ansia de volver a verte y a oírte, cuando te haya matado....

La ha rechazado con brusquedad y da unos pasos hasta el centro del patio, indiferente a la lluvia que sobre él se arremolina, al viento que ahora empuja de nuevo las nubes, desgarrándolas para dejar asomarse, entre sus jirones, las estrellas. Mirando a todos lados, temblando por los ojos que puedan acecharla, Aimée llega hasta él en una súplica:

-Juan... escúchame... Me iré contigo, te juro que me iré contigo.., Pero no en este instante, Juan. Me iré contigo al fin del mundo, a donde quieras llevarme. Te lo he dicho y te lo he jurado. Te lo juro de nuevo, pero ten un poco de calma. Quiero tu amor, quiero vivir para tu amor, no correr a encontrar la muerte...

-¡Nadie va a matarte si estás a *mi* lado! ¡Nadie llegará a ti mientras yo tenga aliento!

-Tú serás el primero que caigas, Juan. Y entonces, ¿qué sería de mí?

-¿Qué sería de ti? ¡También puedes morir en este instante!

-No. Tú no vas a matarme sabiendo que te amo. Tendrías que estar loco y no lo estás, Juan. Estás herido, resentido, celoso dudando de mi amor, complaciéndote en negar cada una de mis palabras, pero sin poder hacerlo porque tu propio corazón las afirma, porque hay cosas que no se fingen, y yo no podría acercarme a ti, ni estar en tus brazos, ni besarte como lo hago, si no te amara. Piensa un instante, Juan, piénsalo. Ya oíste a Renato... está sobre aviso...

-¡Que lo esté... que lo esté más! Si es lo único que estoy deseando... ¡Quiero que lo sepa, decírselo, gritárselo!

-Nos matará a los dos. Todo está de su parte: las leyes, las costumbres, la razón y el derechos Estamos entre cientos de gentes que serán enemigos mortales, jauría de perros feroces para darnos caza. No, Juan, no, tú no puedes arrojarme así a las fieras. Antes que eso prefiero que de verdad seas tú quien me mates... y no quiero morir. ¿Por qué delito voy a morir? ¿Qué hice yo más que amarte, quererte porque me salió del corazón este amor? Y eres tú mismo el que me condena a muerte, ¿te das cuenta? Pero, ¿por qué me miras de ese modo? ¿Me desprecias, Juan?

.-Sí, Aimée, te desprecio.

-No me despreciarás cuando todo lo haya arreglado yo para huir sin peligro.

-¡Qué repugnante y qué mezquino sería huir sin peligro! Hay que huir ahora, jugándomelo todo, arriesgándolo todo, teniendo que luchar para defenderte, con las uñas y las zarpas, como una fiera.' Huir ahora, entre todos los peligros, entre todas las desventajas, puedo hacerlo, quiero hacerlo. Pero luego, cuando lo hayas preparado para que todo sea una burla, ¡qué bajeza, Aimée, qué bajeza tan grande! Sin embargo, lo haré, esperaré... pero no a que tú lo prepares, sino a prepararlo yo a mi manera.

-¿Qué dices, Juan?

-Te pondré a salvo, no correrá peligro tu preciosa existencia, no arriesgarás nada para huir con Juan del Diablo. Te lo prometo... Para ti todo va a ser seguridades. Borraré el rastro y seré yo solo el que le haga frente a Renato...

-¡No, Juan, no! ¡Así no...!

, -Así será. Me lo has prometido, me has dado tu palabra, me lo has jurado. ¡Basta ya de prometer *en* vano y de jurar en falso! Habrá que aguardar, pero no será mucho tiempo. Habrá que seguir disimulando... A ti no te costará gran trabajo y yo también estoy aprendiendo a hacerlo. Soy tu discípulo aventajado. Yo también seré traidor por un rato, seré cobarde, vil y embustero, y aprenderé a mentir sonriendo, y aceptaré el pan y la sal bajo el techo donde afilo el puñal con que herir por la espalda. Sí, Aimée, esperaré.. .Esperaremos... Va ganando, va triunfando... Al fin y al cabo, ¿qué más da? Déjame darles la razón a todos: a doña Sofía, a Bautista, al viejo notario que tiembla nada más con mirarme... Déjame darle la razón a Mónica de Molnar. AI fin y al cabo, ¿qué más da?

-¡Por Dios, Juan, calla! -suplica Aimée repentinamente asustada-.Es Mónica... -Mírala... Nos ha visto, nos está mirando.. .A Vete, Juan, vete...! Por Dios, escóndete, aléjate... Yo le

Librodot

diré que no era contigo con quien hablaba. Pero ahora vete, vete!

Juan se ha alejado, altivo y altanero, sin bajar la cabeza, sin ocultarse, y Aimée retrocede de espaldas hasta quedar de nuevo junto a la enredadera de madreselvas. Ahí se detiene como para tomar aliento y marcha luego, con lento paso de angustia, hacia aquella puerta entornada a la que Mónica se agarra porque el espanto la ha hecho tambalearse, porque se doblan sus rodillas y una frialdad de hielo, en lugar de sangre, parece correr por sus venas. Y con voz ahogada, reprocha:

-Estabas con él, ya lo vi...

-¿Con él? ¿Quién es él?

-¡Basta de farsas; guarda esos esfuerzos para los otros y úsalos, Aimée! Usa también la discreción y la prudencia, si no quieres que Renato acabe de comprender lo que te pasa.

-No entiendo nada de lo que dices... -

-¿Cómo pudiste llegar a ser tan cínica?

-Por favor, basta... ¿Es que se han propuesto todos insultarme?

-¿Quiénes son todos? Renato y ese hombre, ¿verdad? Sobre todo, ese hombre que te mira como a la última de las mujerzuelas. Si le oyeras hablar de ti, si le oyeras expresarse con un desprecio tan hondo, tan brutal, que al ofenderte ofende a todas las mujeres...

-¡Calla! -la interrumpe Aimée hondamente disgustada.

-Supongo que frente a él no tienes más recurso que *bajar* la cabeza, que le has dado tú el vergonzoso derecho de tratarte como te trata...

-A él le he dado lo que me ha dado la gana, pero a ti no te doy el derecho de intervenir en mis asuntos, el de meterte en mis cosas, 'el de hablar cuando nadie te ha preguntado... ¿Qué sabes tú de la vida ni de nada?

-A mí me tocará preguntarte: ¿Qué sabes tú de honradez y de vergüenza? ¿Qué sabes de horror y de asco, si ni asco ni horror te da llegar hasta la última de las infamias?

-¡Mónica, que se me está acabando la paciencia!

-Y a mí... a mí... ¿hasta cuándo piensas que va a durarme?

-Por mí puedes hacer lo que quieras -invita Aimée en tono desafiante-. Aunque, desde luego, no harás nada, no irás a ninguna parte, porque no hay nada que puedas hacer. Mejor dicho, sí hay: volverte a tu convento, que es la única actitud razonable que puedes tomar y si no quieres ya ser monja, vete a tu casa de Saint-Pierre, que es donde debes estar. Vete y llévate a mamá; ¡vete y déjame en paz, porque aquí no haces falta!

-Me iré con una sola condición: que hagas marcharse a Juan. Si él se va de veras, si se aleja de la Martinica, yo... yo… -¿Te irías si yo te diera mi palabra de que Juan se va?

-Me iría después de haberlo visto marchar. Te conozco, Aimée, te conozco demasiado bien, supongo que por desgracia para ambas.

-Pues si me conoces, sabrás que yo no renuncio a nada jamás, que no renuncio ni al placer ni a la riqueza, teniendo ambas cosas en la mano.

-¿Qué pretendes...?

-Lo que pretendo está muy claro, y por qué medios he de lograrlo es cuenta mía. Por tu bien te aconsejo que te vayas, por tu bien exclusivamente, Mónica. No quiero ir contra ti, no quiero destrozarte a ti de paso, pero como enemiga leal te advierto, te he advertido ya cien veces, y esta es la ultima, Mónica... ¡apártate de mi camino, porque a la hora de la verdad no veré nada, no miraré nada!

-Tu camino no es el que supones y es por tu bien que quiero cerrarte el paso.

-Basta, Mónica, mi vida entera me la estoy jugando a una carta. La batalla es tan dura que me va en ella hasta la vida. No quieras interponerte, porque serás tú la primera víctima...

-Óyeme, Aimée... he querido apartarte, he querido dejarte... en un momento he pensado que acaso tienes razón, que tu vida es tuya, que tuyos son también esos hombres que por amor se te han entregado... He querido renunciar a todo y apañarme de todo, hasta del derecho de defender a Renato contra tu maldad; he querido apartarme y alguien me ha suplicado llorando que no lo haga. ¿Sabes quién? ¡Nuestra madre! Nuestra pobre madre, a quien nada te has

preocupado de ocultar, que vive en la zozobra horrible de lo que puedas hacer, de lo que pueda ocurrirte... Nuestra pobre madre cuyos últimos días amargarías con una infamia, cuyas canas quieres manchar con un escándalo, con una acción indigna... No sólo por mí, no sólo por Renato, por ella también te ruego, Aimée... -Mónica se interrumpe de pronto, y exclama sorprendida-:

-¡Oh, Renato...!

-Sí, soy yo -confirma éste acercándose-. ¿Pero qué pasa, Mónica?

-Nada... hablábamos. ¿Cómo has vuelto tan pronto?

-Por una feliz casualidad. Acababan de ensillarme el caballo cuando vi a Juan. Se me ocurrió pedirle que tomara mi lugar y aceptó de buen grado. Encantado y sorprendido le di amplios poderes y acaba de salir para su primera comisión como jefe general de los trabajadores de la hacienda. ¿No fue magnífico? ¿No te alegras que haya regresado casi inmediatamente, Aimée?

-¡Claro! Me alegro de todo:'de tu regreso, de la buena disposición de Juan, y no tengo que lamentar más que una cosa: la determinación que tiene Mónica de dejarnos...

-¿Dejarnos...? -se sorprende Renato.

-Por eso precisamente discutíamos. Mónica se ha empeñado en volver a Saint-Pierre llevándose a mamá. Dice que para una luna de miel hay demasiada gente en esta casa, y se nos va, Renato, se nos va...

Con sonrisa diabólica, Aimée se ha vuelto hacia su hermana que un instante queda desconcertada con la sorpresa de aquel cinismo, de aquella audacia inesperada. Va a protestar, va a alzar la voz con la violencia de quien no puede contenerse más, pero sus ojos tropiezan con los de Renato a los que asoma una expresión de disgusto y fastidio. Para él no es más que una intrusa, impertinente y caprichosa; pero aquella expresión sólo dura un instante, cambia en seguida en el noble rostro varonil, encendiéndose con un cálido gesto de bondad humana que llega hasta el fondo del corazón de Mónica cuando explica con suavidad:

-Ese punto lo hemos discutido ya varias veces. Pensé que estaba totalmente arreglado. Desde luego, no tengo derecho a retenerte por la fuerza si quieres marcharte, Mónica. Te he rogado, te he suplicado, con franqueza de hermanos te he dicho hasta los móviles egoístas que me impulsan a rogarte que nos acompañes. Si de todos modos quieres irte, ¿qué puedo ya alegar? Sólo puedo pedirte que me perdones... Viniste a descansar y te he cargado .de trabajo. Buscabas tranquilidad y arrojé sobre ti el fardo de mis preocupaciones más pesadas. Pero puedo jurarte que no pensaba seguir abusando... Ya ves que inmediatamente he incorporado a Juan en mis proyectos, y...

-No sigas, Renato -interrumpe Mónica profundamente dolorida. ,

-Haz lo que quieras, Mónica. Si consientes en quedarte unos días más, te prometo dejar que en verdad descanses. Y, de todas maneras, perdóname... ¿Vamos, Aimée? -¡Un momento, Renato! No puedo dejar que te retires con esa impresión... -empieza a decir Mónica; mas Aimée interviene con hipócrita ternura:

-Pero, querida...

-¡Es a Renato a quien hablo! -corta Mónica con determinación-. Aimée ha interpretado mal mis palabras. Me quedaré todo el tiempo que juzgue puedes necesitarme, Renato...

-Ahora soy yo quien dice: No es eso, Mónica. Tu ayuda es preciosa, pero...

-La pobre Mónica está rendida -continúa Aimée-. Tan nerviosa, tan cansada, que apenas sabe ni lo que dice. Yo sí creo que hemos abusado de su bondad.

-¿Quieres callarte, Aimée? -ordena Mónica sin poderse contener. Y con firmeza, asegura-: Me quedaré, Renato. ¡Me quedaré, aunque me echen!

-¿Pero quién te está echando? Esto es jugar a los despropósitos. .. Tú sola hablaste de marcharte, Mónica. Digo, me imagino que fuiste tú sola, por lo que dice tu hermana...

-Naturalmente -se apresura a confirmar Aimée-. ¿Qué más quiero yo que tenerlas aquí? Y digo tenerlas, porque has de saber que Mónica ha cambiado de idea. Ya no quiere volver al convento, sino a casa, llevándose a mamá. Parece ser que nuestra futura abadesa cuelga los

hábitos y probablemente busca con quién casarse... '

-¿Quieres callarte ya? -grita Mónica con irá incontenible.

-Perdóname -se disculpa Aimée con burlona y mala intención-. Puede que me haya equivocado... Me pareció entender algo así como que ahora te movías a impulsos de un amor humano...

-¡Cállate, Aimée! -repite Mónica fuera de si.

-Naturalmente... cállate -interviene Renato en dulce tono suave-. ¿No ves que la disgustas? Y tú, Mónica, tampoco lo tomes de ese modo. No creo que el asunto tenga nada de particular, pues nunca me pareció lógico que encerraras en un claustro tu juventud y tu belleza, a menos que una verdadera vocación te arrastrara a ello. Si comprendes a tiempo que te has equivocado, nada más lógico y humano que rectificar... pero sin disgustarte. No creo que haya en Aimée la menor intención de causarte un disgusto. Es sólo traviesa y burlona, como tú bien lo sabes. Si alguien podría sentirse resentido soy yo por tu falta de confianza. ¡Me hubiera gustado tanto que me hablaras de tus sentimientos y de tus dudas, como a un verdadero hermano. ¡ ¿O acaso no he sabido serlo para ti? -Le ha tomado la mano, aquella mano blanca que tiembla entre las suyas, y sonríe mirando al fondo de las pupilas que huyen de él como si temieran gritarle lo que con ansia el alma calla-. Las confidencias no se fuerzan, Mónica, pero quisiera que supieras, que tuvieras siempre presente, que soy tu mejor amigo, que en mí siempre puedes confiar...

-Así lo creo, Renato. Yo también soy y seré, para ti, la mejor amiga.

-Lo creo, lo creí siempre. Pero, ¿por qué lloras al afirmarlo? ¿Es sólo que estás nerviosa, como dice Aimée?

-Pues claro. Entre sus nervios y sus complicaciones sentimentales. .. -se burla Aimée con mordacidad.

-No la molestes, Aimée. Y tú, Mónica, no le hagas caso. ¿Es cierto que estás enamorada? ¿No me puedes decir a mí el nombre del dichoso mortal? ¿Te advierto que tendrá que ser muy bueno para merecerte, para que yo lo juzgue digno de ti, y perdóname la petulancia de hermano mayor, para que yo le permita recibir el tesoro que tú representas. -La ha besado en la frente, aquella frente blanca como de mármol, bajo la que giran los pensamientos como un torbellino de locura, y de pronto se alarma-: Estás helada, Mónica, ¿qué te pasa? ¿Te sientes mal? -Aimée ha dado rienda suelta a una risita mordaz y burlona, y Renato, sereno pero disgustado, la reconviene-: ¿Qué pasa, Aimée?

-Perdóname... no pasa nada. Pero ustedes dos me hacen muchísima gracia, no puedo remediarlo. Son maravillosos, perfectos. .. y graciosísimos, además...

-No veo el sainete; pero, después de todo, con reír no creo que le haga daño a nadie -acepta Renato resignado. Y afectuoso y grave, saluda-: Buenas noches, Mónica, confío en que un buen sueño te hará sentirte mejor. Hasta mañana...

-Hasta mañana, -corresponde Mónica con un hilo de voz, viendo alejarse a los esposos y enfureciéndose ante la risa otra vez burlona de Aimée.

-¿De qué te ríes Aimée? -pregunta Renato algo molesto.

-De nada... Más vale que me ría y no que lo tome por lo trágico.

-¿El qué vas a tomar por lo trágico?

-Bueno... todo lo que pasa: las actitudes gratuitamente agresivas de mi hermana, tu ataque de sentimentalismo fraternal, tu afán de ocuparte de todo el mundo... y lo poquísimo que te ocupas de mí, al tener que ocuparte de todos los demás.

-¿Celosa? -sonríe Renato cariñoso y halagado.

-¡Oh, no! ¿Por qué? No hay motivo; es decir, creo yo que no hay motivo. Pero hay que ver lo que quieres a Mónica...

-Es nuestra hermana. Además, me preocupa... No está bien, la noto pálida, delgada, como atormentada por algo que guarda celosamente.

-Es natural... está enamorada. Se le ve a la legua.

-¿Pero de quién puede estarlo? Francamente, yo no acierto.

-De cualquiera -elude Aimée en tono impregnado de frivolidad-. A lo mejor de Juan del Diablo,..

-¿Cómo? ¿Qué? -exclama Renato sorprendidísimo.

-Digo yo... Juan del Diablo es un hombre como los demás. Es todo un buen mozo, y ahora, con el nuevo empleo que le has dado, hasta un buen partido. Mónica no es ambiciosa..

-¡Es absurdo, descabellado! Ni en broma debes...

-Has tomado en serio el papel de hermano mayor con ella' -ríe Aimée, divertida-. No te disgustes, hombre, que estoy jugando. Al fin y al cabo, no es un imposible, y tendría grada... Argumento para una novela por entregas: "La monja y el pirata"...

26

-YANINA, ¿QUE HACES?

-Nada, tío, tomo notas...

Una mueca amarga que quiere ser una sonrisa, ha sido la respuesta de Yanina, mientras ajusta mejor el pañuelo de colorines alrededor de su oscura cabeza de cabellos ensortijados. Sin el menor ruido ha surgido de la espesa sombra de los arcos del segundo patio, y los ojos duros e inquisidores de Bautista la miran imperiosos, mientras ella encoge los delgados hombros...

-¿De qué tomas nota, Yanina?

-De todo lo que pasa...

-No pasa nada, sino que me han aplastado y pisoteado -se queja Bautista en voz baja, pero con gran rencor-. Mas no van a quedarse así las cosas. Yo tengo que desquitarme, tengo que tomar venganza. Ya verán si hace falta o no Bautista el día que amanezcan incendiados los cañaverales, o si vuela un petardo la represa del río, o si...

-No hables necedades, tío Bautista. Esas cosas no se dicen. Si acaso, se hacen...

-¡No puedo aguantar lo que me pasa! ¡No puedo seguir aquí como el último sirviente, mientras ese pordiosero, mientras ese malnacido de Juan del Diablo.. .!

-Baja la voz, tío, que no te oigan. Renato y su digna esposa acaban de entrar en el cuarto. Ahora la tendrá entre sus brazos, la besará con ansia, ¡y le dará el corazón y el alma entera a esa malvada!

-¿Malvada? ¿Por qué es malvada? ¿Tuvo ella la culpa de algo? ¿Por qué no me hablas claro a mí? ¿Qué es lo que ocultas? ¿Qué es lo que sabes?

-Sé una cosa que va alegrarte mucho, tío Bautista. ¡Muy pronto va acabarse Juan del Diablo!

-¿Quieres hablarme claro? -apremia Bautista mirándola con sus duros ojos inquisidores-. ¿Por qué va a acabarse Juan del Diablo?

-Porque pica demasiado alto. En esta casa van a pasar muchas cosas. Si yo fuera tú, tío Bautista, mejor esperaba. Ya vendrá el rió revuelto, y a río revuelto, ganancia de pescadores.

-¿De dónde sacas tú...?

-Ayer fui hasta allá arriba, hasta lo más alto del desfiladero, y vi a la vieja Chala. Le di unas monedas para que mirara el porvenir de los D'Autremont...

-Tú nunca creíste en esas cosas, Yanina. Son patrañas, *em*bustes para engañar a esos bestias que llevan la superstición en la masa de la sangre. No te crié yo para que creyeras esas cosas... Pero, ¿qué te dijo Chala?

-Abrió una gallina negra, le miró las entrañas y me dijo que hay dos hombres con sangre D'Autremont en las venas: uno legítimo, otro bastardo.

-¡Calla, baja la voz! ¿Estás loca? -se alarma Bautista lleno de estupor-. ¿Eso dijo Chala? ¡Deslenguada... atreverse a eso! ¿Tú ves? ¿Tú ves? Si yo aún mandara, la haría moler a palos por hablar sin respeto de los amos... del señor.., el señor don Francisco D'Autremont... ¡Mentirosa!

Librodot

-No te sofoques tanto. Hace quince años que está muerto, enterrado -explica Yanina destilando sutil ironía-. Estamos solos, tío Bautista, y ahora ya sé que es verdad, totalmente verdad. No fui a ver a Chala, no me dijo nada…

-¿Eh? Pero, ¿qué te propones?

-Tener la seguridad de algo que siempre he sospechado: Juan del Diablo es hermano del amo Renato, pero ninguno de los dos lo sabe...

-El perro bastardo, no creo que lo ignore. Era bien crecido ya la noche en que murió Bertolozi, cuando él llevó aquella carta...

-¿Quiere contarme la historia completa, tío Bautista?

-¡No! Olvida lo que has oído. ¿Para qué me hiciste hablar? Perdí un momento los estribos, pero si repites una sola palabra de lo que has escuchado...

-Ya sé tu amenaza: me harás moler a palos -se burla Yanina-. ¿De qué te ha servido cuanto has hecho? ¿Qué has sacado con ser para ellos como un perro? Nada, ¿verdad? Los miraste como si fueran de otra pasta, como a dioses, como a hijos del sol... y no es verdad: son como los demás...Como los demás, se les puede odiar o amar. El amo Renato no es más que un hombre, y cualquier hombre puede sentirse- un día tan desdichado que acepte el consuelo donde lo encuentre... hasta en brazos de la hija de una esclava.

-Yanina, ¿qué es lo que estás pensando? ¿Qué es lo que te atreves a desear?

-Lo mismo que tú, pero de otra manera. Tú quieres mandar en Campo Real, y yo también. ¿Por qué no?

-No quiero entenderte...

-Aunque quisieras no me entenderías, pero sí me entiendes cuando te digo: aguarda, aguarda, no tendrás que aguardar demasiado. Pronto vendrán las aguas revueltas. Ni tú ni yo seremos culpables, pero bien podemos recoger lo que la tormenta eche a la playa.

El sonido estridente de una campanilla llega hasta ellos, y es Bautista quien comenta:

-Llama la señora... -

-Sí, y es a tí, pues han sido dos campanillazos. Anda, nunca te llamó de otra manera, ni cuando eras administrador de Campo Real. Por algo es el ama, tu ama...

-Y tuya también. No creo que a la señora te atrevas a negarla. Se lo debes todo, comiste desde niña el pan de su mano... Bueno, tenemos que seguir hablando, ¿eh, Yanina? Tienes que decirme las cosas más claras. No estoy dispuesto a... -Su explicación es interrumpida por otros dos fuertes y sonoros campanillazos, y concluye-: ¡Esta misma noche tenemos que hablar!

Se ha ido con paso rápido tras mirarla con inquietud, y Yanina contempla sus manos morenas y finas, sus oscuros brazos de mestiza en los que apenas se marcan las venas azules, y con desprecio infinito vuelve la cabeza hacia el lugar por donde Bautista se marchara, murmurando con rabia concentrada:

-No es la sangre.., ¡es el alma lo que se tiene esclava!

-Colibrí, ¿hasta cuándo vas a estar detrás de Santa Mónica?

-Ahora ella no está, patrón, pero me dejó cuidando. Cuando ella no está, yo soy el que manda...

Con fuerte mano ha contenido Juan al brioso caballo que monta en este instante, un soberbio animal blanco como la nieve, con preciosos arreos de cordobán, uno de aquellos dos caballos exactamente iguales que Sofía regalara a su hijo y a su nuera en los primeros días de su noviazgo. Inquieto, nervioso, acaso extrañando el mayor peso y la mayor rudeza del jinete que lo monta, parece dispuesto a encabritarse, cuando Juan extiende la mano a Colibrí y ordena:

-¡Anda, ven conmigo! Dame la mano y salta. ¿Qué pasa? ¿No quieres venir?

-Si, mi amo. Espérese un momentito... un momentito nada más. Voy a avisarle al negro Pancho, que es el que cuida aquí cuando ni la señorita Mónica ni yo estamos. Un momentito nada más... ¡Pancho ¡ ¡Pancho!

Apretando los dientes, Juan ha dominado a la vez su impaciencia y la inquietud nerviosa

del caballo. Se encuentra a la entrada del valle chico, donde una vez tropezara con *Mónica,* muy cerca de dónde, á toda prisa, se han levantado los nuevos barracones para alojar a los enfermos. Ahora han cesado por completo la lluvia y el viento y está espléndida la noche tropical bañada por la luna, tachonada de enormes luceros claros....

-Ya está. Hay cuatro enfermos que se encuentran mejor, y cuando la luna se ponga en la punta del cerro hay que darle a los demás la cucharada -explica Colibrí.

-Sube al anca del caballo y agarrate bien, no vayas a matarte.

-¿A dónde vamos, mi amo?

-Ya lo verás...

Juan ha fustigado los ijares del brioso corcel y éste arranca en un galope veloz. Durante un buen rato, el caballo va tragando leguas de camino sin que ninguno de los dos jinetes diga una sola palabra, hasta que, de pronto. Colibrí exclama sorprendido:

-¡El mar, patrón...!

-Si, Colibrí, el mar. Bájate, que el resto es a pie como hemos de andarlo -indica Juan apeándose-. Amarra el caballo a las ramas de ese árbol. No tengas miedo, no te hará nada.

-Hemos corrido, patrón, estamos en el Cabo del Diablo... El muchacho ha obedecido a Juan, echando pie a tierra, y luego le sigue por el estrecho camino abierto a pico entre los ásperos acantilados, hasta asomarse al negro peñón que le dio nombre. Es alto como un faro, sombrío como una cárcel, húmedo y negro como una vieja fortaleza. En la cima, las ruinas desmanteladas de la pobre cabaña que viera nacer a Juan, que viera morir a Gina Bertolozi y arrastrar su miseria al esposo que le dio su nombre... Cuántos recuerdos parecen agolparse e repente en la mente de aquel hombre moreno y alto, que alza la frente como desafiando a los elementos, mientras el muchachuelo de oscura piel extiende la mano hada el mar y señala sin poder disimular su disgusto:

-Ahí está el *Luzbel,* patrón. ¿Volvemos a embarcarnos? ¿Nos vamos lejos? ¿No volvemos a Campo Real?

-Ya veo que lo sentirías mucho si no volviésemos.

-Sí, patrón, por... por... Bueno, usted dijo que no había más ama nueva...

-Lo dije porque así lo pensaba, pero si habrá ama nueva, Colibrí. No embarcaremos esta noche, pero todo tiene que estar preparado, porque será muy pronto. Y nos iremos lejos, hacia otras tierras, hacia otros mares... Mira todo esto, Colibrí, míralo para no olvidarlo, porque acaso no volvamos jamás.

Con repentina emoción, Juan ha apoyado la mano en el hombro de Colibrí, señalando después cuanto la vista abarca: la playuela desierta, las montañas lejanas, las enormes rocas oscuras amontonadas sobre la costa como cuerpos de gigantes venados, el Peñón del Diablo, y el mar, eternamente inquieto, que estrella contra él la furia de sus aguas. Todo aquel panorama bello y terrible, soberbio y sombrío, del que es como una síntesis su alma ardiente y apasionada, su corazón salvaje, su vida inquieta, que a si misma se consume como el leño que arde en la hoguera crepitante de aquella isla de pasiones, y vuelve a repetir:

-Acaso no volvamos más, o por lo menos en muchos años...

-¿Cuando usted sea viejo, patrón?

-No creo vivir para tanto, pues no envejecen las tormentas y yo, al fin y al cabo, no soy otra cosa más que eso: una tormenta, un vendaval que pasa rompiendo y arrasando. Eso soy, eso quiso mi destino que fuese. Un día soñé otra cosa. Colibrí, pero que fue sólo un sueño. No se alzará una casa sobre estos peñascos, nadie hará un jardín en el Peñón del Diablo... Nadie podría hacerlo... Fue locura... Aquel es mi mundo... Ese barco, el *Luzbel,* la goleta pirata más audaz que cruzó los mares... Pero no te asustes, tonto, no pongas esa cara de espanto. Siempre hay alguien para quienes los malos somos buenos. A ti no te haré ningún daño...

-A ella tampoco va a hacerle daño, ¿verdad, patrón?

-¿A ella? ¿A qué ella?

-A la señorita Mónica, patrón...

-¡Ah, Santa Mónica! No creo que le guste mucho lo que vamos a hacer, pero es igual.

Olvídala, Colibrí... Nadie le hace más daño a los que somos desdichados, a los que nacimos para ser irremisiblemente desdichados, que los que pretenden volvemos buenos y blancos. Deja a tu Santa Mónica... El mundo es duro, cruel y malo... Tienes que hacerte fuerte, insensible, egoísta, capaz de luchar y de vencer pisoteando al que se atraviese en tu camino. Sólo así podrás sobrevivir; sólo así pude yo llegar a hombre... Pero, ¡caramba!, sé hace tarde. Vamos...

-Lo siento mucho, Mónica. Parece ser que Juan no se preocupó demasiado de cumplir mis encargos. De cualquier modo, todo salió correctamente. Tienes tan bien organizadas a las cuadrillas que te ayudan en *el* cuidado de los enfermos, que las cosas se hicieron en forma normal aun sin que nadie las vigilase.

-¿Pero no le diste a ese hombre tu propio caballo? ¿No le dijiste...?

-Cuanto había que decirle, sí. Pero, ¿qué quieres? O no me entendió o no quiso entenderme. De momento no creo que podamos exigirle demasiado...

Renato D'Autremont ha fruncido levemente el ceno frente al único punto de la conducta de Juan que no logra disculpar en forma plena. Está muy cerca de las cuadras, bajo el sol de una mañana espléndida que contrasta con la pasada noche tormentosa. Pálida y recatada, con su eterno traje negro, habla Mónica sin mirarlo, como si temiese la luz investigadora de aquellos ojos tan caros para ella. Y hay en Renato un gesto comprensivo, indulgente y lleno de curiosidad a la vez, cuando observa:

-Te levantaste muy temprano, Mónica. Según me dijeron, casi al amanecer...

-En el convento adquirí la costumbre de ver salir el sol. Eso no significa para mí ningún sacrificio, al contrario.

-Y pusiste en orden todo lo que ayer no quedó correcto.

-No hice sino volver a hacerme cargo de mis obligaciones. Anoche las abandoné, pero....

-Las abandonaste en mis manos y yo fui lo bastante débil o lo bastante indolente para no cumplirlas personalmente. Confié en Juan más de lo que debía...

-Eso es lo que no me atreví a preguntarte. ¿No te parece que confías en Juan más de lo que debes?

-De momento las cosas parecen darte la razón, pero ya veremos. De cualquier modo, supongo que tú conoces mejor a Juan que nadie...

-¿Por qué he de conocerlo? -se extraña Mónica sin alcanzar el sentido de las palabras de Renato.

-Bueno, he dicho: supongo. Si no es así no tomes a mal mi afirmación. ¿Vienes para casa? ¿No quieres que desayunemos en familia?

-Gracias, Renato, pero para mí es casi mediodía. Desayuné temprano y ahora tengo mucho que hacer. Voy a ver a mis enfermos. Vete, Renato, seguramente doña Sofía y Aimée te esperan.

-No tendré tanta suerte. Con Aimée ya sabes que no se puede contar hasta más tarde, y mamá todavía se hace servir en las habitaciones. La familia de que te hablaba son el bueno dé Noel y nuestro terrible Juan del Diablo... Bueno, ya sé que tú le llamas Juan de Dios y que él se enfurece cuando le aplicas ese nombre. Es un verdadero gato montes, pero ya lo amansaremos. Confío en ti para eso.

-¿Por qué en mi? -se sorprende otra vez Mónica.

-Porque eres muy comprensiva y bondadosa, y eso es lo que necesita un hombre como él... Claro está, que siempre que tú quieras ayudarlo, pues yo no te lo impongo. ¡Oh, no me mires tan seria! Y no te alarmes, no quiero ser indiscreto. Respeto tu silencio. Hasta pronto, Mónica, te iré a buscar luego por allá.

-¿Cómo? ¿Levantada ya? ¡Qué buena sorpresa, Aimée!

-Como tú no te quedas conmigo, no tengo más remedio que seguirte. ¿Dónde están los demás?

Aimée ha recorrido el amplísimo comedor con su mirada impacienté, mientras Renato

se inclina tomando su mano, sonriéndole muy cerca, agradecido y encantado de aquella aparición que, sin embargo, nada tiene que ver con él.

-¿Cómo cumplió tus encargos anoche Juan del Diablo?

-Desastrosamente... no se ocupó de ellos.

-¡Oh, por Dios! Entonces, habrán tenido ustedes una discusión. ..

-No lo he visto a él, pero tampoco pienso tenerla. Sé que el, secreto de tener es no pedir demasiado... Pero, mira, ahí viene. Voy a dejarte con él mientras me acerco al despacho a rescatar a Noel. Puedes hacer que vayan sirviendo el desayuno, porque en seguida estaremos de vuelta.

Lentamente, clavados los ojos en ella, Juan va acercándose a Aimée. La ha visto desde lejos, ha retrasado el paso a propósito, dando tiempo a que se aleje Renato. Lo ha visto sonreír, inclinarse, estrechar su mano, besarla, irse después, y se aprietan, sus duras mandíbulas conteniendo la oleada amarga de rencor y de celos que sube hasta sus labios, que escapa por sus ojos en una llamarada oscura, cuando le dice a Aimée:

-Veo que saboreas la luna de miel. ¡Qué tiernamente te saluda tu galante marido! Parecéis hechos el uno para el otro. Todo es exactamente igual en ustedes: consideración, finura. educación, nombre ilustre...

-¡Basta, Juan! ¿Es que no comprendes...?

-Pero, a pesar de todo eso, vendrás conmigo. Dejarás esta casa de marcos dorados, de espejos, de cortinajes y alfombras, para encerrarte entre las cuatro tablas de mi cabina del *Luzbel.* Todo está dispuesto; esta noche escaparemos.

-¿Pero estás loco?

-No habrá peligro para ti, estarás absoluta y totalmente a salvo. No tienes ya el pretexto del miedo. Huiremos con todas las seguridades, nos iremos muy lejos... Vilmente, ruinmente, cobardemente le arrancaré a Renato su esposa, ¡que nunca debió ser suya! Ya sé que no es culpable... ¡Oh, si lo fuera... qué voluptuosidad, qué placer haberte arrancado de sus brazos, llevándome su vida también ¡ Te esperaré esta noche a las doce, detrás de la iglesia, con dos caballos ensillados.

-¡Es demasiado pronto, Juan! -protesta Aimée luchando asustada entre su deseo pasional y la preocupación de perder el bienestar tan astuta e hipócritamente conseguido.

-Ya hemos tardado más de la cuenta y no quiero volver a verte junto a él, ¿oiste? No quiero, porque no estoy seguro de poder contenerme. Estoy haciendo las cosas como tú quieres, estoy plegándome a tus caprichos como un esclavo. No intentes fallarme, Aimée, no vayas a fallarme, porque no te lo voy a perdonar, ¿entiendes?

-¡Calla, por Dios ¡ -suplica Aimée angustiada al ver que Renato se aproxima a ellos.

-No hubo forma -explica Renato con indiferencia-. Noel dice que ya desayunó y está totalmente hundido entre libros y papeles. En cuanto a Mónica, tomó también el camino de sus enfermos. Estaremos solos los tres. Ordena que sirvan querida. ..

Llegan dos sirvientes impecablemente vestidos de blanco, cubriendo de manjares deliciosos la suntuosa mesa. Todo en ella está preparado con el más exquisito esmero, todo en ella causa un placer estético sólo con mirarlo: la fina cristalería, las bandejas de plata, los fruteros que desbordan de los mejores ejemplares de frutas cultivadas en aquellas fértiles tierras, las tazas de porcelana, los bordados manteles...

Aimée ha hecho un esfuerzo para sonreír, ha aceptado el asiento que Renato le ofrece. A su derecha, Juan, sombrío y silencioso; a su izquierda, Renato, una falsa sonrisa mundana en los labios, una mirada inquisidora e inquieta en las claras pupilas...

-Doña Sofía... ¡Pero qué sorpresa! He querido hablar a solas con usted. Noel, sin llamar la atención haciéndole ir a mi habitación, sin enviar recados con los sirvientes... ¿Cómo se siente de nuevo en este despacho?

-¿Cómo he de sentirme? Muy bien, y muy agradecido...

-No tiene por qué; al contrario. Fui injusta al prescindir de sus excelentes servicios y quiero que sepa que muchas veces pensé en usted con remordimiento y con pena. Pero la

muerte de Francisco me trastornó de tal manera, tuve tanto miedo por Renato, tal espanto por lo que el porvenir podía traerle, que no hubo medida que me pareciera - poca para defender a mi hijo.

-Yo hubiera deseado ayudarla siempre en esa tarea...

-Lo sé. Noel, ahora lo sé. Me ofusqué de momento... Sus simpatías de usted por... -Ha callado un momento, evitando el nombre que aborrece, pero al fin éste sale de sus labios-: Juan del Diablo...

-Juan... Vamos a llamarle Juan, simplemente. No hace mucho le propuse llamarse Juan Noel...

-¿Cómo? ¿Usted? ¿Es posible? ¿Sería usted capaz...? -se sorprende gratamente Sofía.

-Quise hacerlo, pero, él lo rechazó en forma rotunda. No creo que acepte ya nada de lo que se le ofrezca...

-Sin embargo, está en esta casa, junto a mi hijo... junto a mi hijo, empeñado en hacer de él un hermano, en la situación en que más temí verlo. Supongo que dispuesto a aprovecharse de la bondad de Renato, de su generosidad, de su nobleza, en una forma que no puede ser. Noel. ¡No puede ser!

-Creo que la estancia de Juan en esta casa será muy breve.

-Yo temo lo contrario, Noel. Renato no lo dejará irse. Ya sé que usted ha tratado de convencerlo, sé que, contra todo lo que temía, está usted de mi parte, pero sé también que sus buenos consejos no han sido escuchados por mi hijo.

-Juan había cambiado mucho últimamente, venía dispuesto a ser otro hombre, pero... -duda un instante, y prosigue-: i Pisó una mala hierba, le sopló un mal viento; hay seres a los que se diría que el destino arrastra, criaturas que nacen con mala suerte... Juan es de ésas...

-Las culpas de los padres caen sobre los hijos, Noel.

-Ya lo sé. Por desgracia, es algo que se cumple inexorablemente la mayor parte de las veces. Juan pagó las culpas de su madre.

-¡Las de su madre, que fue una ramera! -salta Sofía con rencor, pero calmándose repentinamente, continúa-: Y las de su padre también. Bien sé que usted lo sabe todo. Noel, y por estar segura *de* que lo sabía todo le guardé rencor injustamente, me volví contra usted en vez de buscar su amistad y su apoyo. Fue un grave error. Ahora lo comprendo, y busqué la ocasión de hablarle a solas para pedirle que me perdonara, que me ayudara, porque aquel peligro que quise destruir se alza ahora contra mi hijo, más terrible, más fuerte... Y ahora no tengo la autoridad ni el poder para defenderlo a pesar de sí mismo como la tuve cuando era un muchacho. Ahora no me queda sino ese triste recurso de las madres viejas, que son las lágrimas y los consejos... Los consejos que ya no se escuchan. Sin embargo, tengo que hacer algo. Ayúdeme, Noel.

-Ojalá pudiera... -titubea Noel-. Considero que las cosas marchan ya por caminos fuera de nuestro control y que sería tan difícil cambiarlas como reprimir los elementos. Debería tratar de tranquilizar sus temores, pero prefiero hablarle con toda franqueza. Creo que Juan y Renato no han nacido para entenderse... al menos, ahora de, pronto. Tal vez si desde niños se hubieran criado como hermanos... Perdóneme que use una frase que bien comprendo que la "hiere, pero es la exacta. Entonces hubiera sido posible que las cosas fuesen de otro modo; mas ahora, ahora no está en nuestras manos el cambiarlas. El choque surgirá de un modo o de otro...

-Y eso es lo que temo... El choque surgirá... y no es mi Renato el más fuerte. ¿Ve usted por que temblaba? ¿Por qué temía que ese muchacho, cual una sombra fatídica, se acercara a él?

-La vida tiene emboscadas terribles. Acaso debieran saber que son hermanos... Es muy probable que Juan lo sepa... Se crió de otro modo, y además, es mayor...

-No es mayor. Tienen la misma edad, y esa es una de mis más grandes amarguras. Mi hijo y ese Juan nacieron al mismo tiempo. De mis amantes brazos de esposa enamorada iba Francisco a los de esa mujer... ¡Traidor! ¡Canalla! Y ella... ella... ¡Maldita sea ella!

-Cálmese, doña Sofía, nada logra con remover tan amargos recuerdos. Hay cosas más graves... De momento, no tengo sino sospechas, temores imprecisos. -Duda Noel un instante, pero decidiéndose al fin, apunta-: ¿Confía usted en mí, doña Sofía? ¿Me autoriza para hacer cualquier cosa que estime conveniente para conjurar el peligro que amenaza a esta casa?

-Amenaza, ¿verdad? ¡No es mi imaginación, no son mis nervios!

-Por desgracia, no. Yo creo, como usted, que es indispensable alejar de aquí a Juan. Déme carta blanca para tratar de hacerlo por las buenas, concediendo generosamente cuanto pueda dársele, que puede ser mucho ya que, según estoy comprobando, la fortuna de los D'Autremont se ha duplicado en estos últimos quince años...

-¿Espera usted comprarlo? Hágalo, Noel, déle el dinero que quiera, el que pida. No importa que sea una fortuna... ¡Pero que se vaya, que se aleje de mi hijo para siempre!

-¡Colibrí... Colibrí...!

Mónica no ha tomado, como dijera, el camino de los barracones de los enfermos. Ha guiado el cochecillo que ha de llevarla hasta ellos, dejándolo junto a una de las tapias laterales de la casa y luego se ha asomado a la galería anexa a las habitaciones de los huéspedes, buscando ansiosamente, hasta que la grácil figurilla oscura asoma, acercándose a ella y ofreciéndose:

-Aquí estoy, señorita Mónica, ¿qué quiere usted?

-Ven conmigo...

Casi bruscamente lo ha tomado de la mano, llevándolo con ella. Con esfuerzo contiene su ansia de preguntar y, como siempre, mil sentimientos diversos luchan entrelazándose en su alma atormentada. Aquel muchachuelo puede serle precioso, puede delatar ingenuamente los sin duda tenebrosos planes de Juan del Diablo. ¿Pero no es al mismo tiempo su protegido, su pequeño amigo? ¿No sería horrendo si la ira de Juan se volviera contra el niño? Su mano blanca y nerviosa acaricia la rizada cabeza y baja la vista cuando los ojos llenos de gratitud del muchachuelo se vuelven a ella, y exclama:

-¡Qué buena es usted, señorita Mónica!

-¿Te parezco buena, Colibrí? ¿Crees tú que soy buena? Si yo te preguntara una cosa, ¿me contestarías francamente? ¿Me dirías la verdad? ¿Toda la Verdad de lo que supieras?

-No siendo lo que el patrón me mandó callar, yo se lo digo todo a usted.

-Comprendo. No voy a preguntarte nada que no puedas contestarme, pero hay algo que sí puedes decirme. ¿Dónde fuiste ayer, Colibrí?

-Es de lo que no puedo decirle, señorita, porque...

-Porque yo le mandé callar -interrumpe Juan acercándose sorpresivamente, y haciendo que Mónica, asustada lance un:

-¡Juan!

-¿Para esto ganó usted su confianza? ¿Para esto le demostró piedad y afecto? El mundo no cambia. Santa Mónica, es igual en las tabernas que en los palacios. ¡Hasta una sonrisa tiene su precio!

La voz *se* ha apagado en los labios de Mónica, violentamente sorprendida por la brusca presencia de Juan, que echa a un lado al muchacho para enfrentarse con ella, encendidas de cólera las pupilas, desafiante el gesto altanero... Al fin, con esfuerzo, Mónica logra responder:

-¿Qué es lo que usted cree? ¿Qué es lo que piensa? Interpreta mal mis intenciones...

-Sus intenciones las conozco perfectamente... Ven conmigo, Colibrí, a nadie le importa dónde hayas ido, a nadie tienes que responderle... Vamos, ven...

-Un momento, Juan...

-¿Un momento-para- qué? ¡No tengo tiempo para escuchar sus ruegos! Ni los de usted ni los de nadie... Ahí viene otro de los que gustan, como usted, arreglar las vidas ajenas y predicar en el desierto -apunta Juan, al observar que Noel se dirige hacia donde ellos se encuentran. Y al tiempo que se aleja, afirma-: ¡Tampoco tengo tiempo que perder con él!

-¡Juan... Juan...! -llama el viejo notario. Y al vislumbrar a Mónica, se disculpa-: ¡Ah!, señorita Molnar, dispénseme... Creí que Juan estaba aquí...

Librodot

-Estaba aquí hasta este momento. Huyó al oírlo a usted. Me dijo que no tenía tiempo que perder ni con usted ni conmigo.

-Pues sentiré en el alma molestarlo, si es que le molesto, pero tengo absoluta necesidad de hablarle y de verle... Con permiso de usted...

Mónica ha quedado sola, baja la cabeza, demasiado angustiada para poder pensar, demasiado inquieta para permanecer inmóvil. Siente como una ofensa las palabras de Juan, su mirada de profundo desprecio, pero algo más fuerte que todo ello se alza en su pecho. Le importa demasiado lo que aquellos, dos hombres puedan hablar, es demasiado intenso su sufrimiento para que no lo olvide todo, y como una autómata marcha tras ellos...

-¡Juan...! Juan, ¿quieres oírme un momento?

Noel ha alcanzado a Juan muy cerca del apartado edificio donde se hallan las caballerizas y las cocheras; Y frente al noble rostro del viejo, a quien le ligan los únicos recuerdos buenos de su infancia, el patrón del *Luzbel se* detiene, y cruzando los brazos aguarda las palabras que salen de labios del notario, sorprendidas y trémulas:

-En verdad, Juan, no sé qué te propones. Tienes todo el aspecto de un demente; rehuyes cruzar una palabra y dar una explicación; ofendes a la señorita De Molnar que, según creo, nada te ha hecho, sin miramiento de ninguna especie... Si no fuera porque comprendo bien lo que estás sufriendo, sería cosa de volverte la espalda y de rogarle a Renato que te enviara a Saint-Pierre con la prohibición de volver a pisar sus tierras.

-Hágalo, si quiere... Si quiere y si puede... Aunque no creo que valga la pena que se moleste. Muy pronto estaré lejos de todo esto. ¿No es eso lo que todos quieren? Pues voy a complacerlos... Me iré, me iré definitivamente...

-¿Puedo saber a qué se debe un cambio tan repentino de opinión?

-No creo que le interese ni poco ni mucho. Noel. Estorbo y me voy, eso es todo.

-Juan, contigo no sabe uno cómo hacerse entender -confiesa Noel en tono de suave amabilidad-. Te pedí que te fueras, es cierto. Te pedí en todos los tonos que volvieras a Saint-Pierre, pero no en esa forma ni, de esa manera. Tu lugar no está en esta casa...

-Ya lo sé -confirma Juan con sarcasmo-. Mi lugar está en el mar y a él me vuelvo.

-¿Es eso de veras? ¿Vas a volver a navegar? Si es para bien de todos...

-¿Qué importa el bien de todos? A usted, como a Mónica de Molnar, no hay más que un bien que le interesa: el de Renato -asegura Juan con despecho; y destilando una mala y oculta intención, prosigue-: No sé hasta qué punto mi viaje será para mal o para bien de ese hombre privilegiado. Por supuesto, él lo tomará a mal, pero es para bien... Naturalmente que es para bien...

-No entiendo una sola palabra...

-Ni quiero que entienda. Noel, basta con que se alegre. ¿Para qué corría usted detrás de mí? Seguramente para rogarme una vez más que me fuera.

-No, Juan. Quería darte cuenta de una conversación muy importante que he tenido con doña Sofía hace apenas un par de horas. Una conversación sobre tu porvenir y tu persona. ..

Mi querido Juan, las gentes cometen errores, son intransigentes y crueles, pero a veces se arrepienten y lloran sus equivocaciones y tratan de enmendar sus yerros. Si quisieras oírme con calma te sorprendería saber que Dios ha tocado el corazón de doña Sofía.

-¿Sorprenderme? No, Noel, nada en el mundo puede ya sorprenderme. Sin oírle a usted, podría saber lo que le ha dicho doña-Sofía, lo que viene usted a decirme como la noticia más grata y sorprendente de la tierra, y, sin embargo, es lo que estoy esperando desde que llegué. ¿Quiere ver cómo acierto? Se lo diré en una sola frase: la señora D'Autremont me ofrece dinero...

-¿Cómo? -se sobresalta Noel, en verdad estupefacto.

-Mucho dinero para que me aleje. Le estorba el fantasma que represento. Soy, junto a su hijo, como una sombra mala... Pagaría a precio de oro por verme desaparecer, ella que me negó el último rincón de esta casa, ella a quien le dolía hasta el pedazo de pan que me arrojara el que quizá tenía el deber de dármelo todo, ella que no tuvo ni un adarme de piedad para el

muchacho abandonado y huérfano... Seguramente, ella pondrá ahora una fortuna en mis manos con tal de que me aleje, con tal de no tener que soportar mi presencia... Y usted es su mensajero...

-No son así las cosas. Juan. Óyeme...

-¿Para qué? ¿Para que las envuelva usted en palabras menos crudas? El resultado será el mismo. Y no me quejo, vale la pena haberme hecho odioso y temible para ver cambiar de ese modo a las gentes. He adivinado exactamente lo que venía usted a decirme, ¿verdad? Pues bien, dígale a doña Sofía que no se apene. Voy a irme muy pronto sin que ella ni nadie me tenga que pagar por eso. En la suntuosa morada de los D'Autremont no hay más que una joya que me interesa, y ésa sí me la llevo.

-¡Juan...! ¿Qué estás diciendo? ¿Qué pretendes hacer?

-Nada más que irme. Tranquilice a doña Sofía y tranquilice también a la señorita de Molnar. Despídame de Renato, dígale que le devuelvo su empleo... no me interesa. Si nota la falta de su caballo predilecto, que no sé preocupe, pues lo tomo sólo a modo de préstamo. Ya se lo enviaré o lo dejaré que vuelva solo... Hasta la vista. Noel...

Se ha alejado, hundiéndose en la cercana arboleda, pero el viejo Noel no le sigue esta vez. Queda plantado mirándolo alejarse, consternado por lo que presiente, confuso y dudoso como no lo estuvo jamás en su larga vida...

-Señor... Señor... ¿Pero qué es esto? -clama perturbado. Y de pronto, se sorprende-: Señorita Molnar...

-Lo he escuchado todo, Noel. Seguí detrás de usted. Dispénseme, pero me interesaba demasiado lo que Juan iba a decirle, lo que iba a responderle...

-Si lo oyó todo,- no tengo nada que añadir, excepto que, al fin y al cabo, más vale que Juan se embarque de nuevo. Después de todo, tiene razón en muchas cosas y adivinó totalmente lo que doña Sofía quería de él: que se fuera. Si he de serle franco, me apena muchísimo que se vaya así, que desaparezca como huyendo. Ya lo hizo una vez... -Hace una pausa e indaga-: ¿En qué piensa usted, hija mía? ¿Por qué no dice nada? ¿Por qué me mira de esa manera?

-Por nada. Noel -responde Mónica con un hilo de voz-. No me pregunte... Déjeme... Supongo que lo que pienso son locuras...

-A mí también se me pasan locuras por la cabeza. ¿Quiere decirme las suyas?

Los pálidos labios de Mónica han temblado como si fuesen a dejar escapar el terrible secreto que la atormenta. Hay algo en el noble rostro de Noel que le inspira confianza, algo que le impulsa a hablarle francamente, pero la expresión del notario cambia de repente. Conteniendo de golpe la confesión, Mónica vuelve la cabeza para enfrentarse con el hombre que, sin ruido, acaba de llegar hasta ellos, y exclama:

-¡Renato.. .!

-¿Todavía aquí, Mónica? Pensé que ya estarías en el otro valle. Hace más de dos horas que me hablaste de ir junto a tus enfermos. ¿Qué pasó? ¿Tuviste algún inconveniente con el carruaje, o te llegó alguna mala noticia?

-Ninguna de las dos cosas, Renato, retrasé el viaje porque no me encontraba bien. Ahora mismo se lo estaba diciendo al señor Noel.

-En efecto, no tienes buena cara. Insisto en que te has fatigado más de la cuenta estos días. Aunque no quieras, también a ti va a verte el médico, y mientras viene aceptarás mi receta personal: descanso... Por las que llamas tus obligaciones, no te preocupes. Tomaré tu lugar, esta vez personalmente. Pasaré el día en el otro valle... .

-¡No, Renato, por Dios, no te vayas! No te alejes de la casa, no te separes de Aimée... Te lo ruego, te lo suplico, Renato. Compláceme una vez...

Casi desesperadamente ha suplicado Mónica, mientras Renato la mira, primero con sorpresa, luego con una especie de preocupación honda y grave...

-¿Qué pasa, Mónica? ¿Qué es lo que temes?

-No es que tema nada. Es que no vale la pena. Yo me siento mejor, ya tengo el

cochecito dispuesto para ir hasta el otro lado...

-Descansa hoy, Mónica, estás demasiado nerviosa. Creo que hasta tienes fiebre. -Ha tomado su mano, pero ella la retira bruscamente y retrocede palideciendo, por lo que Renato, extrañado, inquiere-: ¿Por qué es ese miedo? ¿Qué piensas que puede ocurrir en esta casa si yo me alejo?

-Nada, Renato, desde luego. Pero...

-Entonces, vete a descansar. Es un ruego, pero tendrá que ser una orden si no lo escuchas. Una orden de hermano mayor. .. Te enviaré al médico y atenderemos a tu salud, que es más preciosa que la de nadie. No protestes, porque es inútil. Haré que te atiendan aunque tú no quieras. -Y alzando algo la voz, llama-: Ana... Llegas a tiempo... Acompaña a la señorita Mónica hasta su alcoba y adviértele a doña Catalina que no se encuentra bien. Anda...

Pedro Noel ha hecho un esfuerzo para sonreír cuando los ojos de Renato, tras ver alejarse a Mónica acompañada por la doncella, se vuelve a él fijándose en su rostro pálido y tenso, y comenta:

-Me parece usted tan nervioso como mi cuñada Mónica. ¿Tanto les ha turbado a los dos la conversación con Juan?

-¿Cómo? -se sobresalta el notario.

-Fue larga y violenta. .. Desde lejos observé los ademanes de ambos y vi que Mónica les escuchaba sin ser vista por ustedes. Una indiscreción bastante rara en una mujer como ella...

-Bueno... Hay ocasiones en la vida en que... en que todos hacemos cosas incorrectas...

-Generalmente, cuando las cosas importan demasiado, y salta a la vista que a Mónica le importa muchísimo todo lo que se refiere a Juan...

-Bueno, es natural -contesta Noel en forma evasiva-, la señorita Molnar forma parte de esta familia, de esta casa, y no puede ser indiferente a las cosas de alguien que, queramos o no, nos preocupa a todos...

-Nos preocupa a todos, aunque de manera diferente. Comprendo que le preocupe a usted, que tiene que compartir con él sus tareas; a mí, empeñado en el milagro de encauzarle... Pero, ¿qué motivo personal puede tener ella?

-No creo que sea nada personal -rehusa vivamente Noel.

-¿Pues de quién? Cuando me acerqué tuve la impresión de haber cortado una confidencia. Tanto usted como ella se turbaron al verme. Ella iba a hablarle a usted de algo importante, quizá íntimo...

-Bueno... tal vez... En último caso, es lógico que mis canas le inspiren más confianza que tus veintiséis años.

-Mónica y yo somos amigos desde niños, estamos ahora ligados por un parentesco que tendría que acercarnos más, y a usted acaba de conocerle. ¿O era amigo antes de ella? ¿Conocía a Mónica? ¿Conocía a las Molnar?

-A Mónica no la había visto nunca, pero... -se interrumpe Noel dubitativo.

' -¿A Mónica no? ¿Conocía usted a Aimée? ¿Por qué vacila en responderme?

-No es que vacile, hijo, es que trataba de recordar. Yo fui un buen amigo del padre de ellas, conocía de vista a doña Catalina... A ellas, naturalmente, las vi de pequeñas. En Saint-Pierre nos conocemos todos. No sé lo que Aimée te habrá dicho.

-Y quiere saberlo para no dejarla mal, ¿verdad?,

-¡Hijo, por Dios, qué ideal. Me estás sometiendo a un verdadero interrogatorio y no te queda nada bien la actitud de juez...

-Cálmese, no estoy acusándolo. Estaba sólo tratando de comprender qué pasa. Aimée me ha contado que una vez estuvo en su casa para ver si usted le daba la razón de cierta goleta a cuyos tripulantes había encargado unos regalos para mí. ¿Es eso cierto?

-Bueno, sí... claro... Ella le había encargado a Juan...

-¿A Juan? ¿Fue la goleta de Juan? ¿Fue Juan el patrón de goleta que no cumplió el encargo de Aimée?

-Bueno... la verdad es que yo apenas recuerdo...

-Recuerda usted perfectamente, y si no recordara no tendría nada de particular. Pero sí hay algo muy extraño: que después de todo eso, Aimée y Juan no se conocieran. Mónica dijo haberlo visto antes, y Aimée, no. ¿Por qué? -Bueno, hijo, me estás volviendo loco...

-Es cierto. Y no es a usted a quien tengo que hacer esas preguntas, ¿verdad?, sino a mi esposa. Ella es la que tiene que responderme.

-No, por Dios, no vayas a hacer un lío con todo esto. Mí cabeza anda mal, no sé ni lo que me digo algunas veces. Lo que Aimée te haya dicho, será la verdad. Yo, por mi parte...

-No tenga miedo. Por fortuna, no soy un hombre celoso. Quiero decir, que no entiendo el amor ni la confianza a medias. O creo rotundamente, o rotundamente no creo. Confío en mi esposa. Si no confiara en ella, mi resolución seria definitiva... Pero, ¿a qué hablar de eso? Además, no se trataba de Aimée, sino de Mónica. Trataba de comprenderla para ayudarla, pero es difícil comprender a las mujeres.

-Ahora sí has dicho una verdad como un templo. Las mujeres son como mariposas inquietas y hay que perdonarles sus caprichos y sus nervios en gracia a que son lo mejor del mundo, lo único que nos embellece la vida. ¿No lo crees?

-Hasta ahora lo he creído así. Pero no tengo ese concepto frívolo de la mujer. No creo que sean en realidad tan diferentes a nosotros. En general, las estimo más que usted y también les exijo más. Creo que son vaso sagrado, ya que. Dios hizo de ellas el molde de lo humano. También creo que la mujer más hermosa puede hacerse reo de muerte si comete una infamia. Creo que el hombre halla en ella su desgracia o su muerte, y en la que hace su esposa lo deposita todo: honor y nombre... con todos los deberes y con todos los derechos, especialmente el de pedirle cuentas muy estrechas por lo que hace. de ese honor y de ese nombre... Pero cambiemos el tema. Usted y yo tenemos demasiado que hacer...

-¿Tú y yo?

-Por supuesto. Vamos juntos un rato al despacho. Creo que ha llegado el momento de anudar el pasado con el presente. Me fui niño y vuelvo hombre. Para regular mi conducta futura hay cosas del pasado que necesito saber, y cosas del porvenir que quiero resolver desde ahora. Quiero que me refiera usted algunas viejas historias... Las de mi padre la primera... Venga...